

E. M. DE HOSTOS
OBRAS COMPLETAS

VOL. IX

TEMAS CUBANOS

EDICION CONMEMORATIVA
DEL GOBIERNO
DE PUERTO RICO
1839 1939

CULTURAL, S. A. • OBISPO Y BERNAZA • HABANA, CUBA



TEMAS CUBANOS

19198-250



20 MAR. 1980

BNPHU

PD-RV

PR868.2

H8310

1939

v.9

PRINTED IN CUBA
BY CULTURAL, S. A.
HABANA, 525 OBISPO ST.

Sucs. de Frederico Henrique y Carvajal

BW
RD864.208
H8310
V. 2, L. 24

PLACIDO

Compra

Reg. No.

021426



100.40527
H. 1.1
H. 1.1

100
R-104-10
4/3/10
1.1.14

El poeta cuya vida vamos a recordar, fué mártir del miedo que España ha tenido siempre a la Independencia de sus colonias.

Como Heredia, que vivió y murió en el destierro, Plácido fué perseguido porque fué una personalidad.

Como Zenea, que murió fusilado por los mismos que lo tuvieron siempre errante, Plácido fué condenado al último suplicio porque su vida aterraba a los tiranos.

Hay, gracias a la lógica eterna de la razón universal, una incompatibilidad inconciliable entre la inteligencia y la tiranía, entre las virtudes y los déspotas: la tiranía odia a la inteligencia hasta en la muerte; el déspota odia la virtud hasta matarla. *Solitudinem facient*, como dice Tácito, y llaman paz a la soledad que han producido.

Por eso las edades más tristes son las más poéticas, los pueblos más tiranizados los más líricos.

Bajo el pie de la coacción lucha el cohibido, y del contraste entre la fuerza vencedora y el derecho no vencido, surge la vocación poética de la sociedad, hecha carne, hecha hueso, hecha hombre, hecha individuo en el poeta lírico.

Se ha concedido bienaventuranza a los pueblos que no tienen historia, porque no han tenido cataclismos. Yo concedo bienaventuranza a los pueblos que no tienen

poesía lírica, porque no han sufrido tiranías; y por ver libre de España a Cuba, y por libertar de España a Puerto Rico, daría todos los poetas que han producido las dos islas infortunadas, y una vez devueltas al dominio de sí mismas, proscibiría perpetuamente a la poesía, que en tanto que allí haya poetas y resuene la voz de la poesía, dormiré con agitadas pesadillas: me parecerá que aun está España entre nosotros.

Mientras esté, la vida no tendrá más que un aspecto, el de la muerte, que es el aspecto que tenía Cuba al nacer y al morir *Plácido*.

I

Gabriel de la Concepción Valdés, llamado *Plácido*, nació en 1818: el lugar de su nacimiento fué Matanzas; los autores de su vida fueron un hombre moreno de color, un *pardo*, y una mujer blanca de color, una española. Matanzas es una de las ciudades más importantes de la Isla de Cuba, a menos de 25 leguas de la Habana, al este de esta capital, en la costa norte de la Isla, y una de las mansiones más deliciosas de la tierra.

Está situada al extremo de la bahía de su nombre, contemplando el diáfano horizonte de las Antillas, que sólo por llorar la dominación española se ha hecho opaco. El San Juan y el Yumurí, dos ríos tranquilos, serpean sesgamente por sus risueños campos, y fertilizan la ya de suyo providente tierra que tuvo una providencia mientras vivió ignorada, que sólo tiene fatalidad desde que se presentó y se entregó a sus opresores.

En medio de esos dos ríos, la naturaleza, que es menos española que la Providencia, se obstinó en hacer eterna la protesta del suelo contra el usurpador, y para que las edades futuras compararan lo que había sido la Isla primitiva, tal cual la produjeron las evoluciones de la naturaleza, tal cual hacía las delicias del indígena, tal cual produjo las exclamaciones y el asombro inmortales de Colón, dejó en medio de los dos ríos de Matanzas el valle más encantador que han profanado jamás la codicia y la crueldad.

En aquel valle, al amparo de sus plátanos dadivosos, al abrigo de sus ceibas eminentes, a la sombra de

sus mangos portentosos, al arrullo de las palmas —parrayos que se mecen—, al alcance del cocotero delicioso; próximos al jobo calenturiento, a la jagua medicinal, al guayabo que fructifica sin descanso; entrelazados por los millares de parásitos que florecen a expensas de otras flores, fructifican a expensas de otros frutos (símbolo antidiluviano de la dominación de España en el Nuevo Mundo); bloqueados por la naturaleza primitiva, solicitados por todos los pájaros de la floresta y por todas las alimañas de los bosques, habitantes solitarios del templo de árboles y flores, de agua y luz, de vida y armonía en que la naturaleza se muestra a los salvajes, en aquel valle, donde más tarde nació Plácido, nacieron los primeros hombres que halló España en aquella comarca encantadora. Los conquistadores no pudieron conseguir que aquellos inocentes moradores les dieran noticias de unos indios perseguidos, e hicieron tal y tan cobarde matanza en la comarca, que desde entonces hasta hoy y para siempre, conserva toda ella el nombre siniestro que lo recuerda.

El hombre indígena pasó; pero la vegetación indígena ha quedado, y el valle deleitoso en donde entonarían sus primeros y sus últimos *areitos*, los primeros y los últimos felices que desde su origen hasta hoy conoce Cuba, está allí protestando contra la muerte, y estaba allí cuando Plácido nació.

Nació en un momento de transición social.

La revolución de Independencia en las colonias del Continente amenazaba a España con la muerte de su imperio colonial, y era necesario que empezara a buscar en las Islas los tesoros que iba a perder en el Continente. Como todos los injustos, pueblos o individuos, España no ha conocido el precio de los bienes que ha perdido sino cuando ha tenido que retenerlos por la fuerza; y Cuba, imperio por sí sola (si empleando el

lenguaje conceptuoso de los españoles, entendemos por imperio lo grandioso, lo valioso, lo excelente), había sido, con Puerto Rico, relegada hasta entonces al desdén.

Entonces empezó a creer que algo valieran aquellas Islas desdeñadas, y empezó a plantear el sistema que ha descrito el puertorriqueño Acosta en dos palabras pintorescas: *oprimir* para *exprimir*.

Ya en 1818 empezaba la grande Antilla a tener hijos, y dos de ellos habían ido al Continente a rogar a Bolívar que consumara su obra en las Antillas; pero el grande hombre estaba todavía en su grande empresa, y aunque no olvidó a las Antillas, tuvo que resignarse a seguir arrojando de Nueva Granada y Venezuela al enemigo. Los *Soles de Bolívar*, sociedad patriótica que entonces se organizó en Cuba, no fueron tan oscuros que no llevaran algún rayo de luz al opresor, y empezó en la grande Antilla una obra semejante a la intentada en Puerto Rico. Mejoró en apariencia su administración rapaz, para que el mundo, que es siempre crédulo en el fuerte, creyera que era injusta una guerra de independencia sostenida contra una metrópoli tan sabia, y se inclinara hacia ésta, condenando a los esclavos que querían emanciparse.

España ha creído hasta 1865 que mientras poseyera a Cuba y Puerto Rico no habría perdido su derecho a la propiedad del Continente, y para seguir poseyendo a las Antillas, se decidió a proceder de tal modo que, enriqueciéndolas para enriquecerse, fueran más débiles cuanto más prósperas.

Fortaleció el poder de su delegado, el capitán general, y formó un Tacón, un soldado brutal que acabó con los ladrones, pero que acabó también con todas las garantías del derecho.

Aumentó, por medio del sapientísimo guatemalteco Ramírez, el comercio de la Isla; pero sacrificó a su vo-

racidad la libertad comercial del país. Modificó las condiciones generales de la vida, consintiendo a su pesar en que las comunicaciones con los Estados Unidos y con Europa le dieran las exterioridades de la civilización; pero aumentó la fortaleza de sus fuertes, el número de sus soldados, el presupuesto de guerra en la Isla.

Dejó que algunos cubanos se enriquecieran con su trabajo; pero mató el trabajo social, favoreciendo el comercio de sangre humana y dando a la esclavitud un desarrollo horrendo.

Permitió que los cubanos salieran a educarse a las escuelas de América y de Europa; pero bloqueaba por hambre a José de la Luz Caballero, a Betancourt, a cuantos de palabra o por escrito, en el aula o en el libro, intentaban difundir otra instrucción que la inmortalizada por el adagio que pide sangre para la letra.

Consintió en que el teatro educara a la población que se formaba; pero prefería la educación de los nervios y el oído, y la ópera italiana fué su auxiliar por mucho tiempo. Oían la música que los enervaba; no entendían las palabras que escuchaban, y el dios se sonreía; mas, si por acaso resonaba la palabra *libertad* entre el estruendo de sonidos instrumentales y vocales, el dios fruncía el ceño, el teatro se estremecía y se cerraba.

Esa anécdota que el femenino Castelar aplica al gobierno de Roma en no sé qué correspondencia de las muchas que lo sostienen en América para que con su indigna conducta sostenga en el Parlamento español las iniquidades de España contra Cuba, esa anécdota es un hecho histórico, que ha acontecido en Cuba, que durante muchos años ha sido ley en Cuba.

Cuenta el sofista español que el gobierno papal había prohibido que se cantara en el teatro el dúo de barítono y tenor que concluye en el segundo acto de *Los*

Puritanos, invocando ¡libertad! Si el gobierno romano lo hizo, fué un plagiario; la idea original es de Tacón, el general español que después de haber perseguido en Cuba a los ladrones, se fué rico a España. Durante su gobierno o su tiranía o su endiosamiento, se presentó una compañía de ópera italiana que cantaba a los entonces en boga Donizzetti y Bellini. Puso *Los Puritanos* de este último en escena, y cuando los artistas encargados de invocar la libertad dieron el grito, España, representada en sus generales, soldados y pulperos, se espantó; los artistas fueron reducidos a prisión; el espectáculo se suspendió, y desde entonces, o no se cantaba el dúo de *Los Puritanos*, o se cantaba gritando... ¡lealtad!

Esta época de transición en que Cuba pasaba del abandono al cuidado, de la pobreza a la riqueza, del bienestar de la indiferencia al malestar de la tiranía, duró tan indefinida, tan vaga, tan imperceptible, tan caprichosa como la hemos presentado, lo que la vida de Plácido: desde 1818 hasta 1844. Es cierto que la transición, más clara y decisiva, empezó cuatro años después de la supuesta conspiración de negros y mulatos que llevó a Plácido al suplicio; pero no hay una inexactitud escandalosa en encerrar en la vida del poeta ese período.

II

Como el período de transición en que nació, Plácido era fisiológicamente una transición. Venía de la raza africana por su padre hacia la raza caucásica representada por su madre. Iba del negro al blanco, como el movimiento etnográfico de la Isla; del estado de esclavitud al de manumisión, como el movimiento político de Cuba.

Era (en el único retrato que se conserva de él) enjuto de carnes en el rostro, de color indeciso entre el blanco y el mulato, de nariz regular, de boca pequeña y expresiva, de ojos negros muy grandes, tan brillantes y tan expresivos como todos los ojos que se hunden en las órbitas para recoger más luz y hacer más intensa la mirada; tenía la frente espaciosa que necesita el pensamiento, alta como la exige la fantasía, tersa como lo quiere la pureza de intenciones: su cabello era crespo. El cabello rebelde, el pómullo saliente, el brillo característico del ojo, denuncian en aquella dulce fisonomía al africano, en tanto que el ángulo facial, la regularidad de la nariz, la delgadez de los labios, la extensión de la frente, delatan al blanco.

Así es en los rasgos generales la fisonomía social de las Antillas: al lado del elemento etíope se ha formado el caucásico; entre ambos, el mestizo; y en todos ellos, las virtudes y los vicios característicos de las razas que representan se confunden con los vicios y los errores y las monstruosidades que ha llevado la raza dominadora.

En las Antillas, es natural y necesaria y conveniente y civilizadora esa fusión y confusión de razas, porque de ella ha de salir la sociedad *sui generis* que en condiciones fisiológicas y morales corresponda al medio geográfico. Los españoles, que afectan un desdén español por esas mezclas, sirven también a la fusión, y han servido, no sólo por debilidad de la naturaleza humana, sino hasta por especulación. Una esclava, como una gallina o una yegua, vale más cuanto más procrea, pues cada fruto de su procreación es un valor aparte.

No era muy pulcra la cómica española que fué madre de Plácido, y, a pesar de los escrúpulos de raza, se entregó al peluquero mulato que, entre rizo y rizo, pren-

día una galantería y concluyó por prender el corazón de la española.

Ser infiel al marido y al orgullo de casta no era un mal, y pudo hacerlo; presentarse ante el mundo con el fruto de aquel perjurio y de aquella degradación hubiera sido abominable, y la cómica española abandonó a su hijo.

No sabiendo qué hacer con él, su padre lo abandonó también; pero su abuela, una pobre negra, que era ciega y que había sido esclava, tuvo más luz en su conciencia, más libertad en su alma que los dos miserables licenciosos; y reclamó ante el mundo su derecho y recogió a su nieto.

Lo educó en el trabajo y la indigencia, y el niño hubiera sido un indigente más, si, prendado de su docilidad y su viveza, no le hubiera tomado a su cargo un no sabemos si cura o maestrescuela, que, al par que lo dejó continuar en el aprendizaje de peinetero, le enseñó cuanto sabía: a leer, a escribir, a contar, a murmurar palabras dirigidas al Padre desconocido.

Así, haciendo peines y peinetas de carey; adquiriendo una notoria habilidad en su oficio; debiéndole el miserable pan que compartía con su abuela, leyendo los pocos libros que le caían en la mano; sintiendo nacer en su alma la personalidad poética que la nativa disposición de sus facultades, unida a las solicitudes del mundo exterior en que se movía sin conciencia, formaba lentamente; examinando los hombres y las cosas; observándose y observando, llegó Plácido a la edad poética por excelencia, porque es por excelencia melancólica.



III

Tenía veinte años. A esa edad, todos sus compañeros de taller sabían dos cosas: que tenían un padre (si no era español) o una madre (aunque fuera negra) y que tendrían una amante, una esposa, una madre de sus hijos.

Entre todos el más poderoso por su alma, Plácido era el más impotente por su estado. ¿Qué era él? ¿hijo? Jamás había sentido sobre su frente el aliento de su madre; de su padre, sólo sabía que hacía una incursión semanal al hogar desamparado de su abuela para llevarse la mayor parte del miserable salario que sus peines de la semana producían. Tuvo un día una reyerta con un blanco que le llamó *pardo*: tuvo una querella con un su igual en color que le llamó bastardo.

Se llevó al hogar desamparado las dos ideas terribles: incubó largamente sobre ellas; se alimentó copiosamente de la amarga substancia de verdad que contenían; miró con desconfianza a aquel hombre que llamaban su padre; buscó con la última mirada del alma desesperada a aquella madre, tanto más sorda cuanto más llamada, tanto más invocada cuanto más sorda a su clamor, y perdió la seguridad que hasta entonces le había dado su confianza en los otros y en sí mismo.

Pero tenía una fuerza interior que, aún no dominada, obedecía a su voluntad, y cada vez que una mirada de los otros hacia él o una mirada de él hacia los otros demarcaba la separación en que vivía de todos y de todo, se retiraba a la soledad del valle, en donde, divagando entre pájaros y flores, murmuraba palabras cadenciosas que correspondían a los sentimientos que expresaban y al ritmo misterioso de su espíritu; cuando la pena era muy honda o muy punzante el dolor que

le aquejaba, se recogía en su rancho, y allí convertía en signos su dolor.

Era poeta.

¡Pardo, bastardo y poeta! Sin comprenderla, presintió la monstruosidad de aquella asociación de debilidades sociales y de pereza individual, y se espantó. Era pardo y bastardo, y era débil; era poeta, y era fuerte. Era pardo, y era un desheredado del respeto público; era bastardo, y era un proscrito de la sociedad. Era poeta, y sentía fuerzas para ser más fuerte que el respeto público, más poderoso que la sociedad que lo rechazaba con desprecio.

Era poeta, y amaba lo bello que veía. Vió lo bello, y lo amó. Era una mujer blanca: él era pardo; una hija de la fortuna: él un bastardo. Hubo una lucha. Pero era la lucha de la adolescencia, franca, estruendosa como ella; y la virgen blanca oyó el quejido del luchador. La dulce felicidad del triunfo tomó forma en uno de los romances octosílabos más dulces, más tiernos, más delicados que ha producido la musa tropical:

La flor de la cera

Una mañana de abril,
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar
Y los pensiles de perlas,

Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardín que a su orilla
Preciosas plantas ostenta:

Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una joven linda
Cortando flores de cera.

Ocultéme entre unas ramas,
De jazmín y madreselva,
Que abrazan a un rojo adonis
Formando bóveda espesa.

Era su frente brillante,
Como del amor la estrella,
Sus ojos vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas,

De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella
Y su cutis fresco y blanco
Como la flor de la cera.

Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras;

Hablando consigo misma,
De que la oyesen ajena,
Tomando la más lozana,
Dijo la simple doncella:

"Dice bien Delio que eres
De los jardines la reina:
¡Si yo fuese tan hermosa
Como el panal de la cera!"

De su voz, el eco suave
Me hizo conocer a Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo Nuevo en las fiestas.

Y de Delio bajo el nombre
Le hice amorosas protestas.
¡Conque aquí mi Lesbia mora,
Y de su Delio se acuerda!

¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
Como la flor de la cera?

Escogió después algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella,

Fuése a orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa:
Vióse el rostro en el cristal,
Y exclamó de gozo llena:

“Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea,
Dirá que soy tan preciosa
Como la flor de la cera”.

IV

Era pardo; pero era amado: era bastardo; pero era poeta. Tomó fe en su fuerza, y volvió con más confianza a la lucha.

La blanca despreciaba a los pardos, y los pardos zaherían a los bastardos: ¿cómo dominar a los blancos y a los pardos? Era imposible por la fuerza; pero era posible por la astucia. De huraño que era, se hizo dúctil; de susceptible se convirtió en accesible, y apenas el primer amigo íntimo cometió la deslealtad anhelada de revelar a los otros que el pardo bastardo era poeta, sus iguales le rindieron pleito homenaje, y sus superiores vinieron a examinar aquel absurdo. En los unos, el orgullo de raza; en los otros, la generosidad forzada que reconoce a gritos el mérito que ya se ha hecho ca-

mino, produjeron una contienda de alabanzas que hicieron de Plácido el niño mimado de las dos ciudades que él, por su origen, enlazaba.

Matanzas enloqueció de alegría, y no hubo boda, festín, baile, velorio, cumpleaños, para el cual no se exigiera una poesía de Plácido. Los negros, los mulatos y los pardos le pagaban en afecto sus poesías. Los blancos se las pagaban en dinero, y hubo un ladrón español bastante hábil (*hábil*, que en mi lengua, es *pícaro*) para concluir por monopolizar aquella mina de octavas y de décimas, de la cual, como sucede con las minas, salía la fortuna del minero al par del agotamiento del venero.

Pero en tanto que su mina se agotaba y en tanto que la explotaba el español, Plácido vivía contento de su gloria y satisfecho del menguado provecho que de sus versos obtenía.

En este momento de la vida del poeta acaeció lo que debía acontecer. Se había familiarizado con el mundo; le daba la versatilidad de entendimiento que él exige; la viveza fugaz de pensamiento que reclama; la dócil voluntad que le agrada; la impersonalidad que le complace; la condescendencia que demanda para sus errores, sus vicios y sus deformidades; la flexibilidad que necesita para someter a todos los que aplaude, acaricia o engrandece; vivía en él consentido y consintiendo; riendo y parlando como todos; amando y desamando como todos; engañando, como los menos embusteros; desengañándose, como los menos pesimistas, corrompiéndose, como incauto adolescente; buscando la felicidad en el placer, como los tontos; buscando la fuerza en la arteria, como los hábiles; contento del presente, como los contentadizos; incierto del porvenir, como todos los que no tienen un fin cierto en su existencia; y era feliz, porque era uno de tantos.

En esta afirmación no hay un sarcasmo: hay una estricta verdad de observación. La hoja, la arista, el átomo liviano que el viento recoge, eleva, arremolina, esparce, va con el viento donde el viento va: no le resiste, y, si perece, perece porque es perecedero, no por haber apresurado en la lucha su muerte. La planta, el árbol, el cuerpo que se arraiguen, resisten el huracán; el huracán los lleva; pero los lleva destrozados. Lo que es la naturaleza, es la sociedad. El hombre es feliz o es desgraciado, según que se deje llevar por los que van en grupo, o que se pare en el camino contra el grupo.

Plácido se dejó llevar; aceptó el orden que existía; respetó lo que encontraba; transigió con aquella sociedad en donde el color esclavizaba y el crimen enriquecía, y el propietario de la tierra era huésped en su patria, y era señor el extranjero, y la palabra era un privilegio, y el pensamiento un atentado, y la conciencia una cárcel, y el derecho una osadía, y la libertad fruto vedado, y la justicia un crucificado; olvidó en las satisfacciones de vanidad y de sentidos las ideas que la iniquidad había hecho germinar en su alma, y era feliz porque no luchaba, porque no se despedazaba en la lucha, porque iba adonde la corriente lo llevaba.

La destreza que había adquirido en su oficio de peinetero bastaba a su sustento; la gracia, ora sencilla, ora punzante, de sus composiciones poéticas, bastaba a su renombre; con los gajes de su oficio llenaba sus obligaciones; con el producto de sus versos satisfacía las necesidades superfluas que se había creado; y, vencedor de la miseria con su trabajo, vencedor del desprecio con su talento, se creía exento de necesidades más altas del espíritu.

Su educación era tan incompleta como es la educación casual que da la experiencia del mundo y de los hombres; su instrucción era tan fútil como es la instruc-

ción que se adquiere en lecturas desordenadas; y, como no tenía tiempo para recogerse en sí mismo, porque no le dejaban tiempo ni solaz para hacerlo los multiplicados estímulos de su trabajo material y del placer, no meditaba ni en sí mismo ni en la naturaleza, ni en la vida, ni en la sociedad.

Hubiera podido meditar, y el rápido progreso que en días de angustia hizo su espíritu, lo hubiera preparado para el combate a que estaba destinado.

Hubiera podido meditar, y hubiera visto cuál era en aquel momento la situación de su país y de su raza; el deber que uno y otra imponían a su alma generosa; la diferencia que había entre ser uno de tantos, como era, y ser uno entre pocos, como merecía ser.

Entre 1838 y 42, que es el momento a que en la vida del poeta hemos llegado, habían acontecido dos sucesos que hubieran podido modificar la conducta de Plácido, si la meditación lo hubiera iluminado.

1835 fué el año en que el general español Lorenzo, gobernador del distrito oriental de Cuba, se rebeló contra la autoridad española de la Isla. Se rebeló en nombre de la Constitución española que el Capitán General no había querido proclamar; se rebeló en nombre de intereses de partido meramente españoles; pero se rebeló, y el ejemplo era de suyo tan provocativo, que no hubo corazón cubano en cuyas fibras no resonara como un clamor de independencia aquella algarada de un liberal español disgustado.

En 1836, Cuba y Puerto Rico, que habían sido invitadas a las Cortes españolas, recibieron el ultraje más corbarde que podía hacerse a pueblos menospreciados. Argüelles y Olózaga, los dos omnipotentes de España en aquella época, temían o afectaban el temor de que, representadas las Antillas en las Cortes, sus diputados influyeran desde ellas para llamarlas a la revolución.

Esta necesidad, que sólo a eminencias políticas de España puede ocurrirse, se convirtió entonces en axioma. Como se ha convertido hoy en apotegma la afirmación hecha por Castelar, para cohonestar su innoble conducta con respecto a Cuba, de que la revolución cubana ha imposibilitado el triunfo de la república en España, entonces se convirtió en credo de todos los partidos la aseveración de los dos enemigos encubiertos de América. Eran omnipotentes y se hizo lo que quisieron, y los diputados de Cuba y Puerto Rico fueron expulsados de las Cortes so pretexto de que el Gobierno daría sus *leyes especiales* que, para consignar perpetuamente la iniquidad, se pusieron después, en la Constitución de 1837, como precepto fundamental de la monarquía.

Estos sucesos, que habían conmovido a las Antillas, no hallaron eco o no dejaron huella en el espíritu de Plácido.

En tanto que las dos islas desgraciadas maldecían a Isabel II, él la cantaba; mientras ellas vituperaban a Cristina, él celebraba las glorias de la reina madre. A los generales-gobernadores que Cuba culpaba de su opresión, él los ensalzaba en sus versos lisonjeros, y una gran parte de sus poesías está consagrada a rimar la adulación.

V

La luz brilla más cuanto más obscura es la noche que la ha precedido, y, lejos de rehuir nosotros la necesidad de estudiar el triste momento que en la vida del poeta-mártir estudiamos, nos complacemos en presentarlo en la completa realidad que conocemos. Cuanto más angustioso sea para la razón el examen de las debilidades de Plácido, más placentero será para la con-

ciencia el progreso a que se elevó por sí misma aquella alma caída por un momento en el lodo que por todas partes la rodeaba.

Para juzgar una vida es necesario estudiarla en todos sus momentos. El progreso, el quietismo, la declinación, la recomposición de sus fuerzas son momentos necesarios de ella, y miente y hace un mal el que oculta el momento del quietismo y el de declinación, para hacer interesante una existencia. El interés de ella no nace del absurdo, y es absurdo suponer que un ser humano, aun cuando la misma omnipotencia le hubiera delegado sus funciones, puede realizarse en la vida humana de otro modo que conformándose a las leyes de la vida, a las condiciones del ser en este mundo, a las circunstancias que lo circunscriben en la sociedad.

Interesante, patética, admirable es la vida del hombre que, sujeto a un medio determinado y cohibido por él, se sobrepone a él, y se eleva por su propio esfuerzo, y se purifica por la acción espontánea de su conciencia.

Desde este punto de vista, la vida de Plácido es admirable. Fué débil porque el medio en que vivió lo oprimía; fué fuerte porque triunfó del medio opresor. Fué casi miserable porque pactó con la miseria moral que lo bloqueaba; fué un potentado del espíritu, porque se elevó por sí solo desde aquella degradación hasta la altura en donde su muerte y la última parte de su vida lo han situado.

Preferible, para él y para la posteridad, hubiera sido que se hubiese mantenido puro de las flaquezas que sus mismos rasgos de genialidad denuncian; pero también hubiera sido preferible que Cuba, para llegar al heroísmo que admiramos y bendeciremos mañana, no hubiera pasado por la disolución social en que ha vivido mientras ha sido española; en que vivía en la época

de Plácido; que en éste como en otros ha dejado su huella cancerosa.

La Isla de Cuba estaba, mientras Plácido cantaba las glorias de Isabel y de Cristina, en la peor de las situaciones en que puede estar un pueblo esclavo: estaba contenta de su amo. Excepto los escogidos; excepto aquellas almas refractarias a todo brillo falso, criollos y españoles, blancos y negros, pardos y mulatos, especuladores de sangre humana y honrados propietarios de los campos, todos estaban satisfechos. Se habían abierto las puertas de la Isla a la invasión de esclavos africanos y los capitanes generales, los generales-gobernadores, los empleados de la justicia y del Gobierno, se enriquecían favoreciendo el tráfico negrero. Los agricultores centuplicaban el valor de sus tierras y cosechas, dando brazos a la agricultura. El comercio crecía con una fuerza que parecía maravillosa a los imbeciles que, incapaces de comprender lo que significan las Antillas en los fines históricos de América, sólo podían comparar el progreso que veían con el desaliento que habían visto. Sus aduanas producían lo bastante para llenar el presupuesto de la Isla y mandar los codiciados sobrantes a la voraz metrópoli. Esta estuvo contenta de su siempre fiel Isla de Cuba. Los españoles llovían sobre la Isla. Se deslizaban con ellos algunos extranjeros. La industria nacía, se formaba y se desarrollaba en un mismo momento. La reina de España sonreía. El gobierno de España sonreía. El gobierno colonial sonreía. Y aun el cielo y el mar y el campo y el egoísmo individual sonreían también; ¿qué extraño, por repugnante que sea, es que un alma tan alta como fué Plácido en su principio y en su fin cayera tan bajo en aquel momento?

No es extraño; pero es repugnante, y nosotros no podríamos leer sin invencibles repulsiones del estóma-

go, las páginas consagradas por Plácido a enaltecer la indignidad; no podríamos leerlas sin desgarrarlas antes de leerlas, si no contribuyeran a hacernos más odioso el estado político, social, moral e intelectual de las Antillas, corrompidas por España.

En cuanto sirven para demostrar, por contraste, hasta qué punto se descomponían en aquella atmósfera infecta el sentimiento de la dignidad por la indignidad reinante; la noción de lo bueno y de lo justo, por el mal omnipotente y por la iniquidad procaz; el concepto del derecho individual y social por el desprecio de la autoridad hacia el derecho, por el abatimiento de la sociedad, por la fuerza del egoísmo individual; la abjuración de la libertad, por el instinto de seguridad; el orden moral, por el soborno de caracteres y conciencias; la moralidad intelectual, por el escepticismo, en cuanto sirven para demostrar la hedionda laceria que gangrenaba a aquella infortunada sociedad, aun no formada y ya postrada, aun no organizada y ya desorganizada, cadáver de un cuerpo no desarrollado, esqueleto de un muerto que no había vivido, infante contaminado desde el claustro materno por la mortal enfermedad de sus generadores, las páginas dedicadas por Plácido a adular el mal circunstante, el vicio circunstante, la injusticia omnipotente, son preciosas. Con ellas en la mano, y sin otro dato que ellas y sin otro instrumento de análisis que la comparación de esos versos bochornosos con las demás poesías que constituyen la honra y la gloria del poeta, puede el hombre de espíritu elevado conocer la horrenda situación de las Antillas, odiarla, condenarla y maldecirla.

En las epidemias morales, como en las atmosféricas, los espíritus más sanos se contagian más pronto si no se preservan de la influencia deletérea. El odio virtuoso es el mejor preservativo contra las epidemias morales, y Plácido no sentía ese odio virtuoso.

Era joven, y transigía con los sentidos; era débil, y transigía con los fuertes; era bueno, y transigía con los malos; era artista, y transigía con la vanidad. Todas esas transacciones lo debilitaban; pasaba de un amor liviano a otro liviano; de un miedo de su impotencia social al mismo miedo; de una falsa idea de la bondad a un odio falso contra ella; de un sacrificio a su vanidad a otro sacrificio al amor propio pueril que constituye el *genium irritabile* de la irritable gente de letras y de arte; y entre despechos amorosos y despechos literarios, fabricando palabras contra necios o rimando palabras contra ingratas, adulando lo que instintivamente maldecía, maldiciendo lo que acababa de adular con versos aduladores, era resumen viviente del detestable momento de transición en que vivía, de la enferma sociedad que lo abortaba. La sociedad se moría de miedo de pensar, y él, como ella, ocultaba, para vivir, su pensamiento. El momento social era de adoración a los sentidos, de silencio de conciencia y ruido de palabras, y él se abandonaba a la inmoralidad, ponía mordaza a su conciencia, y hablaba y hablaba, y más hablaba.

VI

Hablaba bien. Hasta las palabras que vendía a una señora del poder son elocuentes, y hay composiciones suyas a las Mesalinas que ocupaban el trono de España y a las Claudias que ocupaban el trono de la Isla, que indignan por lo bellas, que irritan por lo inspiradas, que mortifican la conciencia por la conciencia estética con que están ejecutadas.

Hace ya mucho tiempo—todo el tiempo que tiene nuestro odio a las vanas apariencias—que detestamos

el culto de las formas por las formas, y no cometeremos la crueldad de presentar como mérito de Plácido las vanas bellezas literarias que hoy punzarían su conciencia, que hoy le provocarían remordimientos intelectuales. Quedan en el libro esas poesías para probar que el mal es más deforme cuanto más se engalana y se embellece.

El manzanillo es un árbol tropical. Su elegantísimo tronco, sus graciosas ramas, sus brillantes hojas, su flor encantadora, su espaciosa copa, deleitan la vista del botánico: su ciencia lo preserva de aquel árbol, porque en su sombra, en la savia de su tronco, de sus ramas y sus hojas y en el néctar de sus flores, sólo hay muerte. Manzanillo es la sociedad colonial en las Antillas, y los frutos que a su sombra se recogen son de muerte. Las poesías de Plácido a los autores de aquella corrupción son venenosas.

Son, al contrario, saludables las poesías en que, dejando de ser poeta de la infamia, se sustrae del medio en que vive para ser hombre.

A mi amada

Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.

Dentro de poco tornaráse en nada:
No verás en el mundo alguna cosa
Que a mudanza feliz o dolorosa
No se encuentre sujeta u obligada.

Sigue a las tempestades la bonanza,
Siguen al gusto el tedio y la tristeza;
Perdóname, que tenga desconfianza

Y dude de tu amor y tu terneza,
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza,
¿Sólo en tu corazón habrá firmeza?

Quiten los puristas y los gramáticos el italianismo y la incorrección que encontrarán en uno de esos versos, y digan los críticos si ese dulcísimo soneto no corresponde en fondo y forma al delicado pensamiento que poetiza, y digan los pensadores si el sencillo corazón que así latía hubiera sido capaz, en un medio social más puro, en una atmósfera más sana que la creada por la corrupción colonial en las Antillas, de las flaquezas que deforman la hermosa fisonomía moral del poeta mártir.

Los recuerdos más tiernos son aquellos que surgen en los momentos de endurecimiento de corazón. Plácido debió escribir esa poesía en los momentos en que lo colocamos: cuando ya la duda de sí mismo, creada por la inmoralidad de su conducta, le presentaba en ⁽¹⁾ la lejanía de su conciencia, el recuerdo de la blanca segadora *flores de cera*. Como es ella la aquí recordada con tristeza, es ella la acusada de fría en este otro soneto:

A una ingrata

¡Basta de amor! Si un tiempo te quería,
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fría.

No encuentro en tí la extrema simpatía
Que ansiosa mi alma contemplar procura,
Ni a la sombra de la noche oscura,
Ni a la espléndida faz del claro día.

(1) Hasta ahora, todas las ediciones de este ensayo han aparecido así: "...de su conducta, la lejanía..." El manuscrito de Hostos lee como en esta edición: "...de su conducta, *le presentaba* en la lejanía..." (Nota de los Comps.).

Amor no quiero como tú me amas,
Sorda a mis ayes, insensible al ruego;
Quiero de mirtos adornar con ramas

Un corazón que me idolatre ciego;
Quiero abrazar una mujer de llamas,
Quiero besar una mujer de fuego.

En tanto que los admiradores de hermosas formas admiran las de esos catorce versos y paladean la sensualidad que ellos respiran, notemos nosotros la influencia morbosa del medio social en el alma del poeta. Amó a la blanca segadora de flores y consideró como un trapo al ser amado. Volvió con la memoria hacia ella, y se asustó de seguir siendo amado cuando ya otros amores sensuales habían desvanecido su cariño; pero la busca, la solicita, la estimula, la irrita con su pasión, y cuando ella, fuerte en su afecto, se resiste, la acusa y la abandona.

El sentimiento es la facultad humana que más pronto se corrompe. Corrompida, se convierte en sensualidad. La sensualidad es el síntoma característico de la enfermedad social que se llama decrepitud. No pudiendo ser decrepita por sí misma una sociedad no formada, como es la sociedad de las Antillas y era la sociedad de Cuba en el período en que la presentamos, es claro que su decrepitud era transmitida. El estado moral de Plácido, sujeto a la influencia de la sensualidad, demuestra la enfermedad social que lo contagia; luego, es escrupulosamente exacto el juicio que, estudiando al poeta en este momento de su vida, hemos formado de la sociedad en que vivía.

VII

Hay en la colección de poesías que forman la obra del poeta pardo, unas cuantas composiciones de un género tan excepcional en el carácter eminentemente subjetivo de su concepción poética, que sería difícil explicar a qué momento de su vida corresponden, en qué momento de su obra se sitúan lógicamente, y cómo se produjeron en su vida y en su obra, si ésta no se explicara por aquéllas. Son sus fábulas.

Las tres de que vamos a valernos, mucho más para presenciar en todas sus fases al hombre, que para hacer paladear en todas sus delicias al poeta, van a decir por sí mismas cuán lógicamente corresponden al momento en que estamos del poeta y cuán naturalmente se enlazan a su obra.

La fábula es un género de poesía intermedio entre la lírica y la satírica. Después de sentir su mundo interno, el poeta lo objetiva, y lo ve en la realidad del mundo y de la vida.

Subjetivamente, en el Yo individual, en el alma del poeta, era melancolía, tristeza, dolor, indignación, sollozo; y la concepción exclusivamente subjetiva e individual del mundo, de la vida, de las luchas morales e intelectuales de la época, había producido al poeta lírico.

Objetivamente, en el mundo, en la realidad, en la vida, en la época, el mundo es lo que es, la vida es lo que debe ser, la realidad es lo que debe esperarse del contraste de ideas, pasiones e intereses que la forman; y la concepción objetiva de la época en que vive, hace del lírico un poeta satírico, que así será fabulista, moralista o elegíaco desesperado o satírico implacable, según sea la reflexión de la realidad en el sujeto y según que las cualidades nativas de éste propendan al orden o al desorden moral.

Fabulista, elegíaco o satírico, todo poeta que cultive uno de esos géneros, es un hombre que ha llevado en su alma un mundo que creyó superior al mundo real, y que, al ponerlo en contraste con éste, vió despedazado su ideal. Lo compara, lo llora o lo maldice; sonríe, lagrimea o protesta; afirma, vacila o niega, y se da el moralista que compendia en apólogos la sabiduría de la experiencia o el pesimista que vacía en cantos elegíacos su desconsuelo de la realidad, o el escéptico que modela en sátiras punzantes las maldiciones con que se defiende del vacío de su vida.

VIII

Plácido se hubiera conformado con el medio social en que vivía, si hubiera continuado cantando indiferentemente las emociones de su alma, tan ignorante de las modificaciones que en ella operaba el mundo que lo rodeaba, como de los errores, ridiculeces, vicios y deformidades con que, sin él saberlo, lo contaminaba aquel mundo que tantas atracciones había ejercido sobre él, que tantas repulsiones debía despertar en su raza. Había vivido de su vida propia, creyendo que lo imaginado, sentido, concebido y realizado por él era la realidad. Se había habituado a creer tan sencillo como él era, aquel mundo que lo halagaba; tan desinteresada como era su propia vida, aquella halagüeña acogida que le había hecho el mundo; tan incondicionales como eran su abandono y su fe en el mundo, las alabanzas que le prodigaba éste, el olvido en que habían caído del origen obscuro y bastardo del poeta; y mientras lo creyó y halló conformidad entre él y el mundo no salió de sí mismo para examinar la realidad.

Pero, la realidad fué a él.

Ser pardo y atreverse a ser poeta; ser bastardo y atreverse por su talento a romper el valladar que ponen las desigualdades sociales al origen, es una osadía que, en el primer momento de sorpresa, podía disculparse y aun celebrarse; pero era imposible disculpar y tolerar que el aplauso arrancado por la sorpresa continuara autorizando aquel extravío de las leyes estrictas de la conveniencia, y, sordamente, como se forman las tempestades tropicales, fué formándose sobre la cabeza del poeta confiado la nube que debía fulminarlo.

Cuentan los biógrafos de Juan Pablo Federico Richter que, habiendo el virtuoso pensador contraído por economía la costumbre de usar larga la melena y cortado a la *Hamlet* el ropaje, S. M. el público del lugar en que vivía se indignó e hizo cuanto pudo por abrumar con su murmuración a Richter.

Resistió éste hasta que le fué imposible resistir. En la noche callada de un sábado, se hizo recortar la cabellera, rehizo a la usanza común el ropaje impopular, y puso en la puerta de su casa este aviso: «Juan Pablo Federico Richter tiene el honor de anunciar al respetable pueblo que mañana, domingo, se exhibirá sin melena y sin ropaje».

Los colugareños del venerable pensador alemán son colugareños del mérito en todos los lugares de la tierra.

Es una ley que hasta en la vida animal y vegetal está vigente. Cuando el león se muestra benévolo, los cachorros lo arañan. El árbol sobresaliente de las montañas andinas es el más acariciado, apretado y sofocado por los "coiles".

Ni el "lingüe", ni el león, ni el hombre de mérito pueden vivir consentidos en la sociedad de las plantas, de las fieras y los hombres, sino a condición de que se dejen sofocar.

La primera percepción de esta tristísima verdad se manifiesta por su sentimiento de debilidad individual, tanto más activo cuanto más pasiva ha sido la confianza que inspiraba el mundo. Entonces, el confiado, desconfía, el expansivo se recoge en sí mismo, mide su fuerza y la del mundo, nota la desigualdad, y en vez de luchar a cuerpo descubierto, se apercibe al combate de emboscadas. Es el momento de la sátira, de la maledicencia, de la ironía y del sarcasmo. Por un error en que el instinto de conservación tiene gran parte, la suma debilidad a que ese momento corresponde, parece a la imaginación alucinada que ha llegado al estado de fuerza, y nunca se cree más fuerte el que protesta ante el mundo, que cuando es más débil y más prueba su debilidad con su conducta.

La de Plácido, al notar que no se le perdonaba su talento, obedeció a ese común error de todos los repelidos por el medio en que están llamados a imponer su inteligencia, su ciencia o su carácter.

Los que entonces lo conocieron, me decían no hace mucho en Nueva York: "Plácido tenía llenos de ironía los labios, y su lengua era una daga".

En donde ellos veían la fuerza, vi yo la debilidad: en donde ellos hallaban la prueba de su poder intelectual, encontraba yo la prueba de su impotencia social.

Plácido era impotente contra la sociedad, y hubiera empleado contra ella todos los alfileres del ingenio, todos los agujones de la sátira, todos los puñales del sarcasmo, si no hubiera empezado a verificarse en su alma la evolución que lo ha salvado para la posteridad.

Las fábulas corresponden a esa evolución.

En las tres que nos han servido para estudiarla, el poeta vale menos que el hombre; pero el hombre empieza a valer tanto, que ya alborea el carácter. Las exterioridades, que son el funesto criterio con que el

mundo juzga los hombres y las cosas; los aduladores de la fortuna, numerosísima porción de humanidad que así aplaude los triunfos del mal como condena los desastres del bien; la vanidad soberbia, que atribuye a casualidades de la fortuna el mérito y el poder que sólo alcanzan los esfuerzos reflexivos, son tres temas que glosa constantemente en su vida todo hombre que vive combatiendo.

Plácido los glosó en las tres fábulas que vamos a extractar. Nadie en su tiempo y en su medio pudo tal vez glosarlos con más intensidad de sentimiento.

Pesaba sobre él la maldición de su color, y vivía tanto más humillado cuanto más vivo era el sentimiento de su personalidad. El tributo que rinde toda sociedad a las exterioridades, lo condenaba al suplicio más doloroso que puede tener la dignidad individual; poeta, servía para algo, y lo utilizaban; pardo y bastardo no podía servir para nada, y, apenas utilizado, lo rechazaban.

De este martirio de la dignidad que en las sociedades constituídas sobre la desigualdad de clases, prepara y determina las colisiones sociales, hubiera podido surgir en Plácido un enemigo acérrimo de la sociedad: estaba anticipadamente disculpado; pero resultó un moralista. El esfuerzo de razón, la bondad de corazón, la elevación de alma que se necesita para arrojar el arma de combate y para despojarse del espíritu de venganza que germina lógicamente en toda dignidad sistemáticamente cohibida; la sucesión de ideas que preceden al moralista en todo hombre desasosegado por obstáculos insuperables; la lucha sorda que es necesario sostener consigo mismo para elevarse del estado de protesta al de benevolencia; la distancia inmensa que ha recorrido el espíritu desde que sorprende la primera iniquidad social hasta que la examina sonriendo y la perdona por-

que la razona, bastan para denotar un gran progreso individual.

Todo progreso en un individuo significa mejoramiento. Plácido no hubiera escrito la fábula en que, sonriendo plácidamente, condena el homenaje del mundo a las exterioridades, si no se hubiera mejorado, si si no hubiera empezado a reaccionar contra el medio que lo sofocaba, si no hubiera llegado ya a tanta altura moral que pudiera contemplar su existencia, y sin amargura, los vicios sociales de que era víctima expiatoria.

Podía no irritarse, podía sonreírse, y en vez de vengarse, meditaba, y en vez de convertirse en enemigo, se elevaba al augusto puesto de maestro. Había desaparecido el poeta satírico y aparecía el fabulista.

Véase en qué sencillísimo molde ha vaciado

El garrafón de Juana:

Tiene Juana un garrafón
Forrado de fina paja,
Que con un paño de holán
Sacude a tarde y mañana.

.....
.....

Le adorna los días festivos,
Para realzar sus galas.
Con bellas moñas de cintas
Azules, rojas y blancas.

No sabe donde ponerlo;
Con él sueña, ríe, habla;

.....
.....
.....

Quise saber qué misterio
El favorito encerraba:
Llego, destapo, le alzo,
Mírole, y encuentro... ¡nada!

.

La comparé con el mundo
Porque inciensa y rinde parias
Al hombre que ve cercado
De la exterior pompa vana.

Mas, si a examinar llegáis
El interior de su alma,
La hallaréis hueca, vacía,
Como el *garrafón de Juana*.

A la protesta ha sucedido la reconvención; y es dulce, insinuante y persuasiva como todo estímulo hacia el bien.

IX

Si había alguien para quien fueran continua lección las alternativas del aprecio y del desprecio público, el elogio y la censura, del renombre y de la obscuridad, era aquel infeliz poeta pardo, encarcelado en medio de una sociedad *esclavista*, en donde los esclavos blancos se vengaban de su esclavitud haciendo más penosa la de los esclavos negros, y persiguiendo hasta la cuarta generación con la ley, con la burla, con la injusticia, con el aislamiento, al negro que se transformaba en mulato, en pardo, o en cuarterón.

Lentamente, minuto tras minuto, había estado destilando la gota de hiel sobre su alma. La gota de hiel

cava conciencias, como la gota de agua cava piedras; y es un indicio inequívoco de fortaleza el que dió Plácido al presentarse tranquilo, impasible, imperturbable, más erguido cuanto más abatido, más fuerte cuanto más débil, más íntegro en su juicio y en su benevolencia cuanto más labrado y minado por la secreta acción de la injusticia, en la fábula que compendia alegóricamente una parte de su existencia.

Como el gallo vencido de su apólogo, él también fué vencedor. Entonces, los aplausos estruendosos; entonces, el olvido de su bastardía y el perdón de su color; entonces, las adulaciones en competencia, los halagos sofocantes, las ovaciones estrepitosas, las sonrisas de los grandes, la deferencia de los poderosos, la igualdad ante el talento.

Como el gallo de su apólogo, él también cayó vencido. ¿Por qué? Nadie lo dijo. ¿Con qué justo motivo? Nadie lo averiguó. Pero estaba caído, y entonces surgieron de nuevo los recuerdos de su origen, las ironías punzantes, los sarcasmos sangrientos, las exterioridades recuperando su valor, las desigualdades imponiendo su injusticia.

Entonces también para el poeta, el descenso del ideal, el desvanecimiento de la ilusión, la clara aparición de la realidad, la dolorosa necesidad de analizarla, la sorda reconstrucción de sus ideas, el soliloquio sombrío, el sollozo apagado en la carcajada, la sátira mordaz desapareciendo ante la sonrisa benévola, la verdad desprendiéndose de la realidad, el hombre substituyendo al soñador y completando al poeta.

No hubiera éste expresado los trances de su lucha con la sonrisa en los labios y con el descuido que todos tenemos por las emociones, los actos y los pensamientos que han perdido su intensidad en la repetición, si la lucha hubiera sido más acerba: una fábula no basta para

expresar un estado moral; una sonrisa socrática no basta para hacer eficaz una protesta contra un estado social. Pero la misma tibieza de la protesta, el mismo blando desdén de la sonrisa, demuestran la continuidad de la lucha y la fuerza de resistencia adquirida en ella.

Por eso las buenas lecciones que da Plácido en sus fábulas, producen, tomadas con atención y reflexión, el efecto que en nuestra vida cotidiana experimentamos al ver en los labios de un hombre educado por el dolor y desgarrado por la lucha, la sonrisa benigna: ella es por sí sola protesta, acusación, condenación; pero condena, acusa y protesta con la infalible majestad del habituado a triunfar en la derrota.

El único gran momento de Napoleón es, a mis ojos, el en que lentamente y cabizbajo, se retira de Waterloo. Meditar y razonar la caída, eso es lo grande en el Satanás de Milton y en los hombres de la Historia y de la vida.

Eso es lo que, a su modo, hace Plácido en

Los dos gallos

Brinca-Cercas, un gallo valeroso,
Vencedor de las riñas más tremendas,
Hallóse cierta vez con *Trabucazo*
Que también valentón nombrado era.
A los primeros tiros, cayó herido
Con una pata menos *Brinca-Cercas*.
Mandólo el amo levantar al punto,
Y ganó *Trabucazo* la pelea.
Cantó con arrogancia, escarbó el suelo,
Haciéndole al contrario larga befa.
Un mes tras otro fuéronse, hasta un año,
Volviéronse a encontrar por contingencia,
Y el primero le dijo: "Hola, *Trabuco*,
Mira hoy donde guardas la cabeza;

Porque sólo que tu amo te la quite,
La podrás libertad de mis espuelas.”
“Menos palabras—contestó *Trabuco*—,
Pues si no escapaste en la otra fiesta,
Como te pique firme por la barba,
No te daré lugar a brincar cercas”.
Abocáronse al fin los dos contrarios,
Y *Trabuco* empezó con tal braveza,
Que ya contó cumplir con su palabra
Y dijo para sí, “la cosa es hecha”.
El bravo *Brinca-Cercas* le seguía,
Como el que está velando a quien lo vela,
Y cuando menos lo esperó, *Trabuco*
Cayó de un tiro desnucado en tierra.
Entonces en silencio se quedaron
Los que aplaudieron su primer pelea,
Y los que le llamaron invencible,
Hoy con placer al vencedor celebran,
¡Así pasan las cosas de este mundo!
Pendientes todas de fortuna ciega
El que hoy es victorioso y aplaudido,
Si es vencido mañana, le desprecian.

X

A Plácido le sucedía en el movimiento de sus fábulas, lo que al león con sus cachorros. Lo habían acariciado hasta que lograron ponerlo al alcance de sus garras. Entonces, lo desgarraron.

La idea de la fuerza moral es tan compleja, que ninguna sociedad la ha poseído jamás en su valor total; son muy pocos los individuos que en cada sociedad son capaces de conocerla. De esa casi imposibilidad social y de esa casi incapacidad individual, nace el dolor más intenso y acaso el más sublime de los dolores sublimes: el que experimenta un gran espíritu, fortalecido por el combate de la vida, fuerte en su razón y en su concien-

cia, al ver confundir con la debilidad las que son expresiones decisivas de su fuerza.

Ese dolor devoraba Plácido. Nunca había sido más fuerte que cuando, desposeyéndose voluntariamente de todas las exterioridades de la fuerza, y moralizando su pensamiento y su conducta social y literaria, ascendía del pesimismo al optimismo, progresaba de la sátira incisiva de sus conversaciones a la moraleja insinuante de sus fábulas, y, en vez de seguir devolviendo los golpes recibidos, desviaba serenamente al agresor y al golpe, sonreía con plácida amargura, y proseguía tranquilamente en su progreso.

De esto se trataba para él; y es un placer tan íntimo, una alegría tan intensa el progresar, el sentir el crecimiento del espíritu, el percibir la distancia recorrida, el medir las proporciones crecientes de nuestras facultades, el comparar el vigor intelectual y moral de ayer con el de hoy, el conocerse más fuerte hoy por ser mejor, el prepararse para ser mañana más fuerte y mejor que se es hoy; el dominarlo todo, accidente, casualidad, fuerza bruta de la vida, lógica brutal de los sucesos, por el dominio absoluto de sí mismo, que aun no teniendo perfecta conciencia de la evolución que en él se realizaba, Plácido encontraba en ella la fuerza necesaria para resistir al impulso grosero de la realidad.

Pero, cuanto más fuerte era en su espíritu, más desdeñaba las armas de combate, y más débil lo creían.

Fuertes y poderosos del mundo, débiles e impotentes del espíritu se ensañaron en él, y, contemplándolo desde la altura casual del nacimiento o de la posición social, se complacían en hacerle guardar la diferencia y le humillaban.

Como la palma de su fábula, alto por sí mismo, sobresaliente por su propio mérito, Plácido había adquirido la estatura y la grandeza que correspondían a

la savia de su vida, a la fuerza de sus facultades creadoras, en tanto que las rastreras habían necesitado del auxilio de la casualidad o del capricho de la fortuna para elevarse más que ella; pero, se habían elevado, y desde la altura de la casualidad o la fortuna, contemplaban con menos precio a la palma generosa.

Como Plácido, a quien representa, la palma, "como aquel que contesta sonriendo", se concreta a explicar la diferencia de nivel, y en tanto que la malva se esconde, la palma se dispone a recibir la alabanza de la naturaleza porque

A la vez asomaba el sol radiante
Decorando de grana el firmamento.
Y el arroyo, las flores, y las aves
Cantaron de la palma el vencimiento.

El poeta podía hacer justiciera a la Naturaleza, prometiéndose así para la muerte la justicia que en vida le negaban; pero, hartó sabía, al escribir *La Palma y la Malva*, que es una fábula, la distribución de justicia entre los hombres, y uno de sus méritos es el haber prescindido de ella.

La fuerza verdadera es la que no cuenta jamás con el éxito.

Mientras lo tuvo, Plácido fué débil. En el momento de sus fábulas es fuerte, porque ya es un mérito disputado y escarnecido, que es tanto mayor cuanto más lo disputan y lo escarnecen.

Seguro de sí mismo, puede ya sonreír sin combatir, y contar *sine ira et studio* su propia historia al referir la contienda de la palma con la malva:

—Una malva rastrera que medraba
En la cumbre de un monte gigantesco
Despreciando una palma que en el llano
Leda ostentaba sus racimos bellos,

De este modo decía: “¿Qué te sirve
Ser gala de los campos y ornamento,
Que sean tus ramos de esmeralda plumas,
Y arrebatarse con majestuoso aspecto?
¿De qué sirve que al verte retratada
En el limpio cristal de un arroyuelo,
Parezca que una estrella te decora,
Y que sacuda tu corona el viento;
Cuando yo, de quien nadie mención hace,
Bajo mis plantas tu cabeza tengo?”
La palma entonces remeció sus hojas,
Como aquel que contesta sonriendo,
Y la dijo: “Que un rayo me aniquile
Si no es verdad que lástima te tengo.
¿Te tienes por más grande, miserable,
Sólo porque has nacido en alto puesto?
El lugar donde te hallas colocada
Es el grande, tú no; desde el soberbio
Monte do estás, no midas hasta el soto,
Mira lo que hay de tu cabeza al suelo.
Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo,
Serás malva y no más, con todo eso.
Desengáñate, malva, no seas loca (1)
Jamás es grande el que nació rastrero,
Y el que alimenta un corazón mezquino,
Es siempre bajo, aunque se suba al cielo.”

Es alto, al contrario, aunque jamás levante del suelo la cabeza, aquel que lleva en ella la idea del porvenir: y Plácido, el humillado, el desdeñado, el despreciado, la llevaba.

(1) Las ediciones de este ensayo que se han hecho en diversas ocasiones no han pasado del verso... *Desengáñate, malva, no seas loca*; y se consideró generalmente terminado ahí el notable estudio de Hostos sobre el poeta mártir; el Prof. G. Rivera, ferviente investigador puertorriqueño, dió en Nueva York con una colección de la *Revista de Santiago*, donde Hostos publicaba por entregas el ensayo, y a su cortesía se debe que ahora se lea completo. (Nota de los Compiladores).

XI

La mayor parte de los errores que cometemos en la vida, procede de la parcialidad de nuestro juicio. Vamos juzgando lo que vamos viendo en el mundo, en los otros o en nosotros; nunca, o pocas veces, acudimos al origen de los afectos, a la causa de los actos, al motivo de las ideas que forman en conjunto la realidad de la vida externa y de la interna; nunca, o pocas veces, recordamos que hay, dentro de la absoluta libertad nativa de nuestras manifestaciones, un orden preestablecido por la naturaleza, y violentamos ese orden e incurrimos en error, al suponer a los otros o al suponernos exentos del deber de obedecer a las leyes naturales que ordenan toda vida.

Como todos, Plácido adolecía de esa parcialidad de juicio, al juzgar el estado de su corazón por las tres o cuatro tentativas platónicas de amor que cantó o lloró en sus poesías eróticas, y al imaginar vencida por las liviandades a que se entregó, la fuerza primitiva de su sensibilidad.

La fuerza estaba intacta, y se manifestó en el momento en que fué solicitada.

Del primer alborozo de su triunfo sobre los hombres que lo rodeaban, pasó a la congoja que le produjo la reacción de las preocupaciones sociales contra su mérito: de la irreflexión de su conducta pasó a la reflexión de la vida: del desarreglo de sus actos, pasó a un proceder más ordenado y más rígido. Y como el hombre no es inmoral sino porque yerra en la elección de fines, desde el momento en que concibió uno más alto que el hasta entonces conocido, se moralizó su inteligencia.

Entonces reaparecieron bajo nuevos puntos de vista y a luz más racional los varios aspectos de la vida moral que había disipado, y, reparando los errores cometidos,

volvió a recorrer reflexivamente las diversas esferas de acción que había recorrido sin conciencia.

Entonces sintió intensamente el amor que hasta entonces había imaginado.

Supiéralo o ignoráralo, el afecto hondo, íntimo, puro y pudoroso que sintió por Fela, no era otra cosa que sustitución del juicio incompleto que hasta entonces había tenido del amor, por el juicio completo, por el ideal total del sentimiento.

Fin del sentimiento es el amor, y es fin tan necesario, que el ser humano sería siempre feliz una vez en la existencia si, abarcando tempranamente ese ideal de vida, lo realizara en el momento de percibirlo. Evitaría los extravíos sensuales, constituiría en el momento necesario una familia, y fuerte como todo el que ya ha realizado un fin, se consagraría a realizar otros menos individuales, no por eso menos obligatorios.

Plácido vio que, a pesar de sus disipaciones, aun le quedaba sentimiento; y lo vio en el momento mismo en que, cansado de la lucha sorda que sostenía contra el medio social que lo oprimía, experimentó la necesidad de auxiliares en la lucha.

Tenía amigos: todos los jóvenes inteligentes de Matanzas, fueran blancos, mulatos, pardos o negros, sentían por él la simpatía entusiasta de que es tan pródiga la juventud en todas partes: él, como fuerza intelectual que era, era una esperanza; y la juventud que, en los pueblos esclavos es ávida de fuerza, tal vez cifraba en él sus secretas esperanzas. Pero esos amigos no bastaban para contener el torrente de preocupaciones y de errores que, rechazando al pardo advenedizo, constituían el martirio de su dignidad.

Buscaba otro auxiliar, y necesitaba encontrarlo en la satisfacción tranquila, normal, definitiva, de sus necesidades afectivas. Concibió la posibilidad y la utilidad de constituir una familia.

XII

Había por aquel tiempo en la ciudad de Matanzas una digna matrona cubana que, presintiendo en la esclavitud de la raza etiópica la causa primera de la esclavitud de las Antillas, se había consagrado a reparar en el silencio de su hogar la injusticia horrenda de que eran víctimas los esclavos: no pudiendo libertar a los suyos porque hubiera desatado sobre sí la ira vengativa del gobierno colonial ⁽¹⁾, los trataba humanamente, revelándoles así la dignidad de su origen.

Con sus esclavos negros tenía a su servicio una negra libre. Era criolla, era cubana, y tenía las cualidades físicas y morales que caracterizan en las Antillas a los negros nacidos en su suelo. Era bella, tan bella, que los blancos la llamaban *Venus etiópica*. Era tan inteligente, que se había asimilado con pasmosa espontaneidad y precocidad los conocimientos que componen la educación de la mujer en las sociedades coloniales. Era tan virtuosa, que infundía respeto; tan cariñosa, que inspiraba cariño a cuantos una vez se le acercaban.

Era la favorita de la matrona benemérita, en cuya casa había nacido, a cuya vista había crecido, a cuyos cuidados debía el desarrollo de afectos delicados y de precoz inteligencia que la hacían amable y respetable.

Viéronla muchos jóvenes blancos, y muchos jóvenes maldijeron acaso por vez primera, la desigualdad social basada en la diferencia de color.

La vió Plácido, y la amó. Podía amarla sin temor al veto social (y aun venciendo a la sociedad, que entonces lo juzgaba superior a ella) y la amó con todo el

(1) En Cuba y en Puerto Rico se ha perseguido como enemigos de España, a los que han manumitido sus esclavos. (Nota de Hostos).

abandono de los afectos decisivos, con toda la dignidad del amor que es fin social y no medio de placer individual.

Amor ch'á nul amato amor perdona, no perdonó a Fela, la Venus etiópica de Matanzas, como no perdonó a Francesca.

Amado, Plácido pensó en el matrimonio. El auxiliar de su lucha contra la desigualdad social se revelaba a él, y él lo acogía con fruición.

Iba a ser feliz, iba a ser fuerte, iba a seguir luchando, iba a vencer.

¿Luchador y vencedor siendo feliz? ¿Fuerte por la felicidad? Delirios de virtud! como decía Heredia y como el cólera probó.

Llegó el cólera a Matanzas, y arrebató a Fela.

Cayó como caen los cadáveres, *come corpo morto cade*, y cayeron con ella la felicidad, la fuerza, el estímulo y el triunfo del poeta.

XIII

Aquí empieza su grandeza.

Cuando se quiera probar a un hombre débil, póngasele en frente de esa casualidad hostil que llamaban Destino los paganos y en que creen, bajo mil nombres, los cristianos. Sucumbe bajo el peso de la casualidad un ideal del débil, y el hombre se acabó. Servirá para todo, menos para hombre.

Cuando la amiga contrariedad quiere probar que un hombre es fuerte, lo ataca, lo cerca, lo bloquea, lo agujonea, lo tortura, lo postra, lo despoja de todos los auxiliares, de todos los estímulos ideales, de todas las fuerzas exteriores, y después de vejarlo y de insultarlo, lo levanta. Ese es un hombre que sólo servirá

para ser hombre: ya la casualidad es impotente contra él. Seca sus lágrimas, devora su dolor, vilma sus contusiones, lava sus heridas, se palpa el corazón moribundo con las manos, el espíritu inmortal con el cerebro, sonríe, reacomoda la carga sobre el hombro y camina impeturbablemente su camino.

¿A dónde va? No importa adonde. Va, y es lo que importa. Irá, como Plácido, al suplicio; irá, como Domingo Goicuría ⁽¹⁾, hacia el patíbulo; irá, como el combatiente cubano, hacia la independencia; irá, como los puertorriqueños errantes, hacia la revolución; pero no vacilará, pero no perderá el tiempo en maldecir la aspereza del camino. Todo camino es suave cuando se llega por él a un fin humano.

Plácido no perdió su tiempo en maldecir. Las nueve poesías que consagró a su infortunio son otras tantas revelaciones del progreso moral que había hecho.

Excepto la primera expansión de su dolor, cuando aun se defiende contra él e increpa a la peste asoladora,

Esa cruel, homicida,
Bárbara, injusta, inexorable y fiera,

todas las demás son reflexiones tranquilas de su estado: ya el poeta se ha supeditado al hombre: ya la fantasía vagabunda se ha subordinado a la razón: ya la sensibilidad enfermiza se ha sometido al sentimiento sano.

Fué su existir cual tierna tortolilla
Que en el nido se mira perecer,
Rápida exhalación que prende, brilla,
Y vuela, y muere al punto de nacer.

(1) Mártir de la revolución de Cuba, y una de las más notables figuras de la historia de la emancipación americana. (Nota de Hostos).

Así piensa en ella cuando contempla la antes feliz luna de octubre que vió su ventura y debió brillar en los días de su unión deseada. Y su misma dulce resolución con que promete cumplir sin engaños,

La pasión inmortal que le juré
Y que si por mi mal vivo mil años
Mil años su memoria guardaré,

consta en la epístola en que refiere a otro poeta la muerte de su amada.

Ha resuelto, sin despecho, sin amargura, sin desesperación, no volver a amar sino la memoria del ser único que amó: le basta para aquietar su inquieto sentimiento, y sin que él se aperciba, comienza a pensar y sentir más virilmente.

Su amor infortunado, lejos de ser una caída, ha sido una exaltación. Ha elevado su espíritu, y con él se han elevado el objeto y las manifestaciones de su vida.

XIV

Hasta entonces, Plácido no había amado otra patria que la geográfica. Había en un rincón del mundo un pedazo de tierra muy hermosa en donde había nacido. Como la ostra a la roca, como la planta a la tierra, así, no menos, aunque no más, amaba Plácido al suelo en que nació.

Pero ¿era suyo aquel suelo? ¿Quién lo poseía y por qué? ¿Por qué lo ocupaba el extranjero? ¿Con qué derecho lo usufructuaba el extranjero? ¿En qué ley humana o sobrehumana estaba cimentado el deber que hacía esclavos sociales o políticos a los nativos negros o blancos de la Isla?

Si estos problemas se ofrecieron a su razón, les tuvo miedo. Ni una sola vez se había atrevido a plantearlos; ni una sola vez había meditado en la absoluta necesidad de resolverlos.

Humillado, resignado a su humillación, mientras tuvo aduladores para su talento, compradores para sus versos, compañeros para sus debilidades, represalias para sus derrotas de amor propio, satisfacciones carnales para sus necesidades sensuales, pudo creerse desligado de todo compromiso con la tierra que veía esclava, con la sociedad que olía a materia corrompida, y decir displicentemente, aceptando su humillación y aprovechándola, como hacía decir al canario de su fábula:

Lo que se me enseña canto,
Porque con mis trinos bellos,
Aunque vierto oculto llanto
Hago lo que mandan ellos ⁽¹⁾
Para no padecer tanto.

Sé que no puedo quebrar
Estas varillas de alambre;
Me dan vida por cantar,
Y si persisto en callar
Me harán perecer de hambre.

Mas tan pronto como pudo sondear el abismo de ignominia en que vivía, salió de él. Para ese esfuerzo, necesitaba violentas sollicitaciones, sacudimientos dolorosos, lucha acerba con los hombres, consigo mismo, con la casualidad, con la contrariedad.

De ese nuevo estado moral debía nacer un nuevo estado intelectual, y apenas el uno se dió en las decepciones del mundo que la muerte de Fela consumió, el otro se produjo.

(1) Ellos, los carceleros, los opresores del canario. (Nota de Hostos).

En el nuevo estado intelectual, la vida de Plácido necesitaba la norma que hasta entonces no había tenido. Buscándola, se encontró con la idea del deber.

Se le presentó bajo la imagen de estas *dos olas*:

De blanda brisa impelida
Como dulces compañeras
Dos olas del mar salado
Marchaban a la ribera,
Cuando, impaciente la una,
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:
"Atrás, taimada, te quedas:
Así nunca medrarás
Por andar con las pequeñas.
Verás cómo ahora me junto
Con esas olas soberbias
Y me levanto del Ponto
A la superficie tersa,
Y sumerjo los navíos
Y me trago hasta la tierra."

No bien húbose engrosado
Y extendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha.

Y así acabó; mas la amiga
Que alzarse la vió tan hueca,
Siguió callada y tranquila,
Burlando de su demencia.
Ya un pintado pajarillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave Favonio
Su planta toca ligera.
Así se va deslizándose
Hasta que a la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella
Y sube a su rostro y moja
Su flotante cabellera,
Pasando a morir gozosa
En lecho de blanda arena.

Yo, que mis redes cuidaba,
En tanto que el sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Creí que el mundo era el mar
Y hombres las olas: aquellas
Que de la calma se apartan,
Desdeñando la pobreza,
Y con las grandes se juntan
Por ostentar preeminencia,
Son trasunto de los vanos
Amantes de la opulencia
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ansia y la miseria,
Desprendidos de los suyos
Por seguir quien los desprecia;
Y éstas que caminan mansas
Y no ambicionan ni anhelan
Más bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del *Deber* y la *Prudencia*,
Que ni murmuran ni envidian
Ni de los suyos se alejan
Ni distinguen por colores
Ni casan por conveniencia
Ni se envanecen, ni tienen
El trabajar por afrenta
Y sólo aprecian acciones
Y viven de lo que pescan.

Pocas veces, si alguna ha acaecido, se ha presentado la austera idea del deber en forma menos repelente ni con más encantadores atractivos. Pero la belleza positiva de la imagen, la gracia delicadísima de la apariencia, en nada alteran la esencia de la idea.

Ya Plácido ha comprendido que hay un deber en cada vida, y que de los cumplidores de ese deber es la consecución de su objeto y la realización de su destino.

Como la ola soberbia, él se reunió a los soberbios: y se estrelló. Es necesario que, como la ola humilde, y procediendo con prudencia, cumpla con su deber.

Hay hombres de su color y de color aún más intenso que, por ser negros o pardos o mulatos, pierden ante el mundo en que viven los derechos y la dignidad del ser humano. Esos hombres son los suyos: es deber no alejarse de ellos.

Hay un deber de trabajar para subsistir, y hay quienes consideran que ese trabajo es una afrenta, y es necesario raciocinar prácticamente contra ese error. ¿Se ocurriría a Plácido que el único modo de destruir el envilecimiento del trabajo es libertarlo, y que para libertarlo en Cuba era necesario emancipar a los esclavos, y que para emanciparlos era necesario hacer una revolución?

Fueran cualesquiera los corolarios que él dedujera de aquella primera idea del deber, y cualquiera que haya sido el orden lógico con que se presentaran en su espíritu, es evidente en su obra la huella de la transformación intelectual que produjeron y pronto contemplaremos en su vida el resultado de esa transformación de sus ideas.

XV

El sentimiento de la patria entre los colonos esclavizados de España ha sido siempre generado por la noción del deber desarrollado hondamente en algunos de esos espíritus rebeldes a toda iniquidad.

Iniquidad fué para ellos la Conquista; iniquidad también la detención de su patria en el camino del porvenir, obstruido por las rémoras del gobierno colonial, y en la primera noción de su deber se formula en ellos

la protesta vehemente contra el pasado y el enérgico ideal del porvenir.

De ahí el fenómeno invariable que se observa en la historia de la independencia de todas las colonias españolas. Los que mejor personifican el sentimiento de la patria, la aman tanto en el pasado y en el porvenir cuanto la compadecen en el presente, y al mismo tiempo que quieren destruir todo lo que en la actualidad la constituye, quisieran reconstruirla en el porvenir con todos los elementos del pasado anterior a la colonia.

Por eso detestan con tan continuo odio todo lo que es colonial y por eso aman con tan activo afecto cuanto recuerda la patria primitiva. Fué una iniquidad la destrucción del elemento indígena, y al invocar la patria, la invocan en sus primeros hijos. El araucano en Chile, el quichua y el aymará en el Perú, en Bolivia, y Ecuador, el azteca en Méjico, Hatuey, Caonabo y Bayoán en las Antillas, son a los ojos de los primeros independientes la mejor expresión de su derecho; y lo primero en que piensan al preparar y al consumir la independencia, es en vengar y en rehabilitar a las razas aborígenes.

Los que piensan desde el punto de vista de la realidad que nada tienen que ver los que a nombre de la civilización y de su propio derecho reivindican el uno y defienden a la otra contra España, con razas muertas ya, como en las Antillas, o envilecidas como en el Continente, no han experimentado la violenta sucesión de ideas que se verifica en el espíritu de aquellos para quienes la idea de independencia ha sido ante todo o es un ideal de justicia.

Inicuas como fueron la Conquista y la Colonia, depositan en el ánimo la piedad más fervorosa en favor de las razas anonadadas y el odio más ferviente en contra de los que tan torpe y tan bárbaramente las anonadaron. Cuanto crece el horror hacia los verdugos

aumenta la reverencia hacia las víctimas, e identificando la causa justa y sacrosanta de los indios con la santa y justiciera causa de los criollos, el pasado y el porvenir se coaligan para destruir lo existente.

Si hay alguien que no comprenda esta lógica generación del patriotismo de un criollo que anhela la independencia de su patria, que no lea el romance dedicado por Plácido a llorar el triunfo de los españoles sobre las tierras de Tlaxcala ni las poesías mixtas consagradas por él a echar de menos a los primeros habitantes de Cuba. No las comprenderá, a pesar de que esas tres composiciones—*Jicotencal*, el *Yumurí*, el *Pan*—son las primeras manifestaciones del nuevo espíritu que mueve al poeta.

Jicotencal es el primer lamento de su patriotismo: se imagina la patria americana tal como fué en sus días felices; se representa en todo el vigor de sus virtudes a la raza que ocupaba en las Antillas, en el continente meridional y en el septentrional a toda la tierra usurpada y esclavizada por los españoles; personifica en el héroe de Tlaxcala las virtudes que las monstruosidades del conquistador hacen brillantes en la historia de la conquista; y, cuando después de haberlas hecho resaltar, se acuerda de que la raza que las poseía fué vencida y aniquilada por los españoles, da a su palabra un acento tan triste, un tono tan lúgubre a su poesía, que es imposible no deducir de ella el cambio que en el espíritu del poeta se operaba. Ya ha llegado a ser, ya es el hombre que ama a la patria en el derecho, que necesita la libertad para su patria, que liga la esclavitud social y política que en todas partes ve a aquella serie de catástrofes que dieron el triunfo a la fuerza, a la violencia, a la injusticia, y atribuyéndolas al mismo agente, concibe el deber y la necesidad de destruirlo.

Si nosotros nos hubiéramos propuesto hacer la crítica literaria del poeta pardo, reproduciríamos íntegramente el romance octosílabo en que narra los triunfos de *Jicotencal* y su grandeza de espíritu: es una obra maestra en el género, y acaso la más perfecta de sus composiciones. Pero nosotros no hemos querido perder el tiempo en probar que Plácido tuvo nativamente todas las cualidades que forman en conjunto a los grandes poetas líricos; buscamos al hombre en el poeta, y sólo tomamos de *Jicotencal* lo que basta a nuestro fin.

Presenta al héroe:

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda:
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquín de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes que la vista
Heridas del sol deslumbran,
Entra glorioso en Tlaxcala
El joven que de ellas triunfa.

.....

Pone en acción la virtud del héroe: es magnánimo; cautiva por su magnanimidad, y cuando después se le vea desaparecer en la oscuridad, bastará el contraste para producir el efecto que el poeta ha querido producir:

Hasta la espaciosa playa
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe
Atropellando la turba,
Del palanquín salta y vuela

Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol,
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
En eco tonante anuncia.
Suspende a lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida,
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mustias.
Llega; los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
"Perdón!"—exclama, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutan.
"Tornad a Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba:
Decid a vuestro señor,
Perdido ya veces muchas,
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda;
Que el cacique de Tlaxcala
Ni batir ni quemar gusta.
Tropas dispersas e inermes,
Sino con armas, y juntas"

.....

Ese espíritu heroico hubiera sido la delicia de Méjico, el contento de la historia, el renombre más puro y virtuoso de los poseedores naturales de la tierra nueva: y sin embargo, no se sabe cómo ni cuándo murió. Es que entre él y la posteridad justiciera está la brutalidad de la Conquista, está la ferocidad de España conquistadora. Quien así apaga el brillo natural de la

virtud ha hecho una maldad: aborrezcámoslo. Ese es el espíritu de esta sobria, severa, melancólica terminación del romance:

Siempre vencedor después
Vivió lleno de fortuna,
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Barreada de áureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

XVI

La transformación que se insinúa en *Jicotencal*, se acentúa en el *Yumurí*. En ésta y en la otra poesía mixta consagrada al elevado monte que domina en el fondo de la bahía de Matanzas, el poeta exterioriza la evolución que se verifica en su pensamiento y en su corazón.

Ya no recorre como antes las márgenes del Yumurí para pedir consuelo a la soledad, inspiración poética a la naturaleza, canciones eróticas a la meditación fugaz. Ya su alma está preñada del profundo rencor del patriotismo, y cuando interroga a la plácida corriente y no ve en ella las yolas indias que en tiempos más felices la cruzaban, y no ve a los sencillos moradores que en la edad de inocencia poblaron los contornos, y en vez de las vírgenes indígenas, ve pasar a los siervos agobiados por el estado de indignidad en que los obligan a vivir, siente en su corazón y en su conciencia

la patriótica indignación que no se atreve a expresar como la siente, pero que palpita activamente bajo la mano y el oído que la auscultan.

Poned la mano sobre ese corazón, aproximad el oído a esa conciencia, y la indignación resonará como resuena al oído del experto la tonante vibración de los gases que en el fondo secreto de la tierra se preparan a estallar.

Acosta, el útil comentador de la historia de Puerto Rico, tenía que expresar en sus comentarios toda la sana irritación que quería comunicar a sus compatriotas. Le era imposible hacerlo francamente; allí estaba, ojo avizor, el gobierno colonial. Para poder lo que quería, necesitó emplear el más eficaz de los recursos retóricos, y toda su obra está llena de pretericiones: no dice nada, cuando lo dice todo.

Yo mismo, que he trabajado siempre a cara descubierta; que en plena España he predicado la independencia de las Antillas; que en plena omnipotencia de Serrano le he dicho faz a faz las rudezas que pensaba, me he visto una vez obligado a emplear el recurso de Plácido y de Acosta y de cuantos, hablando delante de España a las Antillas, han tenido que velar la verdad para decirla.

Había muerto en Valparaíso uno de los precursores de la independencia de Puerto Rico. Segundo Ruiz Belvis, alucinado por el *Contra-manifiesto*, vino a Chile en busca de recursos para intentar la revolución en Puerto Rico. Llegó y murió. Era necesario que la Isla conociera y llorara el sacrificio del mejor de sus hijos, por que era el primero que se sacrificaba. Yo dirigía *El Progreso*, diario expresamente fundado por los liberales de Barcelona para conmover a la entonces pasiva Cataluña. En su programa, que fué una de las causas de la supresión *ab-irato* del periódico y el menor de los motivos en que se fundó la persecución de

su director, había yo incluido la libertad autonómica de las Antillas como condición necesaria de la revolución de España, y quería y debía utilizar todos los medios que se me presentaran para explicar cómo entendíamos las Antillas y los antillanos nuestra libertad. Escribí una biografía de *Ruiz Belvis*. Lo presenté como había sido, y para hacer comprender la significación del hombre, resumí su retrato en estas palabras simbólicas: "Fué un *obrero* que murió en la *obra* y por la *obra*." España no entendió: pero Puerto Rico consagró la fórmula. Desde entonces, la independencia de la patria es nuestra *obra*, y todos somos *obreros* de la patria.

La palabra de doble sentido, la reticencia, la segunda intención que se escapa de los labios del esclavo, es la amenaza más eficaz para su amo y es la prueba más terminante de que el espíritu del esclavo se emancipa.

Estoy presentando a Plácido en el momento de su emancipación espiritual, y es necesario que aprendamos a pesar sus palabras, a penetrar sus agudas intenciones, a valorar sus reticencias.

En él, más que en nadie, son expresión exacta de la evolución que estudiamos en este momento de su vida. Nadie tan humillado como él; nadie tan obligado como él a una reacción. Había descendido hasta la indignidad, y la indignidad lo había contaminado: no podía hacer de un impulso el camino que mediaba entre la servil resignación del primer período de su vida y la viril abnegación que coronó su muerte: evolucionaba por pasos sucesivos: se emancipaba por esfuerzos lentos.

Ahí está contemplando el Yumurí.

En vez de la calentura de los sentidos que en otro tiempo exacerbaba o calmaba la contemplación de la

naturaleza, está sintiendo la fiebre de la virilidad, hambre de acción.

Piensa que a la margen de ese río se acercó alguna vez el héroe indígena de Cuba, Hatuey, aquel para quien el mismo cielo era odioso si en él se había de encontrar con españoles (1). Piensa que acaso fué una conseja el suplicio del héroe de la Isla, e imagina que tal vez en el fondo del tranquilo Yumurí reposa Hatuey.

Piensa que éste, al iniciar la rebelión contra el conquistador, mandó arrojar al agua los tesoros de la Isla, "porque el dios de los españoles es el oro", y al imaginar que el tesoro yace en el fondo del río, maldice tácitamente a los que saquearon, despoblaron y aniquilaron a la Isla.

Quién sabe si en su fondo cenagoso
Algún tesoro oculto se hallará
O en subterráneo oscuro y misterioso
De Hatuey entero el esqueleto está!

Para huir del infierno de la colonia, rehace en su espíritu el paraíso de la Isla primitiva, y pregunta por él al manso río:

¿Dónde fueron, río manso,
Aquellas góndolas listas,
Con sus caprichosas velas
De verde huano tejidas?

¿Dónde aquellas banderolas
De nítido algodón, fijas
Sobre derechos bambúes
Con rojos soles de bija?

(1) Condenado a la hoguera, Hatuey murió como Guatimozín. Un clérigo le ofreció el cielo si se bautizaba. "¿Van los españoles al cielo?" preguntó. A una afirmación, contestó: "Pues yo no quiero ir donde haya españoles". Y murió maldiciéndolos. (Nota de Hostos).

¿Dónde aquellas prestas balsas
Fingiéndose flotantes islas
Con sus guirnaldas de hojas
Por gallardetes de cintas?

¿Dónde los hombres tostados,
Cuyas zumbadoras viras
Alcanzan hasta en las nubes
Las garzas que el aire hendían?

¿Y dónde por fin aquellas
Modestas vírgenes indias
Sutiles como tus olas,
Y puras como ellas mismas

Que en la noche con antorchas
De sasafras encendidas,
Formando un bosque de fuego
Te iluminaban festivas?

¿Aun me parece escuchar
Sus selváticas cantigas,
Y que redobla sus ecos
La inmensa gruta vecina!

Aun las contempla mi mente
Al soplo de blanca brisa,
Que sus cimeras de plumas
Y sus cendales agita!

Sus negras madejas veo
Por la álea espalda tendidas,
Sus ledas frentes, sus ojos
Centelleantes de alegría.

¿Qué fué de esa pompa agreste?
¿De esa perdurable vida?
¿De esos amores sin celos?
¿De esos goces sin malicia?

¿Qué fué? Eso se ve, no se pregunta: el desierto, donde antes los felices pobladores: la soledad, donde antes el monumento de la vida.

Todo se acabó!... Desierto,
Solitario, al mar caminas...

El poeta medita en la causa del desierto que ve y de la soledad que llora, compara con la población y la sociedad que antes había, lo que hay, y abruma sobre el pecho la cabeza cargada de ideas lúgubres, y condensa el resultado de su meditación en estos cuatro endecasílabos enérgicos:

Perdiste tus festines y tus flores.
Tersura, arenas, palmas y *nación*...
Eres como un poeta sin amores,
Como la ancianidad sin sucesión.

El Yumurí, que en otro tiempo era para Plácido un río como cualquier río, es ahora el emblema del patriotismo. Corre tristemente hacia el mar, llorando la nación que ha perdido, quejándose como se quejan los ancianos que no dejan sucesión.

El manso río se ha convertido en una protesta contra los hijos degenerados de su tierra. El siboney (nombre genérico de los aborígenes) peleó hasta morir: ¿qué hace el cubano?

XVII

La transformación empieza a ser franca y activa en el alma del poeta. No convierte la vista a parte alguna que no le oponga al presente calamitoso el pasado venturoso de la patria.

Ahí está, remedando a un pan de azúcar, formando la espléndida decoración interior de la bahía, el *Pan*. ¡Cuántas veces lo contempló el poeta, sin que el fantasma del pasado que ahora evoca, le gritara como grita: "Cuba, Cuba!"

El poeta fué sordo de conciencia, y no podía oír: hoy empieza a no oír otra vez que la interior, y al contemplar la montaña majestuosa, se levanta majestuosamente la voz de su conciencia en su interior. Ese fué el monte que inmortalizó con sus maldiciones patrióticas Heredia; desde ese monte bajaron tal vez los primeros enemigos de la tiranía. Es indigno contemplarlo a la débil mirada de los hombres-niños; es necesario contemplarlo varonilmente como un símbolo del estado político y social del país, como un corazón lleno "de fulminante gas", y decirle, anhelando que lo haga:

Quién sabe si a reventar
Te apercibes con estruendo,
Y en vez de flores, brotar
Torrentes de lava hirviendo
Que se apaguen en el mar!

Es necesario ver en él los recuerdos de aquel tiempo inmortal en el alma del cubano, en que los primitivos habitantes de la Isla reclaman a las armas su derecho: es necesario, al contemplarlo, ver en la fanta-

sía y sentir en el corazón el cuadro de la independencia primitiva, el clamor que convida a la segunda independencia:

Atalaya del golfo mejicano,
Que erguido brillas, gigantesco altar,
Donde te colocó de Dios la mano
Sobre el nivel del espumoso mar:

Soberbio *Pan* de cañas coronado,
Cuyas hojas con voz repiten fiel
El himno que un ilustre desterrado
Te cantara en alígero bajel:

Salve! monte feroz, viva memoria
De un tiempo *inmortal* que *feneció*,
Vago recuerdo de ignorada historia
Que entre rústicas sombras se ocultó.

Lo inmortal no fenece: es inmortal el tiempo anterior a la conquista: ¿por qué pasó y pasaron con él la independencia, la libertad, y la ventura que vió? ¿Por que le sucedieron la conquista y la colonia maldecidas? Todo esto dice la antilogía subrayada.

Los vivientes que algún día
Triscaban en la espesura,
Hoy salen como las hadas,
Al esplendor de la luna,

Entre las esbeltas palmas,
y las flexibles yagrumas:
A recordar lo que fueron
Sus simples sombras se agrupan.

Dorados carcajes llevan,
Y sus cabezas circulan
De garzas y tocoloros
Con blancas y rojas plumas.

Ya se apartan, corren, ríen,
Callan, bailan o se juntan
A discantar sus amores,
O a llorar sus desventuras.

Así las bellas fantasmas
En la noche te saludan,
Hasta que el alba en oriente
La vuelta del sol anuncia.

Entonces rápidas vuelan,
En la inmensidad se ocultan,
Y sólo se oyen sus ecos
Que repiten: "¡Cuba!... ¡Cuba!...

¿A qué vienen esas fantasmas, por qué gritan? Vienen a reclamar el derecho que perdieron, a recordar que ya es tiempo de reconquistarlo. Son el espíritu de la sociedad esclavizada, que habla en la noche de la conciencia y en el silencio de la meditación a los esclavos.

Sorprended a Lady Macbeth en el momento en que se limpia inútilmente la mancha de sangre. Pronunciad someramente a su oído "¡Banco! ¡Banco!" y comprenderéis el efecto que produce en el oído de España el "¡Cuba! ¡Cuba!"

España es la Lady Macbeth de la Historia.

XVIII

Plácido se ha casado. Una mujer, parda como él, desheredada del patrimonio de ventura social que la colonia reserva para los más impuros que comercian con sangre negra o para los purísimos de origen y de sangre, blancos por la piel, españoles por el alma; una mujer tan pobre como él, tan humillada como él, lo ha amado; y él ha recompensado con el matrimonio su cariño.

Ya se ha fijado el porvenir del hombre y tiene segura su planta en el hogar; ya puede levantar hasta el

cielo la cabeza. Si se desvanece y desmaya, hay a su lado quien lo sostenga y lo conforte.

El matrimonio es la única institución que sobrevive y sobrevivirá perpetuamente a todos los sistemas religiosos, morales, sociales y políticos, porque es la única que, modificándose y transformándose, corresponde siempre a un fin real del ser humano. Fisiológicamente, la mujer es complemento del hombre, y el hombre lo es de la mujer; psicológicamente, el uno es suplemento del otro; socialmente, son elementos necesarios de la familia. La familia del matrimonio (cualquiera que éste sea) es la más fuerte, porque es la que más libremente acepta las responsabilidades que conlleva. Tranquilo en la fortaleza de ese estado, dentro de sus delicias y de sus amarguras, el hombre es una fuerza. Más allá del hogar, tendrá todas las luchas en que se comprometa; en el seno del hogar, tendrá la paz. Fuera, duda: dentro, confía. El dolor confiado no es dolor: la indignación comunicada es un placer viril; la congoja calmada por una voz amiga es un deleite; la injusticia compartida por un alma generosa es una invitación a la virtud; los combates por la patria, por el derecho, por la libertad, por la civilización; los peligros, los azares, la amarga suerte varia del combate, son aguijón, estímulo, acicate, cuando alguien de quien se está seguro, acompaña al combatiente. Y ¿quién, sino la esposa, puede ser ese infalible compañero? La amistad no es esencialmente otra cosa que una forma del afecto interesado, y el afecto interesado es volandero: vuela con una duda, con una injusticia, con una preocupación, con un error. La identidad de fines basada en la identidad de necesidades, de intereses, de medios y recursos, sólo en el matrimonio puede darse.

Por eso es el estado tranquilizador por excelencia. Por eso tranquilizó el espíritu de Plácido.

No habrán leído o no habrán querido comprendernos, los que entiendan que, una vez casado y tranquilizado, se detuvo y cesó la evolución que examinábamos en el poeta.

Al contrario: el cambio moral e intelectual continuó más activamente que nunca, porque se operaba en un medio más favorable.

Plácido confiaba en alguien, estaba seguro de alguien, encontraba en alguien el leal compañero de sus luchas exteriores, y podía entregarse tranquilamente a la meditación.

En aquel momento meditó toda su vida en sus dos aspectos y en sus dos influencias capitales: él y la sociedad, acción de la sociedad sobre su espíritu.

Entonces vió lúcidamente todo el olvido de dignidad que había en la primera parte de su vida; todo el olvido del deber que empezaba a amar.

Este es el momento de las poesías en que, confesando cada vez con voz más clara la fe de su conciencia—la libertad patria, y la emancipación de los esclavos—, confiesa con más severidad sus extravíos.

Cada vez que habla de patria, habla del tiempo en que adulaba a sus opresores: cada vez que se dirige a un digno, maldice la época en que prodigaba alabanza a los indignos.

Habla de patria y libertad en *El hombre y el canario*; expone sin reticencias su pensamiento; se declara ansioso de la libertad a que lo invitan; muestra que es cordura trabajar con prudencia y con constancia por la grande obra, y explica por qué, él, que así piensa, ha adulado al opresor: "Es que no como", según dijo Cervantes por medio de Rocinante. Ni en uno ni en otro es una disculpa, por más que sea una culpa del tiempo en que vivieron; pero es ya un momento de conciencia el en que se ven las faltas cometidas y el en que

se aspira a acciones más puras; y ese contraste es el que más interesa patentizar en el poeta.

Un canario enjaulado, a quien un hombre reconviene porque no hace esfuerzos por libertarse y porque no entona los trinos de la libertad, contesta:

“No trino como entre flores
—el canario contestó—,
porque me causan dolores
tristes recuerdos y no
agrada a mis opresores.
.....

Que lo adulo, en apariencia,
Piensa mi dueño, y se hechiza;
Mas mirándolo en conciencia,
Yo engaño al que me esclaviza
Por conservar mi existencia.

Morir por preocupación
Y sin defensa, es locura;
Suicidarse, sinrazón;
*Vivir, y hallar la ocasión
De libertarse, es cordura.”*

El *hombre* que habla con ese canario es el cubano blanco: el canario es la raza esclavizada. El blanco que ha consentido en esclavizarle, lo busca cuando lo necesita para libertarse a sí mismo, y reconviene por su pasividad al sujeto todavía en la cadena. Entonces el esclavo envilecido por la fuerza, increpa al envilecido por su propia debilidad, y dice por medio del canario estas vibrantes verdades:

“Cuanto a ser esclavo... espera...
Se comprende, y no te asombre:
Yo disculparme pudiera,
Y al mismo tiempo te hiciera
La misma pregunta, **Hombre.**

Haz cuenta que yo caí
En tus redes, y ansias vivas
No me salvaron de allí,
Porque tú que me cautivas
Eres superior a mí;

¡Mas tú, que sólo acatar
Debes al Sumo Hacedor
Y de un hombre a tu pesar
Que no es a ti superior
Te dejas esclavizar!...

Por continua que fuera la presión del medio social, Plácido era un hombre ante la ley, como ante los acatadores del mérito: ante la ley, porque no era ni había sido esclavo; ante el mérito, porque era un mérito. Y sin embargo, no reivindicaba su derecho. Este era el aguijón de su conciencia, y no era sólo al cubano blanco; era a sí mismo a quien punzaban sus palabras. Sentía las punzadas, y como empezaba a probar su resistencia, se complacía en ellas.

Tiene que dirigirse a un hombre digno, y para sentirse más hombre y más fuerte, recuerda en la exaltación de su entusiasmo presente la abyección de su tiempo pasado: él, que ahora celebra al general La Flor, digno cubano que ha protestado virilmente contra la esclavitud de Cuba y se ha ido a pelear por la libertad en Méjico, ¿es digno de alabar a ese digno hijo de Cuba? ¿No es él quien lisonjeó y aclamó las perversidades poderosas? Sí, es él mismo: lo confiesa, y se complace en confesarlo, porque así es más palpable su redención, así más cierto el esfuerzo moral e intelectual a que debe su rehabilitación. Es un redimido por sí mismo; es un rehabilitado por su propio esfuerzo, y puede y quiere recordar el momento de la abyección y la ignominia:

Parte: lleva esta flor, guerrero bravo,
No cual brindis de siervo temeroso:
Que al libre como tú, no fuera honroso
Incensos recibir de un bardo esclavo.
No puedo serlo! y soilo en apariencia:
Bástame respirar en este suelo...
Pero mi corazón es por esencia
Muy más libre que el águila en el cielo!

Los dos penúltimos versos expresan admirable, sublimemente, el movimiento del espíritu. Al grito de rebelión, sucede inmediatamente la prueba que lo apoya. Por muy libre de espíritu que sea, es esclavo en apariencia:

Bástame respirar en este suelo.

Quisiera respirar en otra atmósfera; envidia al guerrero cubano que aspira el aura de la independencia en Méjico, y exclama:

Ojalá que ese piélago rugiente
Que hay en tu patria hermosa y desgraciada,
En tu serena frente,
Me conceda una vez cruzar las olas
Y abrazarte en las playas de Occidente:
En esas playas que llegar te vieron
Sin libertad, sin patria y sin fortuna,
Y ledas te acogieron,
Cuando el suelo natal abandonaste,
Cansado de vivir cual siervo esclavo,
Y en su suelo seguro
Patria, fortuna y libertad hallaste."

No basta sentir la viril necesidad de libertad: es necesario quererla con toda la obstinación de la voluntad.

El poeta la quiere, y como todo el que quiere, busca los medios de realizar.

Vuelve la vista al rededor, y encuentra que todos serían libres si, como La Flor, batallaran y supieran batallar: pero se contentan con que los dejen vivir; y comen, beben, viven.

Se irrita, y por eso es iracundo su acento, cuando dice al guerrero:

Que hay en tu patria hermosa y desgraciada.
Millares de hombres fuertes e instruídos;
En la inacción y esclavitud sumidos,
Que con valor y espada,
Héroes pudieran ser, y no son nada.

Se desalienta, y desesperando de pisar nunca en tierra libre, quiere al menos que la toquen sus versos.

Mas al llegar a la espumosa orilla,
Saca mis versos, dobla la rodilla,
Y tócalos tres veces en la tierra:
¡Tócalos por piedad!...

Ese grito, escuchado con cuidado, produce en el oído el efecto que produce a la vista perspicaz el último desenvolvimiento de la crisálida al transformarse en mariposa.

Ha muerto el versificador, y ha nacido el poeta verdadero; pasó el siervo, y llega el hombre; desapareció el paria y aparece el ciudadano.

XIX

Con las palabras coincide la conducta; con las ideas los actos; con el poeta el hombre.

En aquel tiempo—1843—la progresión individual que hemos seguido paso a paso en el espíritu de *Plácido*, llegaba en la sociedad cubana a uno de sus momentos más críticos.

En pago de su bombardeo de Pamplona en 1841, el general O'Donnell había recibido la capitanía general de Cuba. Parecía peligroso a los *moderados* —especie de doctrinarios políticos tan torpes en España como en Francia y en América—, y lo alejaban. El futuro semidiós de los españoles empezaba su aprendizaje de endiosamiento. Un dios pobre es absurdo, y O'Donnell quería a toda costa ser rico.

La ocasión era propicia. El Gobierno inglés había exigido por segunda vez que se cumpliera el tratado de 1817, según el cual España se había comprometido en la persona de su rey Fernando a perseguir el tráfico negrero, y el Gobierno español se había visto forzado a hacer discutir, aprobar y promulgar la ley de 1842, infame subterfugio por cuyo medio se salvaban las responsabilidades nacionales, dejando intacta la raíz del mal.

El Gobierno inglés, que ya había pagado con no recuerdo cuantos millares de libras esterlinas la adhesión de Fernando VII a sus deseos, quería y pedía la declaración de piratería para *la trata* (comercio de esclavos); las penas que recaen sobre los piratas, para los sorprendidos en el tráfico; y el derecho de inspección y de visita para sus cruceros del golfo de Guinea.

España le dió una ley en que eludió la declaración de piratería, la aplicación de las penas internacionales

contra los piratas, y el derecho de inspección y de visita. Tenía un empeño capital en fortalecer en las Antillas su sagrada institución de la esclavitud, por tres motivos: primero, porque siempre ha creído que las Antillas debían ser españolas o africanas ⁽¹⁾, y creía que los esclavos africanos eran la mejor represión de toda tentativa de independencia; segundo, porque el tráfico la enriquecía; tercero, por tener satisfechos a sus hambrientos, los empleados, comerciantes y aventureros españoles de las Antillas. Declarar piratería al tráfico negrero, hubiera sido matar aquel fructífero comercio, empobrecerse, y malquistarse con todos los negreros españoles, cuyos eran los buques y tripulaciones consagrados al plagio en las costas de Guinea.

La altivez, vicio de carácter de que España se gloría más que lo haría de una virtud, salió a la palestra. El ministerio español y los legisladores españoles dijeron que sería denigrante para España y ultrajante para su *proverbial altivez* el aceptar una declaración impuesta, y condenando enérgicamente (¿cómo no, y cuando no?) el infame tráfico, lo dejaron subsistente. Era ultrajante para la proverbial altivez el consentir visitas en sus buques de piratas, y dejaron en paz a los piratas. Pero como la burla, así despojada de paliativos, hubiera parecido inaguantable al Gobierno inglés, y España es demasiado altiva para no ser prudente con los fuertes, dictó su *ley contra el tráfico negrero*. Una hábil ley. Dejaba llegar los barcos negreros a las costas de las Antillas: si los sorprendía, decomisaba la mercancía, se apoderaba de los negros plagiados, y como es una nación tan caritativa, creaba un depósito de *emancipados*, que mediante un precio alzado, y previa

(1) Además de otros muchos, O'Donnell y Concha sostuvieron oficialmente ese dilema. En 1867, el Maestre Seijas Lozano le defendió en pleno Parlamento. (Nota de Hostos).

condición de educarlos *en la santa religión de nuestros padres*, vendía temporalmente a los propietarios urbanos y rurales.

De este modo, la nobilísima nación cumplía con Inglaterra, a la cual sellaba el labio; con la Humanidad, a la cual se asociaba en su santo clamor contra el abominable comercio de sangre humana; consigo misma, que se hacía intermediaria en la nefanda industria; con sus capitanes generales, cuya voracidad de oro favorecía; con sus queridos negreros, que podían seguir traficando más impunemente que nunca, puesto que traficaban por cuenta de España.

Según el espíritu y la letra de la satánica ley, los capitanes generales de las Antillas eran los únicos que tenían acción sobre los cargamentos de carne viva: y como eran también los únicos que tenían jurisdicción militar y judicial sobre la costa, lo previsto sucedió. Y sucedió que todas las expediciones negreras se salvaban. Los grandes hombres de aquel tráfico eran tres o cuatro españoles enriquecidos en él, que, por ser españoles y ser ricos, gozaban de tradicional influjo en la capitanía general.

Cuando supieron que el Parlamento discutía una ley contra la trata, centuplicaron sus esfuerzos, y mandaron al Africa el mayor número que les fué posible de embarcaciones.

En esos momentos propicios para él, llegó O'Donnell a Cuba. Lo rodearon, lo halagaron, lo adoraron. Se dejó rodear, halagar y adorar, y cuando estuvo convencido de que aquellas genuflexiones eran el pleito homenaje de la codicia, llamó a cuenta a sus adoradores, y les dijo: "Dejémonos de tonterías: somos españoles, y nos conocemos: estamos en Cuba y sabemos por qué estamos. Favorecer el trabajo honrado es una de las altas prerrogativas del altísimo empleo que en su altí-

simas munificencia se ha servido encomendarme Su Real Majestad la Reina de las Españas, y yo no me opongo a que ustedes comercien honradamente con esos miserables negros..." Los negreros cayeron de rodillas; adoraban. El semidiós los levantó, y sonriendo con cierta sonrisa que le era peculiar, prosiguió: "Pero es necesario que todos participemos. Nuestra gran nación, nuestra heroica España se ha sacrificado por estos ingratos países, a los cuales trajo religión, rey y civilización: es necesario que estos países devuelvan esos grandes beneficios que tan desinteresadamente les ha hecho". Y como los buenos negreros, asustados de las bondades de España y de su delegado, no se atrevieron a levantar la cabeza, esperando que cayera sobre ellos el terrible golpe que aquellas caricias amenazaban, el semidiós repitió su sonrisa-mueca, y dijo familiarmente: "Con una onza por cabeza... ¿les parece poco?" La interrogación era contundente, y los negreros aceptaron la capitación. Dar una onza (17 pesos) por cada negro que recibieran de Africa era mucho; pero la onza era para el capitán general, y lo tenían sobornado para siempre; la autoridad se confabulaba con ellos para burlar a la burlona ley, y ya estaban seguros.

Entonces adquirió aterrador impulso la inundación de esclavos que hizo ricos a O'Donell, a Concha, a cuantos capitanes generales aceptaron el trato; y fueron todos, menos uno o dos.

Entonces continuó en horrendas proporciones el enriquecimiento de cuantos, altos y bajos, soldados, jueces, aduaneros, etc., representaban el gobierno paternal y la íntegra administración de España en las Antillas.

Entonces se desenfrenó sobre la Isla el infierno de pasiones malditas que constituyen el fondo social de todas las sociedades gobernadas por el oro.

Entonces fué cuando los proscriptos del derecho, los esclavos de las instituciones, los siervos de la tierra,

los burlados en su dignidad de hombres, los perseguidos por ser criollos o por tener color negro en el semblante, mortificados en su derecho, en su patria y en su hogar, empezaron a contemplar con espanto el horror en que vivían.

XX

La Isla se agitaba sordamente. Los criollos, blancos y pardos, buscaban desesperadamente el remedio del mal que maldecían. Se respiraba miedo en la atmósfera oficial: se respiraba odio en la atmósfera popular. Españoles y criollos, blancos y negros, se miraban de soslayo. La amenaza fulguraba en los semblantes: circulaban rumores siniestros. Los negros, se decía, se han amotinado en tal *ingenio*: en tal otro se prepara un motín. Los pardos agujonean a los mulatos, los mulatos a los negros; los negros libres a los esclavos. Los esclavos de tal parte han asesinado a su mayordomo; el capataz de tal hacienda ha estado en peligro de morir a manos de la negrada. Los españoles culpaban a los criollos; los criollos a los españoles; los blancos a los pardos; los pardos a los blancos. Los opresores se quejaban de aquellos aprendices de insurgentes que no los dejaban enriquecerse en paz; los oprimidos maldecían a aquellos infames opresores que no sólo les robaban sus derechos y sus bienes, sino que, para robarles a mansalva, ponían el pie sobre el robado.

En tanto que la mujer de O'Donell comerciaba hasta con las letrinas ⁽¹⁾, los insulares pobres no podían comerciar en nada; en tanto que las prostitutas pasea-

(1) Véanse los diarios españoles de 1856 a 1866, que en ellos consta ese hecho, del cual sacaban partido contra O'Donell. (Nota de Hostos).

ban triunfalmente su carne vendida en los carruajes de palacio ⁽¹⁾, las madres esclavas reclamaban con alaridos lastimeros el hijo que el padre español les había vendido; en tanto que cualquier advenedizo español era un poder, los hombres más eminentes del país eran impotentes hasta para luchar con el más miserable de los españoles.

Estos pedían precauciones, represión, *mano de hierro*, y los descontentos, que no podían disponer de elementos de guerra, se contentaban con clamar la revolución a infierno y cielo.

Plácido, entusiasmado, improvisaba décimas que concluían invocando libertad; desanimado, exclamaba contemplando con desprecio a los criollos blancos: "Héroes pudieran ser, y no son nada!".

XXI

Lejos de disgustarse con aquella agitación, O'Donnell la bendecía en su interior. Tenía un plan.

Si conseguía hacer creer en España que la Isla corría riesgo de perderse, aumentaba su omnipotencia en la Isla, y se coronaba a los ojos de España con la aureola de los grandes gobernantes. Omnipotente, podía enriquecerse en un día. Admirado en España, podía volver a ella para imponerse.

Las expediciones negreras que el miedo a la supuesta ley contra la trata había hecho más continuas, más numerosas y más valiosas, produjeron a O'Donnell escandalosas sumas: cada negro que entraba en la Isla representaba para él una onza de oro.

Las expediciones que, para mejor ocultar la inicua complicidad, hacía perseguir y decomisar, le producían

(1) O'Donnell tenía unas entenadas que según los diarios españoles de oposición habían dado horrendos escándalos en La Habana. (Nota de Hostos).

espléndidas ganancias. Por una parte, la forzada locación de servicios a que obligaba a los *emancipados*, equivalía para él y para España al beneficio íntegro que hubieran debido reportar los negreros sorprendidos: la mitad de esos beneficios era para España, la otra mitad para su hábil delegado. Por otra parte, los decomisos y las donaciones dotaban periódicamente al gran español de una muchedumbre de esclavos, que él enajenaba periódicamente, no sólo por santo horror a la esclavitud, sino por santo deseo de volver a recibir y volver a enajenar.

Pero ni esto ni los fraudes de aduana ni la alta capacidad comercial de su mujer bastaban al futuro salvador del orden: era necesario que salvara el orden: y para salvarlo, era necesario que hubiera una conspiración de negros y mulatos y de pardos: en manos de estas dos últimas clases había acumuladas pequeñas fortunas que, sumadas, formaban un tesoro: despojarlas de él por medio del terror era una idea luminosa. ¡Oh! era un genio, y los genios realizan lo que piensan; que para eso es infinito el número de los tontos en el mundo, el número de los bribones en la sociedad y el número de los malvados en la Historia.

La idea luminosa no dejaba dormir al grande hombre, y empleó diestramente las *omnímodas* ⁽¹⁾ para agitar artificialmente la ya natural y necesariamente agitada Isla.

Secundado por el interés de los negreros, hizo circular rumores falsos, apoyó y autorizó en ellos las precauciones militares que tomó, y a principios de 1844 no había en Cuba quien no creyera que estaba próxima a estallar la guerra social.

(1) En 1825, Fernando VII decretó atribuciones *omnímodas* en favor de los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico. El carácter absoluto de esas atribuciones ha pasado a expresar el despotismo colonial. (Nota de Hostos).

XXII

Por aquellos mismos días, Plácido fué preso en Trinidad, ciudad meridional de Cuba.

¿Qué iba a hacer Plácido en Trinidad?

Según los españoles, iba a conspirar, y por eso lo encarcelaban.

Según los criollos, iba en busca de trabajo, y por eso lo declaran inocente.

Yo no quiero que Plácido vaya inocente al patíbulo; quiero que haya cometido el crimen glorioso de conspirar contra el mal y los malvados; quiero que haya elevado su espíritu hasta la excelsitud que abomina la injusticia y conspira contra ella y la combate acerbamente. Y buscaré y encontraré la prueba del crimen que le imputaban los españoles, la prueba de la virtud que glorifica su existencia.

Es verdad, como los cubanos afirman, que el oficio a que Plácido debía su subsistencia había perdido en Matanzas todo su atractivo industrial y económico: es verdad que el peinetero (caída en desuso la moda que remuneraba sus servicios) no podía subsistir del mezquino salario que ganaba. Pero no es menos verdad que las grandes ciudades de la Isla ofrecían para el oficio del poeta pardo las mismas desventajas, porque era un hecho general a todas ellas, que resaltaba del aumento de relaciones mercantiles e industriales, del desarrollo del gusto, del crecimiento del lujo, del cambio de usos que ese aumento de relaciones con sociedades más cultas conllevaba.

Hubiera sido posible que, ignorante de las causas económicas que producían el fenómeno perturbador de su trabajo, Plácido esperara que en Trinidad fueran más

propicias para él las circunstancias; pero hay dos hechos y tres poesías que, sin esclarecer absolutamente el misterio, pueden servir de clave.

Estos son los hechos:

Trinidad es uno de los distritos más agricultores de Cuba y uno, por tanto, de los más poblados por la raza esclavizada. Si Plácido no hubiera tenido la generosa idea que entonces más que nunca debía palpar en su cerebro, a cualquier otra parte, menos a una comarca llena de elementos de combustión, hubiera ido. Harto sabía él que su talento era un crimen, que sus afinidades con los negros, los mulatos y los pardos; que las simpatías que inspiraba a la juventud cubana eran a los ojos del gobierno colonial otros tantos motivos de sospecha: harto sabía que era vigilado, como todos los criollos de talento, de influencia o posición, lo han sido siempre en las Antillas, y no se hubiera aventurado a presentarse en uno de los lugares que con más ávida atención vigilaba el gobierno colonial, si no hubiera tenido otro estímulo que el de mejorar las condiciones de su trabajo.

Además (y este es el otro hecho que debe apreciarse), las relaciones de Plácido en Trinidad tuvieron un carácter de tan absoluto abandono con los pardos y mulatos, como fueron reservadas con todos los blancos, aún criollos, que ostensiblemente no demostraban simpatías por la situación general de Cuba y por la situación especial de los esclavos.

Ninguno de estos hechos justifica la persecución de que fué objeto: ningún dato concreto tuvo entonces el gobierno colonial ni tiene hoy la biografía para demostrar la existencia de las sociedades secretas de pardos, la corporación de hombres de color y la dirección de estos trabajos revolucionarios por Plácido; pero así como en los dos hechos apreciados basó el gobierno opresor la inducción con que culpaba a Plácido, así puede el

que rehabilite su memoria basar en ellos la inducción que hace del poeta pardo la entidad gloriosa que ha ido lentamente emancipando su espíritu y elevándose de la humillación social y moral en que vivió a la altura moral e intelectual en que lo ve la historia.

La mayor condenación que puede hacerse de una tiranía es el probar que sus víctimas fueron dignas de su persecución y su crueldad. Decir a la tiranía "Soy inocente", equivale a decirle: "Tú eres digna". Declararse inocente del sagrado crimen de odio y de conspiración contra el tirano, es declararse culpable de indignidad ante sí mismo.

Aun cuando él quisiera, Plácido no podía ser inocente de ese crimen: toda su obra prueba que era una inteligencia progresiva; toda su vida prueba que hubo asombrosos progresos en su espíritu y el que progresa en el bien detesta el mal.

Aun cuando la humillación en que vivió hubiera destruído en el poeta la activa voluntad que forma el espectáculo de las iniquidades sociales, la inteligencia lo hubiera hecho enemigo de los opresores y amigo de los oprimidos y humillados como él.

De esto nos ha dado ya pruebas su obra: busquemos en ella las tres en que fundábamos la honrada y gloriosa delincuencia del poeta.

Poco tiempo después de su prisión, y cuando la absoluta falta de pruebas en su contra obligó al gobierno colonial a ponerlo en libertad dándole a Matanzas por residencia fija, fué encarcelado un joven blanco, amigo de Plácido, acusado como otros muchos y como muchos perseguido por el supuesto delito de conspiración.

Plácido era un buen amigo y sentía vivamente las amarguras y congojas de los suyos: nada de extraordinario hubiera tenido, por lo tanto, que celebrara la excarcelación de su amigo y que celebrara a aquel por quien se habían abierto las puertas de la prisión; pero

el tono hiperbólico en que lo hace, las leves reticencias que contrastan en su *epístola a Chacón* con la alegría que experimenta, demuestran en él aquel activo sentimiento de solidaridad que involuntariamente se manifiesta cuando otro esquivo el peligro que nos ha amenazado.

En la epístola al general La Flor hay una estrofa, la final, reservada para esta prueba por nosotros, en la cual palpita con tanta viveza el sentimiento que dominaba al poeta y en la cual con tanta claridad se transparenta el designio de sus últimos días, que es imposible leerla sin sentir la alegría de ver que el generoso pardo, elevado por su esfuerzo a la categoría de ciudadano, pensaba como tal y proyectaba proceder como tal.

Adiós, gloria de Cuba, y heredero
Del aliento de Hatuey!... Salud, amigo:
Yo al despedirme tu existir bendigo,
Y al saludarte, *con firmeza espero*
Vivir muy poco o respirar contigo.

¿Qué significan el verso y el hemistiquio que hemos subrayado?

No que Plácido pensara en alejarse de Cuba hacia Méjico, porque, además de no constar en parte alguna ese propósito, consta en estrofas anteriores la imposibilidad de realizarlo.

Respirar (eliminada la hipótesis del viaje) significa ser libre, hacerse libre, imitar a La Flor, emanciparse como él, luchar por emanciparse. La incertidumbre del éxito lo ponía naturalmente en la disyuntiva de *vivir muy poco*, es decir, de sucumbir en la empresa; o de *respirar*, es decir, de vencer.

Para que Plácido, tímido como lo había hecho la humillación de su estado, se atreviera a pensar en la inmensa obra que lo colocaba en esa disyuntiva, era ne-

cesario que contara con el apoyo ya ofrecido y obtenido de todos los que podían auxiliarlo: para que pensara en la muerte o en el triunfo, era necesario que el plan estuviera muy adelantado y que la resolución fuera fatal.

Y era fatal. Lo había jurado y un compromiso de conciencia en un espíritu formado por la lucha y por la penosa elaboración que había creado de un pardo despreciado un ciudadano, es un compromiso irrevocable como los mandatos de la naturaleza fatal, como la impenable fatalidad de las leyes naturales.

Plácido estaba ligado por ese compromiso de conciencia.

Todos los que han leído sus poesías, han leído entre ellas y devorado con fervor este soneto:

A la sombra de un árbol empinado
Que está de un ancho valle a la salida,
Hay una fuente que a beber convida
De su líquido puro y argentado:

Allí fui yo *por mi deber llamado*,
Y haciendo altar la tierra endurecida,
Ante el sagrado código de vida,
Extendidas mis manos, he jurado:

Ser enemigo eterno del tirano:
Manchar, si me es posible, mis vestidos
Con su execrable sangre, por mi mano

Derramada con golpes repetidos,
Y morir a las manos de un verdugo,
Si es necesario, por romper el yugo.

Un juramento terminante: ¿lo hubiera prestado si no hubiera estado decidido a cumplirlo? Si otros no hubieran, con él y como él, contraído el sagrado compromiso ¿hubiera sido necesario prestar el juramento? Si no hubiera tenido conciencia de la grandeza y de la justicia de su causa, de la pureza y de la santidad de su

designio ¿hubiera tenido la elevación de espíritu, la energía definitiva, la vehemencia de afectos y pasiones que depositó en esos hermosísimos catorce versos? ¿Es capaz de escribirlos quien no haya sido capaz de sentirlos, de incubarlos en largas incubaciones de su odio, de convertirlos en savia de su vida, de vivirlos?

No, gracias a la conciencia universal, no es inocente del sacrosanto delito de conspiración contra la tiranía el que así la detesta y así jura aniquilarla y así contrae el deber de combatirla y así verter su sangre generosa y verter la sangre maldecida del tirano.

XXIII

Puesto en libertad y restituído a su ciudad natal, Plácido fué severamente vigilado. Sin que él se diera cuenta del espionaje de que era objeto, no daba paso que no fuera conocido del gobernador militar de Matanzas.

Se le suponía cabeza y corazón de un complot de los pardos contra los blancos, fueran españoles o criollos. Se le acusaba de ser el alma de una sociedad secreta que tenía por fin la aniquilación de la raza blanca, la rehabilitación de la negra, la fundación de una república de negros, independiente de España, la reproducción de la guerra social de Haití. Se decía que aquella formidable sociedad tenía ramificaciones en toda la Isla y que todas las negradas de todas las haciendas estaban afiliadas en ella y comprometidas a cumplir con su instituto. Se aseguraba que el viaje de Plácido a Trinidad no había tenido otro objeto que organizar definitivamente allí sociedades independientes de la central y conferenciar con los hombres de color que en el distrito tenían una influencia más notoria. Se le imputaban los alzamientos con que en ese ingenio o en

aquél protestaban los esclavos contra el inicuo trato que recibían, y se tachaban de revolucionarias las relaciones estrechas que mantenía con unos cuantos pardos y mulatos eminentes, hijos de sí mismos como él, formados en la lucha y en el trabajo como él, industriales o propietarios que, como él, a sus solos esfuerzos debían la posición y el respeto general de que gozaban.

¿Qué valor tenían estas acusaciones? Ante la lógica, mucho: todo aquello era posible, porque todo aquello era lógico. Ante la ley, ninguno. No había una sola prueba fehaciente del delito que se imputaba en las razas esclavizadas o humilladas, que se personificaba en Plácido, personificación brillante y culminante de esas razas.

En 1842, a su llegada a Cuba, el general O'Donnell había en sus conversaciones privadas estimulado a algunos cubanos poderosos a que contribuyeran directamente a la solución del problema que entonces se intentaba resolver en el Parlamento español y que amenazaba a España con la animosidad de Inglaterra. O'Donnell, que todavía no había hecho su pacto de alianza con los negreros, tenía dos fines al proceder así: el primero, suscitar dificultades al gobierno de Narváez, cuyo enemigo era y con cuya herencia soñaba: el segundo, hacerse popular entre los cubanos, y por medio de ellos y afectando servir a la idea humanitaria que Inglaterra intentaba hacer triunfar, atraerse las simpatías de la prensa inglesa y del Gobierno británico que en aquel momento eran influyentes en España; por lo mismo que la actitud del Gabinete de Saint James era amenazadora, el Gabinete de Madrid lo respetaba y la opinión pública en España y en Inglaterra hubieran podido decidirse en favor del hombre público que en la Península optara por principios más acordes con la civilización y con la paz internacional, que los representados por el gobierno moderado de Narváez.

Pero esta sagaz apreciación de las circunstancias exigía una elevación de inteligencia y voluntad que O'Donnell no tenía; y si, ajustando a ella su conducta hubiera podido llegar al objeto de sus continuas ambiciones, no podía, por medio de ella, satisfacer la codicia que lo devoraba.

Entonces, y como en razón de las promesas que en el primer momento había hecho a los cubanos poderosos crecía el miedo del partido peninsular, cuyo origen, riqueza y privilegios lo hacían omnipotente, se determinó una lucha sorda entre los negreros españoles que deseaban comprar la aquiescencia del capitán general, y éste, que veía cuánto más fácil era dejarse sobornar y enriquecerse, que entablar una contienda de éxito dudoso para él.

La lucha no tardó en resolverse en favor de los negreros sobornadores.

Los cubanos a quienes había alentado O'Donnell, eran, como todos los cubanos, abolicionistas en principio. Las necesidades de la agricultura y de la industria, multiplicadas por la horrenda organización social de la colonia, obligaba a los hijos del país a resignarse al trabajo esclavo de que dependían la prosperidad de la patria y su propio bienestar; pero, además de conocer los errores económicos de la funesta institución que les imponían, conocían el fin político que España se proponía al mantenerla floreciente, buscaban el medio de conciliar con los suyos los intereses de su patria; con los intereses del presente, los del porvenir; con sus necesidades inmediatas, las lejanas de la libertad. No eran abolicionistas, porque temían arruinarse; no se hubieran atrevido a declararse abolicionistas, porque hubieran sido perseguidos como en aquellos días fué desterrado Pedro Agüero, como más tarde fueron presos Manuel Martínez Serrano y Martín de Meneses y

procesados hombres tan eminentes como José de la Luz Caballero, Domingo Delmonte y Félix Manuel Tanco, culpables todos ellos del horrible delito de abolicionismo. Entre ser desterrados, encarcelados o procesados por querer la abolición de la esclavitud, y arruinarse por aceptar la emancipación de los esclavos, optaron por un término medio que, útil para todos, tenía la ventaja inapreciable de no despertar la suspicacia de la metrópoli y concordar con los intereses internacionales de España y con las excelentes intenciones que había aparentado el semidiós de la capitanía general.

Satisfechos del hallazgo presentaron a O'Donell una exposición en que pedían y razonaban la supresión del tráfico de negros y la necesidad de la inmigración de europeos.

O'Donell, que había tácitamente convenido en este recurso, lo recibió como ofensa, despidió airadamente a los recurrentes, y dirigiéndose a los españoles que lo rodeaban, exclamó (textual): “Estos cubanos quieren enseñarme a gobernar, y van a ver que nadie *manda en mi bolsillo*.”

Era muy hábil aquel pícaro y muy cínico aquel hábil. Protestando contra los que querían *enseñarlo a gobernar*, afectaba que lo ponían en la necesidad de obligarlo a revindicar su derecho de señor absoluto: declarando que el medio excogitado por los cubanos era contrario a su *bolsillo*, se ponía a las órdenes de los negreros.

De la protesta y de la declaración al pacto de alianza, había un paso, y lo dió. Ya hemos visto en qué momento y en qué condiciones.

Entre tanto, animados por las promesas del capitán general y por las esperanzas de los criollos blancos; enardecidos por la actitud de los cubanos radicales; adoctrinados por el apostolado abolicionista que recorría rápidamente las capas intermedias e inferiores de

la sociedad cubana; aguijoneados por el cónsul inglés Turnbull, que mantenía la propaganda y la autoridad con los deseos del poderoso país que representaba, la casta de pardos y mulatos creyó llegado el momento de empezar a salir de la situación en que vivía, y delegó en algunos hombres ilustrados de su clase el poder de fijar las bases en que debía fundarse un estado social más soportable.

Plácido era una reputación y se contó con él. Dodge, un dentista; Pimienta, un propietario, y algunos otros dignos hijos del trabajo, constituyeron con el poeta pardo la delegación de la raza esclavizada y de las castas desheredadas de derechos.

La sociedad que formaron fué secreta: conocían demasiado a sus expensas el Gobierno con quien trataban para confiar en la pureza del designio y en la generosidad de intenciones que los guiaba.

Las necesidades más obvias de la clase social que delegaba en ellas su representación, eran la concesión de derechos civiles y la instrucción: "Igualdad ante la ley; escuelas para los hombres de color"; tal fué el programa.

Después de discutirlo, se reunieron en casa de uno de los suyos, López, con objeto de redactar la exposición que había de llevar al capitán general de la Isla los votos de la raza esclavizada y humillada.

XXIV

Tal era la situación general del país y la peculiar de los hombres de color, a principios de 1844.

Situación digna de estudio y llena de amonestaciones para cualquier gobierno sabio y concienzudo, debía necesariamente ser de fuerza para un gobierno absolutamente indigno, como el colonial, de dirigir una socie-

dad absolutamente incapaz de comprender las causas positivas de la agitación.

Se trataba de utilizar los elementos de vida que contenía aquella sociedad enfermiza, y allí donde las razas abatidas y el pueblo oprimido ofrecían abundantes elementos de curación, encontraba el gobierno colonial síntomas de muerte para él. Los criollos, que se prestaban a una solución conservadora del problema social; los hombres de color, que pedían instrucción y los derechos civiles que hubieran podido convertirlos en agentes eficaces de paz social y de orden político, parecieron elementos de disolución y agentes de perturbación al gobierno colonial.

Había una incompatibilidad radical entre la sociedad oprimida y los encargados de dirigirla. Todo lo que a aquélla convenía, dañaba a éstos. Lo que lisonjeaba a la una, irritaba a los otros. La esclavitud social y política por cuyo medio quería gobernar la metrópoli, atacaba en sus gérmenes la vida de aquella sociedad, y era imposible que ésta no rechazara aquel elemento corrosivo.

Tan pronto como O'Donnell, lógico en el principio social del sistema de gobierno que representaba, se puso de parte de los explotadores contra los explotados, y consecuente con su codicia, se declaró por los negreros, entre los enemigos de la esclavitud y de la trata se previó que la contienda secreta entre él y sus gobernados no podría detenerse en el rompimiento meramente personal que siguió al recurso ofrecido por los cubanos poderosos y rechazado por el gobernante omnipotente.

Tenía éste que defender, como había dicho, sus intereses personales; y para defenderlos tenía que coonestar con motivos de Estado el cambio de conducta.

La reunión que los pardos celebraban en casa de López, delatada no se sabe por quién, sirvió de pretexto al austero gobernante. A los ojos del gobierno metro-

politano, una reunión de hombres de color no podría tener otro objeto que el de conspirar. Siendo hombres de color, no podían conspirar sino contra los blancos. Asustando a los blancos, los aliaba al gobierno. Asustando al gobierno central, se hacía árbitro de los destinos del país.

Fraguó en su mente la conspiración que tantos servicios iba a prestar a su ambición y a su codicia, decretó la prisión de los conspiradores, puso en estado de alarma al país, lo declaró bajo el reinado del terror, y se frotó las manos. Estaba satisfecho: había conseguido lo que tanto había deseado.

XXV

La primera víctima de aquella nueva persecución fué Plácido: hacía dos meses que había salido de la cárcel de Trinidad para ser encarcelado otra vez en Matanzas.

¿Qué nuevo crimen había cometido?

Desde su encarcelamiento hasta su muerte estuvo dirigiéndose esa pregunta. Ponerse al frente de un movimiento justo no era un crimen: desear la emancipación de los esclavos no era un crimen: anhelar la rehabilitación de las castas humilladas, no era un crimen: pedir libertad para los siervos y derechos para los ilotas, no era un crimen: ni aun alzarse contra los opresores, en caso de no obtener los derechos demandados, ni aun devolver opresión por opresión, si era posible, era un crimen. Se declaraba inocente ante la justicia eterna, por más que la justicia humana lo condenara por culpable. Cuanto más estudiaba su situación, más seguro se creía de la inmaculada pureza de su causa y más inocente se declaraba.

Firme en esta absolución de su conciencia, no se ocupó de buscar la absolución de los hombres. "Soy inocente" —dijo en el primer interrogatorio—: "Soy inocente!" —exclamó al morir.

Entre su encarcelamiento, su enjuiciamiento y su muerte, medió un espacio de tiempo suficiente para rehacer aquel generoso, pero peligroso veredicto de su conciencia, y no lo rehizo: eso es la mayor gloria de Plácido, porque es la mayor prueba de fortaleza que dió.

Si se hubiera creído culpable porque detestaba el mal y quería combatirlo, hubiera vacilado; acaso hubiera pactado con sus verdugos, tal vez hubiera comprado su vida por una declaración de delincuencia: era inocente porque no era un crimen lo que él quería, y en la cárcel, en la capilla, en el banquillo de los fusilados, se declaró inocente.

Como él, la mayor parte de los perseguidos. Para ninguno de ellos era un crimen la causa justa que habían abrazado y ninguno de ellos se declaró delincuente.

No convenía al gobierno colonial ese esplendoroso triunfo moral de la raza perseguida, y decretó el tormento.

Negros esclavos, negros libres, pardos y mulatos de todas condiciones fueron llamados de todos los puntos a Matanzas. Era esta ciudad el centro supuesto de la conspiración: allí estaba reunido el consejo de guerra; allí debían hacer sus declaraciones las negradas, allí debían sufrir el tormento que se les preparaba.

XXVI

Era importante para O'Donell, para los negreros y para los oficiales que formaban el consejo de guerra la consignación, *per fas aut nefas*, del crimen imputado a toda una raza contra otra, y no bastaba el procedimiento común. Era necesario inventar y aplicar procedimientos *ad hoc*, porque era necesario que el crimen apareciera patente.

O'Donell proponía dos cosas: aumentar por el terror su fortuna, subyugar al elemento blanco de la Isla.

Los negreros se proponían continuar su criminal explotación, no sólo presentándola como necesaria, sino como salvadora del orden social.

Los oficiales del consejo de guerra, expresamente escogidos de entre la clase de *retirados* para que el cebo de la ganancia los hiciera implacables, se proponían sacar partido del enjuiciamiento.

El primero realizaba sus propósitos si, aterrando a los blancos de Cuba y al Gobierno de la Península, se erigía en árbitro de la situación y lograba dirigirla irresponsablemente a sus fines personales.

Los traficantes de carne humana probaban que su tráfico era la salvación de Cuba para España, si probaban la necesidad de un régimen de fuerza que contuviera a los criollos.

Los fiscales del consejo se enriquecían si lograban aterrar a los propietarios de esclavos, amenazando complicarlos en el proceso y si conseguían vender su absolución a los pardos y mulatos que tenían fortuna.

Para que el éxito correspondiera al designio, era necesario hacer lo que se hizo; complicar en el proceso el mayor número de pardos en la ciudad, el mayor número de negradas en el campo; y atormentar a los reos para obligarlos a mentir.

Casi todos los grandes propietarios cubanos de los distritos rurales más ricos vieron llamadas ante el consejo de guerra sus negradas: no hubo en Matanzas, Trinidad, Cienfuegos, hombre de color notado por su posición, por su riqueza o su influencia, que no fuera encarcelado.

Cuando ya todo estuvo dispuesto, empezó la obra del consejo.

A la primera negativa de participación, a la primera demostración de ignorancia absoluta de los hechos sobre que se le interrogaba, se mandó azotar a Antonio Chiquito, un pardo que honraba por su laboriosa probidad a su país. Al pobre africano, procedente de un ingenio lejano, que acaso no había oído jamás hablar de emancipación, que acaso dos días antes acababa de llegar en la última expedición de negros, lo mandaron suspender de pies y, así suspendido, azotarlo.

No bastando estos tormentos individuales, se decretaron tormentos colectivos, y Matanzas veía salir por la mañana una multitud de esclavos escoltados por soldados, que algunas horas después volvían *a carretadas*, exhalando alaridos lastimeros, regando las calles con la sangre de sus llagas recién abiertas por el alambre del látigo.

No bastando tormentos parciales, se aplicaban todos los tormentos imaginables a un mismo individuo. Antonio Chiquito, después de azotado, fué suspendido por los pulgares de ambas manos; colocado después en una escalera, y otra vez azotado; puesto en cepo después, vigilado en él para que, al dormir, la bayoneta del vigilante lo obligara a despertar.

Los tormentos morales completaban a lo físicos. Dodge y Pimienta, que no sólo eran dos hombres de posición, sino dos hombres cultos, perfectamente dignos por naturaleza y por educación, fueron obligados a sufrir en la vía pública el tormento de azote y suspensión.

Ellos, como todos, sufrieron con la mayor dignidad y el heroísmo más estoico. Dodge se mordía los labios para no gritar. Antonio Chiquito se tragó la lengua y murió ahogado. Antes, después del tormento, en la cárcel, en la calle, los negros, los mulatos, los pardos atentaban contra su propia vida; y hubo en aquellos días más suicidios que suele haber durante un año en una raza tan propensa al suicidio como lo es la esclavizada.

Pero eran tantos los presos, los azotados, los aglomerados en inmundos calabozos, los atormentados con todos los sufrimientos de la crueldad, que la atmósfera se llenó de miasmas pestilentes; y la viruela y la disentería y la fiebre aceleraron la obra de O'Donnell y los suyos, de España y su sistema colonial.

La muerte fué un nuevo aliado del consejo. Para apresurar su obra, secuestraron de las cárceles una porción de hombres de color, los declararon muertos de esta o de la otra enfermedad, y los mandaron *a vender* en los distritos lejanos del Oriente. Entre ellos fueron muchos hombres que habían sido libres desde su nacimiento o que habían conquistado su libertad con el trabajo.

Los propietarios de esclavos que veían diezmar su *propiedad* se atrevieron a reclamarla. "Luego ¿Ud. se hace parte?" —le preguntaban con aire amenazador. Y el propietario aterrado se retiraba: pero después se le llamaba, se le ofrecía su *propiedad* con determinadas condiciones, y en el punto mismo en que el propietario pagaba el rescate de sus bienes semoventes, los esclavos dejaban de ser criminales y eran absueltos, excarcelados y devueltos.

Al propietario que no tenía fortuna bastante para comprar de nuevo su *propiedad* a la justicia militar, lo amenazaban con declararlo cómplice, y lo obligaban a callar: entonces sus negros pasaban a ser propiedad de los señores del consejo.

Se puso entredicho a la propiedad de todos los pardos propietarios para responder, decían, a los gastos del proceso. Propiedad entredichada, propiedad perdida. Las costas del proceso la devoraban: el remate consumaba la ruina.

Como era matemático que a mayor número de esclavos encarcelados correspondieran mayores sustracciones en favor de los fiscales; y como era lógico que a mayor número de pardos propietarios correspondiera mayor número de propiedades rematables, los voraces del consejo aumentaban cada día el número de esclavos detenidos y el de pardos acusados.

Para conseguirlo, era necesario seguir atormentando a los acusados para que el tormento siguiera arrancando delaciones calumniosas o declaraciones dictadas por los mismos fiscales militares, y seguían atormentando.

Así, al mismo tiempo que de la cárcel salían diariamente para el hospital dos o más carretadas de pestilentes, salían para el sur de los Estados Unidos barcos llenos de hombres de color, que, declarados muertos en la Isla, iban a aquel mercado a ser vendidos por cuenta de los hombres del consejo y de sus poderosos auxiliares. Y en tanto que el bienestar de las familias de pardos y mulatos terminaba con el remate de sus propiedades, éstos pasaban directa o indirectamente a poder de algunos de los fiscales militares o de sus cómplices de la capitanía general.

Tan procaz fué el cinismo, que la Audiencia de la Habana tuvo vergüenza de sí misma, y a última hora, fatigada de su criminal condescendencia, recuperó por un momento el poder que el sistema colonial le atribuía: reclamó contra aquellos escándalos inicuos, e interviniendo en el proceso, declaró que las costas debían ser de oficio.

En el mismo momento cesó la conspiración de los negros y los pardos: ya el capitán general, los negreros y los fiscales no tenían interés en seguir la persecución, porque ya dejaba de ser fructuosa. Los perseguidores se habían enriquecido; los perseguidos estaban aniquilados; los criollos blancos estaban aterrados; el gobierno metropolitano estaba convencido de la necesidad de continuar en su sistema, y el tráfico de esclavos podía proseguir imperturbablemente su nefanda obra.

XXVII

Cuando los propietarios empezaron a recuperar los esclavos que la sustracción de los fiscales o la peste les había dejado; cuando las familias de pardos y mulatos empezaban a dar por compensadas las pérdidas de sus bienes con la restitución de sus padres, hermanos o hijos al hogar ruinoso; cuando Matanzas empezaba a respirar; cuando los diarios españoles de la colonia (y jamás ha consentido España otra palabra que la española en esos diarios) empezaban a celebrar *la previsión, la sagacidad, la energía y la benignidad del grande hombre a quien debía la metrópoli la conservación providencial de aquella preciosa parte del territorio, amenazado por los horribles cataclismos de Santo Domingo*; cuando el pánico hacía callar a los más dignos y cuando la impunidad daba aliento a los indignos, toda la Isla acarició esperanzas: aun quedaban en las cárceles algunos de los acusados: eran precisamente los más queridos, los más interesantes: ¿no era natural que los absolvieran y los pusieran en libertad?

Esperanzas de oprimidos! Piden al mal la lógica del bien, a la iniquidad la lógica de la justicia, y en tanto que se arrodillan a los pies de la tiranía, prosigue la tiranía en su lógica impasible.

Quedaban el alma y la cabeza de la supuesta conjuración. Por ser alma y cabeza debían ser anonadados.

Si Plácido, la inteligencia y la gloria de los pardos, hubiera sido perdonado; si hubieran absuelto a Dodge, Pimienta y sus otros dos coacusados, todos cuatro capaces de honrar a la casta que representaban, O'Donnell y los negreros hubieran *ipso facto* confesado que la conjuración era una mentira, un ardid, un medio de opresión, y nada más. Crímenes como los que acababan de cometer se saben; pero no se confiesan.

Era necesario, era lógico que Plácido, Dodge, Pimienta y compañeros perecieran. Así, con la impunidad de su crimen, el capitán general y sus cómplices adquirirían la tranquilidad sepulcral del país.

Se hacían, sin embargo, tantos esfuerzos en favor de Plácido, que O'Donnell le mandó un emisario. Con él le prometía la libertad si confesaba su delito y el de sus compañeros.

No era delito para él la tentativa en favor del derecho y de la libertad de esclavizados y desposeídos, y se declaró inocente.

Su declaración fué su sentencia de muerte.

A los pocos días, el consejo de guerra lo condenó con sus cuatro compañeros a ser pasado por las armas.

La sentencia es una obra maestra de maldad y de torpeza combinadas.

Atribuye la idea de la conjuración a Turnbull, el cónsul inglés que predicaba la abolición de la esclavitud, y condena a Plácido.

Culpa al cónsul inglés del espíritu sedicioso que llevaban sus emisarios a las poblaciones de color urbanas o rurales, y castiga a los acusados pardos y mulatos. Declara que Turnbull seducía para un alzamiento a los hombres de color, y sentencia a los seducidos.

Reconoce que esas clases tenían aspiraciones, puesto que en ellas y en el halago de ellas por el cónsul inglés

funda el hecho perseguido, y en vez de sobreseimiento y de una amonestación al Gobierno para que satisficiera esas aspiraciones, se decide a matarlas en los que más altamente las personificaban.

Imputa al Gobierno británico la intención de proteger la emancipación de la esclavitud, y en vez de recomendar al Gobierno peninsular la necesidad de leyes humanas, contesta con fusilamientos a la supuesta intención de Inglaterra.

Acusa a Guíjot, emisario haitiano de Turnbull, de la iniciativa de las reuniones de pardos y mulatos, y condena por esa iniciativa a Plácido.

Inmediatamente después de asegurar que los pardos habían tomado la iniciativa de la conjuración, supone dos partidos entre los conjurados; el de los pardos o negros esclavos, que querían la emancipación y derechos civiles y políticos; el de los negros libres, *que no ganaban nada en el cambio*.

Esos pardos, que se presentan en una parte de la sentencia como absolutamente identificados con los negros esclavos, no quieren en otra parte de la sentencia más que *algunas concesiones que mejorasen su condición social*, objeto de alzamiento que no podía convenir a los esclavos.

Esos pardos que, al principio de la sentencia, son iniciadores de la conjuración, son aquí iniciados e instrumentos de los negros, *porque no tienen fuerza contra éstos*.

Y sin embargo, contra el pequeño número de negros libres que se les oponen, porque *no ganan nada en el cambio*, tienen el gran número de esclavos a quienes iniciaron en una conjuración terrorista con el mero fin de obtener *concesiones que mejorasen la condición social* de los pardos! Y sin embargo, esos pardos que *no tienen fuerza* para arrastrar a los negros libres ni para

contrarrestar la enorme de las negradas esclavizadas, se atreven a conjurarse con unos y con otros para aniquilar la raza blanca! Y esos pardos tan débiles son tan peligrosos, que es necesario suprimirlos!

Atendiendo a lo cual y poniendo a Dios por testigo, el consejo de guerra condenó a ser fusilados por la espalda a Gabriel de la Concepción Valdés, llamado *Plácido*, a Dodge, dentista de profesión, a Pimienta, acaudalado propietario, y a dos pardos más cuyos nombres no he podido conservar en la memoria.

XXVIII

Plácido está en capilla. Se le ha leído la sentencia, sabe que va a morir, y se prepara a morir ejemplarmente.

Se ha puesto por centésima vez al nivel de la eminente posición de mártir a que han querido elevarlo sus verdugos, y por centésima vez se declara inocente en su conciencia.

Ha amado a su patria, y no es culpable; ha amado a su raza, y no es culpable; ha amado a la humanidad en los esclavos que deseaba ver emancipados, y no es culpable. Ha odiado a los opresores de la patria; no es culpable: ha querido, por derecho o por fuerza, conquistar la libertad de los esclavos y la dignidad de los pardos; no es culpable: ha querido morir por sus ideas y sus ideas son generosas; no es culpable.

Ha devorado la hiel de todos los desengaños, y está tranquilo.

Recorre con la memoria toda su vida, en todo momento señalada por la presencia de no sabe qué fuerza hostil a su ventura, y toma la pluma. Cuando la deja

hay en sus labios una sonrisa dolorosa y un soneto *A la Fatalidad* en el papel:

Negra deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuístes,
Cual fuente clara cuya margen viste
Maguey silvestre o punzadora tuna:

Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta las nubes me subiste,
Por hacerme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros!
Sigue oprimiendo mi existir cuitado!
Que si sucumbo a tus decretos duros,

Diré como el ejército cruzado
Exclamó al divisar los rojos muros
De la Santa Salem: "Dios lo ha mandado!"

Todavía palpita en esos versos la última esperanza; pero ya es superior al deseo de vivir la resolución de morir estoicamente.

Así es como debe morir el que desde la cuna conoció el dolor. Desde la cuna! Entre ella y el tálamo materno, un muro de hierro que lo separó de su madre. ¿Dónde está ella? En vano la busca con la vista: no está allí: en vano con el oído; ni una sola palabra maternal: en vano con el corazón; ni un solo presentimiento confirma la alucinación de su fantasía: la madre en quien piensa el hijo que va a morir, no piensa en el hijo que se va.

Se turba su razón, se conturba su corazón, llora su alma, solloza desesperada su conciencia. Es su madre, y no viene; y no lo asiste en su última congoja, y en ella como en la primera de su su vida lo abandona!

Tal vez centelleó la indignación en su conciencia. Pero es su madre, su madre, su anhelada madre, y debe gemir su desgraciada suerte, y en aquel momento debe tener herido de muerte el corazón, y debe llorar la muerte de su hijo, y está llorando, y es necesario que él la anime, la conforte, la consuele y la exhorte a la conformidad y le asegure que, ya en los umbrales de la muerte, piensa todavía en ella, y busca el ósculo más saboreado.

Toma la pluma y se despide de su madre. Hizo bien e hizo sin querer la más tremenda de las justicias: la benigna. No se sabe qué fué de aquella mujer que fué indigna de ser madre; pero se puede saber que, si leyó la despedida de su hijo, hubo en su vida un momento de conciencia, y en ese momento hubo para ella la angustia desesperada del remordimiento. Si de bestia feroz se convirtió en mujer; y ya mujer paladeó las delicias de la madre, y se sintió madre cuando ya era imposible que la muerte le devolviera el encanto que negó a su existencia, la despedida de Plácido a su madre hizo un bien.

Lo que en la obra del poeta es un perdón, sería en la del crítico una condenación: queda allí la despedida que no cabe aquí.

Se había despedido de su lira, se había despedido de su madre: ¿de quien más tenía que despedirse, él, a quien el mundo despedía con tanta crueldad? Del mundo mismo. El mundo abandona a los que se sacrifican por él: condena por perturbador del orden social y de las leyes al que anhela orden mejor y ley más justa, y era necesario que otra vez, en voz alta, en presencia de perseguidores y de perseguidos, de opresores y de oprimidos, de fuertes y de débiles, aprovechando el momento más solemne, el último momento de su vida, declarara ante el mundo, y dirigiéndose a Dios, su inocencia.

Meditó, y el fruto de su meditación fué la *Plegaria* que recitó caminando hacia el suplicio.

Era un creyente, y recogido en su fe descansó su alma. Se había declarado inocente ante Dios y ante el mundo; ya no tenía por qué intranquilizarse.

Entonces convirtió la vista de su corazón hacia aquella Gila, su esposa, que con tanta fortaleza había conllevado las pesadumbres del hogar, las tristezas de la miseria, las angustias de la persecución, las agonías del proceso. Había sido digna de él en este mundo; quería que lo fuera también en el otro. Para eso le recomendaba fortaleza: "No te entregues al dolor", le escribió severamente. Y para atraerla por completo a la conducta que quería observara a su muerte, le dice con dulzura: "El llanto que te pido a mi memoria, es que socorras a los pobres; y mi sombra estará risueña contemplándote digna de ser esposa de Plácido".

Ya puede venir la muerte: destruirá un organismo: pero no logrará aniquilar el espíritu que, lentamente y por esfuerzos continuos, se elevó de la humillación impuesta hasta la perfecta dignidad adquirida en un combate heroico contra la desigualdad social y contra la injusticia de los hombres. Los que no lograban bajar bastante la cabeza para mirar al miserable pardo, no tienen ahora vista suficiente para contemplar al espíritu magnánimo.

XXIX

Alboreaba el día 26 de junio de 1844.

La historia es demasiado discreta con los poderosos para consultar su conciencia, y no ha averiguado si O'Donell velaba o dormía en el suntuoso alcázar de los capitanes generales de Cuba.

De los negreros se sabe que dormían. Eran y son monstruos de piedra, y dormían y dormirán como piedras.

Matanzas no dormía. Toda la ciudad estaba en la explanada destinada al suplicio de los cinco pardos. Estaba esperando ansiosamente la hora del crimen o acaso contando con el perdón de última hora.

La alborada terrible para el hombre era apacible en la naturaleza. El altísimo Tarquino descomponía el primer rayo solar, y el bien amado Pan difundía por vegas y llanuras la tenue luz que por reflejo recibía. Las sombras se alejaban del espacio; las nieblas se alejaban de los ríos, la claridad inundaba cielo y tierra, y en el momento en que los hombres vieron, sobrecogidos, en la aurora que aparecía la última aurora de otros hombres; las flores, la yerba, los arbustos, los árboles se irguieron para aspirar la vida de la luz, y los pájajros de todas las florestas estallaron en el alegre concierto de cada nuevo día.

El cuartel en donde Plácido y sus compañeros esperaban la hora del suplicio está situado en pleno valle, en medio de los dos ríos de Matanzas, en el seno cariñoso de aquella naturaleza encantadora.

Desde la reja de la capilla la veía el poeta. Allí el Yumurí; allí el San Juan; allí la palma que le enseñó a desdeñar a los vicios poderosos; más allá el cafeto con cuya flor perfumada comparaba a sus amadas; más lejos el bosque; tras el bosque, el monte; tras el monte, el mar: el mar es la libertad, y Cuba rodeada del mar por todas partes, es esclava, y él a dos pasos del mar, va por amor a la libertad hacia la tumba.

Oh! sí, cura español, háblele usted del cielo y de la gloria eterna y de la eterna justicia y cuide usted que no vaya tras las flores, tras la luz, tras la armonía de la naturaleza, esa alma prematura y forzosamente encaminada hacia el cielo por los hombres más católicos del mundo. Cuide el piadoso sacerdote de enseñarle el

lugar lejano donde no hay esclavos ni pardos ni desigualdad ni esclavitud ni iniquidad ni negreros ni delegados omnipotentes de la madre patria. Distráigalo de la Cuba terrenal que sus ávidos ojos contemplan por última vez, con la esperanza de una Cuba celestial en donde no sea España la metrópoli. Inspírele, buen clérigo, inspírele amor a sus verdugos, que cuanto más resignada se dirija la víctima al patíbulo, más elocuente será su predicación contra el verdugo, más odio despertará en la conciencia de los que van a presenciar su sacrificio.

Plácido ha sonreído al campo, ha sonreído al aurora, en el momento en que se presenta en la puerta de la capilla un oficial. Ha sonado la hora de la justicia española, justicia que tiene miedo a la clara luz del mediodía y la ejecuta siempre a la luz crepuscular.

Plácido se dirige a sus últimos amigos, acaso los primeros y los únicos que ha tenido en el mundo, porque han sido los primeros y los únicos que han comprobado la fortaleza de su alma, y los abraza. A uno de ellos, Pimienta, que se enternece y solloza: "No vamos a morir como bandidos—le dice—, vamos a morir como inocentes". A Dodge, que ni por un momento ha perdido la austera dignidad de su actitud, vuelve a apretarle la mano: el fuerte felicita al fuerte.

Uno tras otros, los cinco mártires salen rodeados de soldados, a la puerta del cuartel.

De la puerta al lugar del suplicio, que está enfrente, hay doscientos pasos de distancia: está cubierta a ambos lados por soldados en fila; detrás de los soldados, en el llano, en las alturas vecinas, está el pueblo. Ve a Plácido, y prorrumpe en un sollozo desgarrador, que repiten las concavidades de los montes.

¿Sollozos? ¿Quién ha dicho a los esclavos que tienen el derecho de sollozar? España no consiente en sus

oídos ese ruido importuno, y el sollozo del pueblo muere ahogado por un redoble estruendoso de tambor.

El redoble se apaga: empieza a caminar con paso acompasado el fúnebre cortejo, y a pesar del tambor que la interrumpe, empieza a oírse una voz clara, tranquila, retumbante, que retumba en el corazón de opresores y oprimidos; que con sus tonos más persuasivos entona la plegaria de la inocencia, y dice:

Ser de inmensa bondad!... Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente!
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente!

Más fuerte que el redoble del tambor era el silencio de la muchedumbre: se oía un silencio amenazante. Plácido era la patria agarrotada; personificaba la raza esclavizada; era el lamento de la Isla; era el clamor de los hambrientos y sedientos de justicia, que pedían alimento a la justicia eterna. Y ellos, los hambrientos y sedientos de justicia, iban a ver morir al mártir de la justicia envilecida y de la raza esclavizada, iban a consentir aquel martirio, iban a hacerse cómplice del crimen!

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mío!
Todo lo puede quien al mar bravío
Olas y peces dió, luz a los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida a las plantas, movimiento al río!

Hizo la voz una pausa, y el monólogo del pueblo prosiguió. El Dios de los abuelos de *Plácido* no era el Dios de los verdugos del poeta. El Dios ordenador del uni-

verso, el admirablemente retratado por el mártir, el perpetuamente patente en la risueña naturaleza de la Isla, no podía consentir el desorden moral que hacía delincuente al bueno, inocente al malo, árbitro de aquél a éste, víctima de su virtud al inocente, verdugos de la inocencia a los malvados. Ese Dios ordenador del bien, enemigo del mal ¿en dónde está?

Y la voz del poeta, resonando en el corazón del pueblo, contestaba:

Todo lo podéis vos! Todo fenece
O se reanima a vuestra voz sagrada.
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Pero el Dios que todo lo puede, no ha podido jamás hacer que un pueblo esclavo reviente de un esfuerzo sus cadenas y las arroje a la cara del tirano; y el pueblo se avergonzaba de tener que encomendar sus negocios, que sólo él podría arreglar, a un Dios que había consentido en que se hicieran árbitro de él los españoles.

Un pueblo que todo lo espera de quien quiera salvarlo, no hará nada por sí. No hizo nada, y Plácido pudo seguir clamando:

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve a través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire a la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia,
Bata sus palmas la calumnia impía.

La eternidad tiene paciencia, no conoce el tiempo, no sabe lo que son horas, días, semanas, meses, años, décadas, centurias de dolor, y deja hacer. Se guardará

muy bien de estorbar que asesinen a un inocente. Individuo o sociedad, el inocente sucumbirá para probar a otros individuos, a otras generaciones, a otros tiempos, la necesidad de combatir con otras armas que sollozos femeniles.

Pocos pasos separan de la gloria al poeta-mártir. Entre el sacrificio y la victoria no hay ya más de cuarenta pasos, dos minutos en un reloj, una palabra en los labios del semidiós de la colonia, un fruncimiento de cejas del Dios omnipotente.

Pero la comitiva sigue andando, sigue acortándose la distancia, sigue durmiendo el semidiós en su palacio, sigue sonriendo Dios en su naturaleza, y en medio del silencio gemebundo de la multitud, en medio del redoble del tambor, en medio del paso acompasado de la comitiva, sigue Plácido clamando y recitando:

Mas si cuadra a tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!

Y se cumplió la voluntad del demonio español, no la de Dios. Habían acabado los cuarenta pasos, y había terminado la plegaria. Plácido estaba en el banquillo. Ocupaba el banquillo de honor—la justicia española es deferente con el mérito—y veía a sus dos lados a sus cuatro compañeros de suplicio.

Quiso hablar, y los soldados, formaron el cuadro y lo envolvieron. Hizo un ademán, y resonó una descarga.

Cuando el humo se hubo disipado, un cuerpo se levantó, se agitó desesperadamente y exclamó: “¿No hay

compasión para mí? ¡Aquí!” Y señalaba con súplica imperativa el corazón.

Era Plácido. Un soldado compasivo obedeció su mandato, se acercó, apoyó su fusil sobre el corazón que había llevado en su seno los sentimientos más humanos, disparó y otra vez en el valle y la colina resonó el gemido congojoso de la multitud.

Con Plácido acabó la primera fase de la revolución de Cuba. Siete años después debía llegar Narciso López, tras del cual iba Céspedes a presentarse.

44-51-68, tres movimientos: la eternidad hace bien en ser paciente. Los momentos pasan; pasan con ellos los hombres; pero siempre llega el día de la victoria para la justicia. Que no lo vea el que por ella ha sucumbido, eso ¿qué importa? El fin no es gozar de ese día radiante; el fin es contribuir a que llegue el día.

Plácido contribuyó: esa es su gloria.

Cuando los españoles uncieron el tardo buey a la pesada carreta que condujo los restos del poeta y de sus compañeros de martirio al cementerio, repitieron el símbolo perpetuo de la historia: los instrumentos del pasado depositando en la muerte al porvenir.

Tarda solamente. Como iban aquellos representantes del porvenir al cementerio, van las ideas nuevas al martirio: el pasado las sofoca, las arrastra y las entierra: pero ellas resucitan. Con tal que triunfen, importa poco que encarnen en Céspedes o en Plácido.

HOMBRES DE LA REVOLUCION

Carlos Manuel de Céspedes (1)

Presidente de la República de Cuba

Seis meses después del alzamiento del distrito oriental de la Isla de Cuba contra la dominación de España, los patriotas reunidos en Congreso, discutieron, aprobaron y votaron los pocos artículos de que consta la Constitución de la República federal de Cuba.

Alboreaba el día 1º de abril de 1869, y la pequeña población de Guáimaro, en donde se había reunido el Congreso, y en donde, por entonces, tenía su asiento el Gobierno provisional de la revolución cubana, celebraba con aclamaciones y vítores la promulgación del Código fundamental del nuevo Estado latinoamericano.

Los hombres previsores que habían querido legislar el porvenir político de la patria que empezaban a fundar, no podían dejar abandonado al acaso del combate y a la inestable fortuna de las armas el presente de la Revolución; y obedeciendo al Código que acababan de adoptar, se propusieron elegir el Presidente que debería ejercer las funciones del gobierno durante el período de la Revolución; y obedeciendo al Código que acababan de adoptar, se propusieron elegir el Presidente que debería ejercer las funciones del gobierno durante el período de la guerra.

De este modo, la Revolución armada no podía, en ninguno de los trances, ser debilitada o embarazada o

(1) Santiago de Chile, 7 de agosto de 1873.

cohibida por la acción personal de un caudillo militar, y éste quedaba sometido a la acción de los poderes organizados del Estado, sin, por eso, aventurar o arriesgar el éxito de la Revolución.

Esta medida, que demuestra por sí sola la idoneidad política de los independientes cubanos; que basta para probar la legitimidad de la causa que defienden, pues no hay más legítimo derecho que el de emanciparse de un gobierno inepto; esta medida, que algún día se presentará como el fenómeno revolucionario más extraordinario, estaba llamada a salvar dos veces la Revolución armada y estaba destinada a organizar normalmente la Revolución política y social a que corresponde el movimiento militar.

Era, por tanto, necesario y urgente aplicarla y practicarla. Mas, para hacerlo, importaba que el hombre elegido para hacer eficaz aquella medida, reuniera en sí mismo las cualidades exteriores que dan la opinión pública, la popularidad merecida, los servicios prestados, a las cualidades individuales que no puede alterar la movilidad de opinión y que son fruto de la inteligencia y del carácter.

Inteligentes y firmes en sus convicciones eran todos los hombres que, seis meses antes, saliendo de la hacienda de la *Demajagua*, habían dado, en el distrito de Yara, el grito de Independencia. Inteligentes y firmes eran los que, del Camagüey, del Cobre, de Cinco Villas, de la Habana misma, habían ido a engrosar y a enardecer las filas revolucionarias; y el patriotismo más perspicaz hubiera vacilado en la elección del primer magistrado de la República naciente. Pero entre todos aquellos ardorosos servidores de la santa idea de Independencia, ninguno reunía más sufragios, ninguno era tan popular, ninguno tan conocido dentro y fuera de la Isla, ningun-

no tan acreedor a la gratitud pública, ninguno había demostrado una resolución más heroica que el caudillo de los trescientos, que el hombre para quien el corto número de secuaces y el aislamiento peligroso del primer instante no fueron obstáculo ni impedimento suficientes. Sin él, la Revolución no habría estallado; sin él, el grito de Yara hubiera sido un grito en el desierto, y nada más. Había él dado el grito, había él iniciado la Revolución, había él sostenido el grito con las armas, la Revolución con su constancia, y era digno de sostener, en sus hombros, el naciente Estado.

Ese hombre era Carlos Manuel de Céspedes, y en Carlos Manuel de Céspedes se fijaron los ojos de los legisladores de Guáimaro, como se habían fijado las esperanzas de la Revolución y de la Isla entera.

I

El hombre que iba a regir el Estado embrionario que nacía de la Revolución y al par con ella, se veía forzado a tener las cualidades más contradictorias, a saber gobernarse a sí mismo, tanto como a saber dirigir la informe sociedad que le entregaban.

Debía tener toda la fe del patriotismo, sin ninguna de las vehemencias de la fe y del patriotismo; todo el anhelo; todo el misticismo de la gloria histórica, sin el personalismo de la gloria; toda la posesión de su función augusta, sin ninguna de las vanidades que acompañan a las funciones del primero en toda la esfera de acción humana; toda la energía del que ejerce funciones directas sobre pocos, sin ninguna de las violencias del poder; todas las dudas racionales de una situación tan eventual, sin ninguna de las vacilaciones de la duda; toda la constancia de la necesidad, sin ninguna de las



confianzas que la aumentan; toda la inflexibilidad del campamento, con todas las flexibilidades que impone el conocimiento de los hombres.

¿Ha demostrado Céspedes esas cualidades? Si los hechos son criterio seguro para juzgar desde lejos a los hombres, no vacilamos en responder afirmativamente. Sí: Carlos Manuel de Céspedes ha sido el presidente que necesitaba Cuba, que la Isla pedía, que los legisladores de Guáimaro buscaban.

El primer hecho que justifica la afirmación es el ejercicio tranquilo de sus funciones: el segundo, su creciente popularidad, y, lo que vale más que la popularidad, el respeto que lo hace incontrastable; el hecho más elocuente y persuasivo, es el vigor progresivo de la Revolución.

La Revolución no sería tan vigorosa como es, si el constituido por ella en jefe civil y en administrador supremo no hubiera tenido las cualidades necesarias para imposibilitar o sofocar la división.

Céspedes no tendría la popularidad que le sostiene, si no hubiera sabido ser el foco de las fuerzas opuestas que necesariamente han de haberlo solicitado.

El Presidente de la República de Cuba hubiera sido cien veces arrastrado con las pasiones que a su alrededor se habrían formado, si no hubiera sido capaz de dominar las pasiones que germinan necesariamente en todo estado revolucionario, y más necesariamente todavía, en una revolución total como la a que se ven obligadas las colonias que España ha mal educado.

Indigno de la verdad y de mí mismo, que abomino los ídolos, sería atribuir exclusivamente a Céspedes los resultados felices que computo. Antes que Céspedes, y por encima de él, están los principios a que ajustó su conducta; está el país que se ajusta a esos principios;

está la docilidad de ese país a esos principios; está el patriotismo virtuoso de los revolucionarios; está la unanimidad de la Isla en favor de la Revolución; está la precoz madurez política de esos colonos de ayer que, sabiendo los peligros que llevan en sí mismos contra el triunfo de su causa y contra el establecimiento definitivo de la patria, se han anticipado al estado normal y le han sacrificado sus pasiones y lo han creado por esfuerzo de sus buenas cualidades y por abnegación de sus pequeñeces y ruindades.

II

Aun así, la influencia de Céspedes está patente. Su autoridad, en el palacio o en la choza, en la sociedad ya organizada o en la que empieza a organizarse, es un ejemplo.

Si el ejemplo es bueno, el resultado es tanto mejor cuanto más dóciles son al buen ejemplo los interesados en observarlo y en seguirlo.

Si el ejemplo es malo, el resultado será tanto peor cuanto más desorganice el mal ejemplo.

Ahora bien, ninguna desorganización más fácil que la de aquello que comienza a organizarse, ningún ejemplo más desorganizador, si es mal ejemplo, que el directo e inmediatamente dado.

Como en Cuba, al mismo tiempo que una revolución demoledora, se está haciendo el ensayo práctico de un estado social, porque una parte de la sociedad cubana vive en los campamentos con la Revolución armada, y como viven los revolucionarios militares, la acción del jefe constitucional de esa sociedad en formación, es directa e inmediata. Toda la sociedad ve lo que hace, in-

mediatamente que lo hace; juzga lo que hace tan pronto como lo hace; aprueba o condena lo que hace, en el punto mismo en que lo hace.

Si fuera un hombre vulgar, ¿no hubiera contado sus malos ejemplos por sus actos, su efecto funesto, por su ejemplo?

A fines de 1869 y principios del 70, la Revolución tuvo agonías. No sólo disminuían los pobres recursos del exterior y aumentaban los desesperados esfuerzos de los españoles, sino que estallaba en su seno mismo una formidable escisión. El general en jefe de las fuerzas patriotas, Manuel Quesada, era próximo pariente de Céspedes, cuya esposa es hermana de aquel caudillo. Se suponían intenciones anticonstitucionales a Quesada, y varios de los diputados que más lo habían sostenido en el generalato en jefe, llevaron a la Cámara el proyecto de acusación contra Quesada y aquélla concluyó por retirarle sus funciones.

Céspedes se sometió a la resolución de la Cámara, aceptó el sustituto que ella dió a Quesada y le pidió su venia para enviar a ésta al extranjero en comisión de servicio público. De este modo, al mismo tiempo que salvó de un grave riesgo a la Revolución, y de un rompimiento a los poderes públicos, utilizó las cualidades de Quesada, que al poco tiempo remitió a Cuba la famosa expedición de Venezuela.

Cuando el general norteamericano Jordan, después de dos batallas felices, fué recompensado con las funciones de generalísimo, Céspedes siguió la corriente de la opinión; mas cuando las rivalidades, unidas a las imputaciones de anexionismo que se hacían a Jordan, pusieron otra vez en peligro la Revolución armada y el principio de independencia absoluta a que obedece la Revolución, Céspedes supo salvar aquel peligro, encargando una misión especial al ya ex generalísimo.

Aquí, antes de proseguir juzgando a un hombre, notemos la eficacia de un principio. El obedecido por el Congreso de Guáimaro, al separar radicalmente el poder militar del civil, acababa de dar su segundo fruto. Dos generales en jefe habían dejado el mando militar de la Revolución, sin que ésta se debilitara en lo más mínimo y sin que refluyeran las alternativas del poder militar de la Revolución sobre la Revolución política.

Esta, así asegurada en la inmutabilidad de los poderes que había estatuido, continuaba ejerciendo su influencia ejemplar en el ánimo de los patriotas que, cada vez más seguros de la posibilidad de gobernarse a sí mismos, eran cada vez más respetuosos de la forma de gobierno que acataban.

Cualquiera otra forma de gobierno hubiera fracasado en el terrible momento en que Céspedes, amado, respetado y obedecido vió caer, fusilado por los españoles, a su hijo Oscar. El padre hubiera arrastrado al magistrado; el vengador, al ofendido en lo más íntimo. Pero el Presidente de la República de Cuba no era el general en jefe de las tropas revolucionarias, y el magistrado guardó silencio, y el padre devoró su dolor en la inacción impuesta.

Los jefes militares vengaron aquella muerte inicua; pero vengaban al cubano, no al hijo del primer magistrado.

III

Ese hombre, que tan admirablemente ha secundado siempre la voz de los principios, la opinión de su país, las exigencias de la forma de gobierno que ha contribuido esencialmente a establecer ¿quién es?

Carlos Manuel de Céspedes es un hombre de hasta cincuenta y cinco años de vida, de hasta cinco pies ocho

pulgadas de estatura, de rostro enjuto, de musculatura vigorosa, de frente levantada, de ojo vivo, de nariz enérgica, de faz habitualmente rasurada, de barba poblada, casi blanca, en los momentos en que lo visitaba el último corresponsal del *Herald*.

Nació en Bayamo, capital del distrito oriental de Cuba y núcleo de la Revolución hasta que se entregó heroicamente a las llamas por no entregarse a los españoles.

Los padres de Céspedes eran hacendados suficientemente ricos para resistir a la dispendiosa educación europea a que España obligaba a las Antillas, y lo mandaron a Europa, no sé si antes o después de recibir su título de abogado. Viajó, vió, deseó, y volvió más cubano que había ido. Hombre de inteligencia, sabía lo que deseaba. Hombre de energía, sabía querer. Hombre de pasiones moderadas, sabía esperar.

La casualidad ha sido su mejor amiga, y ella fué la que, distrayéndolo en su país de toda otra soliciación que el patriotismo, de toda otra sociedad que la que debía secundarlo, le ha dado el ascendiente del primer momento y la feliz oportunidad, que en vano se pide cuando se está lejos y solo o con muy pocos, reclamándola del cielo sordo o del infierno mudo. Pero si la casualidad hace el milagro de poner en actividad a un pueblo postrado por la esclavitud, no puede ni sabe hacer hombres, y Carlos Manuel de Céspedes es tan hombre y lo era tanto, que era y es digno de no contar para nada con la casualidad.

Contando con ella o no contando, a su vuelta de Europa, se consagró a ejercer su profesión y a administrar sus bienes.

Vivió durante muchos años en la útil obscuridad de la vida común, hablando con todos y como todos, pensando como pensaban los demás, sintiendo como ellos

sentían, iniciando o secundando el pensamiento, el sentimiento y la acción de sus conciudadanos. Estos veían en él un patriota y un ciudadano como ellos; como ellos, amigo secreto de la patria; como ellos, taciturno evocador de la Revolución y de la Independencia; como ellos, burlador de persecuciones y conspirador inenmendable; como ellos, hombre palpable, de carne y hueso, de costumbres regulares, de vida normal; y si sentían de cuando en cuando una energía superior en él, una serie de ideas más completa, un propósito más obstinado, la superioridad así manifestada era más un motivo de confianza que el invencible recelo que tienen todos los hombres de los pocos que valen en todo más que ellos. De esta comunidad de vida, de trabajos y deseos, nació para Céspedes la única felicidad a que tiene derecho el hombre que se consagra concienzudamente a la realización de un fin virtuoso, la felicidad de no ser temido.

No era temido, y fué querido. Todos los que lo rodeaban lo querían, y como los hombres son tan expansivos en sus afectos ciegos como son reservados y cautelosos en su admiración y en su respeto, divulgaron por toda la comarca el nombre del futuro Presidente de Cuba Libre.

Los que no sepan la importancia que tiene en la biografía de un hombre *útil* ⁽¹⁾ lo que puede llamarse el mecanismo privado de su vida, pueden pasar de largo por delante de esos pormenores oscuros de la vida, pero no sabrán apreciarla en su valor completo.

Yo trato de apreciar la de Céspedes, y necesito decir cómo lo aprecio y por qué lo aprecio. Por eso insisto en los pormenores de su vida oscura.

(1) Para mí no hay *grandes hombres*. Son útiles o inútiles para la humanidad, y se acabó.

Los que sepan, al contrario, de cuántas amarguras, de cuántas hondas tristezas, de cuántos ponzoñosos engaños, de cuántas sollicitaciones contradictorias, de cuántos dolores secretos, de cuántos sacrificios desgarradores, de cuántas congojas y agonías del espíritu se compone una vida que se esfuerza por ser digna de la patria, de la justicia, de la libertad, del bien y la verdad entre los hombres; los que sepan qué formidable lucha es el luchar sin compañeros, sin auxiliares, sin estímulos, éstos repetirán mi exclamación, diciendo: “¡Bienaventurados aquellos que tienen, como Céspedes, la suerte de tener compañeros de deber!”

Ser el primero en el deber, es otra suerte; y Céspedes la tuvo. Esperó tranquilamente; y llegó el momento codiciado. Llegó el momento, lo aprovechó, y ahí está el hombre. ¡Oh! bienaventurado una vez y otra vez el que, sintiéndose digno de grandes circunstancias, no se anticipa a ellas ni a los hombres! Al seno amado de la patria, al seno amable del hogar paterno, irán los hombres y las circunstancias a llamarlo. Con sólo responder, cumplirá con su deber. Con sólo ponerse en pie, tomará la estatura de los grandes hechos. Es grande ante ellos porque lo era ante sí mismo, y sus secueces gritarán: “Este es el hombre”, y la posteridad repetirá: “Ese era el hombre”.

¡Y ése era el hombre! Vivió como su tiempo y con su tiempo, y lo dejaron vivir, trabajar, pensar, amar, tener una compañera de su vida, tener compañeros de esperanza, tener hijos para la patria, disponer de los hijos de la patria, haciendo en paz lo que hacen todos, hasta el momento necesario de hacer más que todos a la vez.

Antes del 10 de octubre de 1868, eso fué Céspedes. Trabajó y cimentó su bienestar en su trabajo; pensó en crear una familia, y amó; amó y creó una familia.

Así en el reposo de todas sus facultades, en el blando contento de los afectos invariables, sin otras zozobras que las del estado general de su país, sin otro obstáculo para llegar a su deber que el tiempo, pudo esperar estoicamente y esperó.

Cuando la revolución española de 1868, las sociedades secretas que en Cuba elaboraban sordamente la Independencia de la Isla, creyeron llegado el momento de hacer pública su obra, Céspedes, el obrero de la Revolución que más influencia tenía en el departamento oriental de Cuba, reunió en su hacienda *Demajagua* a sus trescientos primeros compañeros, y gritó: "¡Cuba quiere ser independiente! ¡Viva la Independencia de Cuba!"

Se dieron las circunstancias, se dió el hombre.

¡Bendición de los hombres y los siglos sobre él, como sobre todos los que, andando al paso pausado de su tiempo, coinciden con él en cada paso!

¡Maldición de los siglos y los hombres sobre aquellos que se han atrevido a fijar los ojos en el Ideal y pretendiendo abarcarlo por completo, dan al mundo indiferente el espectáculo de una conciencia solitaria!

¡Bendición sobre los unos, por ser buenos! ¡Maldición sobre los otros, por haber intentado ser mejores que los buenos!

¡Bendición sobre los buenos, porque son útiles! ¡Maldición sobre los que aspiran a ser mejores, porque serán inútiles!

Ser de aquéllos, es ser Céspedes. Ser Céspedes en una época tan infecunda para América, es ser la inicial de una época americana más fecunda.

Retrato de Francisco V. Aguilera

Trémulo de indignación contra el destino, como estremece e irrita la injusticia, he recibido la noticia de la muerte de Aguilera. Si morir es algo más que perder la unidad y la individualidad del organismo, el hombre bueno que ha cesado en la obra de la vida no tiene por qué ser compadecido. Morir antes, mucho antes, habría sido preferible para él: fuera del mundo hubiera podido encontrar jueces dignos de él y justicia equivalente a la incansable virtud en que vivió. Mas si el morir es multiplicar una unidad viviente por mil más, y esa expansión del ser disuelve fatalmente la individualidad que pensó y penó, es odioso, es detestable, es abominable que haya vivido un hombre en la incesante agonía que acongojó los últimos años de Aguilera, para que en un momento de injusticia irreparable, el destino o la fatalidad interrumpa caprichosamente la existencia que debió prevalecer sobre el mal que la había atormentado.

La isla de Cuba ha producido en sus años de prueba tantos cuantos hombres dignos de la prueba le fueron necesarios. Necesitó hombres de pasión implacable contra la tiranía, y los tuvo. Necesitó hacer hombre el patriotismo que convierte en fiera, y lo hizo hombre. Tuvo necesidad de Céspedes, y fué. Tuvo necesidad de personificar en un alma de hierro la actividad militante, y Mármol la personificó hasta su muerte. Necesitó individualizar la austeridad incontrastable de la revolución, y Agramonte le dió la individualidad incontrastable. Necesitó un paladín de leyenda, y lo tuvo en

Sanguily, el héroe inválido. Le hizo falta el soldado de fortuna y se le presentó Ryan, el burlador de la muerte. Le hizo falta una representación del trabajo hecho patriota y guerrero y ciudadano, y le representó Vicente García. Invocó el hombre-legión, y aparecieron los Castillo, los Maceo los Calvar, los Varona, y los mil legionarios que en Oriente y Occidente, en Camagüey y las Villas, han dado la sangre en confirmación del patriotismo. Invocó la confraternidad de las Antillas, y Máximo Gómez y Modesto Díaz y los Marcano y Rius Rivera han personificado heroicamente las dos Antillas hermanas. Necesitó mártires, y en el patíbulo, y en muertes obscuras, y en expediciones aciagas y en el desierto tenebroso los ha tenido. Le era preciso probar la unidad de pasado y porvenir de toda la América Latina, y muriendo por Cuba la han probado centenares de latinoamericanos. Le era preciso presentar regenerados por el derecho a los expulsos de toda ley, y el esclavo africano y el siervo chino tomaron parte en la obra común de redención. Necesitó demostrar definitivamente la santidad de su designio, y a él contribuye una muchedumbre de españoles. Necesitó que la porción más inflamable de sus hijos hiciera universal el sentimiento de odio justiciero que armaba a la víctima contra el verdugo, y el patriotismo sublime de la mujer cubana ha convertido en pasión la muerte y el sacrificio y el martirio.

Pero hombres que, a fuerza de ser representantes completos del patriotismo virtuoso, hayan sido y merezcan ser considerados como hombres representativos de una gran virtud de la especie humana, Cuba no me ha dado a conocer más que uno. Ese hombre representativo de la humanidad, era Francisco Vicente Aguilera.

Fuí su amigo, y lo lloro. Sigo siendo digno de haber sido uno de los pocos amigos verdaderos que tienen

hombres como él, y lo echaré siempre de menos. Mas no será la vaciedad de un sentimiento personal lo que exprese mi dolor, ni consentiré que el dolor se entrometa en la expresión de ideas más viriles. Ha muerto un hombre virtuoso, y honda pena es para los que hoy y mañana, al recorrer con deluso corazón las masas inconscientes que deja en sus yermos el coloniaje, suspiremos y tengamos que suspirar profundamente. Mas ¿qué, sino la repulsa que merece el indiscreto, encontrará el dolor individual en donde hay un dolor de la patria y la justicia? Esta que ha visto caer sin premio una virtud; la patria, que ve desaparecer desconocido y acaso calumniado al mejor de sus hijos, sólo ellas tienen el derecho de llorar. Y sólo ellas, para abominación del momento histórico en que vivimos, pueden tener esperanza de consuelo. Porque ¿a quién, que no sea una de esas dos entidades abstractas, irá un alma severa a pedir consuelo por la muerte de un hombre como aquél? ¿Ambicionó? ¿Codició? ¿Deshonró con pasiones viciosas sus servicios a la patria y a la especie? No habiendo hecho ninguno de los males que aconsejan el soborno del juicio contemporáneo, se fué con sus virtudes a la Historia. A mala parte: también allí hay soborno. Y ¡cuántos, de los que hasta hoy han bregado por obscurecer las virtudes y los sacrificios de Aguilera, bregarán por atenebrarlos ante el juicio de la posteridad!

No vale ella mucho más que los coetáneos: juzga a los que fueron como juzga el contemporáneo a los que son; por los oídos. ¡Napoleón! ¡Byron! ¡Voltaire! ¡Loyola! ¡Bacon! ¡César Borgia! ¡Séneca! ¡Demóstenes! ¡Pericles! ¡qué nombres! ¡qué sonoridad! ¡qué resonancia!

Y como, al fin y al cabo, las cosas más resonantes son aquellas que vibran más en el oído; y como, al fin y al cabo, la vibrante repetición de un mismo nombre

es lo que, en la vida y en la historia, constituye ese ruido alucinante de la gloria ¿qué gran virtud es gloriosa entre los hombres? ¿Sócrates? Por amigo de la verdad lo envenenaron. ¿Colón? Por haber sido bienhechor de la civilización lo encadenaron. Después los deifican o los santifican, y cuando así los privan de la gloria más augusta, de la gloria de haber sido hombres en toda la excelencia de la naturaleza humana, se postran ante ellos como idólatras, en vez de erguirse hasta ellos como hombres, y consuman la obra de la injusticia.

No la cometeré yo al hablar de Aguilera. Por haber sido hombre lo veneraré. Por haber sido hombre lo reverenciaré en la muerte. Por haber sido hombre trataré de hacer reverenda su memoria. Si fué un héroe, que lo digan cuando les convenga los que hayan ridiculizado su civismo heroico. Si fué un mártir, díganlo cuando les plazca los que contribuyeron a su martirio silencioso. Un hombre que habla de un hombre, no tendrá otra palabra para él, no otra alabanza de sus méritos, no otra prueba de su grandeza moral, que la prueba y la alabanza y la palabra de Shakespeare en *Hamlet*: "He was a man". En abril de 1875, el general Aguilera y yo intentamos una expedición; ¡desventurados! En vez de llegar a Cuba, después de seis días de gravísimos peligros en el mar llegamos a no muchas millas del punto de partida, avergonzados de muchas cosas de que, por patriotismo, hubiéramos querido no tener que avergonzarnos.

Aquella tentativa malhadada tuvo un fruto. Durante aquellos días de íntima comunicación, acabé yo de conocer a aquel hombre, y empecé a saber lo no mucho que él contaba de su vida.

Con los pocos datos efectivos que entonces recibí, y con los que me suministrara la observación directa de aquella naturaleza excelente, voy a dar a conocer al hombre. Si hizo más de lo que aquí se diga, la histo-

ria se encargará de referirlo. Que pudo, si hubiera sido secundado, hacer todo lo bueno que intentó, se encargará también de asegurarlo el juicio de los imparciales que en lo futuro estudian los hechos y los hombres de la revolución de Cuba. Por amor a ella, y por respeto a mí mismo, tanto como por reverencia a la memoria de Aguilera, voy a abstenerme de todo juicio crítico. Así, lo que escriba no será una biografía, será un retrato.

I

Francisco Vicente Aguilera era hombre de estatura muy superior a la común. Era delgado. No le pesaban los cincuenta y cinco o sesenta años que había contado, y podía erguirse en toda su estatura. No le pesaba la conciencia, y podía llevar alta la cabeza. Pero acaso por la desproporción que había entre su altura y su volumen, y para mayor comodidad, o acaso también por la triste necesidad que en la vida de relación se tiene de bajar la cabeza para ver las cosas que se ven, había contraído el hábito de encorvarse hacia adelante.

Esta actitud, que era la más adecuada a un hombre que tan abrumadores dolores morales padecía, era también la más conveniente para el observador que hubiera querido retratarlo física y moralmente. Entonces, su cabeza pequeña, pero armónica; su enérgica nariz aguileña; sus labios delgados e inseguros; sus ojos, demasiado pequeños para que explicaran cómo cabían en ellos a la vez la continua benevolencia y la frecuente desconfianza que cabían; sus mejillas sumidas y sus pómulos salientes, encuadrando con armonía entre su no larga cabellera blanca y las canas larguísimas de su barba de patriarca, se grababan hondamente en la retina, no sólo como facciones y caracteres físicos de una

fisonomía, sino como apariencias externas de un carácter.

Entonces se veía por fuera y por dentro el hombre entero. Bajo aquel cráneo pequeño no cabían quizá muchas ideas; pero se armonizaban perfectamente, y eran claras y resistentes y tenaces las que cabían. Aquella firme resolución que denotaba en la nariz, contradecía la inseguridad de voluntad que la boca denotaba; pero se veía que, en tanto que el primero era un signo natural, el segundo era signo accidental: el hombre era resuelto; los hombres lo habían hecho irresoluto. Dentro de aquellos ojos apacibles, la naturaleza había puesto su benévola confianza; pero el dolor experto había introducido su inquietud, y expresaban una modificación de la naturaleza por la vida; naturaleza blanda, vida dura. De los pómulos a las mejillas la misma dolorosa declinación; aquellos dos huesos eran fábrica consistente de la fuerza; aquellas mejillas hundidas eran obra de zapa del quebranto.

Ante el hombre que tenía ese semblante instructivo para fisiólogos y psicólogos, han podido pasar irrespetuosamente, pavoneando la insolente superioridad de sus maldades, una porción de seres negativos, explotadores de su bondad los unos, los otros conjurados contra su fuerza de conciencia. Pero ha habido quien, no pasando sin antes leer la historia del alma en el semblante, mil veces se ha dicho contristado: Ley moral, como es física: sólo a precio del mal que nos abrumba podemos elevarnos hasta el bien, sólo por la pendiente del sacrificio se llega a la cumbre del deber.

Estar en esa cumbre era el mérito excelso de Aguilera. Por eso la guerra a muerte entre su reflexión y sus impulsos. Por eso la dualidad congojosa entre su energía natural y su debilidad social. Por eso el contraste tormentoso entre su fe de alma candorosa y su



incertidumbre de víctima de las pasiones exteriores. Por eso las huellas palpables que dejaba en el rostro la agonía del alma. Haber sido el primero en el esfuerzo, y resignarse al segundo puesto ante la historia; tener que ceder el contento fortificante de combatir a mano armada por la patria, para ir en la expatriación a entregarse indefenso a las pasiones criminales que no se pueden compartir; pasar sin transición del ideal inmaculado del bien a la realidad cenagosa del mal; sentirse el mejor entre los buenos, y pasar por el peor entre los malos; ser capaz de todo por la idea, para sentirse incapaz ante la intriga; ser poderoso en el desig-nio para ser impotente en la acción; haber sido idolatrado como obscuro bienhechor de una comarca, para ser vilipendiado como bienhechor de la patria; no vacilar ante los sacrificios que más cuestan, para verse negar los servicios más vulgares; provocar el ridículo por cumplir sin cesar con el deber; verse más bajo en el concepto común, cuando más alto se está en la conciencia; pasar por todas esas pruebas, por todas esas amarguras, por todas esas crucifixiones invisibles ¿cómo no ha de ser a expensas de la serenidad del espíritu, y cómo no han de esculpirse en el rostro las señales del suplicio? ¿Cómo no ha de producirse una verdadera desorganización de las facultades morales, y cómo no ha de ser desastrosa la desorganización?

Costosa, hasta el punto de pagarla con su vida, es la empresa del químico que, por indagar ansiosamente la ley de la composición molecular de las sustancias, se obstina en descomponerlas en sus elementos iniciales: absorbe insensiblemente los gases deletéreos que en todos los cuerpos denuncian la generación de la vida por la muerte, y en premio del afán de su razón, aprende a sus expensas la otra faz del secreto; la generación de la muerte por la vida.

Así el que estudia en una existencia combatida el motivo inicial de sus determinaciones volitivas, intelectivas y afectivas, al llegar a los elementos simples, podrá abismarse ante la grandeza de la vida individual que estudia, pero será a expensas de su fe: ¿Qué fe en los hombres es posible cuando se establece matemáticamente la diferencia insondable que hay entre un ser que representa nativa y espontáneamente las virtudes mejores de su especie, y el mismo ser, incapacitado, inutilizado, desorganizado, aniquilado por la especie?

Seguro como estoy de que esa incapacidad de la virtud constituye el martirio de la vida activa de Aguilera, como constituye a mis ojos su mayor dignidad ante la historia, empiezo a narrar lo que sé de aquella vida.

II

Bayamo, la ciudad corazón del Oriente de Cuba, fué la cuna y el escenario de la actividad de Aguilera. Miembro de una familia poderosa por su origen, su riqueza y su influencia, ningún trabajo costó la vida al que había de ser heredero de aquellos bienes. Al contrario: simplificada por el bienestar y la confianza, la vida de relación debió ser para el niño y el adolescente un seguro manantial de satisfacciones y delicias. Puestos sin obstáculo a su alcance los recursos económicos y sociales que facilitan la realización de los fines orgánicos, intelectuales y morales, de su opción dependía el realizarlos. Optó por los primeros.

En la atmósfera moral de las colonias españolas, y aun de las sociedades que de su origen colonial derivan los errores de su desarrollo, el estudio de las verdades de razón y de conciencia, lejos de ser un fin individual, son un obstáculo social. Con desenfrenar la fantasía que el suelo y el cielo de los trópicos despierta, basta

para el fin intelectual. Con no ser escandalosos en el desenfreno de los vicios, ya está cumplido el fin moral. Lo demás, está de más. Un hombre que, para tratar de serlo por completo, empleara una parte de su actividad en resolver los problemas de la naturaleza y de la vida, pasaría, si pobre, por una monstruosidad; si rico, por demente. Y si ajustara la actividad de su conciencia a los progresos de su razón, y viviera la verdad que pensara, viviría en un ostracismo que los griegos reservaron para los hijos de colonias españolas; la soledad en la sociedad, la expatriación en la propia patria, el emparedamiento en el espacio libre.

Testigos del intenso dolor de algunos condenados a ese suplicio, las madres cuidaban afanosamente de cerrar el horizonte del espíritu a sus hijos; las secundaban los padres; las justificaban los deudos; sancionaba su proceder la opinión común, y en la atmósfera que respiraban niños y adolescentes, encontraban los gérmenes del horror que la sociedad colonial tenía a la verdad indagada y a la virtud pensada. Acontecía lo que era lógico: la verdad por la verdad, la virtud por el placer de la virtud, no eran vocaciones coloniales.

Por una concesión magnánima, se consentía en considerar como un medio el fin intelectual. Ser *doctor* era un medio; y todos los que, no teniendo una fortuna con que alucinar a la fortuna, aspiraban a fama distinta de la honradez de mercado o mostrador, se hacían doctores en derecho, en medicina, en teología. Estudiaban para comer o para medrar, y así estudiaban.

El que tenía qué, y de qué comer, no tenía para qué estudiar. Ninguno de los crímenes que en tales sociedades se excusan a veces a los jóvenes afortunados, encubriéndolos bajo el eufemismo cobarde de "locuras de muchacho", ningún extravío de la honra o de la ley hubiera escandalizado tanto aquellas sociedades de hidalgos trasplantados, como el atentado contra el error pú-

blico que habría cometido el joven "de buena familia y de fortuna" que se hubiera consagrado a la ciencia o al cultivo de una profesión liberal. Así, ninguno arrosaba el anatema. Y si alguno, mejor inclinado que los otros, pensaba en justificar de algún modo su existencia, y se ponía a trabajar, se sumergía en el fondo de la selva o en los palacios campestres que, con ocios frecuentes, dulcificaban las faenas del trabajo.

Eso fué lo que Aguilera hizo; pero lo que en muchos era un medio de distraerse de sí mismos, fué en él un verdadero fin. Se consagró a él con toda la energía que tenía para el bien, y si la enorme fortuna que más tarde sacrificó toda entera a sus ideas era, en parte, el trabajo acumulado de sus antecesores, en la parte mayor era creación de sus esfuerzos personales.

Benévolo por naturaleza, optimista por inclinación, bienhechor por elevado convencimiento de las funciones de un afortunado en el mundo, tenía pronta la mano para el caído, pronta para las desventuras su fortuna, pronto su corazón para el dolor extraño. Deudos, terratenientes, vecinos, esclavos, conocidos, nadie estaba al alcance de su vista que no estuviera al alcance de sus dádivas. Y como daba con sencillez corazón, niño perpetuo como las naturalezas escogidas, sus protegidos eran sus amigos. Y ¡qué amigo de los suyos aquel bueno! No conocía la falacia, y antes prefería ser engañado que engañar. No conocía la falsía, el más repugnante de cuantos vicios de carácter deforman la naturaleza humana en sociedades de esclavos, y cuando daba la mano, se recibía con ella un corazón veraz. Libre de toda premeditación, hasta de la que la cultura superior de la conciencia y la razón impone como deber y austeridad al hombre que se esfuerza por el perfeccionamiento de su ser, para todos y con todos era igual en su franqueza, en su sencillez y en su bondad.

Cuando el círculo en que se practican las virtudes nativas o reflexivas de un carácter, es la mera extensión de la familia en los subordinados, en los deudos, en los testigos afectuosos de una existencia que todos se saben de memoria, las virtudes fructifican en beneficio directo del virtuoso. Para que conociera la esterilidad aterradora de la virtud, fué preciso que Aguilera dilatara su actividad más allá del medio doméstico en que había saboreado el deleite de hacer el bien.

Mientras se movió en aquel medio, la gratitud, el afecto, la confianza sin dudas y sin vacilaciones fueron su recompensa. Probablemente, de todos los hombres que iniciaron la redención de Cuba, ninguno tuvo en su séquito tantos secuaces como él, ni tan afectos ni tan devotos ni tan absolutamente sumisos a su palabra y a sus resoluciones. Cuantos habían dependido de él por servicios retribuidos o recibidos, para tantos era un ídolo. El ídolo no se imponía, porque ni siquiera tenía conciencia de serlo, y acaso no haya habido un hombre tan incondicionalmente popular ni que fundara su popularidad en orígenes tan puros. Sembró la caridad, cosechó el amor.

Unido por alianza de familia a una de las más poderosas de Santiago, y extendida hasta allí su influencia, cuando aun no vislumbraban los ojos más vigilantes el alba de la patria, ya el ascendiente personal de Aguilera había traspuesto el radio de Bayamo, y todo Oriente lo consideraba, por su riqueza, por sus alianzas, por su popularidad, por su bondad, por su influencia benéfica entre los mismos españoles del contorno, como la esperanza más segura del día por todos esperado.

Esperábalo en ese día el primero de sus años de infortunio, y es bueno creer en una providencia ordenadora, para saber a quién atribuir los pocos días de bienandanza que pasan los buenos en el mundo. La

hechura de Bossuet fué sin duda quien ordenó que el predestinado a los dolores más acerbos se preparara a ellos en la felicidad inconsciente de los sencillos, y Aguilera fué esposo feliz, padre feliz, hijo feliz, como había sido afortunado en su trabajo, en sus auxiliares, en sus amistades y en sus beneficios como ciudadano, como amigo y como hombre.

Y era justo que fuera feliz y afortunado. Si hay momentos en que pueda afirmarse axiomáticamente la identidad permanente del espíritu, son los en que el infortunio decide de un carácter, confirmándolo o negándolo. La excelencia negativa de un carácter no resiste al infortunio: la positiva insiste. Y su insistencia es más notoria en donde es más difícil: en el hogar. Por lo que Aguilera fué en el suyo ante mi vista, cuando hasta el pan del pobre proscripto estaba amasado con lágrimas amargas, induzco yo lo que sería Aguilera en su hogar venturoso de Bayamo. Esposo tan respetado y tan deferente, padre tan querido y tan amante, jefe de familia tan apacible en su tristeza, sólo hubiera podido serlo el igual en la adversidad y en la prosperidad, el siempre bueno.

Cuanto más me identifico por recuerdo con aquel sano de espíritu, más me enternece la memoria de sus virtudes. Ahora estoy viéndolo en imagen como lo vi en la realidad las dos últimas veces de nuestras tenaces despedidas. Rodeábalo toda su familia, y él, como solía, arrullaba el sueño del más pequeño de sus hijos, fierecita que sólo en sus piernas se amansaba. Las leves desatenciones en que de cuando en cuando incurría, eran atenciones que tenía con el predilecto de su vejez. Interrumpía una frase, bajaba la cabeza para mirar a su durmiente, lo acomodaba más cerca de su corazón, y proseguía.

Como era padre, tal había sido hijo. De su madre, a cuyo amor sacrificó un día terrible el de su patria,

conservaba un recuerdo solemne. Evocándolo para persuadirme a una resolución tan contraria como adecuada a mi deber, me habló con solemnidad en una de las noches más dramáticas y más tenebrosas de mi vida.

III

Todavía a las ocho de la noche del 23 de abril de 1875 me duraba la impresión desgarradora que me había producido una carta de familia, y paseaba, acongojado, mi dolor por la soledad de mi aposento cuando entró en él Aguilera. Inquirió la causa de mi agitación, y al conocerla se demudó. Sentándose al borde de mi cama, dijo de pronto:

—He venido a despedirme.

—¿Para dónde?—interrogué.

—Para Cuba.

—¿Para Cuba!... La última vez que hablamos de eso, convinimos en que dadas las circunstancias en que han colocado a usted, no podíamos intentar nada que no fuera un fracaso o una locura.

—Pero de eso hace quince días: hoy es otra cosa, y todo está dispuesto.

—¿Para cuándo?

—Para dentro de tres o cuatro días.

—¿No se podría esperar a que yo recibiera otra carta de mi familia?

—Imposible.

—Está bien.

Y bajé la cabeza para recogerme totalmente en mi pensamiento, y resolver el obscuro problema del momento: ¿*Debía* anteponer la idea a la familia, e ir a

Cuba, o la familia a la idea, y acercarme a mi padre desolado?

Resolviendo con el sentimiento el problema, Aguilera interrumpió el silencio para decirme:

—Disponga sus encargos.

—¿Lo cual quiere decir—pregunté sonriendo—que se va usted sin mí?

—Con alma, vida y corazón—dijo abandonándose a la efusión de su franqueza—desearía que fuéramos juntos.

—Usted ha leído la carta que me hace vacilar: en mi situación ¿qué haría usted?

Se puso en pie; irguió la cabeza venerable; miró como si dirigiera vista y pensamiento a lo pasado, y con voz convulsa, dijo: “En 1851, yo estaba comprometido al movimiento; era cubano, estaba en Cuba, y quería lo que siempre he querido; pero mi madre estaba gravemente enferma, me había rogado que estuviera cerca de ella, yo no debía precipitar su muerte y cuando Joaquín Agüero me mandó a decir que todo estaba pronto, yo le contesté que mi madre estaba enferma. Después no he vacilado en sacrificio alguno; pero por nada hubiera hecho el de mi madre”.

Tal era el hijo. Y quien, siendo tal hijo, era además un dechado de afectos puros en el hogar, un amigo invariable, un corazón misericordioso, un patriota inquebrantable y un ciudadano sin segundo, podría no ser el hombre que, en el momento necesario, da lo que el momento necesita; pero era el alma digna de militar por la justicia.

Desde 1851 hasta 1868, el espíritu de Aguilera había madurado la idea de su vida. Ya el patriotismo había pasado, en él, de la manifestación de sentimientos fervorosos, a propósito deliberado de continuo. Ya, para él, no se trataba de desear, sino de conquistar la independencia; no de contar los partidarios de la idea,

sino de ponerlos en acción; de disciplinar fuerzas, no de buscarlas; de empezar, no de esperar.

Cómo, en un hombre que el acaso y el trabajo conjurados habían dotado de los cuantiosos bienes materiales y sociales que poseían Aguilera y su familia, había podido llegar la fuerza de una idea a prevalecer sobre todos los egoísmos, problema es que estaría resuelto por sí solo, si aquel hombre hubiera sido un ambicioso. La ambición ha hecho después patriotas a multitud de colonos más fríos que la muerte. Pero él no era ambicioso.

Lejos de celebrar el hecho, lo condeno. La realidad es la realidad, y dentro de ella, el que tenga fuerza e inteligencia para la vida activa, debe ser tan eunuco de sentimiento como pueda: el hombre disminuirá ante sí mismo, pero se agrandará a los ojos de los otros: habrá sido un inmoral, pero será un inmortal; no será un hombre, pero será un manejador de hombres. Son, sin embargo, muchos los sentimientos, son casi todas las ideas coordinadas con sentimientos humanos, lo que es necesario sacrificar a la ambición, y el sentimiento era toda el alma de aquel digno. Varonil en sus afectos, era sincero. Sintió el mal que veía, y cuando se declaró que era un mal, se puso lealmente a combatirlo. Esto bastó para que se convirtiera en forma definitiva de su pensamiento el patriotismo. Lo demás fué obra de la elaboración continua de la misma idea, de la continua incubación del mismo propósito, de la sumisión de sus deudos y subordinados, de la adhesión de la comarca entera, de la deliberación con hombres tan resueltos como él, y de la conspiración incesante que facilitaban, por una parte, el descuido en que dormían las autoridades coloniales; por otra parte, la extensa influencia y el ascendiente magnético de hombres tan hombres como Carlos Manuel de Céspedes, los Figueroa, Salvador Cisneros, y otros tan buenos como

ellos que, en Oriente, Camagüey, Las Villas, estaban ansiosos de cumplir con su deber.

Había sonado la hora de cumplirlo. Todos los grandes conjurados, después de una reunión en que había prevalecido el dictamen de los más vehementes, se separaron comprometidos a encaminar hacia el punto designado, y para el día convenido, las huestes ya dispuestas al combate.

Aguilera había hecho esfuerzos inútiles para hacer triunfar la juiciosa y patriótica opinión que había sostenido en el consejo: Era necesario ante todo, dijo, que los primeros movimientos de los independientes fueran triunfos decisivos; para conseguirlos, era necesario prepararlos; él se encargaba de poner en las costas desprevenidas las armas y elementos que faltaban.

La impaciencia patriótica, que en eventos tan críticos, es necesario bendecir, triunfó sobre el consejo previsor. No por eso disminuyó el fervor de Aguilera. Antes, por el contrario, estimulado por aquella delicadeza heroica que substituye en los buenos a la emulación y al despecho, hizo tanto en pocos días, que no pudo ser todo lo cauto que importaba, y estuvo a punto de ser víctima de la desconfianza que despertó en las autoridades españolas de Bayamo.

Aunque descuidados, no estaban dormidos los agentes del gobierno colonial; y sus pesquisas alarmaron de tal modo al grupo de patriotas obedientes a Céspedes, que a esa alarma se atribuye el grito de rebelión lanzado en Yara.

El *diez de octubre* no se discute, se bendice. Aún suponiendo que fuera la infracción de un convenio previo, es el día histórico de la dignidad rescatada de Cuba, y nunca tendrá la humanidad de hoy y de mañana, bendiciones bastantes para él. Aun suponiendo que Céspedes se anticipara, anticipaciones que aniqui-

lan la ignominia de un pueblo, dan la inmortalidad de la justicia al hombre que se ha atrevido a anticiparse.

Una de las pruebas de alta razón que dió Aguilera, fué el comprender y acatar ese fallo anticipado de la historia justa. La mayor prueba de magnanimidad que dió, fué el no quejarse jamás de aquello que podía considerar como usurpación de sus derechos a la gloria. Considerado como el jefe natural del alzamiento, por acuerdo común de sus secuaces le estaba reservada la iniciativa. Céspedes la tomó; Aguilera se resignó. El segundo puesto, que desde entonces le quedaba y que él conquistó gloriosamente en el segundo paso adelante de la revolución, en todas las cosas es el peor de los puestos; lo mejor es dejarlo a los contentadizos. Mas cuando se ocupa como lo ocupó Aguilera, con abnegación tan virtuosa y con tan santa resignación de sí mismo ante la patria, el puesto que se ocupa en la historia es siempre el primero.

Si hay otro en él, y ése es Céspedes, tal hombre es un segundo nombre de la patria.

IV

La toma de Bayamo, en la cual, más que las armas de los Independientes, influyeron el ascendiente personal de Aguilera entre los españoles de la ciudad, y la confianza que en su benevolencia tenían las autoridades coloniales, fué el segundo paso de la revolución. Bastaba darlo para robustecerla. Lo dió Aguilera, y a su nombre fué unido el entusiasmo que en todos los ámbitos de la Isla, y en el exterior, excitó aquel gran hecho.

Otro, mucho más meritorio, porque exigía el sacrificio de los bienes materiales, que son rémora común

de todos los grandes movimientos de las sociedades, consumó con sublime sencillez el caudillo de Bayamo. Importándoles la reocupación de esta ciudad, los españoles dirigieron hacia ella todas las fuerzas de que podían disponer. Siendo insuficientes las armas libertadoras para la defensa y conservación de su conquista, los jefes revolucionarios deliberan acerca del modo de operar. "No hay más que uno —dijo brevemente el general Aguilera—: incendiar la ciudad." Absortos sus compañeros, objetaron. Infructuosas las objeciones que le presentaron en nombre del interés común alguien le argumentó con las pérdidas irreparables que él mismo sufriría con el incendio. Contestó: "Todo está perdido para mí, mientras no tenga patria. Los españoles son más fuertes que nosotros; están ahí, se apoderarán de Bayamo y de sus bienes, y nosotros no podremos defenderlos; yo renuncio a los míos". Y cuando su consejo prevaleció, los primeros edificios que las llamas envolvieron, fueron las casas de Aguilera; las primeras hogueras en que se consumieron el lujo y el bienestar de las familias, fueron las hechas con las joyas de la familia de Aguilera; el primero que atizó el incendio, el que con más júbilo patriótico asistió a aquella conflagración de la ciudad, fué Aguilera.

Esos españoles que, hace más de 20 siglos están celebrando como glorias españolas las que en Sagunto y en Numancia obtuvo con el sacrificio de vidas y haciendas, la población confusa de íberos, celtíberos, griegos, cartagineses y romanos que, contra Cartago y contra Roma, sostuvo con intervalo de un siglo la independencia de su suelo y de su hogar, esos buenos españoles negarán la abnegación heroica que inmortaliza el incendio de Bayamo.

Que la nieguen: el castigo de los pueblos enfermos es la realidad evidente de lo que no ven. Y en tanto que ellos cierran los ojos a la realidad, todos los des-

cendientes de los hombres que hoy vivimos, contemplarán con pasmo el desprendimiento de los hijos de Bayamo; y si son herederos de españoles y reciben el triste legado de la imaginación pintoresca que ellos tienen, y continúan no viendo en la historia otra cosa que la sucesión de cuadros estupendos con que hasta ahora han burlado en su historia las dóciles esperanzas de las gentes, siempre tendrán presente a la vista de la fantasía el cuadro del sacrificio de Bayamo; y para que la reproducción sea más gráfica, siempre verán en el primer término del cuadro la figura venerable de Aguilera.

Por su parte, esos cubanos que han computado el patriotismo por los centavos que les ha o no les ha costado, y que olvidándose de los millones de pesos fuertes que costó a Aguilera el darles patria, contribuyeron en la emigración al martirio sin quejas del magnánimo, esos cubanos tendrán el único castigo a que son accesibles, cada vez que, atreviéndose a mirar el cuadro de la historia patria, vean aparecer a Aguilera, que les indica con el gesto del desdén benévolo, y les cuenta con los dedos de las manos, los tesoros con que enfureció las llamas del incendio de Bayamo.

Perdón para la ceguera de los unos; piadoso olvido para las torpezas de los otros. La justicia no cuenta cantidades negativas. Eso va al abismo común de las nulidades importunas. Hincan su diente, mortifican, mueren, y cuando ya no queda ni aún el recuerdo químico de su existencia, el bien que negaron y el bueno de quien renegaron se conservan más íntegros que nunca en la memoria de los dignos de apreciarlos. Uno entre ciento, enhorabuena; pero uno entre ciento es siempre uno, y la unidad es quien hace la historia justiciera, como es ella también la que constituye a los justos en la vida.

Fuera la del ilustre hijo de Bayamo lo que ha sido la vida de los héroes casuales que mantienen boquiabierta a la infancia y a la adolescencia mal iniciadas de todos los siglos, y aquí acabaría felizmente la historia de Aguilera: habría llegado a tiempo, estado a tiempo, muerto a tiempo en una obra de bien, y al verlo desaparecer trágicamente entre las llamas, ya habría habido genio volcánico, de esos que llevan en su mente los materiales incandescentes del Cotopaxi, del Chimborazo o del Aconcagua (que, según Philippi y Pissis, no es un volcán), ya habría habido genio urente, incandescente y coruscante que nos hubiera estremecido con un terremoto lírico, dramático o histórico, y que, personificando el patriotismo flamígero en Aguilera, nos lo haría ver consumiéndose en su propio fuego. Esa es la conclusión estética de todas esas biografías portentosas. Así concluye la biografía pindárica de Napoleón I, que en realidad murió de despecho. Así concluye la de Napoleón III, que, patológicamente, murió de mal de piedra. Así concluye la de Luis XIV, que probablemente murió de indigestión. Así concluye la de Felipe II, que acaso murió de tardía vergüenza de sí mismo. Así concluye la de Carlos V, que quizá murió del único remordimiento que tenía, el de haber abdicado en su digno hijo.

Mas, como la revolución de Cuba tiene la ventaja de ser lo menos poética y lo más positiva que era posible en nuestra raza, sus hechuras han vivido, combatido y muerto como hombres que mueren, combaten y viven en pleno sentido común. De aquí, que cada hombre haya resucitado en otro hombre. De ahí también que aquel, Aguilera, en quien más intensamente se personificó la sencillez racional del patriotismo, tuviera que pasar por las pruebas aterradoras porque pasó.

Después del incendio y la retirada de Bayamo, y después de una serie de hazañas que la biografía miope

verá del tamaño que pueda, Aguilera desempeñó sucesivamente los cargos de mayor general del Ejército Libertador, de Secretario de Guerra y de Vicepresidente de la República. Este puesto, a que naturalmente lo llamaban sus servicios y la gratitud pública, le fué dos veces funesto; una vez, porque acaso contribuyó a su salida de Cuba; otra vez, porque indudablemente contribuyó más tarde a la imposibilidad en que se vió de volver a entrar en Cuba.

Esos dos hechos, con los cuales están relacionados los más ejemplares de la revolución, y las agonías más patéticas del alma candorosa que sus propias virtudes incapacitaron para el triunfo, constituyen esencialmente la biografía que me he vedado. El primero me obligaría a una crítica sociológica en que, si me proporcionaba el contento de presentar a Cuba en la primera evolución de la vida nueva, me expondría a las amarguras que me cuesta el examen de la familia colonial, que de todas las variedades de la especie humana que conozco, es la familia que contrista más. El segundo hecho me induciría a una disección de cadáveres vivos y almas muertas que renovarían los desdenes dolorosos que harto duran y durarán en mi conciencia fatigada.

Así, lo más dulce será narrar sobriamente la agonía patriótica y fisiológica de aquel hombre bueno.

V

Repitamos lo que dijimos:

La singularidad de la revolución de Cuba en la serie de hechos sociales que han constituido el movimiento de vida y de progreso de las colonias que fueron españolas, consiste en que el pueblo hoy combatiente por su Independencia no ha procedido en virtud

de agentes sociales que, personificándolo, se le impusieran como necesarios.

La revolución no empezó en la capital de la Isla ni en ninguna de las departamentales: empezó en el campo, y con los elementos rurales de la sociedad; continuó por una ciudad rural, se extendió por los distritos rurales, y su nervio y su vida y su alma ha sido, desde el principio hasta hoy, la población rural. Este es un hecho, aunque por no haber llegado el momento de la historia crítica, no es un hecho computado, y podrá ser muy discutido.

No habiendo empezado en ningún centro poderoso, la revolución de Cuba no fué iniciada por ninguna *clase* de la sociedad colonial. Aquellos que, por mayor suma de recursos e influencia, por más viva devoción a la idea de la patria, por cultura moral e intelectual más positiva o por más eficaz resolución, hicieron lo que decidieron, y se anticiparon a las dilaciones que aconsejaban de La Habana, tuvieron *ipso facto* que prescindir de ésta, y tuvieron también que apoyarse incondicionalmente en todas las clases del medio social en que empezaron a operar. Este es otro hecho, y pertenece a la categoría de los patentes.

El medio social en donde estalló la revolución de Independencia, era un agregado que, por su semejanza con los terrenos de aluvión, podría clasificarse como sociedad conglomerada, si ya estuviera instituída la geología social. Etíopes, mongoles, caucásicos, todas las mezclas que resultan del cruzamiento de esas razas madres: eso la sociedad en su aspecto étnico. Esclavos, siervos, ilotas políticos: eso la sociedad en su aspecto jurídico. Idénticos caracteres tenía la formación social en toda la Isla; pero como, por una parte, el distrito occidental estaba más al alcance de los poderes coloniales; y por otra parte, el predominio de las formas comerciales e industriales en el progreso físico de



La Habana y su comarca, multiplicaba las fuerzas de riqueza, y llevaba a la vida de relación los obstáculos que determina la diferencia de razas, más los que establece el rigor aristocrático de los advenedizos de la riqueza, el movimiento revolucionario, aunque hubiera prevalecido, no habría producido en Occidente el hecho que en Oriente se impuso sin resistencia, porque el contacto inmediato de las razas y su unánime decisión por la obra común, lo hicieron fácil. Este hecho fué la abolición incondicional de la esclavitud.

Otro hecho, resultante también de la iniciativa revolucionaria de la parte oriental de la Isla, y hecho funesto: Como las llamadas capacidades, influencias, potencias, personajes y prohombres de la Isla, tenían su centro en la capital, substraída del impulso revolucionario la capital, se substraajo el centro. Y entonces, desorientados y amenazados y perseguidos, no queriendo o no pudiendo ir a conquistar con las armas el suelo de que los expulsaban, se fueron a Nueva York los hombres que en la Habana habían centralizado la dirección del sentimiento y del juicio público de la Colonia. Hombres de verdadero entendimiento algunos de ellos, potentado más de uno, fríos casi todos, todos ellos hombres de cálculo y ninguno de principios, constituían una fuerza de atracción para todos los medrosos, los calculadores, los tibios de patriotismo y los fogosos en sus pasiones espontáneas o inspiradas. Como era natural, coadyuvando todas esas aptitudes buenas y malas, positivas y negativas, al fin concreto de reconquistar la dirección que habían perdido, y favoreciéndolos en ella y para ella, así la patriótica confianza que les demostró el Gobierno ya organizado de Cuba libre, que sólo quería elementos de guerra para ir a combatir, los conservadores —que preciso es darles su nombre propio— recuperaron su influencia y monopolizaron la dirección diplomática de la revolución. Lejos de ser esto

un mal, hubiera sido un gran bien para Cuba, si la educación del coloniaje produjera conservadores de elevada capacidad política, en vez de los hacedores de frases y de los maquinadores que produce. En el primer caso, siendo esencialmente bueno y sabio el principio de conservación social, y constituyendo una de las bases a la vez naturales y científicas de la constitución intrínseca de las sociedades, la influencia de los conservadores hubiera sido sana, benéfica, providente, para la obra de la Independencia, y para la tarea más penosa de la reconstrucción: se habría visto que el primer interés de conservación se cifraba para Cuba en la independencia sin titubeos, en el envío de recursos que la hubieran apresurado, en el establecimiento de negociaciones viriles que tuvieran ese fin exclusivo, y en la organización y disciplina intelectual de la interesante parte de población cubana que, bien dirigida, hubiera podido, como aprendió a trabajar virtuosísimamente, aprender a apoderarse del secreto de las instituciones democráticas y del mecanismo de las formas de la libertad.

Mas como la enfermedad constitucional del espíritu de conservación es en todas partes el olvido de las funciones de la libertad en el organismo social y la confusión de los intereses parciales de una clase con los de la sociedad, que reduce a la conservación paleontológica de tradiciones fósiles y de ideas petrificadas, los conservadores cubanos se encastillaron en sus errores y crearon, inconscientemente primero, conscientemente y por despecho luego, una situación extraordinariamente embarazosa para ellos y para todos, y tanto más peligrosa cuanto que, funcionando fuera del medio natural y en el seno de una sociedad sesuda, incapacitaban al patriotismo previsor y sano y desencadenaban las pasiones escandalosas.

Todos estos hechos, combinados en dos, es decir, el carácter decididamente popular e igualitario dado a

la revolución por el lugar de su nacimiento, por los elementos étnicos y sociales que la secundaron y por la abolición de la esclavitud; y el carácter reaccionario impreso por los conservadores de la emigración a los actos en que oficial y extraoficialmente intervenían, explican por qué se ha podido hacer racionalmente, sin genios ni hombres necesarios, el movimiento interior de la revolución de Independencia, y por qué, al ponerse en contacto con los que personificaban en el exterior el espíritu de conservación, tenía Aguilera, y tenían los hombres como él, que sufrir un suplicio sin término y sin tregua.

La revolución de Cuba no ha necesitado genios, porque tenía el genio colectivo, el pueblo. Y entiéndase que no habla un hacedor de frases, ni un repetidor de figuras oratorias, ni un adulador de errores y pasiones. Habla quien piensa lo que dice, y lo dice después de haber deducido de la realidad de la historia y de la vida, la verdad que cree y afirma. El pueblo no es pueblo cuando, por substracciones caprichosas e insensatas, lo reducen sus explotadores y sus enemigos a la porción ineducada que tiene demasiado que trabajar para educarse, y demasiada honradez instintiva para vivir sin trabajar: ese es el pueblo inculto, cuya ignorancia es responsabilidad de la porción culta del pueblo. El verdadero pueblo somos todos. Siendo todos, cuando él se mueve, él es quien dirige, porque él es quien con el genio de la razón común y del sentimiento universal, gobierna todas las voluntades individuales. Ese fué el pueblo que decidió con las armas en la mano la Independencia de Cuba, y él es el genio colectivo que la está realizando ejemplarmente.

Hijo de ese pueblo, amigo de ese pueblo, cooperador de ese pueblo, era Aguilera. Si una fracción de él hubiera, en nombre de la libertad teórica, intentado desvirtuar la obra del pueblo entero, Aguilera se habría

opuesto como bueno. Iba a encontrarse en Nueva York con una fracción del pueblo cubano, que quería imponerse al pueblo entero, y allí empezó su *vía crucis*.

VI

De 1871 a 1872, momento formidable de la revolución de Cuba que corresponde a los días aciagos de Casanare en la lucha de emancipación de Venezuela y a las noches tristísimas que en Chile sucedieron a la "noche triste" de Rancagua; Aguilera fué nombrado para la Agencia de Cuba en New York. El patriota sencillo aceptó la comisión. Lo hizo por patriotismo, e hizo mal. Si lo hizo por cualquiera otro motivo, hizo mal.

En el primer caso —que dado el hombre, es el probable— cometió un grave error. El patriotismo tiene por límite el interés de la idea que lo mueve. La idea del patriotismo era la Independencia; la Independencia perdía uno de sus instrumentos más poderosos, si Aguilera perdía su hasta entonces inviolable popularidad; y habiéndose dado los antecedentes que se daban entre los representantes de Cuba en Nueva York, era de prever la impotencia, y por secuela, la impopularidad del patriota virtuoso. No lo previó, y fué su error. ¿Previo y se sacrificó? Fué su error.

En el caso de otro móvil cualquiera —que, conocido el hombre, no podía ser móvil indigno— también hizo mal. Para sí lo hace, y para todos, el que, puesto en la obra, si ella es buena, olvida que nada hay hecho cuando queda algo por hacer.

Lo que debía hacerse estaba en Cuba; fuera de ella, nada podía hacer un hombre como él.

Eran, no obstante, tan sanas sus intenciones, y tanta fué la confianza que inspiró entre los patriotas buenos de la expatriación la ida del Vicepresidente a los

Estados Unidos, que hasta los preparados para inutilizarlo se vieron forzados a sonreírle, a agasajarlo y a rendirle el homenaje que merecía.

Parciales del bando de conservadores aseguran que el proceder de Aguilera con aquellos a quienes iba a substituir, fué inmoderado. No lo sabe el que escribe: estaba a millares de millas, intentando por Cuba un servicio. Mas, si fué como dicen, nada extraño: Aguilera llevaba en los oídos los lamentos de Cuba abandonada por los escogidos para auxiliarla; debía moverlo la viril indignación que mueve contra un obstáculo menaguado al que está dirigiéndose a un gran fin, y el distintivo de los hombres de conciencia es su encono contra los hombres sin conciencia. Empero, los que conocieron seriamente a Aguilera, y en días más nefastos para él lo oyeron hablar siempre con piedad no irónica, y diferir sin encono ni violencia, de los que se obstinaron en ser sus enemigos, no tenemos un solo motivo para creer la aseveración de esos parciales.

Sea lo que fuere, el hecho es que, no bien llegado a cumplir su encargo, Aguilera tuvo que ver la imposibilidad de cumplirlo.

Para evitarme el relato doloroso, que alguna vez tendría que ser repugnante, de las luchas que hubo de arrostrar el hombre bueno, he hecho antes el bosquejo de los partidos —el de los libertadores y el de los conservadores— que, uno en los campos de la revolución y entre la mayoría sincera de los expatriados, y otro en la emigración y entre los secuaces de los representantes oficiales, caracterizan la doble tendencia del movimiento cubano.

Utilizando ahora ese bosquejo, y personificando en Aguilera la tendencia lógica, sana, redentora; la tendencia contraria en sus implacables enemigos, a nadie costará grandes esfuerzos el identificarse mentalmente con el hombre de abnegación que iba a ser víctima de ella

y de los que carecían de ella. Sólo, para hacer más completo el cuadro de los dolores de Aguilera, y para tributar el acatamiento que jamás he negado a la justicia y a la verdad, me falta declarar que, entre los que se llamaban defensores de principios y amigos de Aguilera, quizá no eran diez los que defendían y auxiliaban a Aguilera para defender y auxiliar a los principios; al menos, no eran diez los defensores de esa especie que he contado.

Amargo es el jugo de la verdad; pero es su jugo, y es probable que no haya una conciencia tan acibarada por él como la mía. Con ella, y precisamente por ella, vivo para ver triunfar a Cuba, para contribuir en cuanto deba, a completar su obra en donde todavía no está empezada, y para vengar ingratitudes con servicios.

Esa fué también la venganza de Aguilera. Cuando nos embarcamos juntos en el *Charles Miller*, queriendo calmar la indignación que yo no ocultaba, me decía: "Esto es lo más digno de los dos; ir a morir por los que no agradecen".

Cuando, después del primer fracaso, insistió en su empresa temeraria, no hizo otra cosa que pagar ingratitudes con servicios. Cuando volvió a insistir después de volver a fracasar, no hizo otra cosa. No hizo otra cosa cuando insistió de nuevo para fracasar de nuevo. No hizo otra cosa cuando, cansado ya de fracasar, todavía no estaba cansado de insistir.

Constancia igual en el infortunio, acompañada de igual benevolencia; abnegación tan grande, mortificada en vano por tan inicuas agresiones; virtud tan firme, en medio de pasiones tan viciosas; tal incorruptibilidad en medio de tan horrenda corrupción, me reconciliaría con la muerte, si yo creyera en la muerte que reposa. ¡Bendita ella, si es verdad, cuando cambia el cansancio que no acaba por el descanso que no tiene fin! ¡Bendita ella cuando cura de raíz la enfermedad infernal de una

vida desviada de su objeto! ¡Bendita ella, cuando amonestando el juicio de los coetáneos, lo llama a convertir en veredictos de razón las condenaciones brutales del interés implacable, del error voluntario, de la pasión aviesa, y un momento después de la calumnia o del ultraje, obliga a los más perversos a fabricar lágrimas visibles, para que todos vean que ellos tienen también la sensibilidad y la capacidad de la virtud! ¡Si ese es el único triunfo de los buenos, bendita la muerte que lo otorga!

Vendrá después el triunfo nacional, se restituirán a la patria las cenizas expatriadas, y todos podrán congratularse con la justicia de los hombres, y nadie tendrá que contristarse, pensando y repitiendo con el viajero melancólico:

“...Nor father, nor mother, nor gentle sister shall ever shed their silent tear over the sleeping dead.”

Caracas, 1876.

Silverio del Prado

Quien lo hubiera visto pasar por esas calles, ignorando qué honrosa vida pasaba con aquel anciano, probablemente conservaría por algún tiempo en la retina la imagen de aquella expresiva figurita que revestía al benemérito del Prado; y, a no encontrar quien dijera qué nombre reverendo correspondía a la figura, qué noble historia al nombre, de seguro no hubiera sospechado que acababa de ver una de las mejores personificaciones que ha tenido en Cuba la virtud más penosa: el patriotismo.

Visto de lejos y por fuera, del Prado era un viejecito. Breve la estatura, enjuto el cuerpo, rápido el andar, rápidos los movimientos, viva la palabra, vivo el ademán, individualizaba exactamente toda una variedad humana: el viejo sano y fuerte.

Mirándolo de cerca, la ancha frente, la vigorosa nariz aguileña, la enérgica cuenca de los ojos, la mirada ardiente, revelaban algo más de lo que a primera vista indicaba aquella figura de hombre honrado.

Mas para conocer y venerar al digno anciano, y verlo aparecer como iluminado por el resplandor de la virtud que más había practicado, era necesario penetrar en las interioridades de su vida.

I

Los puntos biográficos del general Silverio del Prado lo presentan en las tres actitudes morales más interesantes; como ciudadano virtuoso, como patriota perfecto, como magnánimo vencido. En realidad, la actitud moral del noble hombre fué una sola, y la misma, en las actividades privadas del trabajo, antes de la Revolución; en las luchas armadas de los diez años y en las afanosas amarguras de la emigración.

Era patriota de nacimiento; y el patriotismo obliga a los humanitarios que lo sienten como aguijón de su conciencia, mucho más de lo que obligaba la nobleza a los inhumanos que necesitaban de esa distinción contra conciencia.

Como todas las vocaciones, la del patriotismo trasciende a los actos todos, a todos los momentos decisivos, a todos los estados de la vida. Como Ovidio juraba en verso no volver nunca a hacer versos, el patriota verdadero, el patriota de nacimiento, como era del Prado, es patriota desde su infancia hasta su decrepitud, en la adolescencia y en la virilidad, en el celibato y en el matrimonio, en la soltería y en la paternidad, en el trabajo y en el reposo, en la construcción material del hogar y la fortuna y en la construcción ideal de la sociedad independiente, libre, próspera, gloriosa, que generaciones y procreaciones incesantes de gusanos nauseabundos están minando por sus cimientos, cuando más embebido se está en construirla idealmente.

Patriota antes que todo, y más que todo, el anciano que acaba de ser depositado para siempre en tierra dominicana fué cubano en el período de su vida en que nadie se atrevía a establecer diferencias entre el dominador y el dominado; fué verdadero cubano en la época de la revolución, que tantos falsos cubanos malparió;

fué cubano en la hora tenebrosa de la proscripción, y debe haber sido cubano en el último suspiro; en ese último suspiro que debe ser verdadera y profunda exhalación del alma, para el patriota que muere sin patria, preguntándose para qué ha vivido.

II

Oriundo del suelo nativo de Aguilera, de aquella Bayamo generosa que tan noblemente había de brillar con los resplandores de su incendio voluntario en la aurora de la Independencia malograda, Silverio del Prado vivió en ella hasta una edad, los 30 años, en que ya no se modifican los sentimientos y las ideas fundamentales por más que sea precisamente la edad de los cambios en la forma de los conceptos y de los afectos.

Entonces de Bayamo pasó a Santiago de Cuba, y en una de sus comarcas se consagró a luchar día por día en la lucha del honrado. Había vencido: tenía una propiedad cuantiosa, tenía un capital, tenía el medio humano de prevenir la adversidad.

Había tardado 22 años en la obra; tenía ya 52, era hora de descansar, y podía hacerlo: a su lado, en vez de una, tenía dos familias, las dos familias que en dos nupcias había formado y que le habían dado sucesión bastante para organizar por sí solo un patriarcado.

Todavía no era tarde para ser feliz en el reposo. Acaso estaba preparándose para ello aquel adalid virtuoso del trabajo, cuando sonó la hora de la Independencia.

Ya se ha apagado en el tiempo, y todavía resuena en la conciencia de los buenos la hora más solemne que han oído.

¡Diez de octubre de 1868...! ¡qué hora, qué eco, qué doble! Empezó como un repique de gloria, resonó

como un hossana, se apagó como un doble de agonía. Todos los concienzudos nos erguimos al empezar, todos tuvimos que cubrirnos el rostro al extinguirse aquella hora. Nos despertamos esclavos de un sistema, se alestargaron esclavos de una infamia.

Pero en aquel momento, en que era imposible, en que era absurdo, en que hubiera sido infame el prever una infamia como la que ha manchado para siempre la primera guerra de la Independencia de Cuba, en aquel momento no hubo un solo cubano verdadero, no hubo un solo antillano digno, no hubo un solo latinoamericano honrado, que no sintiera como los hombres enteros que en Yara y en Bayamo y en Santiago y en Camagüey quisieron ser dignos de la patria y de la Historia.

El honrado del Prado no podía ser de los indiferentes: convirtió su patriarcado en tribu belicosa y se arrojó con toda su familia en los azares de la lidia.

A los 52 años empezó el aprendizaje de la guerra, el aprendizaje del hambre, el aprendizaje de la incertidumbre cotidiana; y salió tan buen maestro, que hubo pocos hombres de guerra que mejor aliaran el valor y la benevolencia, el ímpetu en el combate y la tranquilidad en las contrariedades de la guerra.

En la guerra son muchos los que brillan: sus varios trances despiertan o improvisan aptitudes varias, y al lado del hombre de celadas se presenta el de feroces acometidas, y al lado del astuto el previsor; y al lado del que combate por placer, el que combate por deber. Caben en la guerra los movimientos más desemejantes de ánimo y los sentimientos más puros y las ideas más humanas y las virtudes más heroicas. Pero la guerra, cuando no ha sido venturosa, o cuando, guerra por la patria o por la idea, no ha sacado triunfantes la idea ni la patria, deforma los sentimientos que a ella se llevaron. El que no sale deformado, es de seguro una naturaleza moral muy extraordinaria; y si lejos de haber-

se deformado, sale más firme de lo que era en sus creencias, se puede afirmar que el así contrastado por las adversidades de la guerra y victorioso de ellas, era o es o puede ser un hombre de elementos morales superiores.

Para estar dotado de esos elementos no se requiere un desarrollo intelectual considerable ni una cultura extraordinaria ni esas fuerzas secretas que dan, en el manejo de hombres y negocios, las ambiciones aviesas y los torvos egoísmos, más que la fuerza natural del alma.

Podía, por lo tanto, sin más que sus condiciones naturales de moralidad, sin más que su honrado y vigoroso patriotismo, sin más que sus virtudes familiares, ser del Prado una de las naturalezas que la guerra deceptiva y la revolución malograda y las esperanzas naufragas confirman, fortalecen y depuran.

Y así fué uno de los pocos que en la segunda tentativa de Independencia tomaron parte en la tentativa.

La tomó de tal modo, y con tan fiero patriotismo, que los españoles creyeron necesario deportarlo y retenerlo aherrojado en el buque de deportación. Lo llevaron a España, y de España se fugó. Firme en su empeño, se fué a Nueva York, no a pedir una expedición, ni a procurarse barco y armamentos y compañeros de combate, sino el arma que él y sus únicos compañeros de armas —sus hijos y subordinados fieles— necesitaban.

No consiguió lo que buscaba. Zanjones en pequeño hicieron en la segunda Independencia lo que el odioso Zanjón primero había hecho con la primera, y entonces se resignó a desengañarse el pobre del Prado.

Llegó aquí. Sus compañeros de combate, sus dignos hijos, fueron sus compañeros de trabajo. Trabajaron como buenos; beneficiaron con su laboriosidad y su inteligencia los campos a que prestaron su ayuda y vi-
viendo como hombres de pena, tan mal como aquí viven

los que, haciéndolo todo, penan más, lograron padre e hijos la victoria mejor del hombre de trabajo: la reputación de trabajadores excelentes y el trabajo que aseguraba su vida.

Así, esfuerzo sobre esfuerzo, logró aquel hombre bueno traer a su lado la numerosa familia que quería arrancar del medio asfixiante en que él no hubiera podido respirar un solo instante. Ya podía disponerse para la hora que algún día volvería a sonar, y probablemente estaba dispuesto y probablemente soñaría con ella, cuando sonó otra hora.

El tiempo había andado para del Prado, y se fijó.

Habría habido agonía, tal vez haya habido dolor; pero el dolor más intenso y la agonía más secreta de aquel patriota verdadero, habrán sido la esclavitud de la patria, el abandono de la vida sin la patria libre.

Tal como su dolor, agonía como la suya, sufren viviendo los que, menos pacientes, maldicen a cada hora la hora de Job en que nacieron, para ver pasar como vértigo la esperanza de bien que acariciaron, y pasar como sombras de un sueño figuras tan nobles como la de Silverio del Prado.

Quién era Maceo

Ha estado siempre tan de bulto en los campos de batalla; entró tan a tiempo en la contienda; organizó con tal tino el ejército de Oriente; puso en Peralejo tan a poca distancia de la sima al mejor general y al mejor caballero de España en las Antillas; secundó con tal brío a su gran jefe y gran amigo, Máximo Gómez, en la pasmosa marcha de Oriente a Occidente; su entrada en Pinar del Río fué tan atrevida; su tranquilo posesionarse del terreno que el enemigo le destinaba como trampa, fué de tan efectivo efecto moral y militar, su absoluto dominio de los medios de acción que en vano ha intentado el jefe de las fuerzas enemigas arrebatarse; su patente superioridad intelectual, como soldado franco y como táctico, en guerrilla y en batalla campal, sobre los destinados a celarlo, rodearlo, sorprenderlo y capturarlo; su todavía no bien estudiada ni entendida contramarcha magistral, esquivando, eludiendo y burlando la persecución de Weyler, al cual deja en el fondo de la montaña, desorientado, atónito y corrido, mientras él, a quien daban por fugado, estaba en el punto que de antemano había escogido para unirse a las fuerzas exteriores de la trocha de Mariel; su ímpetu en el combate; su vigilancia en el campamento; su aire y actos y maneras de paladín; el brillo de sus virtudes de guerrero, todo ha sido tan favorable a la fascinación que el resplandor de la gloria militar ejerce sobre la muchedumbre universal, que el soldado ha eclipsado al ciudadano.

Pero Maceo, antes que todo y más que todo, fué un ciudadano. A sus cualidades de patriota ciudadano de-

bió sus cualidades de guerrero; a su patriotismo, su vehemencia; a su civismo, su constancia; a su deseo de justicia, su clemencia; a su ansia de libertad, su entusiasmo; a su ardentísimo anhelo de igualdad, el popular ejercicio que hacía de su superioridad.

Antes de esta revolución, en que sólo la gloria de Máximo Gómez ha competido con su fama, estuvo Maceo en otra revolución, más larga, más penosa, más azarosa, que exigió de él, que se sentía grande, esfuerzos mayores de virtudes cívicas, porque entre tantas que brillaban, la estrella naciente de su fama centelleaba apenas. Sin embargo, su conducta fué tan adecuada al destino que daba a su actividad, a su talento militar y a su valor, que no concluyó el decenio revolucionario sin que el nombre de Maceo fuera símbolo de incontrastable devoción a los principios que sirvieron y sirven de fundamento a la revolución de las Antillas.

Uno de los primeros en presentarse a defender los derechos de su patria, fué con Ríus Rivera, de los últimos en abandonar esa defensa y en sucumbir a aquel ominoso pacto que ha pesado como un anatema sobre la frente de la patria no nacida.

Cuando se cumple, por aquellos a quienes compete, con el deber de abismar de continuo el pensamiento en el problema del porvenir de las Antillas, y aparece en la tiniebla del tiempo no venido la incógnita de la coexistencia y la concurrencia de las castas antillanas en la obra de la reconstrucción de la sociedad, la muerte de Maceo, que no intranquiliza al revolucionario, estremece al pensador político.

Era de la casta de los que, por derecho de nacimiento y por legítima aspiración, digna de estímulo, tienden a ascender en la escala social, no tan sólo como hombres, sino también como casta, y él, prócer de la Independencia, padre de la Patria, fundador de nación,

había simplificado el problema, con sólo ser quien era y como era.

Era como otros dos grandes hombres de color de bronce; como Petión de los fundadores de Haití, de los libertadores de su patria, el mejor auxiliar que Bolívar tuvo; como Luperón, de los fundadores de la República Dominicana, de los libertadores de su patria, el mejor amigo que han tenido los revolucionarios de Cuba y Puerto Rico.

Era, como ellos, exacto apreciador de los méritos de su casta; y como Petión y Luperón, habría empeñado su esfuerzo, su talento y su ascendiente, en borrar las peligrosas distinciones que la incapacidad política de España convirtió en interés de gobierno y de dominio.

Así manejados como instrumentos de una política maligna, los individuos y las familias de esa casta obedecían a sugerencias que la revolución ha hecho ya, felizmente, ineficaces, pero que antes de la revolución del 68, sólo en familias como la de Maceo dejaban de influir.

La familia de Maceo era una familia tipo.

Eran ocho, y ya no quedan sino los retoños: los ocho, según parece, han caído en la fosa por su patria. La madre, que tempranamente quedó sola al frente y al cuidado de sus hijos, es singularmente alabada y respetada de los que la conocieron: Martí, en una de las últimas páginas que escribió, habla de aquella madre que enseñaba a sus hijos a acostumbrarse a la idea de morir por su patria, y que les ponía por sí misma los arreos del combate; Martí habla de ella como de una matrona romana.

José Maceo, que ha poco murió en combate al frente de las tropas libertadoras que operaban a sus órdenes en el ejército de Oriente, ha sido llorado por Máximo Gómez, su mejor juez, en una carta memorable, así gloriosa para la memoria del patriota que la inspiraba, como honrosa para el que la ha escrito.



En aquel hogar de patriotas, de soldados y de héroes, el patriota por excelencia, el soldado más tenaz, el ciudadano más perfecto, el héroe más brillante, es el que acaba de caer al golpe de la fatalidad o a los golpes de la felonía y la traición.

No es verdad que él fuera el primero ni el único: el primero, el entendimiento, la conciencia, representante aun más alto del patriotismo, porque es la expresión armada de la voluntad y el sentimiento de todas las Antillas, es Máximo Gómez; el único no es nadie en donde tantos son los que concurren con propósito igual a mostrar cómo las circunstancias extraordinarias engrandecen a los hombres ordinarios. Mas si no era el primero ni el último, no era el segundo en patriotismo ni en resolución ni en abnegación ni en heroísmo, y será siempre, a la vista del mundo contemporáneo que lo ha visto lidiando día por día en el puesto más visible del peligro, el más genuino representante de Cuba combatiente. A los ojos de la posteridad, que lo verá cayendo en la siniestra obscuridad de una celada, será un hombre legendario, será un mito, será un símbolo.

A los ojos de su hermano, era un hombre digno de ser llorado.

Sgo. Ch., 1896.

Máximo Gómez y la revolución de Cuba

Prueba halagüeña del generoso espíritu que anima a los revolucionarios cubanos, es el hecho de haber aclamado como jefe del nuevo movimiento al general Máximo Gómez.

Después de las tres personificaciones malogradas de la revolución, Céspedes, Aguilera y Agramonte, ningún otro hombre la personificó tan denodada, tan tenaz, tan viril, tan honradamente como Máximo Gómez. En cierto modo, y a los ojos de aquellos que vemos en la revolución de Cuba el primer paso de una evolución más trascendental, Máximo Gómez fué una personificación más absoluta del propósito recóndito de la Revolución.

Cuba quiso entonces y quiere ahora ser independiente; pero Cuba no puede ser independiente, sin que Puerto Rico lo sea también, y las dos grandes Antillas aun españolas no pueden ser independientes, sin que, en el acto, surja un problema continental: ¿a qué ascendiente obedecerán las dos entidades nacionales? ¿Al ascendiente latino, o al sajón? Y para que no malogren el fin histórico que todas las Antillas están llamadas a servir, y en vez de constituir elementos favorables al Norte o al Sur del Continente, constituyan la fuerza equilibrante a que las destinan su posición, su litoral, su potencia económica y su potencia intelectual ¿cómo han de organizarse? ¿en sociedades aisladas, o en naciones federadas?

Como es claro que al porvenir de la civilización importa poco una o más naciones sin objetivo humano, y le importa mucho una nación capaz de secundar el hu-

mano propósito de hacer cada vez más extensa la civilización del hombre, claro es también que el fin histórico de las Antillas no es constituir fracciones de sociedad, sino reunirse en la sociedad una y total que geográfica e históricamente constituye.

Por lo tanto, cualquiera en cualquiera de las Antillas que no sea su patria nativa, puede tener una grave trascendencia en la vida y en el porvenir de las demás Antillas, siempre que ese antillano sepa utilizar en bien de todos su influencia. Y ésta será tanto más trascendental cuanto más trascendente sea el hecho a que concurre.

Así, cuando un antillano que no es cubano, como Máximo Gómez no lo es, llega a influir tan poderosamente en un momento de la vida antillana tan trascendental como es la evolución de Cuba hacia su independencia, ningún otro hombre, ni aun siendo cubano, personifica, tan bien como él personificaba el recóndito propósito de la revolución.

Desde ese punto de vista, que es el más vasto y desde el que más vastos horizontes se columbran, Máximo Gómez es la personificación más absoluta que ha tenido la revolución de Cuba. Otros antillanos no nacidos en Cuba y consagrados en cuerpo y alma al triunfo de la independencia en Cuba, han personificado tan absolutamente como Máximo Gómez el principio esencial, la independencia de las Antillas, y el objetivo final, la confederación de las Antillas, que serán resultado histórico de la independencia de Cuba; hasta más absolutamente que él han personificado ese o esos antillanos no nacidos en Cuba el principio y el objetivo de la revolución, puesto que él o ellos han sido los que han enarbolado la bandera de la confederación, que materializará ese ideal; pero nadie ha tenido la fortuna de militar tan victoriosamente como Máximo Gómez en favor de ese propósito, y a él toca la gloria que merece de terminar la primera

meta del camino; ya tocará a los otros el dolor que ha de costar el hacer practicable ese camino.

Por eso, bien es que mientras los hombres del pensamiento continúan en su saludable obscuridad, goce de su brillante notoriedad el honrado hombre de acción; bien es que mientras esos otros antillanos lo secundan, el gran dominicano inicie la obra a que tan fiel ha sido.

Por haberle sido fiel en la desgracia y por haber sido en la hora de ruina para todas las esperanzas uno de los que notablemente levantó la cabeza por encima de las ruinas, Máximo Gómez merece la honrosa confianza que en él han puesto los cubanos. Merece también por haber sido uno entre los mejores caudillos militares de la Guerra de los Diez Años y por haber hecho iguales sus virtudes de ciudadano a sus aptitudes de soldado. Pero, sobre todo, merece la confianza de los cubanos, la nuestra, la de las Antillas, porque representa en la revolución de Cuba el brazo armado y la conciencia militar del ideal de las Antillas.

¡Y que la República Dominicana deje solo en tal obra a tal hijo...!

Máximo Gómez

Máximo Gómez, dominicano de nacimiento, cubano de gloria, antillano de aspiración, americano de sentimiento y conexión, es hombre universal, por la celebridad de que merecidamente gozó durante toda la primera guerra de Independencia en Cuba.

Pero si la celebridad lo hizo universal; si el sentimiento y la convicción lo hacen patriota de todas las patrias americanas; si su aspiración lo hizo antillano, y su devoción a Cuba lo hizo cubano durante los diez años, no puede negar que es dominicano. Aunque quisiera negarlo, que ni quiere, no podría.

Durante la guerra, como durante el breve tiempo en qué yo lo conocí, dió pruebas terminantes de aquella astucia que el peso del coloniaje desarrolló en todos los pueblos abrumados por él, y que después, la servidumbre de la vida ha desarrollado de un modo a veces aterrador en los pueblos que más han batallado por constituirse.

Entre éstos, el más combatido ha sido el pobre pueblo que habita la porción oriental de la hermosísima isla que tanto amó Colón, y que aman todos cuantos en ella han vivido el tiempo necesario para apreciar sus méritos. Entre ellos no está la franqueza de carácter; pero, en cambio, está la firmeza del propósito.

Sin medios ni recursos, sin armas ni dinero, se propusieron en 1844 libertarse de los haitianos, y se libertaron; en 1863, sin dinero ni armas ni auxiliares, se propusieron independizarse de los españoles y se independizaron.

Pues bien, como su pueblo, es el notable caudillo dominicano; reservado, astuto, sutil y firme en sus designios, como lo está el sistema insular de las grandes Antillas en su basamento submarino; no haya miedo que Máximo Gómez abandone la empresa en que cifra la gloria de su nombre y el bien futuro de la familia cubana que ha formado.

Quién es Máximo Gómez

I

Como no todos los días se presenta a la vista de todos en el campo de batalla, no es rostro tan familiar a las muchedumbres excitadas, como lo era el de Maceo; pero es seguro que no se escribirá la historia de las campañas de Máximo Gómez, sin que los tácticos, los prácticos, los patriotas de todos los países, los políticos de

todas las escuelas, menos la del mal, sientan, confiesen y declaren honda y reflexiva admiración, al soldado, al ciudadano y al político.

Ya en la pasada lucha del Decenio hizo el papel de primero que obligatoriamente desempeña un hombre de primer orden en el momento en que las circunstancias lo descubren.

Este momento llegó para Máximo Gómez en una hora de desolación. Había muerto Agramonte, y se necesitaba otro tal hombre como había sido el austero patriota que incorporó la juventud cubana en las legiones libertadoras. Máximo Gómez era jefe de las fuerzas de Oriente, y fué llamado a comandar el cuerpo de ejército que Agramonte había dejado huérfano en Puerto Príncipe.

Fué un aluvión, un incendio, un vendabal. La rapidez de sus movimientos sorprendía y paralizaba al enemigo, como el vendabal sorprende y paraliza a los barcos que luchan con la tormenta; inauguró la campaña de la Tea, y de todas partes se le veía al resplandor del incendio que él mismo, concienzudamente, fomentaba; realizó el plan de la invasión a Occidente; y, después de pasar la Trocha de Júcaro a Morón, penetró inopinadamente en la zona del azúcar, en los risueños cañaverales, en las tierras enriquecedoras del distrito de Colón; y espantó a Cuba española, como espanta el aluvión.

Fué entonces también el primero que dió batallas campales, y el ruido de las derrotas que impuso a las tropas en cien puntos distintos, pero, sobre todo, en *Las Guásimas*, le dieron la jefatura efectiva del ejército libertador.

Entonces era joven; tendría tal vez unos cuarenta y cinco años de edad, y aunque batallaba con sujeción a

plan, más le gustaba campear y batallar, que seguir paso tras paso el plan que había trazado.

No por eso faltaron en su obra militar de aquellos días las dos grandes virtudes de guerrero que él poseía en grado eminente, y que ha enseñado a los cubanos; la prudencia en el avance, la oportunidad en el ataque.

Esta admirable manera de resistir y combatir que tiene el ejército libertador de Cuba, mezcla de táctica fabiana y de estrategia lautarina, combinación intuitiva ha sido de la mente de Máximo Gómez que ha dado al ejército cubano la superioridad intelectual sobre el ejército español, y que ha hecho posible la desigual contienda entre sesenta mil ciudadanos que han aprendido combatiendo a combatir, y doscientos mil soldados disciplinados profesionalmente para la guerra ofensiva y defensiva.

Cuando llegó la triste hora del Zanjón, sintió que era extranjero; y si no fué de los primeros, no fué de los últimos que dejó la responsabilidad de aquella innecesaria tregua a los mal aconsejados hijos del país que la pactaron. Pudo quedarse, la autoridad omnipotente del capitán general de Cuba quiso que se quedara, pero se estrelló contra la inflexible resolución del caudillo. Prefirió la vida errante a la vida adulada de un explotador de circunstancias, y salió pobre, desamparado, casi indigente, sin rumbo fijo, sin meta conocida, sin más propósito que salvar el nombre y las virtudes de patriota que habían ennoblecido y exaltado su conciencia.

Fué a Jamaica, a donde poco antes habían salido de Cuba a esperarlo los cubanos de su hogar: su esposa y sus hijos.

De Jamaica fué a Honduras, en donde el presidente Soto, que había sido amigo nuestro en la emigración de Nueva York, y que siempre ha sido un partidario

ejemplar de la Independencia de las Antillas, le encomendó la organización del ejército hondureño.

De Honduras salió dejando puesto, pan y paz, por motivos de los que mueven a los patriotas virtuosos: parece, si no me induce a error la memoria, que no quiso tomar parte en una guerra civil o en una lucha contra hermanos.

Allí lo pierde de vista mi memoria: nada sabía de él, cuando, en 1885, junto con los rumores de una nueva tentativa de revolución en Cuba, llegó Máximo Gómez a Santo Domingo, la capital de la República Dominicana.

Llegó a dos puertas de mi casa, a la de un patriota soldado de la guerra magna; a un caserío de patriotas expatriados, entre los que domaban su nostalgia las familias del doctor Ayala, del general Silverio Prado, del general Serafín Sánchez, y Carrillo, Mayía Rodríguez y otros más, que daban ejemplo de laboriosidad, honradez y dignidad, mientras esperaban la hora de dar otra vez su sangre al suelo patrio.

II

Estando en Santo Domingo, estaba en su patria. Máximo Gómez es dominicano.

A una jornada de la capital hay una villa muy pintoresca, habitada por gente hospitalaria, que se llama Baní. De allí es, y de allí salió en sus mocedades el que había de ser uno de los más esforzados libertadores de "la más hermosa tierra que ojos vieron"...

¡Qué singular destino suelen dar las circunstancias a los hombres que son capaces de aprender en las horas adversas las lecciones que han de aprovechar en las favorables!

El actual jefe del ejército libertador de Cuba comenzó su vida pública, peleando contra la independencia de su patria.

Como Narciso López, que antes de sacrificar su vida por libertar a Cuba esclava, había combatido al lado de los españoles contra su patria, Venezuela, Máximo Gómez batalló contra los suyos en la segunda guerra de independencia que han tenido que sostener los dominicanos.

Bueno es decir que, en el fondo de aquella lucha contra la anexión, hubo una lucha de partidos, una como guerra civil dentro de una guerra nacional. Muchos que pelearon al lado de los españoles, no peleaban por España, ni contra la República Dominicana, sino por Santana, el presidente que había efectuado la anexión, y contra los enemigos de Santana.

De esos tal vez fué Máximo Gómez. El hecho es que sirvió como oficial del ejército de ocupación que el Gobierno español tenía en la anexionada República.

Como premio de los sacrificios que hicieron y de las dotes que mostraron, los republicanos salieron triunfantes, recobraron la soberanía de su tierra, las instituciones de su república, el goce de su antigua libertad civil, y el ejército de ocupación salió de Quisqueya, como llaman con mejor nombre que el oficial a la buena patria de Duarte, Luperón y Máximo Gómez.

Este salió con el ejército español y se fué a Cuba.

Allí empezó para él, como años antes había empezado para Narciso López, lo que llamaremos la expiación de la buena fe.

Lo mismo que el gran lancero venezolano, puesto en Cuba, aprendió con dolor de su conciencia que se había engañado absolutamente en todo, y que la dominación de España en América, lejos de merecer el esfuerzo de un hombre de buena fe, sólo es digno de condenación y oposición; así Máximo Gómez, puesto a ver y palpar

las deformidades del coloniaje, lo condenó en el fondo de su enérgica conciencia.

Desde el año 65 en que llegó a Cuba con los vencidos de Puerto Plata y de Santiago de los Caballeros, hasta el 1º de octubre de 1868, en que estalló la primera gran revolución, Máximo Gómez había tenido tiempo de aprender a odiar en Cuba al régimen de opresión y depresión que mal aconsejadamente había sostenido en su patria.

Cuando los cubanos decidieron romper la coyunda, Gómez fué uno de los americanos que tomaron las armas, y de entre todos ellos, y de entre todos los auxiliares que tuvieron los cubanos de 1868, el que más brillantemente se distinguió.

Conocedor de los hombres, al volver en 1885 a su patria, se condujo con el tacto necesario para no comprometer al Gobierno ni excitar sospechas entre los hombres públicos del país. No obstante, fué molestado, vejado, encarcelado y hubo necesidad de ponerlo sano, salvo y justificado, a distancia de los que lo habían perseguido.

Eso no obstante, cuatro o cinco años después reaparece en su país, y se establece en los campos vecinos de la ciudad y puerto de Montecristi, en la costa norte de la Isla.

Allí fué a buscarlo Martí, y allí lo encontró dispuesto a secundarlo.

Fueron juntos a Cuba, estuvo a punto de perecer con el noble organizador de la revolución, y se puso inmediatamente a la obra. Debía organizar el ejército del centro, si quería realizar su plan de llevar la guerra al occidente de la Isla, y fué lo que hizo en ocho meses de trabajos, empeños, esfuerzos, diligencias, inteligencia, entusiasmo sentido y entusiasmo transmitido. Estaba como ahora está: silencioso, retraído, obscurecido.

De pronto, rompe el silencio, sale del retraimiento, se pone a la luz, y todo el mundo lo ve al frente del ejército libertador, comandando la soberana marcha que la historia militar del último término del siglo XIX conservará como el hecho más digno de admiración que las armas han realizado en estos días.

Es muy probable que Máximo Gómez vuelva pronto a sorprender al mundo y a dar en qué pensar a los peritos en el arte y ciencia de la guerra.

Sgo. Ch., 1896.

EL PROBLEMA DE CUBA

Cuba y Puerto Rico (1)

A otro lado de la Cordillera hay un océano, el Atlántico. Navegando de sur a norte, ciñéndose siempre a la costa oriental de Sur América, se puede ver el litoral de la República Argentina, del Uruguay, del Brasil, de las tres Guayanas, y llegar hasta la embocadura del magnífico Orinoco. Si entonces se navega hacia el nordeste, a poco navegar se encontrará una isla verde reposando en las ondas de un mar verde. La isla es Trinidad, una de las pequeñas Antillas; el mar, el Mediterráneo del Nuevo Mundo, consagrado como el Mediterráneo del antiguo a ser camino ondulante de todas las ideas, de todos los progresos de la nueva humanidad.

En ese mar de las Antillas, mar Caribe o de Colón, cuyo nombre se asocia al momento más glorioso de la historia moderna, brindan con sus paraísos, ofrecen las guirnalda de sus bosques, los ramilletes de sus valles, los encantos de sus perspectivas, los deleites de sus climas, dos grupos de islas que en los días venideros de las historias serán la Grecia del Nuevo Continente.

Uno de esos grupos, el menor por la dimensión de sus islas, y el mayor por su número, empieza en Trinidad, comprende las Antillas inglesas, francesas y danesas, y, formando un semicírculo, liga en un abrazo fraternal a Venezuela, cabeza del continente meridional, con Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, Jamaica y Cuba, corazón de todo el Continente.

(1) De la Revista de Santiago de 1º de mayo de 1872.

En donde acaban las pequeñas, empiezan las grandes Antillas. Son cuatro, escalonadas de menor a mayor, y colocadas verticalmente, de este a oeste, al istmo americano.

La más oriental es Puerto Rico, como la han llamado los ávidos españoles; Borinquen, como la llamaban los indígenas y nos complacemos en llamarla los criollos. La más occidental es Cuba: entre una y otra, la victoriosa Haití-Santo Domingo: en frente de ésta, al sur, Jamaica. Al pie de todas esas islas, el orífano mar que las zahiere: arriba, el sol febricitante de los trópicos; embelleciéndolas, la vegetación más galana y suntuosa; cobijándolas, el cielo más limpio, más puro y más amable; purificándolas, el ambiente más embalsamado, la brisa que da mayor embriaguez y con más deleite pueden los pulmones aspirar.

Reinas de todas ellas, Cuba y Puerto Rico. Paraíso de la naturaleza, no debió consentir la ingrata madre que España lo convirtiera en un infierno.

Lo ha consentido y lo consiente. Cuba y Puerto Rico son esclavos, y mientras las dos islas mejor situadas, más pobladas, más instruídas, están en poder de España, estarán esclavizadas; y mientras no sean dueñas de sí mismas, serán un paraíso inhabitable.

Hasta el 10 de octubre de 1868, Cuba era bella, era rica, era poderosa para los españoles: los cubanos eran extranjeros en su patria. Desde el 10 de octubre de 1868, día que inicia una era nueva para América, Cuba es pobre; pero es digna, es heroína, es mártir, y ya pueden los cubanos vivir en ella, morir contentos por ella.

No pueden todavía los puertorriqueños gozar del infinito deleite de fijar la planta en la tierra nativa, exclamando: "¡Patria mía!", y sólo pueden habitarla con tiranos. Hábitenla ellos solos. De allí, como de Cuba, han de salir.

Para arrojarlos han nacido las generaciones actuales de las islas. Sin ese fin por realizar, sin una probabilidad de realizarlo, ¿para qué habríamos venido nosotros a la vida?

I

Cuba

Cuba, la más occidental de las Antillas, es también la mayor y la más rica. Tiene, según Humboldt, 3,615 leguas marítimas cuadradas de superficie, 700 de costa, más de trescientas de longitud, 45 con su mayor anchura. Su elegantísimo contorno, en el cual se presienten las formas amplias, dilatadas, expansivas de un continente; en cuyas sinuosidades se percibe instintivamente el porvenir comercial de la gran isla; en cuyas numerosas, espaciosas y magníficas ensenadas y bahías (Nipe, Habana, Mariel, Cienfuegos, Guantánamo) confirmaría Ritter, el geógrafo filósofo, su teoría del paralelismo del progreso y de las costas abundantes en entradas y salidas; su elegantísimo contorno basta para justificar la candorosa admiración de su descubridor⁽¹⁾: “¡La más hermosa tierra que jamás ojos vieron!”

La adornó el genio del bien; la pobló el genio del mal: la descubrió la abnegación científica; la conquistó el interés avaro. Pero si hay en la vida de la humanidad una fatalidad perfectamente determinada, es la del bien; y los españoles, que han hecho en Cuba todos los males, los que proceden del horror, los que nacen de la pasión desenfrenada, los que generan una voluntad mal dirigida, no han podido hacer el único mal que hubiera condenado a Cuba al horror eterno de ser españoles:

(1) Colón, en su primer viaje, 1493, después de descubrir a San Salvador y a Long Island. (Nota de Hostos).

¡no han podido hacer hijos españoles! Se mezclaron con las indias, y salieron cubanos; con las negras, y salieron cubanos; con las mulatas, y salieron cubanos; con extranjeras, y nacieron cubanos; con españolas, y hasta la española procreó cubanos. Los educaron en el amor de España, en el odio a Cuba; y fueron cubanos en su amor a Cuba oprimida, en su odio acervo a la opresora España. Les instruyeron el fanatismo del Dios español, del rey español, de la grandeza española, y fueron cubanos en su fanatismo contra todos los fanatismos españoles. Los mandaron a España a olvidar a Cuba, y volvieron a Cuba maldiciendo a España. Al estallar la revolución, todos los jóvenes cubanos que pudieron, salieron de España, en donde habían pasado toda su vida activa, para combatir contra España en Cuba, donde sólo habían vivido la vida inconsciente de la primera edad. En la última atrocidad de los españoles, cuando, hace poco, sacrificaron ocho adolescentes a su infame odio, el más cubano de esos adolescentes, es decir, el más heroico en la muerte, era hijo de un español. Son repulsiones invencibles de la naturaleza; es la sacrosanta abominación de la injusticia; es la divina indignación del bien. No habría bien, no habría justicia, no habría naturaleza, si el hijo de una patria siglo tras siglo escarnecida, en vez de ser su hijo, lo fuera del padre casual que le dió el infortunio de su patria.

Así en el desesperado empeño de los españoles por hacer españoles a sus hijos, en la obstinación de los hijos por redimir, siendo cubanos, la culpa de haber nacido de españoles, se formó una población de cubanos—blancos, negros, mulatos, mestizos—, que llegó a ser de 1,600,000 almas. No cuento a los 100,000 españoles que en el momento de la revolución había en la isla, porque quiero excluirlos de la cuenta, como Cuba los excluía de su vida.

Ese millón y medio de cubanos era oprimido por los cien mil españoles que representaban a España en Cuba.

Mendizábal, un liberal español que tiene estatua, dijo, siendo ministro de Hacienda: "No hay que hacerse ilusiones, Cuba y Puerto Rico no son para España otra cosa que cuestiones de dinero". Seifes Lozano, otro ministro (ése no tiene estatua), dijo en pleno congreso que las Antillas eran los cortijos de España: los empleados españoles decían, para explicar sus fraudes, que "no habían ido a tomar aire a las Antillas", y así como el Gobierno español favorecía la esclavitud, dificultaba el comercio, abrumaba a los contribuyentes de la Isla y trataba de embrutecer a los cubanos para conservar intactos los cinco millones de pesos que Cuba le producía todos los años, así cada español que iba a la Isla (empleado, agricultor, industrial, juez o soldado), se creía con derecho, y estaba autorizado por la costumbre, para enriquecerse, cualesquiera que fueran los medios, con tal que ninguno de ellos fuera bueno: los españoles más ricos eran los que más daño hacían a Cuba: los negreros. Era español pobre, condenado al desprecio de los suyos, todo el que, trabajando honradamente, se ponía en íntimo contacto con los cubanos y era querido de ellos y devolvía el afecto que inspiraba. De esos españoles ha habido ejemplos durante la tiranía de la colonia y hay imitadores venerables en la revolución de Independencia. Pero no son muchos: siempre ha sido reducido el número de los escogidos. Era tan rica la Isla y tan despreciado el que no quería enriquecerse sacrificando su dignidad y su conciencia.

La riqueza de Cuba es un proverbio que sabe de memoria todo el mundo, pero era también una maldición. Como el desdichado Perú en tiempo del coloniaje continental, Cuba era la hija mimada del despotismo español. Todo estaba calculado para hacerla producir

la mayor suma de riqueza, con la menor cantidad de libertad.

Además de las aduanas y otras varias contribuciones, cuyo producto extraordinario no recuerdo, un decreto de febrero de 1867 aumentó en casi 16 millones de pesos el impuesto de la Isla. La historia de este decreto basta para explicar cómo puede un bien, como el que constituyen las riquezas espontáneas de un suelo, convertirse en la maldición de ese suelo. Había un ministro de Ultramar, Canóvas del Castillo, decidido a legalizar la tiranía social, política y económica de las Antillas; y aparentando ceder a los clamores de las islas, convocó a una junta de comisionados antillanos que debían bajo la presidencia del ministro ir a Madrid y deliberar sobre determinados puntos de un interrogatorio que debía someterles el ministro. Habiendo caído el ministerio odonelistista, le sucedió otro narvaísta con Alejandro Castro como ministro de Ultramar. Ya convocados los comisionados de Cuba y Puerto Rico, no pudo el nuevo ministerio dejar de cumplir el decreto de convocatoria; y los comisionados de las dos islas se presentaron en Madrid después de innumerables peripecias, que probaban la precoz mala fe del Gobierno español. Sometió éste su interrogatorio a los comisionados. Estos, en la parte política, demostraron la necesidad de un gobierno autonómico; en la parte social, la necesidad de abolir la esclavitud ⁽¹⁾; en la parte económica, la libertad de industria y de comercio y la substitución de todas las innumerables contribuciones directas e indirectas de las islas, por una sola contribución directa sobre

(1) En Valparaíso, hasta donde llegó buscando amigos para la revolución de las Antillas, duerme el sueño eterno el comisionado puertorriqueño (Ruíz Belvis) que tuvo la gloria y la fortuna de formular esa aspiración de las Antillas. Aquí, donde sabemos cuantos médicos asisten a cualquier enfermo europeo, no se sabe que aquí murió aquel mártir. Sólo el generoso Matta ha hablado de él. (Nota de Hostos).

la renta líquida. Queriendo el Gobierno español aumentar el producto de las contribuciones insulares, aparentó ceder a la demanda de los comisionados; y dejando intacta las aduanas y algunas contribuciones más gravosas, suprimió algunas de las menos productivas, substituyéndolas con un impuesto directo de 10 por ciento sobre la renta líquida. Es decir, aumentó las contribuciones en casi 16 millones; y para esquivar la responsabilidad de la reforma abrumadora, hizo entender que accedía al deseo de los comisionados.

Vejada, engañada, escarnecida, corrompida, Cuba no dormía. Cien veces abrumada por el mal éxito, otras cien intentaba levantarse contra sus opresores. Desde José de la Luz, el socrático educador de la juventud cubana, hasta Betancourt, el perpetuo predicador de la rebelión; desde Heredia, el profeta de los esclavos blancos, hasta Plácido, el mártir de los esclavos negros; desde Agüero hasta Estrampes; desde López, el venezolano, hasta Pintó, el español, ningún espíritu generoso producía o alentaba Cuba, que no se consagrara a predicar por la ciencia, la poesía, las armas, el destierro o el suplicio, la emancipación de la isla infortunada.

En 1835, un alzamiento; en 1848, una conjuración general; en 1851, dos expediciones de libertadores; en 1854, una conspiración formidable; Agüero, Plácido, Estrampes, Narciso López, Pintó, son las personificaciones inmortales de ese martirologio sacrosanto. Discípulos de esos maestros, todos los cubanos, blancos, negros, niños, jóvenes, madres, esposas, hermanas, hijas. La mujer cubana, hoy heroína en los campos de la revolución, mártir resignada en la desolada soledad de la emigración, ha sido siempre el espíritu vital de la redención de Cuba. Tal vez no lo sepan sus hermanas de Sur América, cuando con tan glacial indiferencia ven el martirio de Cuba, y sabiendo que hay cubanas, ni

piensan que estarán haciendo lo que ellas hacían, lo que sus madres hicieron en la revolución de la independencia sudamericana.

Cuando yo, después de una experiencia de tres años consagrados en España, en Norte y Sur América a buscar y no hallar amigos decididos para la causa de las Antillas, considero tranquilamente en mi espíritu las apostasías de principio consumadas por los revolucionarios españoles en la cuestión de Cuba; el desamparo en que han dejado a su noble Isla sus maestros del Norte, la indiferencia con que la miran sus hermanos de Sur América, me espanta la impopularidad de la justicia en este mundo; y cuando más imparcialmente examino los móviles de la conducta de los republicanos españoles, norte y sudamericanos, y cuanto más disculpo a los últimos y más me apiado de la ceguedad de los primeros, más me lastima la incompatibilidad que los errores del egoísmo establecen entre la justicia de una causa en una parte, y el triunfo de la misma causa en otra parte.

Cansada ya de sufrir y preparados todos los elementos morales de su revolución, Cuba se alzó contra la tiranía española: nunca, ni aun en los gloriosos días de la independencia sudamericana, se había pedido a las armas la sanción de un derecho legítimo, el reconocimiento de una justicia más patente: Cuba se levantaba para ser digna, y en nombre de los principios que acababan de invocar los revolucionarios españoles, que habían traído los americanos del Norte al derecho constitucional, que los americanos del Sur habían obedecido en su generosa lucha de independencia y en la constitución de su nacionalidad.

Los republicanos españoles me decían: "Entre Cuba y nosotros está vuestro patriotismo". Castelar, que mil veces me había prometido en la emigración de París, estar al lado nuestro, que llegó hasta aceptar la base

de un discurso, en que, para decidirlo, tomé la revolución de Cuba como Isócrates y el mismo Castelar consideran los hechos humanos, a la manera de tesis que el arte de la palabra desarrolla, Castelar hizo más que sus compañeros de republicanismo: para cohonestar su innoble conducta, forjó una teoría más indigna: dijo que la revolución de Cuba era un obstáculo al triunfo de la república en España.

Los republicanos de Norte América supeditaron a los intereses interiores de partido el deber que les imponía la revolución cubana.

Los republicanos de Sur América han pasado del entusiasmo de los primeros días a los días de la duda.

Ha sido tan enorme el alarde de fuerza hecho por España contra Cuba, que hasta para los habituados a vencer a España es dudoso que pueda Cuba vitorear su independencia.

A pesar de la duda de los unos y del egoísmo de los otros, Cuba podrá. Desde el primer grito de independencia en Yara, hasta el momento actual, España ha mandado los soldados disciplinados a Cuba; tenía los voluntarios españoles en la Isla; tiene una escuadra de alto bordo y una escuadrilla de 30 cañoneras que constituyen una de las armadas más formidables que ha tenido España; ha gastado millones desacreditando algunos de sus más célebres generales, inutilizado en el ministerio de Ultramar a algunos de los políticos que más esperanzas daban, acreditado de falaz su diplomacia, desconceptuado por bárbaro a su Gobierno, y no ha podido conseguir que rindan armas los 30 mil cubanos que han podido armarse lentamente, con armas incompletas, a pesar de la vigilancia de la costa, a pesar de la casi complicidad del Gobierno norteamericano con el español, a pesar del abandono en que los Gobiernos latinoamericanos han dejado a Cuba.

España más poderosa que lo ha sido después de Felipe II, haciendo esfuerzos que no había hecho para dominar la revolución de sus colonias continentales, contando con el obsequioso silencio de todos los Gobiernos civilizados, que la han dejado hacer impunemente atrocidades que en la historia erizarán el alma de las generaciones venideras contra los capaces de hacerlas, como España, y los capaces de consentirlas, como el mundo entero; España poderosa, irresponsable, impune, no ha podido dominar a Cuba, desamparada, casi inerme, sin más defensores que sus hijos, sin más auxiliares espontáneos que unos cuantos puertorriqueños, que pronto harán falta en los campamentos de su patria, y unos cuantos dominicanos, venezolanos y neogranadinos que conservan todavía el culto grandioso de la patria americana.

Para mí, que creo en la independencia pronta de Cuba como creo en las verdades matemáticas, esa simple oposición de un poder impotente a una impotencia poderosa, basta. Yo sé que ya han pasado para siempre los tristes días últimos del año 69 en que, no yo (creyente impasible), pero casi todos los emigrados cubanos y puertorriqueños llegaron a temblar en Nueva York por la causa de la revolución. Yo sé que cuando una revolución colonial ha pasado del período de frenesí al de resolución inquebrantable, no hay fuerza ni poder que triunfe de ella. Yo sé que Cuba está en ese período; que hay una verdadera Cuba, con población, instituciones, actividad y vida propias, dentro de la Cuba encadenada por los españoles, y no me ocupo del triunfo de la revolución, que sé es seguro, como no me ocupo del movimiento de la tierra, que sé es necesario. Quisiera, y nada más, que los pueblos de Sur América tuvieran más memoria y recordaran lo que hicieron para que comprendan lo que hace Cuba, y no duden. Yo no tengo ni el deseo de que auxilien a Cuba y Puerto

Rico: pienso que toda grande idea triunfa más sólidamente cuanto más solitariamente ha luchado por triunfar, y celebro que así empiece a triunfar Cuba, y espero que así haremos triunfar a Puerto Rico.

Cuando haya hablado de esta última isla, tal vez me decida a hacer la historia de la revolución cubana; de ella a lo que de ella se piensa, hay el abismo del error. Cuando no por otro motivo, por servir a la verdad, hablaré.

Así distrayéndose de todo interés, aunque sea el generoso que me impone el patriotismo, para abstraerse en la verdad, serán útiles los escritos que consagre a hacer amable la justicia en la *Revista de Santiago*.

Borinquen

I

La Isla de Puerto Rico, así llamada por ser bueno el puerto de la que hoy es su capital ⁽¹⁾ o por hallarse en él arenas de oro ⁽²⁾ o por abundar en ese metal toda la Isla ⁽³⁾, se llamaba *Borinquen* en el tiempo feliz, en que, no teniendo nombre para el mundo, merecía el dulcísimo de *patria* para sus felices pobladores, los indios más belicosos y más hospitalarios, más benévolos y más incrédulos que encontraron los españoles en el archipiélago.

La descubrió Colón en su segundo viaje ⁽⁴⁾. Venía de las Caribes (Islas Vírgenes, Martinica, Guadalupe)

(1) Canónigo Torres Vargas, escritor puertorriqueño del siglo XVIII.

(2) Descripción de Puerto Rico en 1582 por el presbítero Ponce de León y el bachiller Santa Clara.

(3) Viaje de Colón, por W. Irving.

(4) Id. por Fray Iñigo Abad, historiador de Puerto Rico y dice que fué en 1493. Cuba y Haití fueron descubiertos en el primer viaje, 1492. (Notas de Hostos).

en donde no había tenido la reverente acogida que Cuba y Haití le habían hecho en su primer viaje, un año antes, y de todo se asombró al llegar a la que entonces era y pudo creer una de las Afortunadas y es hoy la más triste de las infortunadas. Asombróse de la espesura de sus bosques, de la portentosa elevación de sus árboles, del dulcísimo ritmo de sus corrientes, sus pájaros y sus brisas saludables; de la belleza, la elegancia y el bienestar que respiraba la abandonada población que en el oeste de la Isla visitó.

Si el magnánimo varón hubiera obedecido a su deseo y se hubiera detenido en aquel oasis y hubiera preferido la felicidad a la gloria, el triunfo de su corazón al de su ciencia, la estabilidad en la delicia al progreso en la historia de los hombres, tal vez se hubiera diferido el martirio de la Isla; pero estaba, como todos los magnánimos, condenados a hacer el bien de los malos, aún a costa del mal de los buenos, y no se detuvo: el historiador de Puerto Rico dice por qué en estas palabras de su libro: "La perspectiva de este pueblo de indios ⁽¹⁾, formado con un orden y disposición tan nuevo para los españoles, igualmente que la pasmosa frondosidad de las costas de la Isla, poblada de tanta variedad de árboles, cuya magnitud y diferencias no sólo excedían a los que habían visto en Europa, sino a las más lisonjeras ideas que tenían formadas de los nuevos descubrimientos, estimulaban a los pasajeros a saltar en tierra; pero el retiro de los isleños, que habían huído a los bosques, los resolvió a levarse el 22 de noviembre".

Pasó el bueno, y la Isla vivió algunos años más en la feliz ignorancia del riesgo que corría su inocencia, hasta que un día, asomado Juan Ponce de León a los

(1) Herrera, Iñigo y W. Irving refieren que Colón desembarcó en un puerto al oeste de la Isla, en donde halló una bellísima población indígena. No se sabe si fué Mayagüez, Aguadilla o Aguada. (Nota de Hostos).

miradores naturales de Higüey, la comarca más oriental de Haití, descubrió en el límite visible de su horizonte una tierra encantadora. Era la costa occidental de Borinquen, separada por el estrecho canal de Amona ⁽¹⁾ de su hermana la Española. Una tierra tan bella tenía forzosamente que ser rica. Y en cuanto el rudo soldado hizo la deducción, se propuso descubrir (ignoraba que Colón la hubiera descubierto), reconocer y conquistar la incitante Isla.

Poblábanla entonces doscientos mil indígenas, acostumbrados a batallar con sus sanguinarios vecinos los caribes, pero educados en aquella moderación virtuosa que caracteriza la fuerza verdadera y que es la expresión del único valor digno del hombre: del valor tranquilo.

No temían, no desconfiaban, y cuando Juan Ponce de León se presentó en la Isla, el cacique superior de ella, Agüeybana, lo recibió de paz: los españoles paseaban toda la Isla, y quedaron encantados de ella, de la bondad de sus hospitalarios moradores y de las arenas de oro que arrastraban pródigamente las corrientes de los ríos.

Les había hecho un bien; era necesario que aquellos monstruos de codicia lo indemnizaran con un mal, que se despidieran como hermanos y volvieran como enemigos. Pero los borinqueños o borincanos eran tan fáciles de indignación como son todas las almas esforzadas y así como acogieron fraternalmente a los peregrinos, así rechazaron a los usurpadores. Hubo lucha, hubo matanza de indios, hubo perros adiestrados, hubo atrocidades españolas. Aquellos malditos eran inmortales. El indígena sencillo lo creyó, y se resignó, y se dejó encadenar a la mita, a la encomienda, al trabajo bestial que le imponían. Cuando desesperaba, pensaba que el

(1) Canal de la Mona. (Nota de los Comp.)

tirano era inmortal, y maldiciendo la inmortalidad de los malvados, bendecía su propia mortalidad, y se mataba.

Mi espíritu ha debido vivir en aquel tiempo negro, porque yo, que no he conseguido odiar a los españoles, que he matado mis pasiones para sólo llevar a la contienda la alta razón de la justicia, yo no puedo pensar en el primer momento de la conquista, sin odiar con frenesí, con deleite, con unción, a aquellos monstruos de ingratitud y de injusticia. Hoy mismo, cuando, imperturbable e impasible en mi designio, como los Andes lo están en su cimiento, encubro, como ellos, el fuego latente en las entrañas con la nieve aparente en la superficie, si quiero que los Andes se conmuevan, si quiero sentir las erupciones volcánicas del odio, derretir la nieve de mi fe matemática en el destino de mi patria y en el mío con el incendio de las pasiones que mi conciencia y mi razón han sofocado, me traslado mentalmente a aquella época, leo la historia de la conquista en cualquiera parte de América, y la sed de justicia me devora y el hambre de venganza me exaspera, y me siento Bayoán, Caonabo, Hatuey, Guatimozín, Atahualpa, Colocolo.

De todos estos personificadores del sublime rencor de la justicia, el primero era borinqueño como yo. Dudaba como yo. Yo dudo de la inmortalidad de España en las Antillas: él dudó de la inmortalidad del español. Seguro del alzamiento que anhelaba, si conseguía probar que eran mortales como ellos sus tiranos, esperó tranquilamente la ocasión de la prueba. Supo que un español joven, Salcedo, debía pasar de Yagüeca, su comarca, a la del vecino cacique Mayagoex y apostó a la orilla del Guaorabo, que el español había de vadear, a unos cuantos de los suyos. Les ordenó que al pasar Salcedo se ofrecieran a llevarlo en hombros y que al llegar al medio del río, lo arrojaran en él. Fué obede-

cido, y cuando Bayoán, tres días después, fué a contemplar el muerto, aun estaban los suyos temiendo que resucitara el muerto. Bayoán no creía en milagros (que hubiera sido creer en españoles) y se sonrió y se alejó.

Al día siguiente estallaron algunas venganzas personales, y a los pocos días estalló uno de los alzamientos más violentos, más tenaces, más heroicos, que han tenido que sofocar los españoles.

II

Lo sofocaron. Y cuando todos los héroes hubieron desaparecido en el campo de batalla, en la emigración o en el suicidio, los españoles se pusieron a contemplar su conquista.

Era una isla deleitosa. Tenía 322 leguas marítimas cuadradas de superficie ⁽¹⁾, 30 de longitud, 10 de ancho; forma de polígono irregular; dos magníficas cadenas de montañas (Luquillo y Cayey); espaciosas ensenadas (Guánica, Jobos, Fajardo, San Juan); centenares de corrientes cristalinas, ríos caudalosos, cascadas pintorescas, encantadores accidentes de terreno, umbrosas florestas dondequiera, templos vegetales en las selvas que conservan su eterno altar al Dios desconocido, pájaros de vario plumaje y vario canto, que insultaban el duelo de la Isla, flores perennes, frutas deliciosas, eterna y universal fecundidad; vario clima, estío fertilizante en la costa, primavera inmortal en la montaña; la luz filtrándose sobre ésta, al través de perpetuos nubarrones derramándose a torrentes sobre las risueñas llanuras de la costa.

(1) Humboldt, Torres, Vargas, Ledru, Fray Iñigo, Córdoba, difieren, entre 740, 720 y 330 leguas marítimas cuadradas. (Nota de Hostos).

De los doscientos mil borinqueños ⁽¹⁾ que la poblaban, no quedaba uno solo en 1513. Sólo hacía cinco años que Ponce de León había conquistado la Isla. Los indios que en ella se encontraban en 1529, último momento de la raza pura en Puerto Rico, eran de las islas vecinas. Los habían exterminado el hierro, el trabajo, la sevicia, la crueldad.

Los españoles se repartieron el botín. Eran pocos, y todos fueron propietarios; propietarios de inmensas extensiones de terreno que les era absolutamente imposible cultivar, que el convencimiento de esa imposibilidad les hacía indiferente conocer; se vieron monarcas de la soledad, y se espantaron; pobres en la riqueza, y se desesperaron. Entonces empezaron a remediar el mal con otro mal, y los africanos esclavos sustituyeron a los esclavizados borincanos. Pero en vano aglomeraron errores sobre errores, horrores sobre horrores: la Isla no producía oro, y los aventureros no acudían, y la población no se aumentaba, y la producción se estacionaba, y el comercio languidecía, y la pobreza abrumaba a sus moradores, y España desdeñaba la pobreza, y la Isla desdeñada dormía en el sueño de la indiferencia.

En 1765, su población compuesta de blancos, negros y mestizos, no pasaba de 44,883 habitantes, 5,037 de los cuales eran esclavos ⁽²⁾. José Julián Acosta, anotador puertorriqueño de la historia de la Isla, que ha estudiado con diligencia y descrito con encantadora ingenuidad ese período (1530-1765), explica por qué la poderosa Isla estaba tan despoblada y era tan pobre, y cómo esa misma exigua población era producto, en gran parte, de las deserciones de los marineros o soldados

(1) Navarrete y Fray Iñigo dicen que eran 600,000. Acosta, el erudito escritor puertorriqueño, cree que no pasaban de 200,000.

(2) *Memoria sobre la isla de Puerto Rico*, O'Reilly. (Notas de Hostos).

españoles que con rumbo al Continente o a otras islas llegaban casualmente a sus playas.

El cuadro que resulta de las minuciosas indagaciones del escritor puertorriqueño, es tan interesante para el sociólogo como para el patriota. El uno se complace en estudiar la formación de una sociedad, en tanto que el otro aprende a conocer en su primer momento la tierra que algún día será su patria.

Si como la abandonaba a sus propios recursos, la metrópoli hubiera abandonado a la Isla a su propia iniciativa, Puerto Rico sería hoy la más poderosa de las Antillas y habría dejado ya de ser colonia; pero la metrópoli había aislado a la Isla, la mantenía en la más absoluta soledad, en cuidadosa incomunicación, y era la cárcel de sus moradores. No podía comerciar, y nadie iba a comerciar. Del comercio libre hubiera dependido su riqueza, su civilización, su esplendor, y el comercio tenía allí más trabas que en ninguna otra de las colonias, porque era la más desdeñada de todas, siendo de todas la más pequeña y la más pobre. Era tal, sin embargo, la excelencia de sus producciones, tan favorable a la crianza del ganado vacuno y caballar su tierra montosa y pastosa, que imperceptiblemente fué adquiriendo nombre entre las pequeñas Antillas, sus vecinas, con las cuales, poco a poco y subrepticamente, se puso en contacto comercial. Ella les daba sus ganados y sus frutos; ellas le cambiaban las mercancías inglesas a que servían de almacenes.

A esto atribuye el Gobernador de la Luisiana, O'Reilly, que pasó en 1765 por Puerto Rico, el progreso que se notaba entre "los vasallos más pobres" que tenían en América los monarcas españoles. Dice textualmente: "En el día han adelantado alguna cosilla más, con lo que les estimula la saca que hacen los extranjeros de sus frutos y la emulación en que los van poniendo con los listados, bretañas, pañuelos, olanes,

sombreros y otros varios géneros que introducen, de modo que este trato ilícito, que en las demás partes de América ha sido tan perjudicial a los intereses del rey y del comercio de España, ha sido aquí útil". De aquí cualquiera hubiera deducido la necesidad de convertir en lícito ese comercio ilícito, libertándolo de las trabas que lo hacían imposible, menos un súbdito del rey de las Españas, representante temporal de su egregia majestad, el cual, con aquel candor que suelen tener los errores, aun después de conocidos, aconseja... ¿qué se consienta el comercio?; no; que se pongan en la costa tropas de resguardo que lo impidan.

Así, por su propio esfuerzo, fué formándose, creciendo, poblándose, desarrollando sus elementos y sus fuerzas la miseranda Isla, hasta que los esfuerzos del Diputado puertorriqueño, Ramón Power, y la energía del hacendista guatemalteco, Alejandro Ramírez, consiguieron en 1815 la cédula real que permitía el comercio extranjero. Aquí comienza otra época: la pasada está descrita por el mencionado O'Reilly en las siguientes palabras expresivas: "Para que se conozca mejor cómo ha vivido y viven hasta ahora estos naturales, conviene saber que en toda la Isla no hay más que dos escuelas de niños; que fuera de Puerto Rico (la capital y la villa de San Germán) pocos saben leer; que cuentan por época de los gobiernos, huracanes, visitas de obispos, arribos de flotas o situados ⁽¹⁾: no entienden lo que son leguas; cada uno cuenta las jornadas a proporción de su andar: los hombres más visibles, comprendidos los de Puerto Rico (la capital), cuando están en el campo, andan descalzos de pie y pierna. Los blancos, ninguna repugnancia hallan de estar mezclados con

(1) Auxilio pecuniario que se imponía a las cajas de Méjico para subvenir a los gastos de Puerto Rico. (Nota de Hostos).

los pardos (1). Todos los pueblos, a excepción de Puerto Rico, no tienen más vivientes de continuo que el cura: los demás existen siempre en el campo, a excepción de los domingos, que los inmediatos a la iglesia acuden a misa... Para aquellos días tienen unas casas que parecen palomares, fabricadas sobre pilares de madera con vigas y tablas: estas casas se reducen a un par de cuartos; están de día y de noche abiertas, no habiendo en las más, puertas ni ventanas con qué cerrarlas: son tan pocos sus muebles que en un instante se mudan: las casas que están en el campo son de la misma construcción, y en poco se aventajan unas a otras''.

III

Hay una prueba terminante de la incapacidad política de España, que nunca (ni aun en la pasmosa diferencia que hay de las que fueron sus colonias continentales a las que son hoy naciones independientes) se ha patentizado con tan abrumadora claridad como en el progreso de la más oriental de las grandes Antillas. Esa prueba la da el censo de población. En 1765, era de 44,883 almas; en 1815, de 220,892; en 1870, de 700,000 almas.

Este aumento, que es prodigioso en un país para el cual no se han dirigido nunca las corrientes de *inmigración europea*, porque las leyes restrictivas se han opuesto a la corriente, demuestra una tal abundancia de elementos económicos y de recursos sociales, que es imposible que no hubiera tempranamente producido los efectos tardíos que hoy producen, si hubieran tenido

(1) Y hacían bien, y a eso debemos, en parte, nuestro espíritu democrático, y a eso deberemos en gran parte nuestra independencia y la probabilidad de constituir un sólido estado social. (Nota de Hostos).

desarrollo y expansión. Y si se medita que ese prodigioso resultado se ha debido a miserables concesiones, la admiración por el país crecerá en proporción que crezcan el desdén que merece su metrópoli, y la indignación que debe inspirar su despotismo suspicaz. El punto de partida de este beneficio fué (desde 1765 hasta 1815) el desarrollo de la agricultura, facilitado por algunas disposiciones favorables al cultivo de la caña, del tabaco, del café, y la condescendencia con que, más por desdén y por inercia que por buena voluntad, se dejó que el comercio traspusiera los límites impuestos por la metrópoli. El punto de partida del progreso que en la segunda época (1815 a 1870) hemos notado, es la cédula de 1815. La llamaron de libertad de comercio, y puso freno a la libertad que subrepticamente habían creado las necesidades del país: le atribuyen el designio de favorecer la inmigración extranjera (la *católica*, por supuesto) y uno de los artículos que la reglamentaban, dice textualmente: "Los extranjeros que sin domicilio adquirido por estas reglas, residan actualmente en la isla, *deberán salir de ella en el preciso término de tres meses...* en la inteligencia de que, pasado dicho tiempo, los que no tuvieren carta de domicilio o naturalización y sin embargo subsistan en la isla, *serán tratados como inobedientes y sujetos a las justas penas que se les impondrá con conocimiento de causa*".

La fertilidad de la isla era tan admirable; el desarrollo de la población redujo tanto las enormes propiedades; la despoblación de Santo Domingo y la emigración de Venezuela llevaron tantos brazos, tantos capitales y tanta inteligencia, a la población y la producción de la Isla, que, a pesar de la política española, que sólo había hecho una verdadera concesión (y ésa, monstruosa: la libertad del tráfico abominable de esclavos),

Puerto Rico empezó a prosperar y a progresar. De 23,475 pesos anuales que producía en 1765 su agricultura, se elevó a un movimiento mercantil que era de 1.382,299 pesos en 1815 y que ascendió en 1863 a 16.511,683 pesos.

IV

Hubo un momento (1813-1815) en que la infortunada Isla pudo abandonarse a la esperanza. Su orgullosa metrópoli se había dignado admitirla en el número de sus provincias, y recibirla, como a las demás colonias, en la representación nacional. Sólo le concedió tres diputados; pero bastó la inteligente diligencia del más fervoroso de los tres, Ramón Power, para conseguir las ventajas comerciales a que debió su asombroso crecimiento.

Si hubieran correspondido las reformas sociales y políticas a las comerciales, hubieran sido menguadas como éstas, pero habrían coadyuvado al progreso, porque habrían favorecido la libertad del país. No correspondieron, y la esclavitud de los africanos adquirió un terrible desarrollo, y empezó a notarse el contraste repulsivo que existía entre el bienestar relativo de los intereses materiales y el absoluto malestar de los intereses intelectuales y morales de la colonia.

Tres sacerdotes evangélicos, puertorriqueños todos tres, el Padre Bonilla, el doctor Juan F. Jiménez, fray Angel de la Concepción Valdés, hicieron esfuerzos tan poderosos como inútiles en favor de la instrucción y de la libertad del pensamiento: al primero lo obligaron a morir en la emigración: al segundo le cerraron la academia de ciencias y letras que había, más que otro alguno, contribuido a crear: el tercero ha perpetuado en

una carta melancólica la guerra hecha por la metrópoli y sus representantes a la cultura intelectual... "que la instrucción de la juventud en esta isla (dice) tiene una especie de maldición".

La que siempre ha pesado sobre ella. Hacia 1847, siendo capitán general de la Isla el conde de Mirasol, los padres de familia se asociaron en toda la Isla para establecer con fondos propios, y sin auxilio del Gobierno, un instituto de segunda enseñanza: el general gobernador, Pezuela, informó en contra al Gobierno metropolitano en 1849, y la Isla se quedó sin instituto. Un seminario conciliar, fundado en 1831 por un obispo peruano, Gutiérrez de Cos, ése es el único establecimiento científico que han consentido los españoles en la Isla. El estado de la educación primaria era pavoroso en 1864: para una población de quinientas mil almas no había más que 122 escuelas públicas y 25 privadas: según el censo de 1860, había un 82.50 por ciento entre los varones, un 87.50 por ciento entre las hembras que no sabían leer. La sociedad "Amigos del País" propuso en 1864 que se enviaran a Europa algunos jóvenes pobres: con recursos particulares, se mandaron cuatro: dos de ellos no podían subsistir (tan exiguos eran los recursos) cuando murieron los otros dos: se pensó en trasladar a los dos que sobrevivieron la pensión que a los muertos había designado la subdelegación de Farmacia: fué necesario pedir la autorización al Gobierno, y el Gobierno no despachó el expediente hasta año y medio después. Ni hacía ni dejaba hacer. Pero la Isla necesitaba y sentía la necesidad de educar la generación que se formaba, y desde 1848 empezó un movimiento que el Gobierno metropolitano y el colonial no podían impedir: los padres buscaron para sus hijos la instrucción que la patria les negaba, y los colegios de los Estados Unidos, de Fran-

cia, de Alemania y de España empezaron a recibir la ávida juventud puertorriqueña.

Ya el país había recibido el ultrajante desaire que las Cortes de 1836 habían hecho a sus diputados (que, sentados ya en el Congreso, se vieron obligados a salir de él) y, con los primeros jóvenes que volvieron del extranjero, comenzó sordamente la acción revolucionaria.

Dos o tres manifestaciones armadas ha tenido, que han sido inmediata y sangrientamente sofocadas, pero basta conocer las precauciones tomadas desde 1865 por todos los gobiernos españoles, para saber que el alzamiento de independencia es el temor y la constante pesadilla de la metrópoli: para saber que es inminente basta conocer la torpeza de la política española en Puerto Rico desde que estalló la revolución en Cuba.

No hay español en Puerto Rico que no esté armado: no ha habido gobierno, desde la revolución de septiembre hasta la fecha, que no haya querido atraer con promesas de reformas a los isleños, ni gobierno que haya cumplido esas promesas.

No las cumplirá, y entonces cumplirá las suyas el país. Los que se interesen en el triunfo de la justicia, esperan: los que le hemos sacrificado nuestra vida, esperaremos.

Las rápidas palabras que acabo de escribir, tienen un fin: presentar en la fuerza de expansión que la Isla de Puerto Rico ha demostrado siempre, y en la fuerza de concentración en que ha tratado de ahogar-le el sistema colonial, la probabilidad de una sociedad de elementos coherentes y de seguro porvenir: de esa coherencia de elementos nacerá una sociedad libre, cuan-

do haya la revolución conquistado la independencia de la Isla. Antes de tomar parte en la vida general, los pueblos deben presentar sus títulos a la consideración de sus hermanos.

Las Antillas serán libres cuando sean independientes, porque en la una harán la riqueza y el comercio lo que hará en la otra la regularidad de su estado social.

De la utilidad de esos dos miembros de la familia americana en el porvenir del Continente, el tiempo responderá; estoy seguro.

El problema de Cuba

Ya ha llegado el momento en que un periódico que tiene el carácter de este quincenario (1), puede reparar el olvido, probablemente reflexivo, en que generalmente ha mantenido la cuestión de Cuba, mientras fué el tema de pasiones, sentimientos y excitaciones violentas.

La situación actual de Cuba es un problema latinoamericano que afecta directa o indirectamente a todo el continente que ocupa nuestra raza. Si ella no lo comprende, triste para ella; mas no por eso deja de ser obligación nuestra el analizar todas las fases del problema. Para hacerlo, no tenemos necesidad de irritar en los otros o en nosotros, las pasiones favoritas del patriotismo inútil. La prueba más fehaciente del progreso de la revolución de independencia en Cuba, es que ya se puede hablar tranquilamente de ella. Por una parte, el éxito final es cada vez más próximo, y ya no se puede desatender el desatendido deber de indagar lo que impondrá la independencia consumada. Por otra parte, las nobilísimas pasiones con que los buenos han tratado inútilmente de procurar auxiliares a los buenos, ha sido ineficaz por el momento. En fin, las pasiones malvadas que aun aúllan, están cansándose también de la inutilidad de sus aullidos. Los buenos y los malos, los ciertos y los falsos, los reales y los afectados, los nobles y los innobles, todos los sentimientos han recorrido ya la ór-

(1) "El Mundo Nuevo-América Ilustrada", de Nueva York.

bita que les ofrecía la revolución de Cuba. Ahora se trata de trazar la suya a la razón.

¿Qué es lo que puede hacerse todavía para contribuir a la más pronta Independencia?

¿Qué significará ésta para el Nuevo Continente?

¿Qué elementos tienen Cuba y las demás Antillas centrales para conservar la independencia? ¿Qué obstáculos, y cómo es posible salvarlos?

¿En qué bases debe establecerse la reconstitución de la sociedad cubana?

¿En qué se puede esperar para la pronta reconstitución de ésta y de todas las sociedades que ocupan la línea central del archipiélago?

¿Qué influencia inmediata tendrá sobre la vida de los pueblos antillanos el establecimiento de una normalidad racional en Cuba?

Estos, en su aspecto general, son los coeficientes del problema. Esos serán los puntos que, si tenemos tiempo, trataremos.

I

El más difícil de esos puntos es el primero. Para apresurar el momento de la independencia en Cuba, se necesitan más esfuerzos exteriores de los que se hacen para apresurarla. No se hacen, por dos causas idénticas en sí mismas, aunque distintas en sus procedimientos. Los que pudieran desde el exterior servir al pronto éxito de la revolución de Cuba, son en primer lugar, los patriotas refugiados; en segundo lugar, los gobiernos republicanos de nuestros dos continentes. Unos y otros han hecho infinitamente menos de lo que debían y podían, porque unos y otros han concedido al acaso la intervención que le deben negar los previsores. Para los

patriotas refugiados, el acaso ha estado variamente representado, unas veces por el reconocimiento de beligerancia, que se esperó de los Estados Unidos, otras veces por la comunidad de acción diplomática de los gobiernos latinoamericanos a favor de Cuba. Para éstos y para el Gobierno federal de la Unión, el acaso ha estado representado por el éxito de los patriotas combatientes. Es decir, que para unos y otros, la causa primera de ineficacia ha sido el no atender exclusivamente a su deber. Concretándose a él, los patriotas refugiados hubieran podido ser auxiliares efectivos de los patriotas combatientes. Concretándose a su deber, los gobiernos republicanos de toda América hubieran visto intereses americanos en donde sólo han tenido vista para ver inconvenientes a sus intereses locales.

No nos toca el reparto de responsabilidades, y no diremos a quién tocan las más graves; por eso suspendemos el examen de la conducta seguida desde 1869 por las juntas, delegaciones, círculos y patriotas refugiados en los Estados Unidos, en Jamaica, en Méjico, en Puerto Plata, en París; por eso también pasamos de largo el proceder del Gobierno de la Unión y el de los gobiernos latinoamericanos: basta decir, para juzgar abstractamente a los unos y los otros, que ni el entendimiento ni el sentimiento ni la voluntad ni la conciencia pueden estar satisfechos de los unos y los otros.

Parcialmente, la continua disposición de los cubanos emigrados y de los sacrificios inútiles que multitud de ellos han hecho de la vida, serán siempre tanto más admirables cuanto mayor haya sido la inutilidad del sacrificio; colectivamente, ha faltado la utilidad y la eficacia en el sacrificio. Parcialmente, nunca el de los Estados Unidos, siempre el Gobierno del Perú y el de Colombia, han hecho algo; colectivamente, los gobiernos de la América latina no han hecho nada, y el de los Es-

tados Unidos ha procedido con una doblez que es necesario tener la virilidad de abominar en alta voz. Aconteciendo lo que hasta ahora ha acontecido, los buenos, los dignos, los positivamente heroicos combatientes de Cuba libre, nada tienen que esperar del exterior, y para concluir por sí mismos su grande obra, sin desalentarse en esperanzas sistemáticamente falibles y fallidas, no *deben* esperar nada. Los que pueden no saben o no quieren, y los que quieren no pueden socorrerlos.

Para que puedan hacerlo y contribuyan a la pronta independencia de Cuba, ¿qué toca a los patriotas refugiados y a los gobiernos aliados por la naturaleza al porvenir de las Antillas?

Los patriotas refugiados pueden reunir recursos pecuniarios para conseguir recursos militares; que los reúnan: pueden convencerse de que es inútil, antipatriótico y bochornoso dividirse en parcialidades perniciosas mientras sean personales, ridículas mientras no tengamos patria; que se convenzan: pueden proceder como si todo estuviera por hacer; que procedan: pueden prescindir de contar con otros que consigo mismos; que prescindan.

Si en esto no hay una norma de conducta, se puede declarar ante próximos y extraños que los refugiados no pueden hacer absolutamente nada por Cuba; pero estamos tan firmemente seguros de que en esas admoniciones fraternales hay toda una norma de conducta, y la única que se debe y se puede seguir, que nos comprometemos a estas dos cosas: primera, a probar que los refugiados cubanos han hecho menos de lo que podían, e infinitamente menos de lo que debían, sencillamente por haber hecho o dejado de hacer lo contrario de lo que en ese plan de conducta racional exige el sentido común decoroso: segunda, que siguiendo ese plan de

conducta racional, la emigración cubana puede hacer en pocos meses lo que en seis años no ha hecho.

Si alguien, después de los patriotas refugiados, tiene obligación, no ya deber, de prestar a Cuba el concurso de todos sus esfuerzos, es la América latina. Desde Méjico hasta Argentina, desde Chile a Venezuela, desde el centro hasta el seno más mediterráneo del continente ocupado por hombres de nuestra raza, tal vez no hay uno solo que no sea partidario ardoroso de la independencia de las Antillas, admirador entusiasta de los combatientes, espectador impaciente de la actitud ambigua de los gobiernos latinoamericanos: excepto los peruanos y los colombianos, no hay hijo de la América latina que pueda estar satisfecho de la conducta de su gobierno en la revolución de Cuba. Aquí los inmigrantes españoles, allí el comercio de carne con España, allá las reminiscencias españolas, acullá la herencia política, diplomática y social de España, en todas partes la misma anteposición de pequeños a grandes intereses ha impedido hacer lo que importaba. De esos gobiernos, más de uno se ha distinguido por la indiferencia cretina con que ha estado contemplando lo que algún día sabrá cuán de cerca le tocaba. De todos ellos, los dos que con más inteligencia, previsión más digna de estadistas y patriotismo más digno de América latina han querido proceder, no han podido hacer nada por oponerse pasivamente los otros gobiernos a hacer algo.

Aún pueden hacer mucho, si por ventura no esperan a que consumada por su propia fuerza la revolución, el triunfo les dé la propicia ocasión de lamentarse: "Qué lástima! cuando íbamos a hacer tanto...!"

Pero si no esperan a ese día, Chile y la Federación Argentina pueden asociarse sin vacilación y sin dila-

ciones al empeño de Colombia y del Perú. Los dos medios de intervención diplomática propuestos por los gobiernos de estos dos países, son los más eficaces por ser los más expeditos. Uno y otro han dado ocasión a largas correspondencias de cancillerías, y cualquiera de los dos puede tener pronto resultados. Para que éstos sean más trascendentales, el medio preferible es la reunión del Congreso americano en Lima. Bastará que se adhieran la República Argentina y Chile, para que el Congreso se realice. Si esas cuatro repúblicas hacen algo, las demás se adherirán. Si no se adhieren, basta la voz de los cuatro poderes más sólidos de la América latina, para dar al entusiasmo universal del pueblo latinoamericano en favor de Cuba, la sanción positiva que ésta tiene el derecho de esperar.

II

El Nuevo Continente representa en la historia moderna los cuatro progresos más positivos de la humanidad.

El descubrimiento fué la demostración más contundente que en toda la vida de la especie humana se ha dado de la superioridad de la ciencia sobre la ignorancia; y cuando haya una historia que sepa relacionar todas las operaciones del ser humano en nuestro planeta, se probará que ningún hecho ha contribuído tanto a la revolución intelectual que ha producido el florecimiento de las ciencias positivas, como el descubrimiento de un mundo negado por una civilización entera y afirmado por unos cuantos sabios despreciados.

La colonización fué el inconsciente punto de partida de una nueva distribución de la familia humana, idéntica

en su tendencia económica, completamente distinta en su procedimiento, a la que transformó a la civilización antigua. Llegará el día de razón universal en que la historia deje de ser el repugnante tribunal de hechos individuales o parciales que hoy es, para ser un complemento de la ciencia de las sociedades; y en ese día, la transfiguración del Viejo al Nuevo Mundo se considerará, como es sustancialmente, una mera simplificación del eterno problema que la fatalidad de las leyes naturales ha impuesto a la humanidad. Esta había resuelto el problema por la guerra, y toda la vida antigua es una *coalición en pro de la vida*, que sólo ha empezado a cesar cuando el Nuevo Mundo empezó con su independencia a romper con el procedimiento tradicional y substituyó con la cooperación de todas las razas en la obra de la civilización, la lucha de todas las razas por su predominio nacional.

Si hay una providencia que se toma el trabajo de gobernar invisiblemente a nuestra especie, y predestinó el Nuevo Mundo para teatro de una renovación de ideas, progreso y civilización, la providencia erró encomendando la colonización de la parte mejor del Nuevo Mundo a una raza incapaz de secundar sus miras. Del Nuevo Continente sólo eran dignos los seres humanos que buscaran en él un *medio* nuevo para un nuevo mundo moral e intelectual. Nuevo mundo moral e intelectual, el resultante de la reacción de la conciencia emancipada y el producido por la libre acción de todas las actividades y de todas las facultades del ser humano, ya está bosquejado en la parte septentrional del Continente. Mas como todo el continente meridional, todo el archipiélago y la parte mejor de la masa continental del norte tocó en suerte a una raza podrida por las tradiciones más corruptoras, se produjo un contraste que la ciencia social puede y debe considerar como un hecho positivo en su

favor. Mientras los peregrinos de la libertad y las compañías comerciales formaban una nueva civilización, los aventureros de la tiranía y los del fanatismo deformaban las civilizaciones que encontraban y la que traían. El simple examen del contraste producido por los resultados opuestos del nuevo y el antiguo procedimiento, ha transformado las sociedades contaminadas en el Nuevo Mundo por los vicios heredados del antiguo, y ya se bosqueja un nuevo mundo moral e intelectual que, con las virtudes nativas de la raza latina, combinará tal vez las que hacen de la anglosajona la parte de humanidad más útil a la civilización humana.

Durante los veinte y cinco siglos, bien o suficientemente estudiados de la historia, el gobierno de los pueblos ha sido un conflicto perenne entre la fuerza de individualidades depravadas y el derecho en multitudes ignorantes. Poetas, oradores, retóricos, sofistas, fanáticos, historiadores al uso, políticos, revolucionarios, aduladores del éxito brillante tienen en esa masa de hechos seculares el pasto que les haga buen provecho; pero la razón humana se cansa de buscar inútilmente en ella los gobiernos racionales que intuitivamente afirma como la necesidad más positiva de la vida y del progreso de la vida en nuestra especie, y nunca ve otra cosa que el perpetuo conflicto entre usurpadores y desheredados del derecho. Sólo empieza a cesar ese conflicto, cuando la independencia da la posesión de sí misma a la América del Norte y cuando restituye al continente meridional y a las fracciones latinas del septentrional la luz de razón que la colonia les había arrebatado. Entonces empezó a realizarse, no sólo el progreso más activo de todos los tiempos, sino la transformación más armoniosa de que ha sido testigo e instrumento el ser humano. El individuo empezó a ser soberano en su derecho, y produjo una sociedad de soberanos de su propio

derecho, libre en todas las funciones de su organismo y en todas las operaciones de su espíritu; ordenada y sólida como libre; progresiva por tener libre apoyo en su punto de partida. Las organizaciones enfermizas del Viejo Mundo, negándolo todo al individuo, facultaban para todo a las individualidades impulsivas. La organización social del Nuevo Mundo, reconociendo soberano en su derecho al individuo, opone el total incontrastable de derechos individuales a la acción, aunque fuera omnipotente, de las individualidades monstruosas. Esto, que se afirma categóricamente de la sociedad norteamericana, se puede afirmar de casi todas las sociedades latinas de América, en donde el resultado de la lucha entre la fuerza y el derecho está ya produciendo la soberanía del derecho individual y ha producido el libérrimo desarrollo de las fuerzas físicas, patente en el portentoso adelanto material de esos nobles pueblos.

Redúzcanse a fórmulas sintéticas los cuatro progresos que rápida e incompletamente hemos analizado, y se tendrá este resultado exacto: Influencia del descubrimiento de nuestro continente en el progreso de las ciencias positivas: Sustitución de la lucha por la vida, con la cooperación para la vida: Acción impulsiva determinada en las sociedades estacionadas de origen latino por la sociedad innovadora de origen anglosajón: Transición del gobierno irracional al gobierno racional de las sociedades.

Si se nota que de esos cuatro hechos, los tres últimos han exigido para manifestarse, la independencia de los pueblos americanos en que se han manifestado; y si, además, se nota que de esos cuatro progresos, tres son privativos, peculiares, característicos del Nuevo Mundo, de cuya civilización renovadora son como lineamientos fundamentales, se notará también el vacío que en

esa obra general del Continente queda y para siempre quedaría, si para siempre quedaran disgregadas de él las partes integrantes que aún retiene el Viejo Mundo.

En tanto que las retenga, atentará a un derecho del Nuevo Continente, que necesita para su propia vida, para su sano crecimiento, para poseerse a sí mismo por completo, todas y cada una de sus partes. Siendo Cuba la más importante de las partes aún disgregadas del mundo americano, la readquisición de ella, es decir, la independencia de Cuba, es un derecho, además de ser una necesidad del Continente. Sin más indagar, basta el razonamiento hecho en este artículo para demostrar con rigor lógico que la independencia de Cuba significará para el Nuevo Continente: primero, la reconquista de un derecho; segundo, la satisfacción de una necesidad. Estando la independencia de Cuba llamada a dar un auxiliar poderoso a la obra ya comenzada en el Nuevo Mundo, es una necesidad y un derecho de éste la independencia de Cuba.

III

Es tan poco lo que unos y otros han pensado, que ha sido argumento común de todos ellos la afirmada incapacidad de las Antillas para vivir independientes. Los unos decían con perverso regocijo y con su magistral estupidez: "Esas islas no pueden vivir por sí mismas; luego si pelean, no es por su independencia, sino por la anexión": era y son españoles esos lógicos. Los otros decían: "No podemos vivir independientes, porque no podemos; luego, seamos anexionistas": eran y seguirán siendo partidarios de la anexión los cubanos que así hablaban. Ni pensados, ni aún alampicados, da-

ría un solo átomo de razón ese argumento portentoso, y sin embargo, años enteros han pasado fundándose en él los seres dotados de razón que, en contra o en favor de la revolución de Cuba, lo han hecho servir a sus designios.

Las Antillas no pueden ser independientes: ésa es la base falsa del razonamiento hueco. Ya hemos probado que deben, probemos que pueden ser independientes las Antillas. Extensivo a todas ellas es lo que vamos a decir de Cuba.

La en mal hora llamada reina y perla del Archipiélago, está de tal modo colocada en la disposición geográfica del globo, que es como su punto central: después del Istmo de Panamá, no hay en el mundo moderno una posición geográfica tan favorable: perforado el Istmo, la posición de la Isla y de todo el archipiélago habrá centuplicado su importancia. En la distribución de las tierras del Nuevo Mundo, la situación del archipiélago y de Cuba es la de intermediarios indispensables entre las dos grandes masas del Continente. Por la disposición de sus costas y por la continuidad inapreciable de sus bahías, ensenadas, dársenas, puertos naturales, radas y senos, Cuba no tiene rival en todo el mundo. Por la abundancia de islas, islillas e islotes que la cercan, sólo en el archipiélago austral de Chiloé y Chonos tendrá rival cuando Chile haya extendido su actividad comercial a Polinesia. Por su feracidad, su producción, y la calidad y cantidad de sus productos tropicales, sólo en Haití-Santo Domingo y en Puerto Rico tendría competidores, si las dos islas hermanas tuvieran su extensión. Por su movimiento mercantil, no tendrá superiores cuando tenga un gobierno racional. Por sus relaciones comerciales, está ligada a todos los grandes mercados del mundo.



Hasta aquí, motivos efectivos, deducidos de condiciones inalterables de la naturaleza, en favor de la capacidad de Cuba para mantenerse independiente. Esos motivos no necesitan desarrollo; más son axiomas indemostrables que consecuencias de razonamientos. Si no basta lo que por sí mismo se demuestra, piénsese en la solidaridad que esos motivos naturales establecen entre la vida interior de la Isla y los intereses universales del comercio, y se encontrarán inagotables pruebas en pro de la estabilidad futura de Cuba independiente. Mas como, por encima de las condiciones inalterables de la naturaleza, hay una sociedad alterable, maleable, move-diza, que es la llamada a utilizar o a fecundizar los bienes que la naturaleza le ha encomendado en la tierra así preparada para la civilización; y como las agrupaciones sociales creadas por el sistema colonial de España no son verdaderas sociedades, porque las ha formado el sistema de educación más contrario a los fines de la sociabilidad, se presenta obviamente un contraste aterrador entre las fuerzas propias determinadas por la suma de hechos físicos, y la debilidad de la sociedad constitucionalmente enferma que ha de usufructuarlos. Y se dice: "Masas sociales como las que constituyen colonias españolas no pueden vivir por sí mismas". Pueden vivir y crecer y curarse y prosperar. Pruebas fehacientes, *todas* las repúblicas latinoamericanas: pruebas contundentes, Chile, Colombia, Argentina, Perú, Costa Rica y Salvador. Pero no hay necesidad de apelar a comprobaciones: que nuestro objeto es, no sólo demostrar que Cuba mantendrá su independencia, como todas las repúblicas hermanas, sino que las condiciones características de su *medio* geográfico, la salvarán del período de anarquía. Tendremos el período, y será terrible; pero será mucho más breve que el heroicamente sufrido por nuestros beneméritos hermanos del Continente, e infini-

tamente más fecundo que el inútilmente experimentado por nuestros educadores europeos.

Tendremos el período: primero, porque no somos una sociedad, y es necesario constituirla: segundo, porque nacemos corrompidos, como los frutos podridos de todos los vicios. Será breve el período de anarquía, porque empezaremos a funcionar independientemente en un momento de reconstitución universal, no bastante adelantada para evitarnos los sacudimientos del desequilibrio, pero suficientemente lúcida para que nos esclarezca con sus ejemplos. Además, porque nuestra situación continental, nuestra topografía, nuestras necesidades orgánicas y las mismas monstruosidades de nuestro estado social nos forzarán a buscar y encontrar el equilibrio.

Nuestra situación continental, porque estamos en medio de todas las solicitudes del comercio y de la industria universal; nuestra topografía, porque tan adecuada como es para sostener una guerra de recursos contra usurpadores que no tienen un solo auxiliar de buena fe será contraria a los perturbadores de un orden social basado en la concordia general, en la libertad omnimoda, en el trabajo equilibrante, elementos que separada y conjuntamente resistirán y vencerán a la anarquía, porque ésta no tendrá en un territorio estrecho, cuya costa está casi completamente poblada, en donde guarecer por mucho tiempo a sus hechuras. Nos salvarán de una larga anarquía las necesidades orgánicas, *porque estamos llamados a operar una transformación de trabajo y de cultivos* que así empeorará nuestra situación en un principio como contribuirá por la miseria misma a normalizarla pronto. El monstruoso estado social que resulta de nuestra doble esclavitud doméstica y territorial, nos salvará de largas agonías de reconstrucción, porque las congojas del primer momento serán

tales, tantas las tareas a que atender, tan urgentes los deberes que cumplir, tan dispares los elementos que hermanar, tan total la destrucción, tan absoluta la reconstrucción, que llegará infaliblemente un momento de sentido común, en que siendo por primera vez común a todos, todos vean estas dos cosas, la una por medio del instinto, la otra por medio de la razón: primera, que la reconstitución es negocio de vida o muerte individual y colectiva; segunda, que la reconstitución más sólida es aquella que es más conservadora, y que la más conservadora es aquella que es más radical. Dos ejemplos para esclarecer esa aparente paradoja. Si en 1787, la Constitución federal hubiera presentado resuelto el problema de la servidumbre social en los Estados Unidos, éstos no hubieran sufrido perturbación alguna. Si las Constituciones de la América latina hubieran resuelto el conflicto entre la Iglesia y el Estado, todos esos pueblos se hubieran evitado casi todos sus sacudimientos. En ambos ejemplos, lo que parecía más radical era en esencia lo más conservador. Nosotros naceremos a la vida independiente con problemas menos graves, pero más intrincados, porque son problemas de organización. Emancipada desde el primer momento de revolución la esclavitud, desde su primer momento emancipado de la Iglesia el Estado, nos quedarán todos los corolarios de esos dos problemas, con todos los generales de la sociabilidad. Si los resolvemos según ciencia y conciencia, habremos hecho por la estabilidad casi tanto como la misma naturaleza; pero ella es la que contiene casi todos los elementos de estabilidad social en las Antillas.

IV

Una de las incógnitas más difíciles de despejar en todo problema de reorganización social, es la que resulta del número y carácter de los obstáculos que ofrece necesariamente el paso de uno a otro estado social.

Cuando es una sociedad formada la que opera el cambio, los obstáculos se reducen a los que opone un pasado propio, una serie de tradiciones, un modo antes definido de proceder, de vivir y realizar el fin social.

Cuando es una sociedad naciente la que verifica el tránsito, los obstáculos son tantos cuantas son las formas, funciones y operaciones de la vida orgánica y moral. No habiendo nada organizado o siendo contrarias a la naturaleza cuantas organizaciones se hayan intentado, es necesario organizarlo todo; es necesario, además, lo más duro y más penoso, destruir todos los vicios anteriores de organización. Esta es la tarea que, por primera vez en la historia universal de las sociedades y en la particular de las sociedades coloniales, pudieron en gran parte evitarse las colonias que son hoy Estados federales de Norte América; esa es la tarea que recayó íntegramente sobre las sociedades de la América latina, y esa es la tarea que gravita sobre Cuba.

En vez de recorrer uno por uno esos obstáculos—que sería lo más adecuado a nuestro fin, pero también lo menos agradable para los lectores—presentaremos de bulto los dos obstáculos más complejos, uno de ellos, el más visible de cuantos se presentan. El primero, la división de la población en dos razas distintas; el segundo, la educación intelectual-moral de la sociedad cubana, o lo que tanto vale, el estado mental de Cuba.

Casi un tercio de la población cubana está compuesta de esclavos, redimidos desde el primer momento

por la revolución, pero en su mayor parte retenidos en servidumbre por la contra-revolución. La independencia efectiva de la Isla será la hora de la redención efectiva para ellos, y entrarán de súbito y de lleno en el goce de los derechos de ciudadanía. La ignorancia absoluta; la total incapacidad con que empezarán a ejercer sus funciones de hombres libres; las afinidades de raza, estado anterior, costumbres, pasiones y rencores con los que, oriundos del mismo tronco etnológico, fueron antes que ellos libres o libertos; la coincidencia de un cambio en su estado económico con el cambio en su estado social; la necesaria fuerza coercitiva que tendrán, representantes casi exclusivos del trabajo muscular o material; su doble influencia en la estabilidad social como elementos conservadores en cuanto factores del trabajo social, y como elementos anárquicos en cuanto masas inconscientes; la doble acción que sobre ellos ejercerán la clase conservadora y las ideas revolucionarias, determinarán necesariamente, un malestar social, que de las aptitudes políticas de la población restante dependerá que se limite a un mero conflicto político o que estalle en una contienda de razas.

Cuando hablamos de contienda de razas, estamos muy distantes de las sombrías previsiones de aquellos que temen la repetición del drama social de Haití: ésa es una repetición imposible. Lo posible es que la ineptitud o las pasiones de la población predominante utilicen como instrumento de reacción o de anarquía el fraccionamiento de la sociedad en dos razas contradictorias, y reproduzcan los hechos de reconstitución que se observan después de la guerra de abolición en los Estados de la Unión Americana que fueron esclavistas.

Ahora bien: como la parte de la sociedad cubana que por origen, estado social, económico, moral e intelectual, está comprometida a dirigir y consumir la re-

construcción y la reorganización de la sociedad entera; y como esa parte de la sociedad puede o no puede utilizar sus funciones directivas, el obstáculo resultante de la composición etnológica de la sociedad está implícitamente imbíbido en los obstáculos que ofrezcan el estado mental, educación moral, el carácter, las aptitudes, el grado de cultura y de civilización de esos elementos directivos.

Y ese es el obstáculo formidable. *Dum caput dolot, cae tera membra dolent*, y ahí, en la cabeza, en el centro de la vitalidad, es en donde ha depositado el régimen colonial su germen corruptor.

Nacemos muertos: ese es el sino nefasto de las sociedades creadas por el coloniaje, el que heroicamente combaten todavía los pueblos que se emanciparon de España hace más de medio siglo. Como esos ensayos de creación que en las épocas prehistóricas de nuestro planeta, asocian en su organismo todas las monstruosidades del bosquejo condenado a muerte con la estable armonía del principio universal de vida que los engendrará, nosotros no tenemos de común con las verdaderas sociedades humanas, otra cosa que el principio inicial de vida: todo lo demás es monstruosidad de bosquejo condenado a muerte.

¿Qué hemos necesitado, que nos hayan dejado satisfacer? ¿Qué hemos imaginado, que nos hayan dejado imaginar? ¿Qué hemos sentido, que nos hayan dejado sentir? ¿Qué hemos creído, que nos hayan dejado creer? ¿Qué hemos afirmado en la conciencia, que nos hayan dejado afirmar fuera de ella? ¿Qué hemos negado en la razón, que nos hayan dejado negar fuera de ella? ¿Qué hemos pensado, que nos hayan dejado pensar; excogitado, que nos hayan dejado excogitar; decidido que nos hayan dejado decidir; resuelto, que nos hayan dejado resolver? ¿Qué forma de vida conocemos, que no



haya sido impuesta? ¿Qué fe religiosa hemos afectado, que no haya sido impuesta? ¿Qué fe política, que no haya sido impuesta? ¿Qué fe científica, que no haya sido impuesta? ¿Qué responsabilidad ha cabido en esa vida impuesta? ¿Qué moralidad podía caber en esa irresponsabilidad? ¿Qué virilidad en esa inmoralidad obligatoria? ¿Qué ser de conciencia y de razón, qué entidad moral e intelectual, qué individualidad, qué hombre, cabía en esa organización primitiva de la sociedad en que sólo el principio universal de vida humana nos distinguía de las masas inorgánicas o de las vegetaciones o de las asociaciones animales?

Esclavos azotadores de esclavos, todo, absolutamente todo cuanto constituye la dignidad del ser humano lo perdimos en la tarea secular de vengar en la espalda de nuestro siervo los latigazos con que nuestro amo nos mortificaba el alma. De cuantos estímulos, aptitudes y facultades diversifican la existencia humana, sólo dos operaciones nos quedaban; el instinto de conservación, y la imaginación. Ambas operaciones contribuían activamente a la disolución; el instinto, porque nos daba todas las hipocresías, todas las flaquezas, todas las raserías de las necesidades animales; la imaginación, porque además de forjarnos una realidad superior a la infame que no debíamos jamás perder de vista, creaba un estado artificial de pensamiento y de progreso en que se debilitaban tanto las facultades positivas de la razón y la conciencia, cuanto se fortalecían los vicios intelectuales o morales de la raza y las pasiones miserables del entendimiento, la vanidad, la envidia, la jactancia.

Esclavos blancos que sabían explotar o cantar su esclavitud; esclavos negros que la sufrían y la lloraban; dominadores hambrientos que necesitaban de ella para retirarse ahitos: esa la sociedad de Puerto Rico y Cuba.

Estalló en la mayor de las Antillas hermanas la vida por sistema comprimida, e inmediatamente se puso a prueba el carácter que resultaba de la depresión omnímoda de la naturaleza humana en el sistema colonial, e inmediatamente se vió que, de todos los obstáculos que ofrecen la independencia y la reorganización de la sociedad colonial de las Antillas, el mayor es el estado mental y moral de la parte de sociedad que tiene obligación y necesidad de dirigir la obra de reconstrucción.

¿Cómo se salva ese obstáculo de obstáculos?

En parte, como se hace en Cuba libre: luchando y reluchando y más luchando: la lucha es purificadora, porque es virilizadora. En parte, como pudo hacerse en la emigración y como es necesario prepararse a hacer desde el primer día de la nueva sociedad; educando la razón según un sistema de enseñanza común y universal que abarque a la mujer y al niño, al liberto y al libre, al pobre y al rico, y que comprenda cuantas nociones de ciencia positiva contribuyan a emancipar de todos los fanatismos; educando la conciencia en la práctica incondicional de todas las libertades que afirman y fortalecen la individualidad humana; educando el espíritu nacional en leyes orgánicas que favorezcan inmediatamente la reconstitución económica para el trabajo y el desarrollo de los fecundísimos gérmenes de prosperidad física, por el desenvolvimiento del comercio y de todos los intermediarios mecánicos e industriales del comercio.

Digámoslo otra vez y repitámoslo hasta saberlo de memoria: la naturaleza ha hecho en las Antillas la mayor parte de la obra que gravita sobre las sociedades en reconstrucción.

V

Aun cuando insuficientes para la resolución rigurosamente científica del problema (1), los datos que hemos expuesto con todo el candor de la verdad no bastan para fundar en ellos las bases de una reconstrucción para delinear el porvenir.

Este era el fin de la tarea que nos habíamos impuesto, y vamos a cumplirlo.

Resumiendo esos datos, tenemos: ante todo, un interés directo de las naciones ya constituídas del Nuevo Mundo en asegurar la independencia de Cuba: después, una serie de condiciones naturales que facilitan el establecimiento de la sociedad sobre sus bases propias; por último, una encadenación de obstáculos que afecta a todas las formas de la vida y a todas las funciones de la sociedad.

(1) Para resolverlo científicamente, hubiera sido necesario: 1º una exposición rigurosa de los caracteres físicos del territorio: 2º una crítica de la historia del coloniaje en Cuba: 3º un examen de las bases de la sociedad colonial: 4º, una inquisición de las causas naturales que han determinado un desarrollo artificial de progreso físico en medio de coacciones tan abrumadoras de todo progreso y toda vida: 5º, análisis de la composición etnológica de la sociedad: 6º, enumeración completa de las causas sociales, económicas, políticas, y administrativas que producían en la sociedad colonial la depresión de la vida individual y colectiva, privada y pública: 7º, indagación de los resultados disolventes de una educación religiosa, doméstica, civil, literaria y tecnológica, tal como la consentida por el coloniaje: 8º, cuadro de los vicios resultantes de esa educación para explicar varios fenómenos de la revolución: 9º, examen de ésta en su obra y su tendencia: 10, estudio de las fuerzas productivas de la sociedad cubana, balance de sus riquezas actuales y de sus circunstancias financieras, antes, durante y aproximativamente, después de la revolución: 11, enumeración de exigencias financieras, económicas y políticas, inmediatamente subsiguientes al triunfo de la revolución: 12, compulsas de datos para dar en ella la solución positiva del problema.

Todo esto era necesario; más para todo eso, *non erat hoc locus*, ni había espacio ni había tiempo. (Nota de Hostos).

Todo el problema está en averiguar el modo y en encontrar los medios de utilizar los datos favorables y de inutilizar los adversos. Para utilizar el interés que los demás pueblos del Continente tienen en el establecimiento de sociedades independientes en Cuba y en las demás Antillas, basta convertir en necesidad material la conveniencia hoy meramente histórica, o a lo sumo, política y teórica, que hay para el Nuevo en su completa separación del Viejo Mundo y en el libre desarrollo de sus instituciones.

Para aprovechar las condiciones favorables de la naturaleza, basta conformarse a ellas.

Para inutilizar la potencia malhechora de una naturaleza humana deformada por la educación, basta reformarla.

Ahí está el medio.

Ahí está el modo.

La prueba terminante de la ineficacia del sentimiento histórico que liga virtualmente a los pueblos de nuestro continente, está en la conducta tibia, cuando no dolosa, que todos ellos han observado y están observando (excepto Colombia y Perú) durante la revolución de independencia en Cuba. La causa de esa tibieza es la falta de estímulos más activos que los efectivos o morales. Los Estados Unidos tienen la creencia infantil de que el archipiélago de las Antillas, empezando por Cuba, y sobre todo Cuba, tendrá el destino que ellos quieren. Los demás poderes constituídos en el Continente creen, al contrario, que nada pueden sobre las Antillas. Es necesario saber desarraigar y combatir el doble error.

Prescindiendo de los Estados Unidos, la Isla de Cuba está circunvalada de pueblos (el mejicano, los centro-americanos, el colombiano, el venezolano) que tienen activas necesidades que ellos no han podido por completo y otros no han intentado satisfacer. Cuba está

abierta por todas partes al acceso de buques, hombres, producciones y progresos, y puede, en cuanto sepa y quiera, constituir un poder marítimo pacífico. Sea este su primer empeño, envíe sus naves a recoger las producciones hoy inmovilizadas de los pueblos circunvecinos, e inmediatamente tendrá en ellos aliados que serán tanto más fuertes cuanto que precisamente lo único de que ellos necesitan para normalizar su vida y constituir poderes respetables, es el desarrollo fructuoso de sus fuerzas físicas y la patente utilización de sus cuantiosos recursos naturales. Excepto ellos mismos, si tuvieran marina mercante, ningún otro pueblo de la tierra está en circunstancias más adecuadas para hacer ese servicio inmenso que en las en que puede colocarse Cuba independiente.

Agréguese a este medio material uno político. Entáblense desde el primer momento las relaciones diplomáticas más deferentes, más activas, más cordiales; hágase efectiva por el trato fraternal esa fraternidad platónica que tan baldía es en estado de sentimiento como puede ser fecunda en estado de conveniencia demostrada; demostremos a nuestros hermanos que no sólo lo somos por egoísmo, sino también por alta razón y por elevado convencimiento de los fines probables de nuestra raza en el Nuevo Mundo; sean los enviados diplomáticos y los agentes consulares, no meramente los representantes marmóreos de intereses egoístas de nación, o de intereses exclusivistas de comercio sino también representantes del ideal común de nuestra raza en la nueva tierra que ha de mejorarla, y la solidaridad sentimental que para nada nos ha servido en los momentos de conflicto, se convertirá en solidaridad de grandes fines materiales y morales, que nos servirá para constituirnos interiormente, para constituir la política internacional de paz y de justicia que está llamado a establecer nues-

tro continente, y para constituir—en caso necesario, aunque improbable—, una potencia de derecho contra la única potencia de hecho que puede cohibirnos en nuestro mundo colombiano.

¿En qué condiciones, que no sean aprovechables para el bien, nos ha colocado la naturaleza en el archipiélago de las Antillas? ¿Qué debemos hacer, que ella no lo indique? ¿Qué nos conviene, que ella no ponga a nuestro alcance? Estamos en medio de todas las corrientes de progreso y de civilización, y no tenemos el escollo de los vínculos geográficos que tienen las tierras continentales. Debemos aprovechar esa posición, y la naturaleza nos ha dado una potencia productiva de incomparable extensión e intensidad, y una idoneidad geográfica de primer orden para crear tantas potencias marítimas, cuantas islas tiene el archipiélago. Nos conviene ser mercados de tránsito y estamos en el tránsito del comercio universal; nos conviene ser intermediarios en la transmisión de progresos industriales, y estamos a las puertas de mercados de oferta y de demanda; nos conviene establecer nuestra base de recursos en la agricultura y en el comercio, y tenemos elementos agrícolas y comerciales que centuplicarán en diez años de trabajo nuestra estabilidad y nuestra riqueza; nos conviene transformar nuestro trabajo, y los progresos de la mecánica industrial facilitan inmediatamente la transformación; nos conviene variar la base de nuestro cultivo, y el doble riesgo de una cuestión económico-social y de una competencia cada vez más alarmante, favorece la variación; conviene normalizar rápidamente el tránsito del trabajo esclavo al libre, de una base de cultivo a otra, de intermediarios pasivos a intermediarios activos de comercio; la despoblación total de dos tercios de la grande Antilla y la proximidad a este vastísimo depósito de inmigrantes y las fáciles fortunas que ellos

buscan y que Cuba puede darles, favorece la inminente necesidad de inmigración que la Isla tiene.

¿Qué medios de vida social son conocidos, que no estén incluídos en este conjunto de condiciones, deberes y conveniencias que nacen de la misma naturaleza entre nosotros? Libertad incondicional para la industria y el comercio; fijación de un plazo breve para sustituir las rentas aduaneras con una contribución territorial directa; franquicias y seguridades para el inmigrante; empleo de cuantos recursos científicos, políticos y administrativos se conocen para universalizar el derecho de propiedad sobre el suelo; creación a toda costa de una marina mercante suficiente para convertir en mercado activo a la Isla: éstos son otros tantos medios concordes con las prescripciones de la naturaleza y correspondientes a las necesidades más urgentes. Fuera tan fácil reformar la materia prima de la sociedad, el hombre, jamás se habría abierto el ojo humano a perspectivas más risueñas que las de Cuba independiente. Pero esa parte del horizonte está cerrada. Mucha niebla, mucha tiniebla, mucha, mucha es lo que deja la educación colonial en el colono; no hay más que un medio, un solo medio de reformar el alma humana deformada. La lengua de los oradores y los poetas, ese medio es la luz; en el idioma de los pensadores y los estadistas, es la educación. Mas no la educación privilegiada o incompleta que hasta en los mismos Estados Unidos se da y se recibe. Si algo necesita una revolución radical en este mundo, es el sistema de educación. Privilegiada, cuando sólo es accesible a una parte de la sociedad; incompleta, cuando toma por base el desarrollo peculiar de algunas facultades o la formación de especialistas para determinados fines de la vida individual, en ambos casos es viciosa, en ambos perniciosa para la libertad y la civilización, en ambos contraria a la naturaleza hu-

mana. Se trata de crear un sistema de educación común y universal que llene estos dos requisitos: primero, cultivar la razón de todos los seres racionales; segundo, hacer que la división de la enseñanza en los cuatro períodos que debe tener, no sea más que el desarrollo cada vez más vigoroso y más científico de las mismas nociones positivas en que debe empezar la educación primaria.

No es este el momento de exponer el plan; pero es hora de decirnos con angustia, que nada habremos hecho para constituir una sociedad digna del fin que está llamada a realizar la sociedad de las Antillas, si no se crea en la educación del pueblo (mujer, niño, negro, pardo, rico, pobre, rústico,) una reacción universal contra los vicios formidables de su educación anterior.

El medio de crear esa reacción es el mismo que hay para reformar una naturaleza moral e intelectual enferma; devolverle íntegramente sus órganos para que funcione. Es una realidad horrenda, pero es una realidad palpable, que, dentro del sistema colonial de España, no hay seres de razón y de conciencia. ¿Por qué? Porque una cosa no es, cuando esa cosa no sirve para nada. Acostumbrados a no servirnos para nada de lo que para nada nos servía, nuestra razón y nuestra conciencia han padecido lo que sufren órganos o facultades paralíticas. Por lo tanto, el primero y el último objeto de nuestra educación futura debe ser poner en función las facultades primarias del espíritu. Para eso, educación *universal* que desde el primer momento lleve a la razón y la conciencia del educando la afirmación de un orden del universo, más seguro, más armónico y más puro que el inventado por las religiones, por las literaturas y por las tiranías. Teniendo la base, la organización va en ella; pero siendo suficiente la organización de la escuela común de los Estados Unidos, para el primer momento basta ella.

Si la política no fuera otra cosa que el conflicto entre individualidades hostiles o entre partidos adversarios, el problema que hemos tratado de estudiar en todas sus fases no podría resolverse con los que nosotros hemos presentado: sería preciso decir cómo se concilia ese conflicto en una sociedad que se organiza. Mas como, además de ser imprevisibles las formas que ha de tomar en Cuba independiente la lucha de pasiones, no es ella lo que constituye una base social, y como toda la organización política debe estar reducida a una armonización de derechos individuales y sociales, hemos creído que era innecesario ocuparse de lo que se sobreentiende, pues nadie habrá que conciba la posibilidad de establecer en Cuba nada que no tenga por medio universal la libertad absoluta del individuo para todos los fines de su vida; del municipio para todos los fines de la administración local; de la comarca o departamento, para todos los fines de la vida departamental; del Estado para todos los fines de la sociedad civil.

Si ésta malvierte su tiempo en repetir las contiendas que han sufrido los pueblos largamente sujetos a la vida dependiente—por obstinada, por torpe, por anárquica que sea—, se verá pronto obligada a proceder conforme a las necesidades del medio geográfico en que vive, y el interés de la civilización material del mundo la forzará a trabajar, producir y comerciar. Esa será su salvación, y felizmente para ella y para el porvenir del Nuevo Mundo, esa salvación es una fatalidad anterior y superior a la voluntad de la sociedad cubana. Saber es prever, dice hondamente el fundador del método más lógico para pensar que ha producido la razón de nuestra época. Preveamos todas las dificultades, todos los obstáculos, todos los peligros, y sabremos salvarlos y vencerlos. Para eso, no para temblar, no para arredrarnos ni arredrar, hemos visto cara a cara la realidad.

Si es deforme y tenebrosa, también en los últimos términos es bella y luminosa: que si Cuba hace concienzudamente una sola parte de la tarea que le está encomendada, días vendrán en que el mundo entero se detenga maravillado a contemplar el milagro que en ese y en los otros pedazos de tierra colombiana que median entre las dos grandes masas continentales del Nuevo Mundo, ha producido la naturaleza íntima de las cosas a pesar de la naturaleza íntima del hombre. Hubo en los tiempos anteriores a la civilización cosmopolita que conocemos una sociedad establecida en una península insignificante por su extensión y en unas cuantas islillas que no podían contener más pobladores de los que caben en la menor de las Antillas. De todas las sociedades antiguas, la única que reconcilia a la razón humana con la especie humana que ha peregrinado por la historia, es aquella sociedad helénica que todo, hasta su propia genialidad intelectual, lo debió a su situación geográfica.

Después de aquellos tiempos, las únicas sociedades que en el mundo moderno han ocupado una posición geográfica, que no sólo es igual, sino que es superior a la de Grecia, son las que van a formarse por sí mismas en Cuba y en todas las Antillas.

Piénsese lo que se ha pensado desde hace veinte y un siglos, lo que se ha progresado, lo que se ha transformado el mundo, compárese con los elementos de vida que tuvo la sociedad helénica los que tendrá la sociedad de las Antillas, y después imagínese el ideal que pueden y deben realizar.

Más grandioso, más estimulante, más benéfico, jamás sociedad alguna lo tuvo en el horizonte de su espíritu.

N. York, 1874.

El dictamen de los héroes

Es opinión del señor C. M. de Céspedes—a quien damos la bienvenida más cordial—que si los españoles hicieran por medio del Gabinete de Wáshington, proposiciones de convenio con los cubanos, “éstos consentirían todavía en conceder una cantidad aproximativa de 60 ó 70 millones de pesos fuertes.”

El hijo del nobilísimo héroe y mártir de Cuba viene del campo de la revolución, y es probable que no sea suya personal, sino de todos o muchos de los gloriosos combatientes, la opinión que ha emitido al hablar con el repórter del *Herald*.

La opinión que, siendo individual, tendría significación, la tiene mucho más trascendente siendo de los únicos que hoy pueden disponer del destino de la patria; es decir, de los revolucionarios armados. Importa, por tanto, examinar el dictamen de los héroes.

Bajo el punto de vista de la dignidad de nuestra causa virtuosa, pactar con nuestros enemigos es dos veces decoroso: primero, porque ellos, al pactar, reconocen su impotencia, y la declaración de impotencia por una de las partes beligerantes, es el reconocimiento de la superioridad de la otra: segundo, porque siendo ese reconocimiento el fin necesario de toda guerra y teniendo la de Independencia que sostenemos por carácter preciso y concreto la consecución del derecho de gobierno independiente de los cubanos por los cubanos, reconocer la superioridad de nuestra fuerza es reconocer *ipso facto* nuestra independencia.

Bajo el punto de vista de los intereses políticos, la terminación de la guerra por un pacto que suspenda el indefinido derramamiento de sangre, la acción del odio y la ruina de los intereses materiales de la Isla, es una previsión que allanaría muchos difíciles problemas de porvenir. Bajo el punto de vista de los intereses morales de la revolución, terminarla en el menor tiempo posible es realizarla de la mejor manera posible, puesto que así se eliminarían una porción de obstáculos que fatal y necesariamente surgen de la prolongación indefinida del estado de guerra, que por ser un estado anormal de las sociedades influye peligrosamente en sus principios, sus ideas y sus opiniones.

Tomando, por tanto, como punto de partida el dictamen de los héroes a quienes se debe la gloria y el triunfo de la revolución, la actualidad y la posteridad, el sentimiento y la razón acatarían siempre como digna, previsora y moral la opinión de los que, seguros de la victoria definitiva, consienten por humanidad, por magnanimidad y por patriotismo, en deponer el rencor virtuoso que nos anima contra los torpes, los malvados y los crueles. Pero si el punto de partida es digno de los héroes que en él se han situado para completar la obra de las armas por la del pensamiento, los medios no son idóneos para el fin propuesto.

Contando con la desesperada situación de los españoles, se les exige que interpongan la mediación del gabinete de Wáshington, y se les conceden unos cuantos millones.

Nos parecen peligrosos ambos medios: el uno, porque es necesario decir la verdad, *nosotros no tenemos el derecho de tener confianza en el Gobierno de los Estados Unidos*: el otro, porque es necesario ver la verdad, nosotros no podemos contar galanamente con la riqueza que ha de servir para reconstituir la sociedad cubana.

Estamos hablando como es tiempo ya de que pensemos; como hombres de razón, y debemos verlo todo y decir todo lo que vemos.

Vemos que el Gobierno de los Estados Unidos tiene intereses contrarios a los nuestros; vemos que esos intereses, torpemente disimulados, son el único criterio que, con olvido de la justicia, con mengua de los principios republicanos, con infracciones de la ley moral, que es anterior y superior a la capciosa ley internacional, aplica el Gobierno federal a la solución del problema que hace seis años hemos planteado resueltamente ante cielo y tierra.

Vemos que ese criterio es radicalmente contrario al que debiera tener para juzgarnos y auxiliarnos una federación, una democracia y una república cuya organización territorial hemos imitado, cuyos principios fundamentales hemos adoptado, cuya forma de gobierno hemos querido realizar.

Vemos que esa oposición de criterio e intereses nos aleja tanto de los Estados Unidos, cuanto su Gobierno aleja de nosotros al país, y no es posible que continuemos considerando idealmente una realidad abrumadora.

El Gobierno de la Unión no hará nada en favor nuestro, porque tiene intereses contrarios a los nuestros. Valernos de él o aceptarlo como mediador es dañarnos a sabiendas, lo cual no es sólo contrario al principio de conservación, sino que es atentatorio a los fines que las Antillas pueden realizar en el porvenir del Continente.

El segundo medio, abandono generoso de 60 o más millones, no sería un sacrificio, si con el dinero, que nos falta hoy, y que nos hace falta para mañana, no cediéramos también el derecho de castigar a los criminales que han deshonrado a la especie humana con sus atrocidades.

Lo diremos en otros términos: siendo el dinero el primero y el último objeto de la dominación de España

en las Antillas, darle dinero para que nos deje en paz es conceder con nuestro propio oro el perdón de atrocidades que no debemos vengar, mas tampoco perdonar. No perdonándolas, es decir, castigándolas del modo que está en nuestra mano, conseguimos reparar un poco a la justicia y ahorrar un poco.

Hartos millones hemos dado: no tenemos el derecho de ser pródigos con los millones que aun son promesa del trabajo venidero. Si los españoles quieren dinero, en vez de ser pródigos, seamos cautos.

Cuba nacerá arruinada: el primer problema de la reconstitución será el dinero: ¿por qué hemos de agravar desde ahora una situación esencialmente grave? ¿No se ha reflexionado que esa cuestión del dinero nacerá complicada en Cuba con una cuestión de relaciones internacionales? El dictamen de los héroes que es, por ser de ellos, generoso y digno, es demasiado generoso y demasiado digno para la menguada política y los menguados enemigos con quienes tenemos que tratar.

Modificando el programa de los combatientes, he aquí lo que importaría proponerse como objeto deliberado de todos los esfuerzos:

Un convenio con los españoles de España: una concesión condicional de dinero.

Para conseguir aquello, es necesario ponerse a conseguirlo. Para conceder lo segundo, es necesario saber con qué garantías se ha de conceder.

Ponerse a conseguir un pacto con el Gobierno español equivale a entenderse directamente con él. Lo que importa, en ese caso, es enviar uno o más agentes autorizados a España, con una proposición clara, franca, explícita, que no se preste ni a tergiversaciones diplomáticas ni a dilaciones maquiavélicas. Contar con los buenos oficios de Inglaterra y los Estados Unidos es indispensable.

La garantía que se necesita para emplear útilmente los pocos millones que debemos otorgar, busquémosla en los gobiernos que representan intereses económicos y morales en las Antillas: los intereses económicos están representados por los Gabinetes de Londres y de Wáshington; los intereses morales, por los pueblos latinoamericanos.

Hacer garantizar el pacto y las condiciones del pacto por las dos potencias que hemos mencionado, uniendo a ellas la acción de algunos de los poderes latinoamericanos que más influencia tengan, por ejemplo, Colombia, Perú, la República Argentina o Chile, es dar probabilidades de éxito a la empresa.

Sin las repúblicas latinoamericanas que, aun cuando la mayor parte de ellas no han sabido comprenderlo, están íntimamente ligadas a nuestro porvenir, nosotros no tendríamos el derecho que su acción coadyuvante nos daría: seríamos débiles utilizados por los fuertes. Con la cooperación de algunos de los gobiernos latinoamericanos, seríamos una entidad nacional que discutiría con otras sus intereses y probaríamos que sabemos dónde vamos, apoyándonos en quienes debemos apoyarnos.

Sin los buenos oficios de Inglaterra, combinados con los de este Gobierno federal, nada conseguiríamos para mañana, aun cuando consiguiéramos hoy cuanto quereamos. La oposición de los intereses representados en las Antillas por esas dos potencias es lo que ha de asegurar nuestro porvenir nacional.

Hemos estado combatiendo y seguimos combatiendo; las armas nos han dado la superioridad que la justicia nos había asegurado; la ruina económica, política y moral de los españoles en la parte de Cuba que aun retienen, nos asegura el triunfo.

Si para anticiparlo queremos completar la obra de las armas con la de los medios políticos que están a nues-

tro alcance, el un fin no excluye al otro; y puesto que no por pactar, dejaremos de combatir, no por combatir dejemos de pactar.

Cuando no otra cosa, conseguiremos probar que hemos agotado todos los medios racionales de conseguir el objeto que se propuso la revolución al estallar.

Y como, sólo por dos motivos—pretensiones soberbias del Gobierno español, o rotunda negación de los españoles de Cuba a aceptar el pacto que España hubiera firmado—puede fracasar una tentativa arreglada a los procedimientos usuales de las naciones independientes entre sí; y como, además, ya no estaríamos solos y tendríamos la adhesión de gobiernos respetados, sucedería que la revolución habría pasado de su período de lucha solitaria para entrar en el de hecho igualmente importante para Cuba y para todos los gobiernos que hubieran apadrinado sus gestiones en favor de la paz.

Entonces, si era el Gobierno de España quien hubiera roto o negádose a las negociaciones, ese Gobierno habría perdido el derecho a las consideraciones de los que nos hubieran auxiliado en nuestras tentativas diplomáticas.

Si fueran los opuestos a ellas esos españoles que pretenden en Cuba lo que no es dado ante el derecho de gentes pretender a usurpadores que nada representan, entonces habríamos conseguido lo que siempre hemos querido; que nos dejen mano a mano con los que, no habiendo podido hacernos frente amparados por un Gobierno y extenuados por la complicidad del mundo, no tardarían en venir a proponernos el arreglo que les es indispensable si han de querer vivir en Cuba independiente.

Consultándonos como revolucionarios, aun nos quedan vigorosas pasiones con que responder hasta la última hora a los que todo lo han deshonorado, hasta las malas pasiones, por oponerse a nuestro perfectísimo derecho.

Consultándonos como hombres de razón, ya es tiempo de fecundar con sus dictados la obra que nuestros héroes han comenzado, mediado y acercado a término.

Revolucionarios, las pasiones más nobles nos llevarían hasta el exterminio antes que al pacto.

Hombres de razón, la compulsa de la realidad debe llevarnos a anteponer el pacto al exterminio.

Hombres de pasiones y hombres de razón, tenemos la evidencia de que por cualquier camino llegaremos a nuestro objeto.

No hemos abandonado el camino de la fuerza ¿por qué no hemos de intentar el de las negociaciones?

Asombrados de la fuerza que nuestros hermanos han desplegado en el campo de batalla, creíamos que no podría aumentar la ardorosa admiración que nos inspiran.

Era error. Hoy, al saber que concilian y armonizan la inquebrantable decisión del fuerte con la firme reflexión de los previsores, los admiramos más que nunca y los tenemos por más fuertes.

De dos fuerzas, la más poderosa es aquella que se conoce.

Apreciadores exactos de la fuerza de nuestra revolución, la secundamos en todas sus manifestaciones. Se manifiesta hoy dotada de la virtud de la previsión y nuestro deber es secundarla.

Por eso hemos escrito este artículo y por eso nos hemos concretado en él a examinar el dictamen de los héroes.

Nueva York, julio 11 de 1874.

10 de octubre

No un artículo de periódico, una arenga de combate es lo que falta. No aquí, en la corrupta emigración; en Cuba, tomando posesión del suelo vedado de la patria, es como esperábamos, como anhelábamos, como exigíamos que se conmemorara esta fecha sacrosanta.

No el patriotismo charlatán, no la literatura engalanada, no la oratoria de los días de fiesta; el patriotismo mudo, la literatura de la conciencia imperativa, la oratoria de los días de luto, es lo que debe inspirar a los revolucionarios.

No son revolucionarios los que, teniendo un deber que cumplir, un propósito que realizar, una alta aspiración que satisfacer, ven pasar horas y días y semanas y meses y años, años enteros, años eternos para la patria mártir, sin sentir otra cosa que la aniquilación del sentimiento, sin idear otra cosa que la muerte de la idea en el cansancio, sin hacer otra cosa que sobornar la conciencia para ahogarla.

No son revolucionarios aquellos, cuya tibieza, cuya lentitud, cuya infecundidad de medios y recursos, los declara inferiores al deber.

No son revolucionarios aquellos que no saben llevar a cabo sus propósitos.

No somos revolucionarios los que de la misma grandeza de nuestras aspiraciones no sabemos sacar otro fruto que la estúpida virtud de la paciencia.

No somos revolucionarios los que, a pesar de las congojas diarias, tenemos paciencia para ver, con los brazos cruzados, en tanto que chorrea sangre el corazón, pasando inútilmente los días en que el más leve de los sacrificios aceptados con resignación imbécil, bastaría para hacer poderosa la impotente inercia en que nos desesperamos y nos debilitamos.

El 10 de octubre ha dejado de ser un día de fiesta.

En tanto que nuestros hermanos del campo de batalla sean tan superiores a nosotros; en tanto que sea para nosotros un remordimiento agudo el recuerdo de la patria que se tarda en socorrer; en tanto que seamos responsables de la idea cuya salvación está en nuestras manos, y cuyos riesgos se palpan desidiosamente, el 10 de octubre es un día de luto y de tristeza.

Toda la gloria, todo el alborozo de esta fecha, toca a los que han sabido bastarse a sí mismos y hacer lo que su patriotismo heroico les mandaba.

Ellos tienen el derecho de ligar a esta fecha el recuerdo de la patria que han creado. Ellos tienen el derecho de santificar en la una y en la otra su heroísmo.

La fecha es de ellos, la patria es de ellos, porque de ellos ha sido el heroísmo.

Unos cuantos centavos muy contados; unas cuantas tentativas mal logradas; algunos días de desesperación para los fieles a la idea; algunos días de hambre para los incorruptibles a todos los halagos de la emigración; algunos días de cólera sagrada para los mejores, ¿nos dan el derecho de compartir con los creadores de la patria las fruiciones del día que recuerda esa creación?

Es necesario hacer más, y no se hace. Es necesario triunfar y no se triunfa. Es necesario acabar, y no se acaba.

I

Quédense la maledicencia y las acusaciones personales para los que se miden a sí mismos por los otros, o miden a los otros por sí mismos.

Si era necesario dar expansión a un dolor largamente comprimido, ya pasó la necesidad. Otra más alta se presenta por sí misma en el augusto aniversario de un deber no cumplido todavía.

Se necesita cumplir ese deber. Eso es lo que debemos pensar hoy. Hace seis años que empezó el martirio de Cuba.

¿Hubiera durado tanto ese martirio, si con más vehemencia, más fe, más constancia y más grandeza en la contrariedad se hubiera antepuesto a todo otro el deseo de socorrer a la patria abandonada?

Ella no ha vacilado un sólo instante.

Abnegación igual a la de sus libertadores, tal vez no la dieron en ejemplo los magnánimos varones que liberaron a todo el Continente. Heroísmo semejante al de nuestros hermanos del campo de batalla, tal vez historia ninguna pueda ofrecerlo al ejemplo de los buenos. Resistencia, como la de ellos, a la miseria, al dolor, al desengaño, a la honda tristeza de verse abandonados por el mundo entero, de verse fríamente secundados por sus auxiliares naturales, jamás ha probado hasta qué punto es justiciera la causa que sostienen ellos solos.

Estimulados por su ejemplo, millares de patriotas han clamado mil veces en la emigración forzada, por inscribirse en la lista de los soldados de la patria. Secundados, muchos hombres de abnegación hubieran podido conseguir auxilios de otros pueblos. Aprovechadas, mil ocasiones se han presentado al patriotismo inteligente y diligente.

¿Qué ha faltado?

¿Ha faltado el dinero? Nadie puede decirlo sin deshonra. Lo menos que puede darse en servicio de la patria ensangrentada, en homenaje a una idea perseguida, en oblación a un martirio que intelectual y moralmente se comparte, es el dinero. Por esencial que éste sea, sólo es sacrificio cuando se sacrifica con él a una familia. También de esos sacrificados hay modelos. Sin necesidad de seguirlos, centenares de cubanos poderosos hubieran podido ofrecer a su patria una parte de los bienes que le deben. Hacerlo, hubiera sido una operación de aritmética vulgar. Cuanto más dinero adelantarán, más progresaría la revolución, más pronto terminaría, más pronto llegaría el día de reembolso del dinero adelantado.

¿No se ha hecho? Pues levántese el rostro para sostener la mirada de los hombres concienzudos de este mundo.

Han faltado otras cosas tan importantes en la revolución como el dinero. Ha faltado fervor; ha faltado oportunidad en los donativos patrióticos; ha faltado elevación de alma; ha faltado el olvido de sí mismos, que es por donde empiezan y concluyen las revoluciones, que es el arma con que se asegura la victoria.

II

Lo hecho por los patriotas combatientes es un milagro de la fe en sí mismos y en su causa.

Ante la aritmética que sólo sabe adicionar, cualquiera de los pueblos hermanos de América latina ha resistido más tiempo que el pueblo cubano.

Ante la aritmética que sabe razonar, ninguna revolución que no hubiera tenido los caracteres que honran a

la nuestra, hubiera podido resistir tanto tiempo, tanto contratiempo, tantas contrariedades, tantas adversidades, tanta indiferencia, tanta iniquidad, tanta fuerza y tanto poder como durante seis años se le han opuesto.

Seis años en la época del vapor y del telégrafo, son años innumerables de otra época.

El telégrafo delata toda empresa, y el vapor se encamina a contrastarla. El telégrafo pone al oído de los opresores trasatlánticos las palpitaciones angustiosas de la Isla, y el vapor ejecuta la orden que conjura un peligro, que salva una circunstancia formidable.

El telégrafo miente todos los días con la palabra embustera del tirano y todos los días se esparce la noticia falsa del vencimiento de la revolución. Un grave mal. Las revoluciones viven del entusiasmo universal, y no hay entusiasmo que resista a la repetición de noticias de derrotas. El vapor aproxima la víctima al victimario, y siempre que éste ha podido, algunas veces con periodicidad horrenda, ha mandado, quincena tras quincena, millares y millares de soldados. El telégrafo es un medio de discusión universal, y como disponen de él los enemigos, el mundo ha discutido cien mil veces la revolución que ellos le pintan, por una que ha razonado la verdadera revolución que le han desfigurado. El vapor precipita las transacciones comerciales, y como seguían sosteniéndolas con nuestros enemigos los que pudieren ser nuestros amigos, el interés comercial, que crecía en proporción de la rapidez con que era excitado, se volvía contra nosotros. El telégrafo llevaba al campo de batalla el confuso rumor de todas las discusiones contradictorias del mundo sobre la revolución, esperanzas de mediodía, decepciones que arruinaban en un segundo un edificio de santas ilusiones, voces amigas ahogadas por alaridos enemigos, consejos buenos adulterados por malignas sugerencias, insultos, dicterios, anatemas, maldiciones, en

tanto que el vapor no llegaba jamás, o no llevaba el curso requerido y esperado.

Es necesario ponerse mentalmente en esa pavorosa situación, la más trágica en que ha estado jamás pueblo ninguno; él desprovisto de todo; provisto de todas las fuerzas y de todos los recursos de la civilización su enemigo; él abandonado, socorrido el enemigo; él desdeñado, su enemigo adulado por la complicidad de todo el mundo; es necesario ser capaz de sentir todas las agonías de esa agonía de años enteros para saber lo que dura la revolución, para saber cuanto tiempo ha transcurrido, para saber la prueba de portentosa resistencia que dan los combatientes, para apreciar su heroísmo, para ser digno de admirar a esos hombres admirables.

No combaten, no resisten, no triunfan contra un enemigo superior en fuerza numérica, en disciplina orgánica, en recursos pecuniarios, militares y sociales; combaten, resisten, triunfan contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, utilizadas por la civilización y entregadas por la iniquidad a sus contrarios.

III

Es necesario vivir en un tiempo tan infame como éste, dando traspiés en las tinieblas de la injusticia, para no sentir por esos hombres, elevados por sí mismos a la dignidad de hombres completos, toda la entusiasta reverencia, toda la impulsiva admiración que inspiran los capaces de representar heroicamente las virtudes más altas de la humanidad.

Sólo por ser dignos de ellos; sólo por convencernos de nuestra estatura moral, al mirarlos faz a faz, de igual a igual, de bueno a bueno; sólo por acabar de utilizar en la lucha del bien y por el bien, la vida que se inutiliza en esta congoja infecunda de la emigración; sólo

por eso, cuando no por otra causa, nos sentimos capaces y debemos todos sentirnos capaces de elevarnos a la altura del deber.

IV

Mirando frente a frente ese deber; ¡qué diferencia bochornosa entre lo hecho por nuestros hermanos, y lo hecho—no lo hecho, lo intentado—por nosotros!

Ellos han tomado en sus hombros la tierra deshonrada por sus déspotas, y la han elevado a la categoría de patria. Nosotros hemos estado contando los suspiros que acaso nos costaba, si por acaso nos costaba, la lejanía de la patria nueva.

Ellos han combatido y han callado. Nosotros hemos disputado y exigido.

Ellos han resistido todas las violencias del dolor. Nosotros no hemos sabido resistir a las sollicitaciones del placer.

Ellos se han engrandecido. Nosotros nos hemos empequeñecido.

Ellos se han aleccionado en los campos de batalla. Nosotros desatendemos las lecciones que nos da la emigración.

Ellos han hecho mucho y tienen fe. Nosotros no hemos hecho nada y, para hacer algo justo, casi hemos perdido la fe que tuvimos en nosotros.

Ellos mueren para vivir en la memoria de la patria que será. Nosotros vivimos para morir definitivamente en la memoria de la patria que será, de la que es, de la que fué.

¡Ea! Conmemoremos, con lágrimas de sangre, el aniversario que con lágrimas de júbilo pudiéramos celebrar en patria propia.

N. York, 1874.

Apoderémonos del mar

Acabamos de sentir y pensar como patriotas. Vamos a meditar como políticos.

¿Qué es, ante todo, la isla que deseamos conquistar para la libertad? Es un desarrollo admirable de costas que, aun no contando con la posición geográfica, hacen de Cuba, como de todas las Antillas, un poder marítimo. Ver esa sucesión continua de senos, ensenadas, bahías, radas y puertos naturales, y concebir la posibilidad de constituir en tierras así abiertas al acceso del comercio universal una fuerza basada en el comercio, es un mismo acto intelectual. Cuando no se tuvieran ojos en el entendimiento para verlo, la experiencia lo haría ver; que acaso ningún enemigo más inflexible ha tenido la revolución de Cuba, que el interés comercial. Ese interés ha sido nuestro enemigo, porque en vez de ver las ventajas del porvenir, una vez independiente Cuba, sólo se ha fijado en las pérdidas presentes.

Esas pérdidas han sido positivas y negativas; positivas, por lo que el comercio ha dejado de percibir a consecuencia de la interrupción de trabajo, producción, cambio y consumo en la parte de la Isla que nuestros hermanos han sabido ocupar, poseer y sostener; negativas, por el aumento que en seis años hubiera podido producir la combinación de trabajo y experiencia, de adelantos científicos y mecánicos.

Ningún interés es reflexivo, y el comercio que se ha amparado de la parte occidental, aún española, de la Isla de Cuba, no reflexiona que su conveniencia está

en favorecer el cambio político que habría de restituirle la Isla entera: el interés ha preferido no perder lo que aun le dejaba la revolución en Occidente.

Así las cosas, se presentaba en un mismo problema una doble solución que es necesario buscar y encontrar: ¿Cómo se obtiene para la revolución el beneficio que le ofrece el extenso desarrollo litoral de Cuba, y cómo se hace inmediato expartípe de los beneficios de la revolución, antes de que ella se consume, al comercio obstinado en combatirla?

La respuesta es obvia: dando elementos marítimos a la revolución, y asegurando transacciones comerciales entre la parte ya de hecho independiente y el comercio que a toda ganancia se aventura.

Pero ¿cómo se dan elementos marítimos a la revolución? De dos modos: primero, dando enemigos del comercio español en las Antillas a las aguas del mar que las rodea; segundo, armando en guerra un buque, uno sólo, que se atreva en el mar y entre buques españoles de guerra a lo que se atreven en tierra los independientes.

La eterna objeción de los recursos pecuniarios sale al paso. ¿De qué modo, sin ellos, se hace eso? Empezando por el principio: buscando hombres capaces de practicar el corsario. Este es un interés individual, y él es quien se encarga y se ha encargado siempre de proporcionarse los recursos que necesita para buscar los beneficios pecuniarios que codicia.

En la situación actual de la revolución de Cuba, probada es su duración de resistencia y en su resistencia su triunfo final, todo lo que denote actividad en ella o en sus auxiliares naturales, todo lo que la presente bajo una nueva faz, todo lo que tienda a romper la liga de intereses generales que la han exhibido, todo lo que llame hacia ella la atención del mundo, todo lo que excite en su favor los mil intereses que en todas

partes y para todos los hechos están siempre prontos, todo lo que sea despertador del entusiasmo de los buenos, todo lo que sea movimiento, diligencia, demostración de patriotismo inteligente y decidido, todo favorece al triunfo de la revolución y el concurso de recursos para ella.

Una aventura feliz de un corsario bastaría para despertar el interés de veinte. Una esperanza, dada al mundo comercial, de que la cooperación de combatientes en la Isla y de perseguidores del comercio de los cnemigos en el mar consumaría la obra de la revolución, sería bastante para que, pensando por sus propios intereses en los nuestros, esos recursos buscados se presentaran por sí mismos. Entonces un buque de guerra completaría contra los de la escuadra española en las Antillas, la obra comenzada contra los buques mercantes de España por los corsarios.

Lo hecho por los nicaragüenses en la independencia de Venezuela, por los argentinos en la suya y en la del Ecuador, por el almirante Blanco Encalada y por Cochrane en la independencia de Chile y del Perú, prueba hasta qué punto bastan pequeños recursos en el mar para inutilizar la fuerza de escuadras superiores.

Si se argumenta con el nuevo poder dado por el vapor a las armadas regulares, responderemos victoriosamente con dos ejemplos contemporáneos; uno de la guerra del Pacífico, otro de la guerra del Paraguay. El buque chileno, la Esmeralda, que se apoderó de la Covadonga, era y es bajo todos conceptos inferior al buque abordado y apresado. Los paraguayos, contando con su patriotismo y su heroísmo, que son el verdadero nervio de las guerras de independencia, por meses enteros detuvieron en Curupaití, con unas cuantas lanchas o *chatas*, la poderosa escuadra acorazada de los brasileiros.

Los cubanos han hecho en la guerra terrestre tanto como los prodigiosos soldados de la independencia continental. ¿Por qué no había de hacerse tanto como ellos en guerra marítima? Se dirá: pero suponiendo posibles los recursos necesarios para armar un buque de guerra, ¿cómo con uno sólo vamos a contener toda una escuadra?

Dos respuestas: primera, cuando se armó en guerra el malogrado *Hornet*, no se pensó, y se hizo bien, en esa desproporción: y no fué la desproporción lo que malogró al *Hornet*: segunda, viniendo el buque de guerra a completar la obra de los corsarios, y perseguidos éstos como serían por los buques de la escuadra española en las Antillas, no sería una escuadra la que habría que combatir, sino, uno tras otro, cuantos buques de esa escuadra pudieran combatirse con ventaja.

Dividida en diversos puntos la atención de los marinos enemigos; así asegurada una parte, un solo punto de la costa, no habría necesidad de estimular muy eficazmente al comercio de armas y de víveres para que pusiera en esa parte o en ese punto de la costa asegurada al comercio y a la revolución, todo lo que ésta necesita para subsistir, sostenerse con éxito y terminar rápidamente su fecunda obra.

Nuestros compañeros de congojas en la emigración, habituados a la unanimidad de la inercia y de la muerte en que han vivido durante los años de expatriación forzosa, se han habituado también a considerar grito de guerra intestina, ataque personal, censura amarga, todo grito de vida que altere el silencio sepulcral en que se vive. Practiquen contra el que escribe estos artículos su tristísima costumbre, y atribúyannos los móviles que acaso sea un mal que no tengamos: no por eso hemos de acostumbrarnos a la muerte; no por eso dejaremos de decir lo que pensamos, y de pensar que jamás se ha hecho tan poco por una santa causa

como hemos hecho los partidarios de la nuestra en los Estados Unidos, en París y en dondequiera que la fuerza de las circunstancias o el patriotismo nos ha arrojado.

Es necesario divorciarse de la muerte y hacer algo. No somos en el mundo los únicos que necesitamos la independencia de Cuba. También la civilización la necesita, y ante ella somos responsables de la gravísima parte que tenemos en la lentitud y en la incertidumbre de un hecho que podría ya haberse consumado en favor de la civilización y de la patria.

En cambio, ante uno y otra seremos beneméritos, si procedemos con firmeza, constancia, inteligencia y patriotismo, y si reparamos los errores que hemos cometido.

Uno de los más graves es el no haber pensado seriamente en los dos problemas que ha discutido este artículo. Reparar ese error, ponerse concienzudamente a repararlo, sería una gloria para la emigración.

Para la emigración; no para Fulano ni Zutano. Ni Zutano ni Fulano son exclusivamente responsables de lo que sucede, ni serán exclusivamente segadores de la gloria que haya en lo que debe suceder.

Gloria o responsabilidad, responsabilidad o gloria, sobre todos la arroja el patriotismo: él coronará a los que ya se han apoderado por la fuerza de la tierra que era nuestra por derecho. Apoderémonos del mar que la rodea; también es nuestro; también es necesario para consumir la obra

“La Revolución”, N. York, 17 de octubre de 1874.

La amnistía

El telégrafo que sirve a los españoles nos ha dicho ayer 21, a manera de paternal revelación y en el tono más suave de la confidencia, que S. E. el capitán general de la parte no cubana de la Isla de Cuba y los excelentísimos del Gobierno de Madrid, preparan un decreto de amnistía para los cubanos o no cubanos que combaten contra España en el campo de batalla.

Para hacer más suave todavía la confidencia y más paternal la revelación, la benévola electricidad añadía que también los cubanos o no cubanos de la expatriación estamos o estaremos comprendidos en la piadosísima amnistía.

Contra quiénes, si los combatientes o los expatriados, se ha concebido y se da esa promesa de perdón, lo ignoramos; pero sabemos que no puede ser en favor de nuestra honra.

Hemos combatido y combatimos a España por una de estas causas: o en virtud del odio justiciero que se opone como puede y cuanto puede al mal, o en virtud de nobilísimas ideas.

Si revolución de odio, la de Cuba se deshonraría al aceptar el perdón. Si revolución de ideas, se deshonraría al descender hasta el perdón.

Deshonra en el primer caso, porque el odio que no sabe vencer no ha sido justo, y la injusticia es la peor de las deshonras.

Deshonra en el segundo caso, porque grandes ideas que no han sabido realizarse, denuncian en los que no

han sabido prestarles toda la savia del sacrificio, una pequeñez que los deshonra.

¿Es esto demasiado racional para ser entendido? Pues seremos apasionados para ser más claros.

La amnistía es absolutamente inadmisible; y si hay alguien, si hay muchos que la aceptan, si todos la aceptan menos uno, ese uno podrá gritar mientras viva, aunque viva y aunque grite en el desierto: ¡Sois unos miserables! ¡Sois unos miserables! ¡Sois unos miserables!

No habrá nadie que pueda martirizar su conciencia dando ese grito desgarrador, porque no habrá nadie que acepte la amnistía.

Los españoles han podido concebirla en un momento de generosidad soberbia, o en largas meditaciones de una insidia corruptora. Si generosidad soberbia, rechacémosla. Si insidia corruptora, rechacémosla. Generosidad soberbia, aparenta una superioridad que no debemos, no podemos y no queremos concederles. No son superiores en el campo de batalla. No son superiores en el campo de las ideas. No son superiores en propósitos. No son superiores en dignidad de intención y de sentimientos. Ellos representan sentimientos antihumanos e intenciones depravadas, y nosotros representamos los sentimientos más humanos y las más virtuosas intenciones. Ellos representan el nefando propósito de todas las tiranías, y nosotros representamos el propósito digno de dar una nueva patria a la libertad y al bien. Ellos representan las ideas podridas del coloniaje, y nosotros representamos las nuevas ideas de nuestro siglo. Ellos han representado el valor salvaje, y nosotros hemos representado el heroísmo reflexivo. Combatientes, no nos han vencido, ni podrán jamás vencernos. Contendientes, no nos han convencido, ni podrán nunca convencernos. Hombres de pro-

pósito, en donde nosotros hemos puesto la tranquila firmeza que corresponde a grandes fines, ellos han tenido la frenética demencia que aguijonea a los fines criminales. Hombres de intenciones nefandas y de sentimientos abominables, ellos han hecho repugnante y repulsiva ante los hombres la causa ya aborrecible de la iniquidad; en tanto que, con sólo dejarlos ensañarse, nosotros hemos hecho amable al mundo indiferente nuestra causa justiciera y virtuosa.

Insidia corruptora, la amnistía tiende dos lazos a la vez; uno contra todos los que abogamos activamente por Cuba digna, emancipada y libre; otro, contra la credulidad del mundo entero.

Nosotros no caeremos en el lazo, y si alguno cae, ése estaba caído ante sí mismo; que se hunda.

Pero el mundo puede caer en el lazo, porque el mundo cree siempre de mala fe en la fe insidiosa de aquellos a quienes tiene por más fuertes. España, que tantas veces ha vencido en telegramas a Cuba; que tantas veces ha postulado ante el mundo, presentándole como obra de santo su satánica crueldad o su diabólica arteria; España, que tantas veces nos ha presentado como ingratos a sus beneficios, porque no hemos querido aceptar armisticios cautelosos, proposiciones de su libertad inaceptable, asechanzas como la que nos ha arrebatado a Calixto García, días de república federal como los que deshonraron a la arrepentida Puerto Rico; España intentará con su amnistía hacer creer que somos nosotros, no ellos, los que perseveramos en la guerra, en la desolación y el exterminio.

De buena o de mala fe, ocultación de impotencia o afectación de magnanimidad, la amnistía convencerá tal vez contra nosotros a cuantos, sin más que atenerse a palabras y promesas, juzguen con severidad la repulsa que todo haremos de una amnistía inaceptable.

El juicio del mundo vale poco. Un mundo que ha visto indiferentemente renovar en nuestros días y en nuestra Isla, las brutalidades semibárbaras de las guerras de exterminio, predicado el exterminio por nuestros enemigos, por ellos desangrada, arruinada y desolada una de las tierras más útiles al progreso; un mundo que ve y soporta eso, y con su estúpido egoísmo nos ve, sin socorrernos, sostener el derecho contra la iniquidad, es un mundo que no merece nuestra deferencia. Piense lo que quiera, atribúyanos los móviles que quiera, enzalse cuanto quiera la generosidad aparente de nuestros enemigos, nunca le faltará un resto de razón para ver que no debemos aceptar proposiciones de otra especie que aquellas que tengan por base el reconocimiento de nuestra independencia.

La amnistía se concede a los rebeldes y nosotros no somos rebeldes. Nosotros no hemos aceptado jamás el gobierno de hecho que España nos impone por la fuerza. Nosotros no hemos dejado jamás de protestar con la palabra, con la pluma, con la obra, con la voz de nuestros poetas, con el eterno quejido de una patria perpetuamente esclavizada, contra el gobierno de hecho y de fuerza bruta, contra la tiranía militar, contra el despotismo político, social, intelectual y moral que envilecía nuestro suelo, nuestro trabajo, nuestro entendimiento, nuestra conciencia.

Nosotros no somos rebeldes. Somos poseedores nativos de una tierra que es nuestra por derecho de nacimiento, por derecho de propiedad bien adquirida, por derecho de trabajo, por derecho de inteligencia, por derecho de afecto y de cariño. Los rebeldes son los que, en nombre de la conquista, se han apoderado de una tierra ajena, de una propiedad ajena, de derechos ajenos, de libertad ajena, y cuando se les reclama la libertad robada, el derecho robado, la propiedad roba-

da, la tierra robada, se rebelan contra el espíritu del derecho de gentes, contra la letra del derecho común, contra el espíritu y la letra de las leyes positivas, contra el espíritu y la forma de la civilización moderna, contra el espíritu y la forma de la justicia eterna, y nos declaran guerra a muerte y sostienen a sangre y fuego y exterminio y muerte una guerra deshonrosa para ellos y para el mundo que la consiente. Pacto sobre la base de la independencia, ahora mismo. Amnistía, ¡jamás!

Si nosotros aceptáramos la amnistía, habríamos *ipso facto* justificado a España.

Miserables perturbadores del orden necesario, formaríamos en las filas de los indignos ambiciosos que la misma España ha visto reproducirse como condenación de su ignorancia y de sus vicios. Explotadores vulgares de la fuerza bruta, seríamos indignos de conocer los derechos que invocamos.

Somos representantes del principio de separación política entre el Nuevo y el Viejo Continente; somos representantes de la civilización política del Nuevo Mundo; somos representantes de la unión y confraternidad de nuestra raza en toda la parte del Continente que ella ocupa; somos representantes del progreso nuevo que exige la autonomía territorial e individual para aplicarla libremente a la conquista industrial de la tierra, a la conquista intelectual de la verdad, a la conquista moral del bien. Para representar dignamente ese glorioso compuesto de ideas, necesitamos indispensablemente la absoluta posesión de nuestra tierra, el divorcio perpetuo de la vida española y de la nuestra, la nacionalidad propia que nos permita tratar de igual a igual con nuestros hermanos del Continente, la forma de gobierno que ellos han adoptado libremente, todas las garantías que debemos dar al continente de la demo-

cracia, de la república, del trabajo libre, del pensamiento libre, de la conciencia libre.

España no puede darnos nada de eso. Y como eso es lo que, sépase o ignórese, busca la revolución, necesitan las Antillas y queremos todos; no podemos aceptar nada de España; no podemos, ni debemos, ni queremos descender de nuestro gran propósito para aceptar una amnistía que lo imposibilita.

Aun hay más que pensar, más que decir; pero lo pensado y lo dicho es suficiente. Inaceptable la amnistía, no la aceptamos. Indicio de algo grave, preparémonos a contrarrestarlo. Hoy más que nunca es urgente la necesidad de acción. Hagamos, hagamos, hagamos, para que en vez de aceptar amnistías, las impongamos.

“La Revolución”, Nueva York, octubre 24 de 1874.

Los de Cayo Hueso

Fuera de los campos de Cuba libre, el único punto en donde se respira el aliento de la revolución, es Cayo Hueso.

Los cubanos que allí se han refugiado conservan intacto el entusiasmo de la patria, íntegro el amor de las ideas, ferviente el calor de aquellos primeros transportes de alegría que respondieron al grito de Yara y anunciaron al mundo que en la Isla esclava había un pueblo.

No basta decir que los cubanos de Cayo Hueso conservan lo bueno y lo generoso que un día tuvieron; es necesario decir que adquieren allí lo que no tuvieron ni en otras emigraciones ni en su patria.

Ni en ella, ni aquí, ni en parte alguna de las muchas en donde la persecución ha reunido hijos de Cuba, han procedido ellos como cuerpo social.

No en la patria, porque la patria esclava produce imágenes de hombres, no ciudadanos, no miembros concienzudos de una sociedad.

No tampoco en la emigración de Nueva York, ni en la de Nueva Orleans, ni en la de París, ni en la de Puerto Plata, porque motivos varios han desligado en vez de reunir a los cubanos.

La emigración de París, que contará tal vez algunos patriotas excelentes, cuenta más bien un número interminable de refugiados del placer, que buscan en París lo que habían perdido en la Habana.

La emigración de Nueva Orleans, que un día intentó hacer algo más que vivir para vivir, o se ha fatigado de esfuerzos vanos, o ha perdido la fe en su solidaridad.

La emigración de Puerto Plata, que ha conservado más vivo que las ya citadas, el sentimiento patriótico y el deseo revolucionario, tal vez no obedece a planes suficientemente eficaces.

La emigración de Nueva York es una ruina. Pudo ser el cerebro, el corazón, el brazo y el estímulo de todas las demás; tuvo más medios de acción que otra alguna; durante un momento de 1870, ofreció la halagueña perspectiva de una asociación de patriotas que conocían, sentían y deseaban lo que se debía desear y sentir y conocer; pero fué instantáneamente perdiendo la fuerza de atracción que la unía, y hoy, admirable, en cuanto conjunto de refugiados políticos (que lejos de perturbar la sociedad en que se han amparado, contribuyen con su trabajo y su habilidad industrial a la riqueza de sus hospederos) es lamentable ruina en cuanto reunión de patriotas.

Todos los perseguidos por la patria tenían dos fines igualmente patrióticos, igualmente generosos, igualmente dignos que cumplir; primero, servir con sus recursos pecuniarios, intelectuales y personales a la revolución que todos abrazaron con el fervor del entusiasmo o con la reflexión de grandes intereses; segundo, prepararse, educarse y amaestrarse en la práctica del derecho y en el ejercicio de la libertad, a la vida de la independencia, del derecho, de la democracia y la república.

Haciendo lo primero, eran patriotas. Haciendo lo segundo, eran revolucionarios. Haciendo ambas cosas, se hacían ciudadanos dignos del porvenir, y probaban prácticamente que estaban íntimamente imbuídos en todos los grandes afectos y en todos los sanos principios de la revolución. Infinitamente más digna hubiera sido una emigración de fanáticos que una emigración de indiferentes. Infinitamente más noble una emigración de utopistas que una emigración de egoístas.

Por haber sido la emigración de Cayo Hueso la que más se ha aproximado al deber que pesaba sobre todas, merecerá bien de la revolución y de la patria. Por eso vamos a ocuparnos de ella.

Desde los primeros días de la revolución y de la expatriación, resuena entre nosotros el nombre del Cayo miserable que unos cuantos cubanos ardorosos han ligado a la historia de nuestra independencia. De allí salieron, como pudieron, expediciones insignificantes por el número de expedicionarios o por las fuerzas materiales con que iban a contribuir, pero llenas de satisfacción por el patriotismo que representaban.

De allí procedían los más frecuentes auxilios pecuniarios.

De allí nos llegaban los más vivos clamores o las protestas, más ardientes cada vez, si la revolución armada corría gran riesgo, o si ese riesgo dependía de la lentitud en auxiliarla.

De allí venían las noticias de asociaciones patrióticas, de discusiones populares, de cuestaciones ejemplares, tantas cuantas veces arribara allí algún recién llegado de Cuba libre, o algún emisario de la antigua Junta.

Hoy, cuando todos nos quejamos de todos, y la patria se queja de nosotros, los cubanos de Cayo Hueso responden a todos los llamamientos que hace el patriotismo; y tres veces en pocos meses, y en meses de inacción enervante aquí y en otros centros de la emigración cubana, contribuyen al servicio de la patria con generosos contingentes que significan menos por las sumas cuantiosas de dinero, que por la cantidad de entusiasmo revolucionario. Para hacer más que los otros, ¿qué son los cubanos de Cayo Hueso?

Una sencilla cosa; más cubanos. Es decir, más activos representantes de la patria, de la revolución y de los principios y los fines de ella.

No son más ricos. Al contrario; son más pobres. Entre ellos, no hay uno sólo que represente el capital del menos rico de los acaudalados de las otras emigraciones. ¿Qué poseedor de valores acumulables había de ir a un refugio tan triste y a un centro comercial tan inactivo como Cayo Hueso?

No son tampoco más numerosos. Los grandes centros son los que contienen mayor número de emigrados.

No son tampoco más cultos. Los cultos de la colonia propendieron generalmente a los centros más civilizados, y aun cuando en Cayo Hueso hay hombres de mucho mérito intelectual, no es éste, sino el mérito moral, que vale más, el que predomina allí.

No siendo ni más cultos, ni más numerosos, ni más ricos, ¿a qué influencia deben los de Cayo Hueso el distinguirse tan favorablemente?

A la influencia del deber.

Debían trabajar, y trabajaron y trabajan. Debían a la patria y a la revolución una parte de lo que producían por su trabajo, y no han sido remisos para darla. Debían a los principios que santifica la revolución el practicarlos, y los han practicado y los practican. Debían a los fines de la revolución el prepararse para ser ciudadanos de la patria nueva, y han constituido una especie de Cuba independiente en suelo extraño, una especie de sociedad cubana que en tierra extranjera intenta realizar los fines que Cuba realizará cuando sea sociedad independiente.

La sociedad colonial no podía pensar en alta voz, y ellos tienen un órgano independiente, de la pequeña sociedad.

La sociedad colonial no podía deliberar, y en el ensayo de sociedad que ellos han formado, hay asociaciones deliberantes.

La sociedad colonial no podía asociarse para nada, y ellos tienen asociaciones para todo. Se asocian para fomentar la educación, para proteger al desvalido, para favorecer el crédito, para basar en la cooperación redentora del trabajo individual la organización del trabajo que la competencia excesiva está adulterando en todas partes.

Cumpliendo con su deber como buenos, han servido y sirven y servirán a la patria de hoy y de mañana, a la revolución de hoy y de mañana. Cooperadores de la sociedad en donde se han amparado, hacen a los Estados Unidos un servicio y han hecho de Cayo Hueso lo que jamás hubiera imaginado el solitario Cayo.

Y así, dando cuanto pueden al país en que se han refugiado, y teniendo de él cuanto bien él tiene, los cubanos de Cayo Hueso se mantienen tan fieles a la patria y a la revolución, que no hay uno de ellos, con todo, que quiera la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

Cuando vemos y palpamos todo esto, y vemos y palpamos que es bueno todo esto, nos compadecemos a nosotros mismos, que no hemos estado jamás en Cayo Hueso y que no podemos hacer fuera de allí lo que hacen los de Cayo Hueso.

Sea de ellos la alabanza que merece el deber cumplido; sea nuestro el deber de alabarlos.

Nueva York, octubre 31 de 1874.

LA ULTIMA HECATOMBE

La última hecatombe

Los patriotas cubanos, luchando con desesperación por su independencia, peleando con heroísmo envidiable, han sentido más de una vez la iniquidad de sus dominadores.

Las últimas noticias nos han hecho conocer una escena aun más bárbara que las que anteriormente tuvieron lugar: un fusilamiento en masa, una verdadera hecatombe.

Con ese motivo, el muy conocido propagandista Sr. Hostos nos dirige la carta que publicamos a continuación y que recomendamos a nuestros lectores.

Al narrar el hecho, lanza sobre sus autores la condenación que merecen. El asunto es digno de su pluma. He aquí la carta:

Hoy, 9 de diciembre de 1873.

Señor Mariano Valera
Director de *La Tribuna*
Buenos Aires.

Mi estimado amigo:

Sofocando la justa indignación de que estoy poseído, voy a hablar de un acontecimiento que ha hecho temblar de cólera al mundo civilizado.

Los españoles han cometido una nueva crueldad en Cuba. Han fusilado a cuatro de los hombres que más servicios han prestado a la Revolución; han castigado

con una muerte afrentosa a cuatro hombres que no supieron jamás aceptar la afrenta de vivir contentos de España y de su gobierno en la Isla mártir; han vuelto otra vez a la horrenda tradición de guerra a muerte que ha ensangrentado los anales de aquel pueblo en esta tierra de América, entregada por un error de la providencia a los que menos dignos de civilizarla se mostraron.

Acostumbrado como estoy a los horrores que procrea a millares el orgullo satánico de los esclavizadores de Cuba y Puerto Rico, nada me asombra ya; si yo pudiera perder alguna vez la fuerza que siempre alimento contra la injusticia, habría perdido la facultad de indignarme: desde 1868 hasta hoy, los españoles, gobierno colonial y metropolitico, voluntarios de la Habana, generales populares entre ellos, y subalternos envidiosos de la gloria de matar y asesinar a inocentes, han ensangrentado las calles de todas las ciudades de Cuba, persiguiendo en ellas a los simpatizadores o *laborantes*: han fusilado en despoblado cuantas familias han habido a mano; han asesinado niños y mujeres; han probado sus bayonetas en el ya frío corazón de los ancianos; han agarrutado alardeando su bárbara alegría al venerable Goicuría; han reunido en el mismo patíbulo a los dos hermanos Betancourt; han paladeado durante un año entero el placer de preparar para la muerte al nobilísimo Zenea, a quien fusilaron un año después de aprisionarlo; han fusilado al hijo mayor del Presidente Céspedes; han saboreado, en fin, en sangre de mártires y héroes el pan que abundantemente les había dado aquella tierra hospitalaria. Ver día tras día suceder el horror al horror, la crueldad inútil a la crueldad inútil, la monstruosa complacencia de nuestros enemigos a la monstruosa desidia con que el mundo les ha dejado desangrar a un pueblo, era bastante para causar la indignación más susceptible.

Pero es imposible ser hombre y no abominar de los monstruos que deshonran a la especie humana; es imposible saber por qué santa causa mueren los mártires de Cuba, porqué abominables intereses matan, fusilan y agarrotan los españoles, sin sentir henchido de encono viril el pecho honrado.

Polonia y Creta han conmovido al mundo entero, y no he de conmoverme yo, consagrado desde que nací a detestar en Puerto Rico y Cuba un gobierno tan cruel y tan inicuo como el de la isla griega y el de la despedazada nación mártir! Si aun tuviera insensibilidad bastante ignominiosa para no sentir invencible repulsión contra los que así se empeñan en dominar indefinidamente en las dos islas infortunadas, todavía tendría en mi razón, tendría en las ideas que la ejercitan, tendría en la conciencia que la fortalece, fuerzas suficientes para ser lógico y para condenar en nombre de la razón humana, en nombre de los principios republicanos, en nombre del sistema que han adoptado los españoles en España, los horrores que la supuesta República Española ha consentido en Cuba.

La República Española es quien ha consentido en el fusilamiento de Quesada, de Varona, de Céspedes hijo, de Ryan ⁽¹⁾, directores y jefes de la expedición conducida por el "Virginius", porque ella es quien ha consentido que continúe en la parte de Cuba poseída todavía por España, el régimen exclusivamente autocrático militar que ha permitido la horrible irresponsabilidad de sus capitanes generales, la cien veces horrible omnipotencia de los voluntarios españoles.

Ante este hecho, que prueba hasta qué punto se confunden en su odio a la necesaria y conveniente indepen-

(1) Un telegrama dice que han sido fusilados 76 expedicionarios. Yo no quiero creer en esa cifra. (Nota de Hostos).

dencia de Cuba todos los españoles, excepto el pequeñísimo número de hombres que no creen incompatible la dignidad de un pueblo con la honra española y con la prosperidad española; ante esta activa o pasiva complicidad del Gobierno republicano con los crímenes de sus delegados en Cuba, la lógica pregunta qué puede esperar ella, qué puede esperar el triunfo de la idea republicana en un país que mata, fusila, martiriza en Cuba lo mismo que defiende hasta la muerte en España.

No, no es sólo la muerte de unos cuantos hombres, es también la amenaza de muerte y de descrédito para las doctrinas que América ha predicado con su ejemplo, lo que debe condenar la razón de la humanidad en la última hecatombe con que los españoles sacrifican y rinden adoración a su monstruosa divinidad. El asombro de ver a un español que no pensaba o parecía que no pensaba en español ha hecho cometer profanaciones injustas en favor del afortunado Castelar; se le ha comparado a Mirabeau, y para hacer más hiperbólica la comparación, se ha comparado la actual infecunda anarquía de España a la fecundísima reconstrucción social que Francia empezó en 1793 y no ha acabado aún.

Acéptese la comparación para juzgar: en tanto que Mirabeau prefiere el principio a las colonias, el triste Castelar prefiere la esclavitud de las colonias al triunfo del principio republicano en Cuba. En tanto que Francia favorece la democracia en sus colonias, España la combate a sangre y fuego porque antes que la democracia predicada está su estómago voraz.

Toda América, incluso nosotros los hijos malditos de una metrópoli que nos ha obligado a detestar desde que nacimos cuanto de ella vieran nuestros ojos, toda América ha saludado con esperanzas complacientes el

advenimiento de la república en España: la América continental entona himnos a la confraternidad de América y España; Cuba, sin desistir de su actitud heroica, esperó ser independiente sin tener que maldecir a España; Puerto Rico se propuso creer que eran distintos de los monárquicos los españoles que en nombre de la república le pedían conformidad; los que mejor conocemos a España y menos derecho tenemos para esperar nada de ella, por ella y por las doctrinas veneradas aplazábamos nuestra desconfianza razonada.

Para burla de América; para estímulo de Cuba; para castigo de Puerto Rico; para aguijonear las desconfianzas aplicadas, la República Española deja cometer en Cuba el acto de ferocidad sanguinario que horroriza al mundo, que ha indignado a Europa, que ha irritado a los Estados Unidos de América.

Aquí hierva también la generosa irritación. ¿Quedará dentro de algunas horas convertida en vapor?

Muchos hay ya dispuestos a hacer fructífera esa irritación, y el digno escritor que en "La Verdad" ha tenido, en mi ausencia, la envidiable honra de ser el primero en condenar la infamia, pide al Gobierno del señor Sarmiento, tan estimado en su digno presidente por todos los cubanos y puertorriqueños de la emigración, sean respetados en toda amenaza por sus esfuerzos en pro del progreso intelectual, que consigne oficialmente el hecho de la beligerancia de los cubanos.

La petición es lógica y puede tener una importancia capital. La República Argentina hospeda a millares de españoles que, por el honrado trabajo que representan y por el cambio comercial que significa ese trabajo, tiene a los ojos de España la respetabilidad que tan obstinadamente niega ella a las que fueron sus colonias. El reconocimiento de los beligerantes cubanos por el Go-

bierno de la República Argentina, sería, desde el punto de vista de los intereses económicos, una saludable advertencia para el Gobierno español.

Está éste dirigido por hombres que han dicho o aceptado como una verdad que las simpatías de la América latina por la República Española era una fuerza para ésta. Los hombres de aquella República se han hecho indignos de esa simpatía. Retirársela es un deber, y además de un deber es empleo de una fuerza.

¿Se hará? Me basta saber que debe hacerse.

Y como basta intentar lo que se debe, y creo que ha llegado el momento de salir de la apatía que he respetado, me dirijo a todos los hombres que amen suficientemente a su país para no dormir el sueño imbécil del egoísmo y para desear que aumente su cantidad de gloria; me dirijo a cuantos cubanos y americanos de todas las secciones de América que quieran contribuir a estimular en el Gobierno y pueblo argentino los sentimientos generosos que ha despertado en todo el mundo la conducta cruel de los agentes de España republicana en Cuba.

Me dirijo a ellos para proponerles el establecimiento de una Junta que gestione ante el Gobierno de la República Argentina, la declaración de beligerantes para los cubanos, y que mantenga vivas en la conciencia de este pueblo generoso los sentimientos que hoy deben poseerlo.

Yo no tengo el derecho de decir más, y no me saldré de mi derecho. Toca a los argentinos y a sus diarios, a los diarios extranjeros y a los extranjeros que quieran para ellos y para nosotros la América completamente independiente, emplear la influencia de que legítimamente disponen en la opinión de este país, para dar forma y organización a su deseo.

Triunfará, estoy seguro, porque estoy seguro de que nunca ha dejado de triunfar el bien entre los buenos, el amor de libertad entre los libres, el ansia de dignidad entre los dignos.

España ofende a la humanidad con sus crueldades; haga la humanidad cuanto pueda por evitar esas crueldades.

Así, con el bien para ella misma, se hará un servicio precioso a la justicia.

Y ahora, mi estimado amigo, haga usted por su parte cuanto pueda y cuente con su muy afecto,

Eugenio María Hostos.

Los fusilados en Cuba

Manuel Quesada

El general Manuel Quesada, digno del título que tenía por ser valiente; digno de la popularidad de que gozaba en Cuba, en Méjico, en Colombia y en Venezuela por el ardoroso patriotismo de su vida entera; digno del respeto de los hombres por haber santificado con su muerte toda una vida consagrada a la redención de Cuba esclava, digno de la revolución cubana por la fortaleza con que sacrificó sus pasioncillas al deber que se había impuesto—, es una figura interesante.

En él lucharon por largo tiempo los vicios peligrosos de su educación con la espontaneidad generosa que lo movía, tendencias malsanas de carácter con una noble voluntad de hacer el bien; propensiones del personalismo enfermizo, con una circunspección que sólo podía producir en su carácter y en sus hábitos el amor predominante a la patria y a la libertad; anhelos insensatos de gloria estrepitosa con el más noble deseo de inmortalizar su nombre en el servicio continuo de una grande idea.

Los que tanto lo han agasajado en Venezuela, debían recordar por él a aquel resueltísimo Piar que hubiera sido más digno de su patria si hubiera sido menos impetuoso en su ambición.

Los que tanto lo han aplaudido y secundado en Colombia deberían encontrar en Manuel Quesada más de una analogía con aquel denodado gobernador de Carta-

gena que, por amor a la gloria que Bolívar iba a disputarle en la expedición de Casanare, opuso obstáculos al más gande de los americanos.

Los que busquen en la biografía de los hombres que la merecen el esfuerzo del hombre por ser digno de la idea que ama, respetarán en Quesada el triunfo de una idea sobre las imperfecciones de una individualidad mal dirigida.

Manuel Quesada nació en Puerto Príncipe, capital del Camagüey, la comarca cubana que más mártires ha dado a la independencia de la Isla. Los Agüeros, los Estrampes, los Betancourt, que desde los primeros alzamientos sofocados hasta el insofocable alzamiento que hoy intentan inútilmente anonadar las atrocidades de monárquicos y republicanos españoles, no se han cansado de inmortalizar esos apellidos, eran camagüeyanos. Los Varona, los Agramonte, los Cisneros que han asociado sus nombres ya ilustres al más justo de los movimientos sociales y políticos, eran o son camagüeyanos. El nobilísimo, inteligentísimo y fortísimo varón que con el nombre de Ignacio Agramonte y con el título de generalísimo ha dirigido triunfalmente hasta el día de su muerte prematura las armas de la revolución, era del Camagüey. Del Camagüey era encanto y será perpetuamente inspiradora, aquella Mercedes Varona que en el abandono de Bayamo por las fuerzas independientes y sorprendida por las fuerzas españolas, prefirió morir antes que ocultar a su hermano, con los gritos que sofocaban sus verdugos, la presencia de éstos.

El Camagüey, así consagrado por el heroísmo y el martirio de sus hijos, inspiraba a los que nacían en su suelo el patriótico ardor que desde temprano mostró Manuel Quesada.

Se comprometió, adolescente aún, en una de las continuas asonadas con que los camagüeyanos alimentaban

vivo el horror que les inspiraba el gobierno despótico de España, y tuvo que fugarse.

Se dirigió a Méjico. Allí, combatiendo con valor contra la oligarquía militar que preparaba la intervención, conquistó el grado de general.

En el momento mismo en que estalló la invencible revolución actual de Cuba, Quesada volvió a su patria. Volvió al frente de una corta expedición, con no muchas armas, con no muchos hombres; pero con armas que necesitaba urgentemente la revolución agonizante, y con hombres que iban a ser el alma de la revolución política.

Esos hombres, por ser jóvenes todos, por proceder todos de la Habana, por llevar a la revolución la seguridad de que la Capital de la Isla era favorable al movimiento de Bayamo, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba, Cinco Villas, fueron un contingente precioso y una influencia decisiva. Ellos fueron los que constituyeron el Congreso de Guáimaro, los que redactaron la sobria Constitución, los que legalizaron la ya declarada abolición de la esclavitud, los que regularizaron el orden de cosas existente en el campo de la revolución, los que dieron a ésta el carácter de un hecho político y social.

Si Quesada no hubiera hecho a Cuba libre, otro servicio que el de llevar a su centro de acción a aquellos jóvenes, hubiera con sólo eso hecho lo bastante para merecer bien de la patria.

Pero hizo mucho más.

Llegado al campo revolucionario, restableció en un encuentro victorioso la superioridad de las fuerzas cubanas sobre las españolas. Elegido generalísimo, organizó las huestes necesariamente indisciplinadas de la guerra exclusiva de recursos.

Su carácter le hacía tantos adversarios cuantos amigos le atraía su patriotismo, y hubo un grave momento

para la revolución en que todas las disidencias agrupadas estuvieron a punto de producir un rompimiento.

Por intemperancia o ambición o por incompleta apreciación del objeto político del alzamiento, Quesada intentó más de los que sus atribuciones meramente militares consentían. Se le acusó de intentar un golpe de mano contra las instituciones recientemente instituídas.

Es un momento interesantísimo de la revolución, que demuestra su inquebrantable vitalidad, que prueba la nobilísima abnegación de los revolucionarios.

Los jóvenes que debían a Quesada su presencia en el campo revolucionario, la influencia intelectual que en él habían conquistado y la posibilidad de prestar a Cuba libre los eminentes servicios que acababan de prestarle, eran amigos agradecidos de Quesada. Ellos, más que nadie, habían contribuído a darle el generalato en jefe; ellos más que nadie habían contribuído a aplacar las disensiones que determinaba la violencia que se atribuía al general en jefe.

Mas en el punto en que éste pudo, con visos de verdad, ser acusado de hostil al orden recién constituído, todos los jóvenes de la Cámara se levantaron contra su amigo, lo acusaron, lo convencieron de peligroso y lo depusieron.

Quesada podía contestar con el golpe de mano de que le acusaban: todas las fuerzas de la revolución estaban bajo su mandato: nada podía oponérsele.

Era de temer que así lo hiciera. Había vivido vida de campamento; había sido educado por el principio de fuerza; tenía hambre y sed de ser el primero, de monopolizar la gloria de la revolución. Pero no lo hizo. El patriotismo iluminó su cerebro, y en vez de rechazar con las armas que él solo poseía la tremenda acusación que lo incapacitaba para seguir prestando el concurso activo

de su voluntad a la revolución armada, resignó el mando y se puso a disposición del Presidente de la República.

Este, prudente y previsor, no menos celoso de las instituciones que los jóvenes representantes del país, no menos patriota que el generalísimo depuesto, le dió una comisión para el extranjero.

Se trataba de cooperar a la obra que con tantos sacrificios personales desempeñaban en Nueva York los ilustres miembros de la Junta Revolucionario de Cuba y Puerto Rico establecida en la metrópoli comercial de Norte América.

Era difícil la misión. Todos los miembros de la Junta cubana y puertorriqueña, una gran parte de la numerosa emigración de entrambas islas, casi todos los hombres influyentes temían en la intervención del hombre que acababa de ser depuesto por ambicioso.

Como a tal se le recibió, a pesar de que todos, en la Junta y fuera de ella, supieron honrar en el patriota acusado los esfuerzos de patriotismo que antes de la acusación había hecho.

Después una serie de dificultades que es inútil narrar y que embarazaron la inquieta actividad de Quesada, un movimiento artificial de opinión puso a éste en un conflicto.

El Club Político de la emigración, que compartía con la Junta la influencia que sobre los emigrados tenía, oyó inopinadamente en una de sus reuniones más numerosas, una moción de acusación contra Quesada, presentada por algunos de los que más exageraban el prestigio peligroso del ex generalísimo.

No obstante el esfuerzo de los más discretos, la moción fué aprobada y se citó a Quesada para responder al capítulo de acusaciones.

Para probar la ingenuidad patriótica de aquel acto, la nobleza y la pureza del designio, básteme decir que el

acusador más agresivo fué Clemente Zenea, el dulcísimo poeta, el manso ciudadano, el hombre generoso que, para ser mártir de la patria y de sus ideas, no esperó a que los españoles recompensaran, año y medio después, su noble vida con su inicua muerte.

Para probar la disposición de todos los revolucionarios a someterse dócilmente a las exigencias de la forma democrática de gobierno estatuida por el Congreso Constituyente de Cuba libre, básteme decir que, lejos de negarse a oír la acusación, Quesada se presentó en el Club en la noche prefijada.

Toda la emigración estaba allí, y estaban con ella todas las opiniones que la dividían.

El espectáculo fué digno de la causa. Los acusadores emplearon, con la viveza que da el convencimiento, las más elevadas maneras y el lenguaje más respetuoso, para probar al Club y a la emigración que el ex general en jefe del ejército patriota y el entonces Comisionado especial del Gobierno de Cuba libre, dividía con sus gestiones las fuerzas que debían unirse para secundar a los combatientes armados de la Isla.

No todos los combatientes eran Zenea, y uno hubo que queriendo vencer el imperturbable silencio con que Quesada había respondido a las acusaciones, empleó alguna palabra tremenda.

El autor de estos datos biográficos tenía la autoridad necesaria para mantener aquella grave sesión en los límites que amenazaba trasponer, y queriendo sacar partido de ella para la armonía de los ánimos, para la rehabilitación del acusado y para acostumbrar a la emigración a las luchas políticas que algún día habría de sostener en los jurados, en los comicios y en la representación de su país, se levantó.

Interpeló al general Quesada planteando claramente la cuestión, descartando de ella lo puramente personal

y presentando en lo que tenía de patriótico un derecho de la emigración, un deber de todos los patriotas.

El general Quesada contestó; y aquella noche, que pudo ser de luto para la Revolución, porque pudo separar fuerzas que ella había menester, fué noche de júbilo para la patria, porque demostró la decisión de todos sus hijos ausentes en favor de los principios a que correspondió la revolución de las Antillas.

Poco tiempo después, Quesada convocó en *Irving Hall* a una reunión de patriotas, en la cual dió la emigración uno de los espectáculos más tiernos que puede presenciar el hombre.

A pesar de que aún subsistía en muchos ánimos la desconfianza suscitada contra Quesada, cuando algunos hombres respetados por su inquebrantable adhesión a los principios y por su absoluta abstención de toda lucha de pasiones personales, demostraron que era deber de los patriotas el dar los auxilios que para la patria demandaba Quesada, todos los concurrentes se abalanzaron a la plataforma, y hombres, mujeres, ancianos, niños, se despojaron del reloj, del dinero, de la prenda, del brillante que llevaban, y lo ofrecieron a la patria.

En aquella noche, la patria argentina estaba representada por un joven generoso que había contribuído con su voz y con su esfuerzo a unir en la santa cuestación para la patria a los patriotas.

Quesada partió para París, y obtuvo allí de los cubanos, puertorriqueños y americanos residentes en la capital de Francia, los recursos que pedía.

Medio año después salía en una expedición para Cuba.

Desde entonces, no había cesado de trabajar por su país, y en Colombia y Venezuela, querido, estimado, secundado, hacía amar con cariño más enérgico cada vez, la

ya por colombianos y venezolanos amada y auxiliada revolución.

De uno de los puertos de Venezuela había partido en el *Virginus* cuando se refugió en Jamaica. En las aguas de la capital de esta Isla aconteció el apresamiento.

Era de esperar que los españoles de Cuba no perdieran la ocasión que buscaban de anonadar a uno de los cubanos más tenaces, y lo han fusilado. La gloria es para él: la ignominia para sus verdugos. Bendiga al bueno la posteridad: caiga el horror de las generaciones sobre lo que así se vengan.

De *La Tribuna*, Buenos Aires,
11 de diciembre de 1873.

Bernabé Varona

Era de una familia ilustrada por sus sacrificios en pro de la independencia de la Isla; era de una constancia que, irreflexiva en un principio, fué después deliberada, firme, fija, inquebrantable.

Casi siempre vivió errante: casi siempre trató de olvidar en la libre existencia de los Estados Unidos del Norte la vida esclava de la Colonia.

Perteneció al número de aquellos implacables enemigos de la metrópoli que se tapaban los ojos para no ver lo que en ella hubiera de bueno, que se tapaban los oídos para no oír lo bueno que dijera ella, que se sofocaba el corazón si por acaso se atrevía a latir en momentánea consonancia con hechos o sentimientos que de España procedieran.

Por lo mismo que yo no los he imitado, no los culpo; por lo mismo que yo me he empeñado en desterrar toda pasión exclusiva de la lucha de ideas que sólo puede cesar en el momento de empezar la de las armas, he aprendido a respetar a aquellos ariscos patriotas, jóvenes o viejos, probados o ansiosos de probarse en el combate, que hacían de Nueva York un centro puramente de conspiración.

Unas veces conspiraban contra España en Méjico; otras veces conspiraban contra España en Santo Domingo; otras veces sacaban partido de la guerra del Pacífico para conspirar contra la odiada madrastra nacional; otras veces conspiraban sin saber con qué objeto conspiraban.

Los conspiradores, no por ser tales, son siempre dignos de ser llamados revolucionarios. El círculo necesariamente estrecho de ideas y de afectos en que giran, estrecha por necesidad el juicio individual, y no sólo lo hace injusto, como lo es todo el que condena irremisiblemente, sino que a veces hace impotente para lo mismo que con más tenacidad se desea.

El círculo que en Nueva York, unas veces animado, otras desanimado, ora diligente, ora ocioso, algunas veces repleto de enemigos de España, otras veces reducido por defecciones temporales, conspiraba perpetuamente en Nueva York, no se ha sustraído a la ley general que, cuando no para la acción, incapacita para el juicio justo. Pero a ese círculo de eternos conspiradores, que mantenían desde Nueva York viva la llama del patriotismo intransigente en Puerto Rico y Cuba, deben ambas islas, sobre todo la última, el activo calor que siempre ha mantenido inmortal el odio de cubanos y puertorriqueños contra el sistema colonial.

Jueces implacables de él, aquellos desterrados voluntarios tenían en continua desconfianza de España a los

criollos. Eran como esos *teros* vigilantes que acechando el más leve rumor de la pampa silenciosa, previenen y alarman el caserío dormido. Tanto cuanto los odia el criminal, los ama y debe amarlos el expuesto a los crímenes que él denuncia.

Las Islas los oían y si de ellas hubiera dependido, el odio contra la opresora dominación de los españoles se hubiera convertido desde mucho tiempo ha en alzamiento.

No se levantan los pueblos cuando quieren, sino cuando pueden, y la tarea de los generosos precursores de la revolución de las Antillas no tuvo éxito hasta que concordaron con el deseo general las circunstancias.

Dadas éstas, el país se levantó, y no fueron los últimos en levantarse con él los cubanos que habían predicado desde los Estados Unidos la revolución. Bernabé Varona corrió a ocupar su puesto y estuvo cumpliendo denodadamente con su deber hasta que el Gobierno de la república naciente lo mandó a llenar una misión a Norte América.

Había mandado desde allí una expedición que llegó a su destino, y se había comprometido a salir en la preparada para salir en el *Virginus*.

Cumplió su compromiso, y ha sido una de las víctimas de su incansable patriotismo.

Ha muerto un Varona; pero otro Varona lo sucederá. La muerte de los buenos es dolorosa; pero no es un mal para la causa a que han servido. La causa se hace más fuerte cuanto más sacrificios va costando.

Pedro Céspedes

Pedro Céspedes no tiene biografía. Era un adolescente, casi un niño.

Como su padre, Carlos Manuel de Céspedes, que ha logrado reunir en su nombre venerable todas las simpatías de los buenos hacia la causa sacrosanta que personifica en los ojos del extraño; como su hermano Oscar Céspedes, que pagó con una muerte por fusilamiento el tributo que la patria le pedía, —el noble niño que ha sido fusilado entre los cien que iban en él a su deber, era patriota de nacimiento.

Vivió por la patria; murió por ella. Esa es su historia.

Bienaventurados los que no tienen otra.

Ryan

Era general de la república cubana y había sido jefe de caballería entre los confederados.

Más que un hombre, era un ímpetu. Todo lo hacía por impulsos. Oyó hablar de Cuba, de su lucha generosa, de sus santos sacrificios, y sintió el deseo de combatir por ella, y obedeció al impulso magnánimo.

Fué a Cuba, peleó por ella con denuedo, se identificó con su vida y con sus esperanzas hasta el punto de no volver a pensar ni a desear otra cosa que la redención de su patria adoptiva, y cuando una ligera disidencia en la cual sacrificó por su nueva patria los ímpetus vehementes de su carácter, lo obligó a alejarse del campo revolucionario, no lo hizo para descansar de sus fatigas, sino para fatigarse hasta conseguir lo que más vivamente deseaba.

Deseaba volver a Cuba en una expedición, y salió en la del *Virginus*.

Ha sufrido la suerte de sus nobles compañeros, y ha conquistado con ellos el respeto que tributa la humanidad a los que prefieren la muerte con los dignos a la vida agradable con los indignos.

De *La Tribuna*, Buenos Aires,
14 de diciembre de 1873.

Jesús del Sol

El guajiro de Cuba y el jíbaro de Puerto Rico son dos tipos sociales que corresponden al gaucho de la Argentina y al huaso de Chile. La misma sencillez de corazón, unida a la misma duplicidad de entendimiento; el mismo abandono en el carácter, unido a la misma reserva recelosa en el trato; la misma ignorancia, moderada por los mismos instintos generosos y por iguales aptitudes mentales; la misma hospitalidad, unida al mismo amor salvaje de la personalidad; la misma sumisión, unida a idéntica altivez; la misma capacidad de hacer el mal por ignorancia, unida a la misma abnegación.

Reproductores exactos de la naturaleza casi virgen que los forma y de la sociedad en embrión que los produce, el guajiro y el jíbaro, como el huaso y el gaucho, obedecen fielmente los impulsos de la naturaleza y de sociedad.

Esto basta para explicar el brillantísimo papel, la influencia salvadora que en la revolución de independencia y en las revoluciones de libertad han desempeñado el gaucho y el huaso cuando han sido bien dirigidos, y para hacer comprender la intervención que ha tenido el

guajiro en la revolución de Cuba. Hasta la naturaleza protesta en la Isla contra la dominación de España, y el guajiro protestó. Toda la sociedad se levantó contra España, y el guajiro siguió el impulso de la sociedad.

Veía confusamente que era incompatible con la felicidad de su patria el dominio incondicional del español, y por amor a su patria se armó contra el que causaba su desdicha. Había aprendido a odiar el sistema social y político que representaban aquellos extranjeros, y acogió con fervor la ocasión de castigar al extranjero y de contribuir a anodadar su sistema.

Jesús del Sol era un hombre de campo, un verdadero guajiro, y a poco de estallar en Bayamo el movimiento de Yara, siguió él en Cienfuegos el impulso.

No sé si era nacido en la ciudad o en la campiña, ni si los hábitos rurales que tan donosamente contrastaron después con sus funciones militares, los adquirió desde el nacer o por la costumbre de verse siempre en el campo.

Sólo sé que este morar continuo en la campaña, que el comercio de ganado a que se dedicaba, que sus frecuentes entradas en Cienfuegos y en Puerto Príncipe, a donde llevaba su ganado, lo pusieron al cabo de cuanto sucedía y acalararon en su corazón el patriotismo de que después ha dado tantas pruebas.

No era un hombre educado en las aulas, pero era un alma educada en el amor de la libertad y la justicia, y apenas estalló el movimiento de Yara, usó de la influencia que ejercía sobre sus iguales y los puso en el campo de batalla.

Una gran parte de la costa meridional de Cuba, en donde Cienfuegos y su comarca están situadas, es lecho de una laguna tan vasta como pintoresca, tan interesante para el geólogo como para el guerrillero. Allí pudo éste oponer al enemigo, en los bosques vecinos,

en los continuos pantanos, en las intransitables tembladeras, en las malezas encrespadas por los siglos, la resistencia victoriosa que por más de un año puso Jesús del Sol al ejército de los opresores de su patria.

Atacándolos desde el bosque impenetrable, acometiéndoles fuera de él cada vez que el pantano, la tembladera o la maleza proporcionaban su fuerza indisciplinada a la superior del español; teniéndolo siempre en alarma, no dejándolo comer ni dormir ni respirar, lo postraba, lo fatigaba, lo rendía. Lo que no lograba la astucia, lo decidía el valor: lo que las armas no conseguían lo conseguían las fiebres.

Jesús del Sol era invencible en su Ciénaga de Zapata, y los españoles, furiosos contra él y convencidos de su impotencia para vencerlo en el campo de batalla, lo vencían frecuentemente en sus galanos boletines de guerra, y mil veces lo mataron en sus proclamas habladoras.

Pero triunfos y muertes imaginarias sirven tan poco para aniquilar a un enemigo que no cesa de combatir porque lo maten en boletines y proclamas, como sirve para azuzar el odio sanguinario y el apetito de sangre que sienten los que así matan.

Por apoderarse de Jesús del Sol, los españoles habían hecho más de lo posible. Frustradas las tentativas del odio, vencieron las de la astucia, y Jesús del Sol fué invitado por el coronel Santa María a una entrevista. Objeto de ella era persuadir al insurgente, halagarlo, atraerlo, desarmarlo con promesas y esperanzas.

Jesús del Sol asistió a la conferencia. Llevaba un remington luciente terciado sobre el arzón de su montura. Al parecer, su interlocutor estaba desarmado.

—¿Por qué esa arma? —preguntó.

—Por olvido —contestó con ambigua sonrisa el guajiro guerrillero

—Yo creí que eran bastantes para mí aquellas armas —dijo orgulosamente el español, señalando al lugar en donde estaban sus fuerzas.

—Yo estaba seguro de las mías —contestó el guajiro, indicando con un gesto displicente el arboleda en donde su guerrilla lo esperaba. Y tomó su fusil y lo puso en manos de su contrario. Este lo examinó, y lo alabó tanto, que Jesús del Sol se lo ofreció.

Nada produjo la entrevista. A las ofertas del español, el cubano contestó sencillamente: “He jurado fidelidad a la bandera de mi patria”.

Terminada la entrevista, el Coronel, asombrado de aquel rústico tan firme, tan tranquilo y tan lleno de donaire, departió amistosamente con él. Sacó una tabaquera y le ofreció tabaco, diciéndole: “Ustedes no tendrán de esto en la manigua”. “Pero tenemos de esto”, dijo Jesús del Sol enseñando y ofreciendo las yerbas con que los cubanos han sustituido el tabaco.

—¿Y eso fuman? —preguntó con acento compasivo el coronel.

—Por la patria hemos quemado nuestra caña, nuestro café, nuestro sustento, y no habíamos de quemar nuestro tabaco!

El soldado español, por más sencillo y más puro en su objeto, es mucho más generoso que el partidario español, hiena que en nombre de una patria explotada y no querida, se alimenta vorazmente de cadáveres. El coronel Santa María no pudo ocultar la admiración que le había producido aquel patriota, y de los elogios que hizo de él nacieron a la par el respeto y el temor que infundía Jesús del Sol.

La fiebre maligna, menos patriótica que la amarilla, no se alimenta exclusivamente de españoles y ataca también a los criollos. Del Sol cayó gravemente postrado por una fiebre maligna, y no resignándose a la muer-

te vulgar, se presentó un año después de la entrevista a las autoridades españolas. Estas celebraron como un triunfo aquella presentación, y para dar una prueba de su alegría, hicieron el milagro de no fusilar al guerrillero. Lo acogieron con alguna consideración y lo confinaron a Cádiz en España.

Allí estuvo Jesús del Sol, soñando con su Cuba, con su ciénaga, con sus guerrilleros, con la independencia de su patria, hasta que logró fugarse.

Fué a Nueva York, y se alistó en la expedición que allí y en Venezuela preparaba el general Quesada.

Para los españoles, éste es un acto de traición. Para el sentido común, que ha tenido la honra de no ser español en su larga vida, la conducta de Jesús del Sol se clasifica entre los actos más altos del patriotismo heroico.

Pero no era el sentido común, era el odio español el llamado a ser juez de esa conducta, y cuando Jesús del Sol cayó bajo las garras españolas, pagó con su vida su honrada decisión. Lo han fusilado, y han cohonestado la atrocidad llamando traidor al mártir.

¿Traidor? No es traidor el que cumple como bueno lo que como bueno ofreció a su conciencia. No es traidor el que prometió morir por la patria, y por la patria muere. No es traidor el que juró abominar la iniquidad y la abomina. No es traidor el que maldijo en el fondo de su alma el despotismo, y pasó maldiciéndolo su vida. No es traidor el que trueca por una existencia fácil para el indigno, la amarga zozobra de una vida digna. No es traidor el que se ha prometido tener patria a pesar del opresor que se la roba, y pone para arrojarlo fuera de ella, todas las fuerzas de su cuerpo y su alma en la tarea.

Los traidores del sentido común de la humanidad son los que falsean todos los sentimientos humanos para

justificar sus errores y sus horrores. Los traidores a la conciencia son los que quieren imponer a sangre y fuego una dependencia que ellos no aceptarían sin combate. Los traidores a la verdad son los que mienten con cínico descaro ideas que no tienen, sentimientos que jamás experimentaron, deseos que a cada paso contradicen con sus actos, para atraerse la indiferencia, ya que no pueden aspirar a la consideración del mundo horrorizado. Los traidores son los que en nombre de la República asesinan cobardemente a republicanos que no quieren en su Isla el gobierno personal que sus verdugos les imponen. Los traidores a la doctrina democrática son los que tratan como hambrientas hienas a un pueblo que a la faz del mundo ha reclamado su soberanía. Los traidores a la gratitud son esos charlatanes repugnantes que, después de haber vivido del dinero que América les ha arrojado piadosamente, suben al poder para insultar a América en Cuba, despedazada y rasada. Los traidores son esos miserables que tienen dos días enteros para mandar una orden telegráfica e impedir con ella una matanza horrenda, y dejan que la matanza se consuma. Los traidores a todo son esos hombrecillos sin pudor que, después de llenar el mundo estupefacto con sus humanos vicios en la conciencia humana, a la libertad de todo lo esclavizado, a la igualdad de todo lo desnivelado, a la armonía de todo lo desarmonizado por la tiranía, hacen exactamente lo mismo que ellos enseñaron a abominar a los que hoy asesinan.

No serán cubanos y puertorriqueños los que lloremos la traición de los traidores. Esa traición nos salvará, porque ella ahonda hasta el infinito más profundo el abismo que siempre nos ha separado de nuestros opresores.

Buenos Aires, 1873.

Cuba y los italianos

No puede darse conducta más noble ni más digna que la observada por *L'Operario Italiano* y por la numerosa, laboriosa y utilísima población italiana a quien dirige honradamente.

Ha compartido con *La Verdad* el honor de ser el primero en invocar la indignación viril de sus lectores en contra de la inhumana conducta de los fusiladores de Cuba.

Ha compartido con nosotros la gloria de ser villanamente insultado en recompensa de su ira virtuosa.

Ha tenido el valor, en tiempos egoístas tan escaso, de ponerse resueltamente al lado de las víctimas en alta voz ultrajadas por sus enemigos, en voz baja compadecidas por sus admiradores, contra los verdugos defendidos con saña y con violencia.

En tiempos que sólo son firmes para insistir acerbamente en la defensa de menguados intereses, ha tenido la firmeza de insistir una vez y otra vez, cada vez con virilidad más ejemplar, en declarar inicuos a los inicuos, barbarie a la barbarie, monstruos a los monstruos que, por la indignación silenciosa o el disimulo de la ira varonil en muchas gentes, contaban con la impunidad de su execrable odio.

Sin más deberes para Cuba que el deber de conciencia, a cuyo impulso se mueve todo espíritu honrado en dirección de la humanidad escarnecida y en favor de la justicia pisoteada, los italianos y el diario que los guía han clamado en favor de la humanidad, vilipendiada en Cuba, de la justicia conculcada en Cuba.

Honrados calculadores de su trabajo cotidiano, no han querido calcular las ganancias o las pérdidas, que, absteniéndose de protestar o protestando, hubieran podido encontrar en el disimulo o en la manifestación de su cólera viril, y han protestado.

Han protestado unánimemente. A juzgar por la viveza, el fervor y la elocuencia de los escritos publicados en favor de la Isla mártir por el diario que representa dignamente a la colonia italiana, toda ella ha sentido, toda ella siente con igual vehemencia la nobilísima emoción que palpita en las columnas de su diario.

Por sagrado que sea el interés que mueve, un interés poderoso y exclusivo es el que pongo en la defensa de Cuba y Puerto Rico, un interés el que tengo en salvarlas de la ignorancia de su yugo, un interés el que me impulsa a hacer el sacrificio de todo cuanto aman los espíritus vulgares, de todo cuanto saben amar los espíritus excepcionales. Ese interés, a pesar de ser puro y sacrosanto, me incapacita quizá para hacer la justicia que merecen a esos dignos hijos de Italia, que se alienan a la honesta labor de cada día en el calor de los sentimientos más humanos.

Mas si un escrúpulo honrado veda al hijo de las Antillas juzgar la conducta magnánima de los italianos y del periódico que sabe representarlos, el americano, el hijo de la patria americana, puede juzgar sin parcialidad y sin pasión, que aun siendo nobles desvirtúan el juicio que pronuncian.

Como americano, como hijo de esta patria americana, tan íntimamente ligada en mi razón al porvenir de las Antillas y al porvenir de la civilización en todo el Continente, yo puedo hacer justicia, yo puedo rendir homenaje de concienzuda estimación a esos proscriptos del trabajo que, si salen de Italia para aumentar su bienestar, llevan consigo a todas partes el espíritu de Italia, el espíritu del pueblo que, en el renacimiento de

las ciencias, las artes y las letras, resucitó la conciencia de Europa, y con uno de los tres hombres más hombres de la historia, con Colón martirizado en vida y muerte, completó a la tierra.

Como americano, como hijo de la gran patria que hijos de Italia concurrirán a formar y engrandecer, yo puedo hacer justicia a esos descendientes de Dante, el patriota sublime de la Edad Media, a esos contemporáneos de Mazzini, el patriota más esforzado de la edad presente, a esos coetáneos de Garibaldi, el representante de la humanidad más generoso que la ha honrado y la honra en este siglo.

Tener antecesores gloriosos, tener ejemplares eternos de la humanidad virtuosa en sus anales, es feliz providencia de todos los pueblos que tienen historia; pero ser siempre merecedores de ellos y contribuir con su vida a hacerlos recordar perpetuamente, no es gloria que saben recoger todos los pueblos.

Por eso, cuando se ve una fracción del pueblo italiano, exclusivamente consagrado a su trabajo, que honra con él a su patria nativa y con él contribuye al engrandecimiento de su patria adoptiva, palpitando de entusiasmo por una causa que acaso por justiciera pugne contra todos los egoísmos y se estrella contra todos los obstáculos, me parece que veo a Italia, ya redimida de su esclavitud de siglos, anhelando la redención de otros esclavos, compadeciendo otros martirios y exclamando con su poeta-profeta:

Et non ignara malis, miseros succurrere disco.

Italia conoce los males de la esclavitud y en ella ha aprendido a socorrerlos. Los italianos conocen el punzante dolor que ha atormentado a su patria y los ha atormentado, y allí donde ven dolor igual, allí se conduelen con el doliente y se unen a él contra el verdugo.

Los clamores de *L'Operario* no son clamores aislados; son la execración de todo un pueblo contra los inicuos verdugos de otro pueblo.

No son tampoco clamores en desierto.

Claman en la República Argentina, que no ha agotado su magnánimo corazón en el pródigo empleo que hizo de él en horas tan oscuras para América latina como son hoy las horas de Cuba y Puerto Rico.

Claman al oído de las víctimas, que nunca olvidarán la hora y el día y el lugar en que el corazón italiano palpité por ellas.

Al mismo tiempo que ellos, unos cuantos hijos dignos de esta heroica sociedad, unos cuantos jóvenes, la mejor esperanza que los pueblos tienen, claman también contra los victimarios impunes de Cuba desangrada, como si con esa coincidencia de clamores quisieran los hijos nativos y adoptivos de la República demostrar la unidad de sentimientos y de ideas que los impulsa.

Sirva esa coincidencia a los ojos del poder, no sólo para hacer justicia al grito unánime, sino para reflexionar en la importancia que tiene para la sociedad que dirige, una población inmigrante que deja de ser extranjera para ser nacional en todo lo que excita el sentimiento honrado, el patriotismo sano y la noble espontaneidad de la nación.

Sirva a los ojos de ésta para aumentar, si es posible, la merecida deferencia con que acoge a esos buenos colaboradores de su progreso moral y material.

Sirva a mis ojos para unir en la misma expresión de gratitud a los que aman en Cuba los recuerdos gloriosos de la República Argentina y a los generosísimos italianos que oyen repetidos en Cuba esclavizada los alaridos de dolor que en tiempo infausto exhaló Italia redimida ya.

La Tribuna, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1873.

Cuba y los Estados Unidos

Este es el título y el tema de un artículo publicado ayer por el diario francés *Le Courrier de la Plata*.

Aun cuando yo creo ociosa toda discusión en un asunto que tiene para mí todos los caracteres de una fe indiscutible; aun cuando, además, disminuya sucesivamente a mis ojos la eficacia de la propaganda hablada o escrita en tiempos que no son de propaganda, voy a recoger las palabras del diario francés.

Están escritas en francés, y dicho está que son palabras decorosas. No sé si depende del país o del idioma; pero la verdad es que yo no he leído ni leo en francés las groserías que enseña el español.

Tan extrañas, tan exóticas son ellas en la lengua francesa, que hay una locución para designarlas y estigmatizarlas: *langage de Place-Mouvert*, dice París cuando hiere su cultura el lenguaje que sólo en los mercados se consiente.

Pero la palabra francesa no está exenta de errores, y son muchos los que me obliga a desvanecer el escritor de *Le Courrier*.

Inducido a error por los siempre contradictorios datos que suministra la prensa española, cuyas noticias parciales y cuyas interesadas opiniones son las únicas que llegan hasta aquí, se ha formado de la situación de Cuba la más extraña idea que se formó jamás observador alguno.

Cree todas estas cosas erróneas:

Que hay una aristocracia habanera que gobierna en la parte de la Isla dominada por los españoles;

Que esa aristocracia habanera es la que mantiene la guerra de exterminio que hacen los españoles a los independientes cubanos;

Que esa aristocracia es la autora de los fusilamientos de los expedicionarios del *Virginus*, y la azuzadora de los horrendos ensañamientos de los españoles;

Que esa aristocracia hubiera hecho la guerra a los Estados Unidos y no hubiera entregado el *Virginus*, por odio a la anexión de Cuba a los Estados Unidos;

Que éstos cuentan para la anexión con los revolucionarios combatientes;

Que éstos son negros y mulatos o representantes de las razas mezcladas de la Isla;

Que ésta, al intentar su independencia, no ha tratado tanto de elevar principios humanos a la categoría de hechos, cuanto de satisfacer odios y venganzas contra esa omnipotente aristocracia habanera;

Que, finalmente, la independencia de Cuba es imposible y que es obligación de los Estados Unidos anexarse la Isla.

No tiene nada de extraordinario que el escritor de *Le Courrier*, indiferente como son casi todos los hombres a las grandes causas que no tienen grandes medios, haya prestado tan desidiosa atención como la que demuestran esos errores: millones de americanos hay que no atienden mucho más al espectáculo, muy más cercano e importante para ellos, en que un pueblo hermano lucha abandonado contra los enemigos más frenéticos de América.

Yo ignoro si la justicia saldrá despedazada de la contienda, o si, después de su triunfo, tendrá tantos aclamadores como son hoy los que en ambos mundos la

ven indiferentemente en su suplicio; pero sé que nunca se ha intentado una revolución colonial más necesaria, más radicalmente inspirada en todos los principios de la civilización política y moral, más notablemente dirigida y sostenida.

Sabiendo eso, sé que la revolución de Cuba tenía un objeto más digno que el vengar los ultrajes hechos por España y sus gobiernos al derecho y la libertad de los cubanos.

El hecho corresponde a la afirmación. El primer paso de la revolución fué decretar la abolición de la esclavitud, declarar los derechos inmanentes del ser humano, sin diferencia ni exclusión de colores o de razas; fijar esos derechos en una constitución, y ofrecer a los españoles, sus encarnizados enemigos, la tierra, la patria, la libertad y la prosperidad que se proponían conquistar.

Pero como esos españoles no estaban en Cuba para otra cosa que para especular con el funesto sistema colonial de España; como ellos vivían de los frutos protervos de la esclavitud que querían y a toda costa quieren mantener; como la abolición de la esclavitud era la ruina de su nefando comercio y su nefasta industria; como la revolución era abolicionista de la esclavitud, de todo privilegio, de todo tráfico injusto e inmoral, los españoles se armaron desde el primer momento con el más feroz ensañamiento, contra ella.

De toda la población cubana, es decir, nacida en Cuba, sólo Acosta y Alvear y unos cuantos imposibilitados de expresar su opinión, son o se manifiestan partidarios de España. Todos los demás, hasta los chinos reducidos a servidumbre por los españoles, son parciales de la revolución y de la independencia.

Los que se llaman *artistocracia indígena* son españoles, y los españoles son españoles, no cubanos.



Esa aristocracia de explotadores de la esclavitud y de traficantes de carne humana es la autora de todas las atrocidades consentidas por España en Cuba; es la autora de los fusilamientos de los expedicionarios del *Virginus*; es la autora de todas las violencias cometidas allí por los delegados del gobierno metropolitico de España; pero no es la que combate contra los independientes.

Además de que esa aristocracia, representada por las legiones de voluntarios españoles, no combate ni los ha armado para combatir, sino para perseguir a cubanos indefensos; además de que esa llamada aristocracia no hace otra cosa que defender sus malvados intereses, sería absoluta y radicalmente incapaz de someter con sus cien mil voluntarios a los quince o veinte mil cubanos armados que resisten hace cinco años a *cincuenta mil* soldados veteranos o bisoños del ejército regular de España.

Con ésta, pues, y contra su ejército, su marina, sus recursos y sus auxiliares de toda especie, es con y contra quien combaten los cubanos.

Combatiendo en nombre de la justicia y de la libertad contra una nación que, para combatir a débiles es poderosa, la revolución de Cuba no hubiera podido resistir un solo día si hubiera sido la obra de una sola clase. La hace toda la población de Cuba, la hacen todos los cubanos, todas las razas, todas las clases que componen la sociedad cubana.

Como sería imposible que toda una sociedad hiciera una revolución para abandonarse a la tutela de otra, sería absurdo que la revolución cubana, en vez de ser absolutamente independiente como es, fuera anexionista.

Mas si lo hubiera sido; si hubiera cometido la torpeza de serlo, ya no hay nada que pueda hacer acepta-

ble la anexión. Los Estados Unidos han sido casi tan crueles y tan torpes como España con nosotros, y tendrían que conquistar a Cuba si quisieran añadir otra estrella a su bandera.

Los que sólo juzgan de los hechos humanos por los números, los recursos y la fuerza, libres son de creer que una potencia fuerte es capaz de manosear a su arbitrio a un pueblo débil; pero, los que aprendemos en la lucha contra la iniquidad a detestar tanto más a la injusticia cuanto más fuertes son los que la auxilien, sabemos que podrán poseernos destruídos; pero enteros, no!

Buenos Aires, 1874.

Cuba y el pueblo argentino

En la actitud de respeto más profundo, con la veneración que merece un pueblo tan accesible a los sentimientos virtuosos, tan enérgico al protestar contra la iniquidad, tan uno y tan digno al rechazar imposiciones insensatas, vamos a hablar de la admirable reunión verificada en favor de Cuba, y en contra de los verdugos de la Isla.

Cualesquiera que sean los poderosos motivos de rencor que tiene el pueblo americano con la nación que perpetuamente ofende en Cuba hoy, ayer en las Repúblicas del Pacífico y en la Dominicana, el espíritu fraterno que liga a todas estas sociedades, la benevolencia de este pueblo con la nación española llega hasta el olvido de sí mismo.

Demostración de fuerza y de confianza en su fuerza, como es ese olvido generoso, el pueblo argentino ha podido, puede y podrá continuamente consentírselo.

Siempre olvidando la causa permanente de discordia, es decir, la tenaz imposición de España, se presentó ayer en el Teatro de Variedades a declarar que desea la separación definitiva de aquel país y del Continente americano; que quiere la independencia de los pueblos americanos que sudan sangre bajo el yugo de sus opresores; que anhela fervientemente el triunfo de Cuba sobre sus tiranos; que a éstos y a sus delegados y a sus sayales, los maldice; que abomina de los crímenes que cometen; que condena sus venganzas cruentas; que se horroriza de sus atrocidades; que execra su maldad.

Para declarar todo esto, le bastaba su conciencia honrada; para tener el derecho de declararlo, le basta ser un pueblo americano.

Lo que hizo, lo hizo con firmeza, con el entusiasmo que comunican los afectos virtuosos, con la vehemencia que pone en la defensa de un derecho quienquiera tenga noción perfecta de él. Pero ni una sola demostración en contra del poder relacionado por pactos afectuosos con la República Argentina, ni en contra del pueblo que el santo perdón de las injurias obliga a llamar hermano del pueblo latinoamericano.

Al contrario: cuando el señor Guido Spano leyó las palabras dirigidas por el jefe de la democracia española, el buen Orense, y por algunos otros diputados españoles al poder ejecutivo de España, pidiendo la vida de los independientes cubanos sorprendidos en el *Virginius* y a pesar de la intercesión fusilados, intentó sin mal éxito atribuir a todo el país aquella noble intercesión de sus mejores hijos.

Pero nadie tiene el derecho de exigir que un pueblo magnánimo se deje ofender en su propia casa, y cuando el Sr. Mitre y Vedia leyó con su insinuante entonación las palabras temerarias que recogió no sabemos de qué periódico escrito en no sabemos qué español por no sabemos qué españoles, el pueblo argentino se dignó encolerizarse por medio de los caballeros eminentes, de los jóvenes brillantes, de los americanos respetados, de los extranjeros respetables que allí había.

Se había osado atentar por advenedizos consentidos al derecho que el pueblo tiene de reunirse, de deliberar, de exponer sus ideas y sus deseos; se había llevado la demencia hasta provocar la indignación del pueblo y éste contestó como era natural que contestara. Ni leyes interiores ni respetos internacionales, ya violados por los que abusan de las libertades del país, podrán

contener a una muchedumbre estimulada por la activa conciencia de sus derechos disputados.

Las autoridades que no la contuvieron saben cumplir con su deber. Si hubiera reclamación tan imprudente que se basara en ese hecho, tal vez no se demostraría que fué antiespañola la manifestación que paseó por las calles de Buenos Aires las banderas de las Repúblicas Argentina y cubana, pero se demostraría que debe ser antiespañol todo el que quiera vivir libremente en su propia casa y conservar incólume la dignidad de su derecho y de su patria.

Tan legítimo era el movimiento de protesta popular, que nosotros mismos, extranjeros como somos y respetuosos de la ley, hasta el escrúpulo, preferimos seguir el impulso del pueblo a permanecer pasivos acatadores de un precepto gubernativo que la misma autoridad, si atendía al país más que a sí misma, no hubiera querido hacer efectivo en aquel momento.

La autoridad se presentó, y fué respetada; pero respetó. Aquel imponente número de defensores de un derecho que, en nombre de él, y para probar que nadie tiene facultad de venir desde fuera a cohibirlo, abrazaba la bandera de Cuba y la paseaba al lado de la bandera de Mayo, vitoreando a Cuba sin deprimir a la nación que la está martirizando; aquel imponente número de defensores de la propiedad de su honra y de su patria, debió inflamar en generoso gozo el espíritu del hombre que en nombre de la autoridad salió al encuentro del pueblo.

Era la autoridad de la patria, era la soberanía de la nación lo aclamado, vitoreado, defendido y enérgicamente manifestado por el pueblo, y todas las autoridades de un país son derivación y resultado de aquélla.

Es posible que nosotros tengamos el placer de asistir a demostraciones populares que sigan patentizándo-

nos las hondas raíces del derecho en el espíritu de esta sociedad y las íntimas conexiones de ella con todo lo que es bueno, grande, justo y virtuoso; pero nunca, probablemente, se repetirá en nuestro espíritu la admiración que ayer sentimos y que hoy tratamos de razonar fríamente.

Los impulsos sublimes no se repiten; fué sublime el impulso que, desde el Teatro de Variedades a la plaza de la Victoria, llevó al pueblo.

Este ha probado estas dos cosas: que está con todas las fuerzas de su alma y todas las resoluciones de su voluntad, en favor de Cuba, hoy mártir, mañana independiente;

Que nunca consentirá que en el suelo sagrado de la patria y en la libre tierra de los descendientes de una legión de héroes del derecho, confundan extranjeros insensatos la benevolencia condescendiente con la debilidad denigrante.

Cuba, que ha sido motivo de esta muestra de viril indignación, ha hecho un servicio a la República Argentina; y ésta, demostrando por medio de sus hijos su ardiente simpatía a la Isla mártir, ha hecho un servicio eminente a Cuba.

El vínculo de unión, más estrecho hoy que ayer, se estrechará tanto más cuanto más se esfuercen los españoles por romperlo.

Al pueblo de Buenos Aires

Nunca he creído que la gratitud puede ser interpretada por la palabra, y siempre, por lo que he experimentado, he visto que la palabra más ardiente expresa mal el afecto delicado.

Nunca he comprendido que sea suficiente expresión de gratitud hacia un pueblo, nada que no se manifieste en servicios positivos a su desarrollo moral, material e intelectual.

Nunca, tampoco, me ha parecido intérprete suficiente de la gratitud de un pueblo hacia otro pueblo, un solo hombre.

Nunca, por fin, me ha parecido que era tanto una virtud del corazón como un error de entendimiento, el agradecer a un pueblo digno, aquello que, por ser digno, ha realizado.

Sin embargo, necesita expresarse en la forma más sobria de la admiración más sincera, la honda, la íntima, la reflexiva y concienzuda gratitud que debo al pueblo de Buenos Aires, que extendiendo a toda la República Argentina, por la nobilísima prueba de amor a las causas virtuosas que ha dado en el *meeting* memorable del domingo, y por la actitud dignísima que tomó al aceptar gloriosamente la responsabilidad de su adhesión a la causa que el martirio de Cuba santifica.

Si es un servicio el despertar en los buenos los afectos heroicos que dormían, legitime la parte que he teni-

do en prestar a este pueblo heroico ese servicio, la gratitud que expreso con palabras ineficaces.

Si la absoluta abnegación de mi reposo, de mis afectos, de mi posición y de mi gloria, en aras de la dignidad, de la independencia y del porvenir de mis dos Islas, no autorizan para interpretar la gratitud con que ambas contestarán a la actitud de Buenos Aires, doy a la inútil gratitud de un hombre la majestad que tiene la gratitud de dos pueblos desgraciados.

Si, en cierto modo, agradecer un acto virtuoso es cometer el error de buscar premio a la virtud, manifestarse agradecido a ella es cumplir un deber, que es harto raro para que no sea imperioso, que es harto austero para que no tenga raíz en la conciencia.

Inspirándome en ella, e interpretando el sentimiento de Cuba agradecida, rindo homenaje de admiración y gratitud al pueblo que tan generosamente ha armonizado su deber de fraternidad para con Cuba y la dignidad de su derecho ante los que han osado disputarlo.

Buenos Aires, 1873.

Con *El Correo Español* ⁽¹⁾

I

Siempre nos ha parecido débil razonador todo aquel que para discutir los razonamientos de un adversario, empieza por empuqueñecerlos o desautorizarlos. Involuntariamente, el que así procede se empuqueñece y se desautoriza: no es fuerte el que triunfa sin esfuerzo de los débiles, ni es autoridad intelectual la que se impone sin mérito a flacos de entendimiento o de cultura.

Evitando esa debilidad y esa flaqueza, empezaremos, al discutir con "*El Correo Español*", por buscar en la que nos parece confusa manifestación de sus ideas, el pensamiento sofocado en esa confusión.

Para encontrarlo, hagamos el difícil esfuerzo de colocarnos en la situación de ese periódico.

Tenga él la influencia que tenga entre sus conacionales, representará probablemente los sentimientos y los deseos de la colonia española que, para honra y provecho de ella si trabaja; para gloria y progreso de la República Argentina que abre sus puertas a la inmigración trabajadora, busca aquí y encuentra aquí elementos de trabajo y de existencia.

La colonia española será aquí, como en todas partes, una fracción del pueblo que representa, y tendrá las ideas y los errores, los sentimientos y las preocupaciones, las cualidades y los vicios del pueblo representado por ella.

(1) De *El Argentino*, Buenos Aires, 15 de octubre de 1873.

El pueblo de donde procede esa colonia ha convertido, por una enfermedad incurable de carácter, la más poderosa de las virtudes sociales en el más formidable de sus vicios nacionales. Ha convertido el patriotismo, que es amor reflexivo de la patria buena, justa, virtuosa, en los celos más furiosos, en la soberbia nacional más opresiva, en la pasión más desenfrenada por lo bueno y lo malo, lo equitativo y lo inicuo, lo racional y lo irracional, lo natural y lo monstruoso que ha hecho España.

De esos celos, de esa soberbia, de esa loca pasión se ha producido una enfermedad constitucional que está en el organismo colectivo de toda la sociedad española, y en el organismo de todos y cada uno de los españoles.

Esa enfermedad se llama *españolismo*.

El españolismo aqueja, debilita, mata, en España y fuera de ella, a cuantos hijos suyos altos o bajos, cultos o incultos, buenos o malos, dignos o indignos, potentados o indigentes, acémilas o genios, virtuosos o perversos, impotentes o poderosos por su posición, por su inteligencia, por su carácter, por su ciencia, contribuyen a hacer conocer a su país.

Podrá éste yacer por culpa suya en la más aflicta situación; cometerá a sabiendas los errores más tremendos; deberá a la Historia las cuentas más estrechas; desesperará por su ignorancia, por su fanatismo, por su anarquía, por su ferocidad en las guerras coloniales y en las contiendas civiles, a los españoles más amantes de su patria, y no obstante todo el país se tendrá por el más ilustrado, por el más racionalmente religioso, por el más ordenado, por el más humano; y los mismos españoles que, por lúcida percepción de los males y los vicios de su nación, clamaron contra ellos, serán dóciles servidores de sus males y

sus vicios cuando crean necesario vindicarse ante el mundo, o cuando, por culpa de sus errores y de sus injusticias, vean en peligro la integridad del territorio.

Se vindicarán ante el mundo, exhibiéndole airadamente las glorias históricas que no les niega el mundo. Se opondrán a la disminución del territorio, repitiendo los errores y las monstruosidades que antes habían consumado la disminución del territorio.

Los mismos que en la discusión confidencial convinieron en que es pésimo sistema de gobierno la violencia, en público la aplaudirán o no se atreverán a condenarla. Los que se atrevieran en la oposición a condenarla, no se atreverán en el gobierno a sustituirla con otro régimen más sabio.

Enfermedad que perturba la cabeza, perturba también los órganos inferiores; y es lógico, por más que sea terrible, que cuando el españolismo eloquece a los españoles más sanos de inteligencia y de conciencia, estén enfermos de españolismo todos los hijos de la enferma España.

Si no lo estuvieran, no hubiera pasado 1868, la revolución más aprovechable que ha sufrido España, sin resolver por la república mesocrática que la clase media triunfante pudo establecer, y sin resolver por la espontánea independencia de las Antillas o por su unión federal a España, los dos problemas capitales: la estabilidad en la libertad, como condición necesaria de vida interna; la armonía y la paz con sus antiguas colonias, como condición indispensable de influencia externa.

Pasó inútilmente el período feliz que 1868 había iniciado, y ahí está España desgarrándose a sí misma, sufriendo en sí misma, y por gozar la libertad utópica, los dolores que inicuamente hace sufrir a dos pueblos que no piden otra cosa que la libertad racional y la independencia legal que necesitan para ser útiles al mundo.

Los españoles no se enmiendan, y en vez de estudiar en los hechos mismos y en sus causas los deberes que necesitan cumplir para separar los errores y curar los males, continúan creyéndose alegremente servidores de la patria y la justicia, de la libertad y del derecho.

Así son todos, así es lógico que todos sean, y sería torpeza o malevolencia el olvidarlo cuando se puede discutir con ellos.

No lo olvidamos nosotros, y al discutir con *El Correo Español*, entendemos que vamos por medio de ese diario, a discutir con los hombres y el país que representa. Y como al atribuirle esa representación atribuímos a un criterio nacional la suma de ideas con que ha enunciado sus opiniones sobre el Congreso Americano, sobre la independencia de las Antillas, sobre la unión de la raza latina de Europa y en América, sobre las consecuencias sociales, económicas y políticas de la independencia total del Nuevo Mundo, claro es que habrá en cuanto pensemos y digamos, no la simple oposición de un criterio individual a otro, sino la oposición del criterio americano al español.

Así elevado el debate, puede llegar a ser útil, y como nosotros no podemos consentirnos ni consentir nada indigno, será digno.

Además de ser digno y de poder ser útil, es bueno que sea breve; y no saldremos ni de los límites de una columna de este diario ni del desarrollo metódico de cada uno de los puntos que vamos a tratar.

Si para enaltecer la discusión hemos creído necesario buscar en el artículo de *El Correo Español*, el pensamiento de todos los españoles, y si para encontrar ese pensamiento hemos estudiado suscitadamente en el carác-

ter nacional de España los orígenes de las perturbaciones de criterio y de los errores a que inducen, ésa será la única digresión en que incurramos.

Ocupada una columna de este diario, aplazamos para mañana el discutir con *El Correo Español*.

II (1)

Un Congreso Americano convocado y reunido para obtener por convenio internacional la Independencia de Cuba y Puerto Rico sería, por parte de América latina una demostración de inteligencia política, porque anticipándose al porvenir de todos estos pueblos, llamados a completarse unos por otros, prepararía la unidad de acción que debe algún día revelar la fuerza vital de todas estas sociedades: sería demostración de que todas ellas conocen y están dispuestas a reivindicar el derecho de intervenir en los negocios privativos de América latina, porque la reunión del Congreso probaría que todas las secciones del Continente latinoamericano reconocen como base de su vida la autonomía de todo el Continente: sería demostración de consecuencia, porque al reclamar la independencia de dos colonias americanas justamente descontentas de su metrópoli europea, no harían, por medios diplomáticos, otra cosa que la hecha por medio de las armas en el glorioso período—1810 a 1824—de la revolución de independencia latinoamericana: Sería demostración del vivo sentimiento de confraternidad que la naturaleza, la historia y el presentimiento de un porvenir común imponen a todos los pueblos de origen la-

(1) De *El Argentino*, Buenos Aires, 16 de octubre de 1873.

tino en esta parte del mundo, porque reuniéndose en Congreso para excogitar y proponer el medio de libertar a las Antillas que de hecho posee España, estas naciones probarían con hechos eficaces aquella comunidad de resolución que liga a pueblos e individuos cuando es común el sentimiento que los mueve: la reunión del Congreso Americano sería, en fin, demostración evidente de los designios humanos que deben impulsar a sociedades jóvenes, porque el objeto del Congreso no sería otro que el conseguir, sin más derramamiento de sangre, sin nueva devastación de campos, sin la ruina y el exterminio a que la cruel tenacidad de España ha compelido a Cuba y compelerá a Puerto Rico, el bien que para éstas, para la humanidad entera y para España misma, habría en la independencia de esas islas.

Basado en estos fines generosos, a que todos los gobiernos civilizados podrían y deberían con honra suya contribuir, el Congreso Americano no puede racionalmente ser rechazado por ningún pueblo, por ningún gobierno, por ningún hombre que vea en la independencia de los pueblos, en la autonomía de los gobiernos, en la libertad de los hombres, la condición natural del progreso humano.

Y sin embargo, *El Correo Español*, que representa aquí al pueblo español y que se declara representante de las ideas federales que hoy pugnan por dar a aquel desgraciado pueblo la estabilidad social que sólo puede dar la organización federal; *El Correo Español* rechaza con manifiesto descontento la idea de un Congreso Americano que tenga por objeto la independencia de las Antillas dependientes de España y el ensayo de unión federal que habría en esa común acción de estas naciones.

¿Por qué? Porque *El Correo Español*, como todos los españoles, republicanos o monárquicos, unitarios o federales, sólo ven una cuestión de amor propio nacio-

nal en donde no habría otra cosa para los republicanos que el triunfo de sus doctrinas, ni otra cosa para toda España que la simplificación de muchos problemas de su vida.

La independencia de las Antillas dominadas de hecho por España, sería, ante todo, un bien para España: primero, porque descartaría de sus negocios interiores el grave peso que es para un pueblo el gobernar colonias descontentas; después, porque se evitaría las continuas intervenciones y reclamaciones diplomáticas que, por noble anhelo de ver desaparecer la esclavitud, hacen continuamente Inglaterra, y los Estados Unidos; luego, porque la cuestión de emigración, de expatriación voluntaria, de esfuerzos por la vida, está íntimamente ligada a la paz y a la libertad de España, y ésta tendrá en Cuba y Puerto Rico independientes el receptáculo más próximo de su población indigente: en fin, porque si España ha de ser (lo deseamos con vehemencia) una república con vida y una federación con fuerza, será tanto más vivaz cuanto más lógica sea con las ideas a que encomienda su nueva vida, y pues la república no es tal si es centralizadora, ni la federación es posible entre partes muy distantes, lo más lógico es declarar independientes a Cuba y Puerto Rico: Si España ha de sufrir aún otra nueva reacción del principio monárquico, lo que más conviene a los republicanos españoles es tener en Cuba y Puerto Rico dos asilos que, declarada por ellos la independencia de esas islas, las convertiría en dos núcleos de acción revolucionaria contra el régimen probablemente tiránico que ha de suceder en España a la actual revolución.

La independencia de las Antillas sería un bien para la humanidad, porque le daría dos nuevos centros de

producción, de cambio y de consumo; porque determinaría la absoluta libertad del trabajo, produciendo inmediatamente la absoluta abolición de la esclavitud; porque completaría la vida americana, devolviendo dos de sus islas más poderosas al Continente; porque establecería en lo futuro el equilibrio continental americano, impidiendo por medio de esas islas y de todo el Archipiélago, que concluirá por formar con ellas un todo político, las absorciones que se suponen destino manifiesto de los Estados Unidos.

Y a pesar de éstas y otras muchas razones que aconsejan la independencia de Cuba y Puerto Rico, que hacen de esa independencia un modo de reconciliación y de armonía entre toda la América latina y España, *El Correo Español* que aquí representa a esa nación, imita a todos los españoles, llámense O'Donnell o Emilio Castelar, y declara como ellos que Cuba y Puerto Rico han de ser siempre colonias.

¿Por qué? Porque no hay español para quien no sea motivo de orgullo nacional la posesión incondicional de dos islas que nunca han sabido gobernar, que siempre han tratado con toda la violencia de la tiranía, que desde 1836 han estado reclamando condiciones de vida y de progreso, que siempre, secreta o públicamente, se han visto forzadas a conspirar contra España hasta que en 1868, Puerto Rico con mal éxito, Cuba con el éxito decisivo que abonan cinco años de lucha y de martirio, estallaron exasperadas.

Cuando *El Correo Español* cita al alto diplomático extranjero, oriundo de la Isla de Puerto Rico, que no ha mucho le presentaba como desiderátum más realizable que la unión latinoamericana la unión de todos los pue-

blos latinos en Europa y América—, el periódico español cita a un hombre que, por muy conocido del redactor de este artículo, le merece deferencia; pero opone a una idea accesible una de las más temerarias utopías de estos tiempos.

La unión de los pueblos latinoamericanos será siempre fácil, por más que obsten a ella dificultades de ejecución, porque siempre estará basada en relaciones de identidad. La unión de la raza latina en Europa y en América, nobilísimo deseo que sería popular en América (en donde todo intento generoso es popular) si entre la raza latina de América y Europa no mediaran los funestos recuerdos de España; la unión latinoamericana y europea es imposible.

Esa unión depende, en Europa, de un hecho y de un interés: el hecho es el establecimiento y la estabilidad de la república en Francia, España, Portugal, Italia: el interés consiste en oponer a la liga de gobiernos monárquicos una liga de gobiernos republicanos.

El hecho está lejano. Francia podrá ser una república, pero está expuesta a dejar de ser la apariencia de república que hoy es. España podrá salvarse de los peligros del carlismo y del fraccionamiento anárquico que imponen los intransigentes de provincias, y acaso constituya un gobierno republicano y una organización estable; pero no podrá pensar en otra cosa, y hará bien, que en reorganizarse por completo. Portugal se prepara militarmente para prevenir y rechazar cualquiera solicitud de los republicanos españoles sobre ella. Italia continúa en su alianza fructífera con la autocracia militar más poderosa. ¿Están esos países en disposición de constituir un todo homogéneo?

Interés de la llamada República Francesa es auxiliar a la República Española, y harto se sabe que nada ha temido la primera tanto como en la influencia de la

segunda. ¿Puede haber base de unión entre pueblos y gobiernos que así se excluyen?

Triunfará la república en España, triunfará en Francia, se establecerá en Portugal, acaso logre establecerse en Italia, y después de reacciones violentas, de convulsiones sociales y económicas, de lenta depuración de los vicios del régimen antiguo, llegarán, como anhelamos, a formar esos pueblos las sociedades racionalmente organizadas y dirigidas que ha menester el porvenir de la civilización; pero entre el momento del deseo y la realización de ese deseo hay un abismo de tiempo.

Esa unión es utopía: trabajen por realizarla los europeos de origen o de afición, que nosotros, los americanos de nacimiento y de convencimiento, trabajaremos con éxito más próximo por la unión de la raza latinoamericana.

De todo esto nos hubiéramos ocupado largamente; para el desarrollo de todas estas ideas hubiéramos tenido espacio aunque nos faltara el tiempo, hubiéramos tenido favorable disposición, aunque no teníamos seguridad de la oportunidad de discurrir sobre esos temas, si *El Correo Español* se hubiera mostrado tan capaz de razonar con templanza como había asegurado.

Ha mostrado, al contrario, en su número de ayer, y a pesar de las deferencias personales que le agradecemos, las mismas virulentas pasiones que condena, y para lucha de pasiones no hemos tomado la pluma ni consentido en la discusión que con tanto empeño nos pidió ese diario.

Para discutir con éxito, no basta tener respeto al adversario; es necesario tenerlo y demostrarlo a la causa que ese adversario representa. No la tiene *El Correo Español*. Excúsenos, no podemos discutir con él.

LA REVOLUCION DE CUBA ANTE
ESPAÑOLES DIGNOS

La beligerancia de los cubanos

Lejos de tener inconveniente, tengo un placer de conciencia en el momento en que hago justicia a la honrada actitud de los diputados republicanos que al impulso del siempre consecuente Orense y del diputado por Puerto Rico, Betancourt, han intercedido, aunque en vano, por la vida de los apresados en el *Viriginus*. Esos dignos representantes de la República y los que como ellos, Díaz Quintero, Garrido, Benot, Salmerón, Pi, Suñer y Capdevila, han estado siempre de parte de la humanidad en contra de la inhumanidad de los gobiernos y los voluntarios españoles, que consienten o consuman el martirio de Cuba y de sus hijos; esos dignos hijos de la democracia reconciliarán en nuestro tiempo y en los tiempos de la historia, a esos hombres excepcionales en su patria, con todos los espíritus sanos que abominan las maldades de que ellos abominan.

Lejos de tener inconveniente, encuentro una ventaja en dar crédito al telegrama que contradiciendo los anteriores, nos presenta al Poder Ejecutivo de España, pronto a acceder a los nobles deseos de algunos diputados españoles. Son tan excepcionales las excepciones formadas en España por los capaces de ser misericordiosos con Cuba, que es ventajoso, al defender contra sus verdugos la mártir, contar con mayor número de hombres para oponerlos a las fieras.

En el abandono del placer, hago abnegación del argumento más poderoso que puede esgrimirse contra los actuales directores de la política española, y no quiero

probar otra vez la culpa en que conscientemente han incurrido al sustituir los gobernadores republicanos que Pi y Salmerón habían puesto en Cuba, con las autoridades conservadoras llevadas a Cuba por el sucesor de Salmerón.

El viaje del Ministro de Ultramar a las Antillas, noticia incidental contenida en la petición de los diputados republicanos, prueba un buen deseo, que es honrado tener en cuenta.

Queden las malas pasiones para los incapaces de tenerlas buenas; forjémonos una España ideal, amiga de la humanidad, hermana solícita de Cuba, que anhela ardientemente reparar los crímenes en ella cometidos, y que buscando la paz y la libertad de la Isla esclavizada y desangrada, no quiere o no tiene bastante sentido común para no querer que sigan los voluntarios y las autoridades que les obedecían, esclavizándola y desangrándola.

Los republicanos españoles que antes hemos enumerado, y no otros, han declarado tantas veces en la Constituyente del 69, en las Cortes del 70, 71 y 72, y en la Asamblea Republicana del 73, que los voluntarios españoles, "que en Cuba deshonran a España", son el verdadero y único gobierno de la Isla, que era esperanza legítima la que el mundo hubiera abrigado al contar con que el advenimiento de la República en España sería el último momento de los voluntarios de Cuba.

Aun cuando Pi y su Ministro de Ultramar; aun cuando Salmerón y el suyo no hicieron otra cosa que dar el mando de la Isla a un general republicano, los voluntarios habían llegado a hacerse olvidar, porque no se había oído hablar de ningún nuevo crimen.

Sustituído el general Pieltan con el general Jovellar, un republicano con un enemigo de la República, los voluntarios vuelven a tomar el gobierno de la Isla, y lo anuncian con las matanzas del *Virginus*.

Según los últimos telegramas, cuando se anunció a España la captura del buque norteamericano, ya habían sido fusilados los independientes apresados en él; cuando Orense y sus colegas clamaban por la vida de los independientes, ya los voluntarios los habían destruído; cuando el Gobierno republicano se mostraba propicio a ese clamor, ya era inútil su indulgencia. Los voluntarios, previendo y temiendo la intercesión de algunos representantes del Poder Legislativo y la indulgencia del Poder Ejecutivo, se apresuraron a imponer su malvada voluntad a las autoridades de la Isla, y éstas, obedeciendo a aquéllos, fusilan a los apresados o a los que de entre ellos escogieron.

Se sabe que España ha devuelto el *Virginus* al Gobierno de los Estados Unidos, que está pronta a indemnizar con unos cuantos pesos fuertes la vida inapreciable de unos cuantos hombres; pero no se sabe que haya dado ni intentado dar una prueba de autoridad sobre los que usurpan la suya en la Isla, ni se sabe que en ésta haya otro gobierno que el constituido por los que imponen sentencias de muerte y las ejecutan.

Siendo esto así, el gobierno que hoy se impone a Cuba es absolutamente ilegal, puesto que está compuesto por una facción que violenta el gobierno regular de una metrópoli.

En frente de ésta, que es impotente para someter a los voluntarios que usurpan sus funciones, y en frente del gobierno faccioso que los voluntarios constituyen, se levanta sobre la opinión de todo un pueblo, invocando el derecho de la vida, de la propiedad de la tierra, de la independencia de la Isla, de la libertad del ciudadano, un gobierno constituido con todas las formas del derecho y sobre la base inconvencible de un hecho.

Se trata de saber cuál de esos dos gobiernos es más fuerte, y para probar que lo es más el gobierno fundado por los independientes de Cuba, se pide solamente que

otros gobiernos reconozcan el hecho de la beligerancia en los cubanos y les consientan proveerse libremente de recursos militares que han menester para aniquilar el poder de los voluntarios y para desuncirse del yugo impuesto por el Gobierno metropolitico.

Ante el sentido común de los humanos no hay sofisma que pruebe que no son beligerantes los que, durante cinco años, han peleado sin cesar y sin cejar contra fuerzas infinitamente superiores, en número, en recursos y en disciplina. Ante el derecho de gentes, tienen las condiciones requeridas para la declaración de beligerantes, los que, como los independientes cubanos, tienen recursos suficientes para resistir, ocupan una zona invariable del territorio, tienen un gobierno regular y constituyen una asociación política basada en instituciones conocidas.

Dada la incapacidad del Gobierno español para vencer al pueblo que quiere ser independiente; dada la impotencia de ese mismo Gobierno para funcionar con todas sus atribuciones en la parte de la Isla en donde los voluntarios usurpan sus funciones; dadas las atrocidades que éstos cometen y que no puede o no sabe reprimir el Gobierno legítimo, pregunto:

¿No es un deber de humanidad el reconocer la beligerancia de los cubanos?

Dada la necesaria simpatía de la República Argentina por la causa de la independencia de Cuba, ¿no sería acto de sana política el de este Gobierno, si declarara beligerantes a los independientes que en Cuba defienden todos los derechos, a pesar de la doble presión que ejercen sobre ellos dos fuerzas numéricamente más poderosas que las suyas?

Importa que lo medite quien pueda resolver ese problema.

Le dará gloria fuera, y le dará fuerza dentro.

Buenos Aires, 1873

La revolución de Cuba ante españoles dignos

I

Francisco Díaz Quintero

Si la guerra entre los Estados Unidos y España ha comenzado ya, demos por concluída la dominación de España en las Antillas.

Mas no por terminada la ominosa dominación ha terminado la tarea de hacer justicia.

Es necesario hacerla a los buenos, ya que el mundo se ha constituído de tal modo que le cuesta mucho más trabajo comprender el bien que el mal, y estimula mucho más a los malos que a los buenos.

La dominación de las Antillas, que es un hecho ignorado en su calidad, en su carácter y en su objeto, ha producido las monstruosidades más horrendas y los monstruos más abominables, al lado de los heroísmos más pasmosos y de los héroes más amables.

Monstruosidades y monstruos están por entero del lado de los mercaderes de esclavos, y no hay ningún antillano que lo sea; del lado de los que solamente en los dos primeros años de la lucha fusilaron, agarrotaron o asesinaron a *cuatro mil cuatrocientos setenta y ocho* cubanos o partidarios de Cuba independiente, y no han podido ser hijos de ella los verdugos.

Pero el exceso del horror, unido a las doctrinas democráticas, produjeron en España misma los héroes menos fáciles de hallar y el heroísmo que, por necesitar jueces más altos, menos jueces tiene; el heroísmo y los héroes del deber.



Son muy pocos, y todos son republicanos; pero uno solo bastaría para superar a todos los fáciles triunfadores de otras lides y para encender en calorosa estimación la conciencia que sólo estima lo que es bueno.

Algunos de esos magnánimos varones, gloriosísima excepción en su país, honrosa especialidad en estos tiempos indiferentes a lo justo, han estado o están entre los cantonales de Sevilla. A pesar de los excesos que se les imputa que cometen, los cantonales representan la verdadera evolución política de España.

Los diputados federalistas y parciales de Cuba que no han estado personalmente entre los cantonales, lo están mentalmente; y puesto que sobre los unos y los otros caerá la injusta condenación que ya, desde los alzamientos de 1869, a principios y fines de aquel año, ha caído sobre los verdaderos representantes de la República federal en aquel país, rehabilíteles, ante los que no tienen interés en sus parciales, una pluma justiciera.

Los que han sido capaces de elevarse por encima de toda su generación y más altos que todos los intereses y pasiones de su tiempo, para ver la justicia y señalarla y aclamarla, condenando contra su propia patria las iniquidades que ella miraba con indiferencia, no pueden ser defensores del crimen y de la iniquidad en los cantones que han contribuído a mantener hostiles entre el gobierno normal de una República apócrifa. La causa que entre sus defensores cuenta uno solo de esos hombres, podrá ser un error de fecha, pero es de seguro una causa honrada.

Por tal la han tenido; por tal la han secundado.

Tal era, tal es, tal les pareció la sacrosanta causa de la Independencia de Cuba, y si no abogaron expresamente en su favor, expresamente y con la única elocuencia de la verdad y la justicia, condenaron un día y otro día, una vez y cien veces, los intereses infames, las

pasiones de los rebeldes, los crímenes horrendos, las atrocidades inicuas, la perversidad monstruosa de los enemigos activos y pasivos de la independencia de Cuba.

I

Entre esos hombres, el más honrado con la calumnia, los vituperios y la persecución de los sostenedores del régimen nefando de las Antillas y de la nefanda guerra contra Cuba, es el que más altamente se ha elevado con la defensa de la humanidad contra la iniquidad.

Se llama Francisco Díaz Quintero, y era, cuando a principios de 1869 lo conocí en la sala del Congreso, un hombre como hasta de cincuenta años, de constitución tan débil como de espíritu tenaz, de excelente estructura en el cráneo y en la frente, de ojos apagados, de ralo cabello, como perilla y bigote, ceniciento, de aire displicente y de traje descuidado.

Acababa de aparecer en la escena pública como diputado por no recuerdo qué provincia a la Asamblea Constituyente, y era absolutamente desconocido. Era el traductor, y excelente traductor, del *Kosmos* de Humboldt, con lo cual hubiera en cualquier otro país hecho lo bastante para merecer y tener notoriedad honrada; pero conocer seriamente un idioma apenas conocido en su país, tener las sólidas aptitudes literarias y las graves tendencias científicas que requería una empresa como la de traducir fielmente el *Kosmos*, no es motivo de celebridad en un país que sólo puede dar el género de nombradía que concibe.

Lo único que de Díaz Quintero se sabía era su antigua amistad de infancia con Rivero, su decidido amor a la república federal y unas cuantas anécdotas que lo presentaban como un espíritu totalmente independiente, así en su pensamiento como en sus costumbres.

Se decía de él: "Es un despreocupado", se preparaban las risas más juguetonas para oírlo, y se pasaba.

En aquellos días, los primeros de que ha disfrutado el libre pensamiento en aquel país, durante siglos enteros asfixiado en su conciencia, la Asamblea Constituyente, que entonces discutía el artículo referente a las relaciones del Estado y de la Iglesia, era una especie de *Pórtico* o *Academia* en que las escuelas filosóficas gozaban infantilmente del aire libre, como en los tiempos en que la filosofía recién nacida se paseaba en los pórticos, en los jardines, o en los contornos de Atenas, suspendiendo desde los labios de Sócrates, de Zenón, de Platón y de Aristóteles la curiosa atención de los adolescentes.

En vano protestaban los hombres prácticos y los conservadores que ya apuntaban en el seno mismo de la revolución reciente, contra el carácter de aquellas discusiones. El médico Cervera declaraba tranquilamente que jamás, en las numerosas autopsias que había hecho su escalpelo, se había encontrado con el alma humana.

El médico Suñer y Capdevila sostenía la mal interpretada paradoja de Proudhon. El traductor de Proudhon, Pi y Margall, asentía con su sonrisa discreta y sus humildes movimientos de cabeza a las afirmaciones materialistas, ateístas, deístas, panteístas, naturalistas, que, Garrido, Palanca, Santa María, Paúl y Angulo y el risueño Orate defendían con aplausos y clamores, con todos sus colegas de diputación republicana, contra las protestas del canónigo Manterola y de los diputados carlistas.

En una de esas sesiones, Díaz Quintero medió en uno de los frecuentes incidentes parlamentarios, y pronunció unas cuantas palabras, a la vez sobrias e incisivas, que empezaron a darlo a conocer como algo más que un hombre de talento, como un hombre de ideas definitivas.

Para hombres de esta especie, desdeñosos de todo interés que no sea el de la justicia; sólidamente constituidos contra todas las indignidades de los hombres y contra todas las asechanzas de sus propias pasiones e intereses, estaba hecha la lucha que entonces empezaba entre Cuba y sus tradicionales opresores.

Se pondrían de parte de aquéllos contra éstos y darían una hora de regocijo a la justicia; atraerían sobre su cabeza las maldiciones de todos los malvados, y darían una lucha deleitosa a su conciencia; se exageraría la popularidad que, en días de error e iniquidad, impone el sacrificio de la verdad y la justicia a sus validos, y tendrían la noble gloria de hacerse representantes de la conciencia humana; serían los españoles más odiados, más vejados, más befados por españoles, y serían ante la Humanidad los hombres más respetables y más respetados de su patria.

Esa difícilísima actitud, en tiempo ninguno tan difícil como en tiempos en que la inteligencia sólo sirve para el mal, ha sido la de Díaz Quintero, desde 1870, cuando la revolución de Cuba empezó a tomar su carácter decisivo, hasta los días en que su nobilísima firmeza le dió algunos auxiliares entre los republicanos de ambas Cámaras.

Aun cuando no ha habido verdad que Díaz Quintero no haya dicho al defender la justicia de Cuba contra España, ya desde los bancos del diputado, ya desde los escaños del senador, la base continua de su argumentación ha sido ésta: "Que siendo los voluntarios de Cuba, y especialmente los voluntarios de la Habana, explotadores inicuos de la guerra en la cual no han tomado jamás suerte ninguna, exceptuando la de asesinos infames y la de expulsadores de capitanes generales, los verdaderos rebeldes eran y son los voluntarios españoles".

Esta verdad, una y cien veces repetida ante el mundo y ante las mismas Cámaras que premiaban con pre-

mios *ad hoc* la conducta alternativamente salvaje y rebelde de los voluntarios, ni para aquéllos ni para éstos podía ser agradable.

De aquí la animosidad de sus colegas no republicanos, la tibieza de muchos de sus correligionarios políticos que censuraban amargamente su virtud, y el odio enconado, ardiente, criminal, de los voluntarios españoles y de todos los que en Cuba y en España participaban de las facciones y los intereses de los voluntarios de la Habana.

Ese odio llegó hasta el extremo salvaje de atentar contra la vida de Díaz Quintero, según afirmaba su compañero de senaduría, el señor Eduardo Benot, en su elocuente discurso pronunciado ante el Senado en la sesión del 18 de octubre de 1872. Hablando el señor Benot de los males que se hubieran evitado si en tiempo se hubiera considerado noblemente la cuestión de Cuba, enumera las pesadumbres que costaba a los republicanos partidarios de Cuba el defender la justicia, y, refiriéndose a Díaz Quintero, cita "las amenazas de asesinato bajo las naves mismas de la Iglesia, que lanzaban contra él los enviados de los voluntarios en Madrid".

Para demostrar la horrenda perversión de ideas y sentimientos que así, y con saña tan inicua, perseguía a un hombre justiciero, basta oponer a los gritos, ultrajes y amenazas de sus enemigos las palabras con que él ante el Congreso y el mundo los condenaba.

Es lo que haremos.

Un folleto, *The Cuban Question*, publicado a principios de 1873 en Londres, reproduce textualmente y con fidelidad traducidas del *Diario de las Sesiones*, las palabras que en 1871 y 1872 han pronunciado ante el Congreso en favor de Cuba y en contra de sus gobernantes y opresores, los beneméritos de la Humanidad

a quienes desde aquí rindo el tributo de la estimación respetuosa.

Al traducir del inglés al español las palabras antes vertidas del español al inglés, me esforzaré por aproximarme a lo que en el texto primitivo serán esos discursos.

Me ocupo de Díaz Quintero, y de él son las siguientes palabras, pronunciadas ante el Senado en 7 de octubre de 1872:

"Deseo preguntar a su señoría (el Ministro de Ultramar) si es cierto que los desfalcos de la administración militar de la Isla de Cuba ascienden a algunos millones de duros. Me han informado que esos desfalcos son muy considerables y llegan a algunos millones; y como presumo que los datos referentes a ellos están en manos del Supremo Consejo de Guerra, deseo saber qué medidas ha tomado S. S. para corregir esos abusos que, repito, datan de una época anterior al ministerio de su señoría.

"Tengo ahora que dirigir otra pregunta al Ministro de Ultramar; pero, antes de hacerlo deseo dar las gracias a S. S. por su prontitud en presentar los datos que yo pedí con respecto al censo de esclavos. Pero, desgraciadamente, S. S. sólo ha enviado de los relativos a Puerto Rico, aunque yo pedí también los referentes a la Isla de Cuba.

"Los asuntos de Cuba se presentan tan oscuros, que ni aun en el mismo ministerio de Ultramar se sabe nada de cierto y no pueden obtenerse informes claros y precisos. Siento mucho que no se nos haya suministrado el censo de esclavos en Cuba, como tampoco los datos relativos a las confiscaciones."

Aquí, como se ve, el generoso senador denuncia ante el mundo estos dos hechos que explican en parte el carácter y los intereses feroces de la guerra hecha a



Cuba. Primer hecho: que la administración militar desfalcaba millones. Segundo: que el Gobierno español no quería presentar el dato relativo al número de esclavos, sin duda por no disgustar a la *Liga* que entonces habían formado en Madrid algunos traficantes de esclavos, algunos emisarios de los voluntarios y algunos magnates, con objeto de impedir a toda costa reforma ninguna para Cuba y menos que otra alguna, las referentes a la esclavitud.

En la misma sesión pidió Díaz Quintero al Ministro de la Guerra que presentara un estado de las pérdidas sufridas en la guerra por los voluntarios de la Habana, "esos voluntarios cuyo patriotismo estamos siempre oyendo ponderar". "También nos gustaría saber qué servicios han prestado para distinguirlos con consideraciones y favores, creados especialmente para ellos, cuando los únicos servicios de ellos que conozco son los de habernos devuelto con ninguna cortesía a nuestros capitanes generales, impedir sentencias de tribunales legales y asesinar atrozmente a jóvenes imberbes, crimen que permanece impune todavía. Pregunto, al Gobierno si está decidido a tomar medidas para castigar a esos infames asesinos que, con las armas en la mano, impusieron su voluntad a un consejo de guerra, rodeándolo como lobos hambrientos y pidiendo con alaridos la cabeza de las víctimas inocentes. Pregunto, lo repito, qué medidas se han tomado para castigarlos como merecen. Y sobre todo, deseo que se presente un estado de las pérdidas sufridas por esos celebrados voluntarios y los servicios que han prestado."

Habiendo el Ministro de la Guerra aparentado extrañar que Díaz Quintero no conociera los supuestos servicios de los voluntarios, el senador justiciero contestó:

"Tengo que rectificar el error en que ha incurrido el Ministro de la Guerra al decir que ignoro mucho de

lo que pasa en Cuba. Desgraciadamente, conozco demasiado bien los sucesos que allí tienen lugar. Tengo conocimiento de algunos servicios y sacrificios hechos por los voluntarios que están fuera de la Habana... Deseo saber cuántos de ellos han caído combatiendo, cuántos de ellos han ido a combatir a los rebeldes. De los que deseo saber los servicios que han prestado es de esos que asesinaron en el Louvre a un pueblo indefenso; de esos que expulsaron a nuestro Capitán general Dulce. Es a éstos a quienes defiende el Ministro de la Guerra. Porque si son éstos, necesito saber cuántos de esos asesinos del Louvre; cuántos de esos que, como bestias famélicas, aullaban por sangre alrededor del consejo de guerra, han ido a derramar su sangre por España."

Por lo que en las palabras anteriores dice el nobilísimo defensor de la justicia y el denodado acusador de los infames, he aquí lo que ha estado sucediendo en Cuba. Unos usurpadores del Gobierno de la metrópoli, que en nombre de su españolismo se erigieron en gobierno de la colonia martirizada, expulsaban los capitanes generales mandados por el Gobierno central, asesinaban en calles, plazas, paseos, cafés y teatros al pueblo indefenso, vetaban con fuerza armada las sentencias de los tribunales, imponían sentencia de muerte en consejos de guerra formados a su gusto, asesinaban a niños, y en vez de prestar servicios a la que llaman su patria, no van ni una sola vez al campo de batalla. Y la que se deja llamar patria por esos usurpadores sanguinarios, en vez de condenarlos, los defiende, y en vez de castigarlos, inventa premios y distinciones para recompensarlos.

Habiendo el Ministro de la Guerra contestado a los *cuatro* días (14 de octubre) con un estado en que, naturalmente, no constaban, porque no puede constar lo que

no existe, las pérdidas sufridas en combate por los voluntarios, Díaz Quintero dijo:

"...Lo que yo necesito saber es cuántos hombres de esos voluntarios de la Habana, *que nunca han peleado por el honor de España*"...

"El Ministro de Ultramar puede creer lo que quiera; pero sea cual fuere su creencia, no nos suministra los datos que yo pido, y datos, no creencias, es lo que yo pido. En cuanto a la pregunta que me dirige, no tengo inconveniente en responder que reconozco plenamente los servicios prestados por los voluntarios de la Habana en lo que respecta a los asesinatos que cometieron en el café del Louvre, así como en la expulsión del general Dulce, como también reconozco por completo la ignominia arrojada sobre el Gobierno español al sufrir tal ataque a su dignidad. Si hubiera habido su vislumbre de decoro en el Gobierno, el general Dulce habría vuelto a Cuba con un ejército a su espalda suficientemente fuerte para imponerse a aquellos rebeldes, porque en realidad, *los verdaderos rebeldes que hay en Cuba son los voluntarios esclavistas de la Habana*".

En la misma sesión, y asombrándose de que no se hubiera hecho ni aun dicho nada sobre abolición de esclavitud, Díaz Quintero pronunció estas palabras memorables, que podrán servir de comentario general a la fallida historia de España en América, y sobre todo, en Cuba y Puerto Rico:

"...Y en Cuba lo vemos todo despóticamente pisoteado, y en vigor un sistema completo de esclavitud que es la desgracia de nuestra nación".

Estas últimas palabras que tan patéticamente expresen la congoja del verdadero patriotismo, sean las últimas que citeamos del ardoroso defensor de la justicia.

En dondequiera que haya españoles, habrá lenguas que lo maldigan, porque el mayor error en las pasiones

malas consiste en la incapacidad de ver, de comprender y de acatar el bien; pero en dondequiera que haya hombres, la ardorosa expresión de un bueno en favor de la justicia será acogida con reverencia y con fruición.

Ante sí mismo, ante la conciencia humana, ante la historia, vale cien mil veces más un derrotado de la verdad y la justicia, que mil triunfadores de la iniquidad y del error.

II

Eduardo Benot

Algunas veces, cuando el interés de la libertad o el de mi patria me llevaba en los primeros meses de 1869 a la tribuna de periodistas del Congreso de Diputados, solía yo distraer el descontento que me causaban allí los malos trances de patria y libertad, admirándome de lo pequeño que el cambio de posición había hecho a antiguos auxiliares míos que eran ya adversarios o enemigos, y mirando con irónica curiosidad o con curiosidad reflexiva las nuevas figuras que habían salido repentinamente de la oscuridad que merecía o que, sólo por no haberse exhibido en Madrid, habían sufrido.

Entre estas últimas, llaméme muchas veces la atención un hombre que parecía muy tranquilo en sus pasiones, muy reflexivo en sus hábitos intelectuales, muy sereno en su conciencia. La placidez de su rostro ovalado, blanco sonrosado, limpio de barba, y un poco sombreado por los espejuelos que amortecían el brillo de sus ojos, era la rarísima placidez que sólo se observa en la fuerza cuando está en reposo, y que, por lo tanto, se observa poquísimas veces en los hombres. Una de las cosas en que los hombres prueban mejor su debilidad connatural, es en lo mucho que les urge dar a conocer

la fuerza que sienten en su cerebro, en su voluntad o en sus afectos.

Desde que yo descubrí en los bancos de la extrema izquierda aquel espíritu seguro de sí mismo: "Ese hombre, me dije, debe ser de los que van hasta el fin".

Supe que se llamaba Benot un día en que el Presidente de la Cámara le concedió la palabra que había pedido en la discusión de no recuerdo qué artículo de la Constitución que se discutía, y no supe nada más hasta que el folleto *The Cuban Question*, que ha venido a mis manos dejando hablar a los hombres en los discursos y palabras que de ellos ha tomado y traducido, me ha presentado a Eduardo Benot, todo entero, tal cual yo lo había prejuzgado, en el fragmento de discurso que honrará perpetuamente a ese hombre bueno.

En ese discurso hay dos observaciones distintas a que entregarse: una, la del hombre; otra, la de la causa por la cual se eleva.

El hombre está pintado en la sencillez, en la casi humildad con que empieza a tratar un asunto escabroso en el cual va a tener que poner en movimiento toda la fuerza de que se siente poseído.

La grandeza de la causa se descubre en la fuerza que comunica, en el fervor con que acalora, en el ambiente de verdad en que envuelve, en la atmósfera de justicia en que respira.

Ese hombre, que hoy habla con esa unción, hace muy poco tiempo (él mismo lo dice expresamente) "poco o nada conocía de cuestiones coloniales: sólo sabía que florecía la esclavitud en las colonias, y el generoso espíritu del tiempo le hizo aborrecer y maldecir el infame sistema colonial" de España.

La minoría republicana le encomienda que estudie ese problema odioso, y a medida que ve la esclavitud corrompiendo caracteres y conciencias; una turba de mi-

serables traficantes de carne humana sosteniendo la inicua institución; ésta basándose en el despotismo más discrecional; la metrópoli usufructuando para sí y sus capitanes generales los millones robados al trabajo libre, los derechos robados a cubanos y puertorriqueños; a medida que ve crecer en éstos el hambre de derechos, justicia y libertad; alzándose en su nombre a los cubanos; combatiendo contra ellos los intereses más inmundos y las pasiones más repugnantes, va su espíritu generoso saliendo del reposo reflexivo, armándose de la fuerza que en sí misma tiene la justicia, y de indiferente que era, se convierte en el más apasionado acusador de los horrores que deshonoran en la colonia a la metrópoli.

En tanto que el lector del discurso ve este desenvolvimiento patético de un alma buena hacia lo justo ¿qué es lo que ve en su auditorio?

La representación de un país que aspira a la libertad y "al establecimiento de la justicia" (según dice el preámbulo de la Constitución de 1869) sofocando la libertad de pensar y de hablar en un hombre justo, negándose a hacer justicia en los que por medio de él y de la humanidad, están reclamándola en Cuba martirizada.

El espectáculo es de los más interesantes e incitantes que puede hallar una vida de hombre en este mundo, y nadie asistirá a él sin conmoverse hondamente en la conciencia.

El espectáculo está en el fragmento de discurso que voy a restituir a su idioma original. Léalo quien quiera asistir al espectáculo.

"Senado.—Sesión del 18 de octubre de 1872.

—El señor Eduardo Benot.

"Volvamos ahora nuestra vista a las colonias. Pero antes de hacerlo, deseo manifestaros, señores Senadores, cuán profundamente deploro el tormento que os

doy al ocupar vuestra atención por tanto tiempo. Tan grande es mi deseo de no quitar a la Cámara su tiempo, que nunca he hablado aquí, sino para llenar algún deber de partido o cuando el voto de mis colegas me ha obligado a ello. Y tengo un motivo especial para ese poco deseo, pues yo soy de los que creen *que el poder de persuasión depende mucho más de la disposición de espíritu del que escucha, que de la fuerza y razonamiento del que habla*. Cuán fácilmente puede convencer de aquello que tiende a lo que nosotros deseamos; y por otra parte, *con qué tedio y fastidio escuchamos a aquellos que nos hablan de asuntos contra los cuales sentimos aversión!* (with what tedium and annoyance do we listen to those who talk to us of subjects against which we feel an aversion!) Y tan cierto es esto que *a menudo nos tapamos los oídos por temor de que vacilen nuestras opiniones y de que fuéramos incapaces, en conciencia, de negar nuestro asentimiento a una opinión contraria*, más bien desagradable por efecto de las circunstancias en que vivimos que por el resultado de madura deliberación o fundado ejercicio de la voluntad.

”No obstante, desde que estoy sentado en los bancos de la oposición, acaso alguna vez haya pensado convencer con la fuerza evidente de las razones que tenía que aducir; más nunca conquistar opiniones adversas con meros sofismas. Siendo esto el caso cuando sólo cuestiones de principios se debaten ¿qué no he de temer ahora que tengo, contra mis inclinaciones, que hablar de las atrocidades cometidas en nuestras colonias, “*envenenadas con crueles rencores y con pasiones furiosas*”, según la ya famosa expresión del Ministro de Ultramar?

”¿Qué no habré yo de temer ahora que tengo yo mismo que dirigir a personas desconocedoras del asunto, porque, en verdad, *si alguien ignora lo que pasa en*

Cuba y Puerto Rico, es la Península española! Y plugiera a Dios que sólo tuviera yo que combatir con la ignorancia en cuestiones coloniales! Pero, desgraciadamente, el tesoro arrancado de la sangre de los negros ha sido, en forma de lingotes de oro, enviado desde las colonias hacia acá, más para pervertir la opinión pública que para obscurecer la luz. ¿Qué no habré yo de temer cuando so pretexto de amor a España, nos mandan violentamente los capitanes generales que enviamos? España no gobierna en Cuba, porque si ella gobernara, no sufriría que niños inocentes hubieran sido fusilados como lo han sido.

''Muchos de vosotros, señores Senadores, sois padres. Figuraos con los ojos del espíritu, ausentes de la Universidad de la Habana a vuestros hijos, yendo por ausencia de su profesor y la irreflexión de la niñez, a jugar a un cementerio del contorno. Imaginaos que por esta irreverencia y por cierta falta de confianza que existía entre las autoridades (de lo cual no quiero expresamente ocuparme ahora), una canalla feroz y sediciosa toma prisioneros a vuestros hijos, los somete a un consejo de guerra y los acusa falsamente de profanar una tumba *cuyo cristal está intacto todavía*. Imaginaos también que el consejo de guerra los absuelve, y que ese populacho salvaje, excitado hasta el grado supremo de paroxismo para la sed de sangre humana, recusa la absolución y sujeta a vuestros hijos inocentes, que ya han sido absueltos (concebid esto, si podéis, señores Senadores), los sujeta otra vez, después de una sentencia absolutoria, a otro consejo de guerra; y allí, bajo la punta de las bayonetas y bajo la presión del miedo inspirado por los aullidos de aquellas hienas sanguinarias, condenan a ocho de vuestros hijos a la muerte, y a galeras los demás. La autoridad, toda autoridad ha dejado de existir en la Habana, desde que ha dejado de tener

fuerza para sumir en un calabozo a esos mil y mil veces feroces, hombres sin ley que tienen la espantosa ferocidad que se necesita para asesinar a vuestros hijos respetados por la ley. Este es un cuadro pavoroso; pero aun no podéis formaros una idea bastante exacta de aquella escena salvaje. Los niños eran 44, y el segundo consejo de guerra ordenó que se pusieran a la suerte los que debían ser fusilados. Entre otros, cayó la suerte a dos hermanos, y el mismo corazón de piedra de los jueces sintió que era tremendo el privar de dos hijos a un padre, y perdonó a uno de los dos; mas, para que la operación aritmética resultara exacta y quedara el debido número de víctimas, sustituyeron con otro al niño perdonado, porque el elegido parecía algo más viejo que los otros, sin mirar ni cuidarse que iban a despedazar el corazón de otro padre al asesinar a su inocente hijo: tan inocente y tanto, que ni siquiera había estado en la Habana en el día de la supuesta profanación de tumba. ¿Qué diríais vosotros, oh! íntegros Senadores que habéis encanecido en la administración de justicia, si uno de *vuestros* hijos hubiera sido condenado a muerte y fusilado como un perro por el horrendo crimen de ser un poco más viejo que sus infortunados compañeros? Pues ese crimen, increíble como es y sin ejemplo en los anales de la historia, permanece todavía impune, según nos lo ha dicho el señor Díaz Quintero en una sesión precedente. *Y todavía nos dice el Gobierno que está prescripto el crimen, cuando éste es conocido por el mundo entero!* Plugiera al cielo que su amargo relato yaciera oculto para todas las naciones de la tierra!

''Yo os aseguro, señores Senadores, que entro con temor en la discusión de los asuntos coloniales, porque me horroriza tener que abrirme camino por en medio de *latrocinios gubernativos, de asesinatos judiciales, de usurpaciones del poder parlamentario.*

"Hace pocos años, poco o nada sabía yo de cuestiones coloniales. Sólo sabía que florecía la esclavitud en las colonias, y el generoso espíritu del tiempo me hizo aborrecer y maldecir nuestro infante sistema colonial. Pero la minoría de las Cortes Constituyentes me encargó del estudio especial de los asuntos de Cuba y Puerto Rico, y entonces vi que España sostenía en las Antillas un crimen bochornoso que todo lo penetra, que todo lo corrompe, que sobre todo ejerce su mortífera influencia y que nos deshonra ante la civilización. Además, me convencí de que los asuntos políticos, así en Cuba como en Puerto Rico, no eran otra cosa que un pretexto para la abolición o el mantenimiento de la esclavitud.

"La minoría republicana de las Cortes Constituyentes tiene sobre su conciencia un gran pecado de omisión, que procede de un error trascendental referente a nuestros deberes de verdaderos españoles. Aludo al hecho de haber guardado silencio en la cuestión de las Antillas. Sólo unos poquísimos diputados, de acuerdo con nuestros estimados colegas, ahora y entonces rompemos el silencio, y fuimos recompensados por la patriótica tolerancia de los voluntarios de la Habana, que condenaron nuestros discursos a las llamas. Parece que yo fuí bastante afortunado, pues sólo en un oscuro café se quemaron mis discursos; pero contra algunos de mis dignos, estimados y patrióticos colegas, se descargaron torrentes de maldiciones y de injurias tan implacables y tan viles, que hubieran sido terribles si no hubieran sido supremamente ridículas. La minoría estaba espantada de las acusaciones que en aquella época dirigían los piratas negreros, amos de esclavos y vendedores de esclavos, contra todos los que intentábamos abogar por el derecho y la justicia, y aquel terrible silencio, traducido como complicidad y consentimiento, dió enorme fuerza a los traficantes de carne y sangre

negras y ocurrió una exacerbación del mal, entonces imposible de prever. Cuba está sumergida bajo una inundación de abusos, y un más allá es imposible, a no ser que, como se ha propuesto y solicitado ⁽¹⁾ en nombre de la humanidad desde la misma Cuba, se decrete el exterminio de todos los cubanos.

”¡Ah! Si entonces hubiéramos levantado la voz del verdadero patriotismo y de la verdadera humanidad, a cada hora, a cada momento, a cada oportunidad, acaso jamás hubiera tomado el mal las proporciones que ahora tiene, y más pronto hubiéramos desechado el espanto de falsas acusaciones que por calumniosas, no perturban nuestro sueño ni se hubiera jamás llevado a efecto las amenazas de asesinato bajo las naves mismas de la Iglesia, como lo atestigua nuestro amigo Díaz Quintero, a quien vemos aquí sano y salvo. Si entonces una idea errónea de nuestros deberes como españoles nos impuso silencio hasta ahora, no podemos, no queremos, no debemos, ni aun por un solo instante más, permitir que se nos considere cómplices de las atrocidades que se han cometido y de los crímenes de lesa humanidad que se perpetran en nuestras colonias.”

”Cuba está gimiendo bajo el látigo del poder arbitrario; allí no hay ley ni código ni constitución; los principios de la ley moderna están pisoteados por el suelo y las antiguas leyes están escarnecidas. Los niños son inmolados, el enjuiciamiento no para hasta la muerte, el inocente sufre la pena del culpable, *se fríen y se comen orejas humanas*, la fuerza bruta es el único poder, la vil avidez de indignos oficiales, la infamia de los piratas negreros y de los esclavistas...” (Rumores.)

(1) En *La Voz de Cuba*, infame periódico redactado ferozmente por un tal Castañón, el mismo por cuya tumba *profanada* asesinaron los voluntarios a los niños. (Nota de Hostos).

“Espero que habrá tolerancia bastante en el Senado para oírme. Vengo aquí a proclamar lo que siento, después de pesarlo hondamente en el santuario de mi conciencia.”

Y de una conciencia justiciera, que inmortalizará al hombre bueno.

Todas las aclamaciones estrepitosas de una época, estimulando el vano talento de aquéllos que pactan con los males de su tiempo, no valen en la actualidad ni en la posteridad lo que la silenciosa aclamación de la conciencia humana, reconociéndose en un hombre virtuoso. Esa alta honra la tendrán Eduardo Benot y los muy pocos diputados españoles que han sabido rendir tributo a la verdad antes que adular las pasiones salvajes, que, so color de patriotismo, han infamado para siempre a los gobiernos que las han dejado desencadenarse.

El Senado, que no se había conmovido cuando le presentaban el cuadro horrendo de las Antillas, se inquieta, se impacienta, murmura, protesta con rumores cuando se le dice quiénes son, y obedeciendo a qué malditos intereses, los que, “por latrocinios gubernativos, por asesinatos judiciales, por viles avideces, por infames piraterías de carne humana”, consienten y hacen que sea el cuadro de las Antillas tan abominable como es.

Es tan delicado el patriotismo de los que ven la gloria de su patria en imponer a sangre y fuego esos horrores y esas abominaciones a otro pueblo!

El discurso de Benot no ha concluído; pero voy a suspenderlo para hacer conocer palabras de otros beneméritos de la verdad.

Entonces continuaré y concluiré la traducción del discurso del señor Benot.

En tanto, admírelo quien sepa a qué cosas debe su admiración el hombre honrado.

Buenos Aires, 1874.

El artículo de Francisco Pi y Margall

I

Dejé para último comentario el artículo en favor de Cuba que publicó en Madrid el pensador español que, desde antes de 1868, había llevado al periodismo, y, después de la revolución de septiembre a la política general de su país, un pensamiento, una conciencia y un sentimiento de justicia que habitualmente están desterrados de aquella política, y de ésta, y de la otra... A pesar de esto, Pi y Margall no es el único republicano español que ha lanzado el clamor de la justicia en favor de las Antillas.

Para honra y gloria del republicanismo español, y en comprobación de que un bello ideal cualquiera es creador de nobles caracteres, casi desde que estalló la revolución de los diez años protestaron la prensa y los diputados republicanos contra la bárbara represión que, desgraciadamente, parece que de nuevo comienza. Entonces uno de los primeros en la prensa, el primero en la tribuna del Congreso, Garrido, protestó. Con él, y aun más rudamente que él, protestó Capdevila. Las protestas de Díaz Quintero y de Benot contradijeron de tal modo el nacionalismo, el albinismo nacional, el murcielaguismo (*chauvinisme*) del populacho nacional y de la plebe intelectual de la Península e "Islas adyacentes", que como es uso y costumbre en tales casos de discrepancia entre uno que siempre es uno y el millón que ahoga al uno, hubo calumnias y procacidades que inmortalizaron en la mente popular las nobles figuras de aquellos mal comprendidos amigos de su patria. Salmerón, Azcárate y otros representantes genuinos de la España contemporánea, entonces y no ha mucho protestaron. Sólo, que estos fieles discípulos de Saenz del

Río, y del abstruso contemplador del *Ideal de la Humanidad*, no se han contentado con la protesta; y al lado de ella, presentaron la doctrina: en protesta, abominan de la dominación; como doctrina, liberación de las Colonias.

El mismo Pi y Margall, que era bien digno de la confianza que en él tuve, cuando a comienzos de 1869 puse en sus manos la defensa de Borinquen, perseguida en aquellos de sus hijos que habían depuesto las armas; y la de Cuba, denostada, maldecida y abrumada por haberse armado contra la dominación irresponsable; el mismo Pi habría desde entonces abogado por la justicia, si lo que entonces tenía él por solución que incluía la del problema de las Antillas, no lo hubiera disuadido. Creía, y con su sinceridad me persuadió, aunque no me convenció con sus razones, que lo primero, entonces, era organizar definitivamente el Partido Republicano.

Mas no por eso dejaba de ser partidario de buen partido el jefe del federalismo. El partido que adoptaba para satisfacer a las Antillas y salvar de su crisis colonial a España era el que sugería el principio federativo. Triunfante la República, Cuba y Puerto Rico serían estados federales.

Era la misma solución ya propuesta por un orador puertorriqueño ⁽¹⁾ en una sesión del Ateneo, y no era posible que quien había arrostrado iras por un principio, injuriara con desconfianzas al patrocinador de ese principio, tan sólo por estimar éste no llegado el momento de pedir la aplicación de su doctrina.

(1) El mismo Hostos en la sesión del 20 de diciembre de 1868, presidida por Don José Moreno Nieto. V. *Obras Completas de Hostos*, Vol. I. *Diario*, Tomo I, pp. 97-108. (Nota de los Compiladores).

II

Lo que ahora sustenta Pi y Margall es simple y sencillamente, no una doctrina sino un régimen, espontánea, empírica, históricamente practicado por Inglaterra en su sistema colonial.

Es verdad que ese régimen hace al Canadá una verdadera potencia comercial; más potencia, ella colonia, que casi todas las naciones europeas de segundo orden.

Es verdad que ese régimen hace a Australia, maravilla de colonización que, en menos de un siglo, ha constituido una simple colonia en sociedad de 3,000,000 de individuos, en una de las sociedades más civilizadas del mundo, en una de las comunidades realmente prósperas entre las muy pocas con que se puede enorgullecer la civilización contemporánea, y en una asociación comercial, agrícola y fabril tan rica y poderosa, que ella sola produce, consume y distribuye más riquezas que la mayor parte de las naciones.

Es verdad que ese régimen hizo a los Estados Unidos, que es el mayor hacer a que ha llegado la concurrencia de la sana razón práctica, de la fundación de la libertad en el Derecho, del reconocimiento incondicional de las autonomías connaturales a la sociedad y de las dos fuerzas que siempre andan ociosas entre latinos, la iniciativa individual y la iniciativa de los grupos sociales.

Es verdad, por último, que ese régimen liga tan íntimamente las colonias con la metrópoli, que el Canadá y Australia no son independientes, la primera, porque se ha negado a serlo, tal vez por despego a la absorción por los Estados Unidos; la segunda, porque considera conveniente constituirse primero en una sólida confederación autónoma.

Este régimen que así liga, tiene también la virtud de desligar, o al menos de facilitar el rompimiento. Las trece colonias que hoy son Estados Unidos, tenían recursos militares de su propia creación, jurídica y legalmente constituídos como medios necesarios de su propia institución civil; y cuando llegó la hora del rompimiento, desde Lexington pudieron empezar a combatir con armas iguales.

III

Pero ese régimen que hoy propone el señor Pi y Margall es, en primer lugar, un régimen empírico; en segundo lugar, un régimen histórico; en tercer lugar, un régimen espontáneo.

Régimen empírico, está muy lejos de ser la coordinación de principios que ha dado a luz a la federación; y esto, y no mera autonomía, era lo que ofrecía el consecuente jefe del federalismo español.

“Se podrá decir con gran razón, que el federalismo no gobierna en España.”

Muy verdad; pero ¿por qué no gobierna?

“El golpe de estado del general Pavía...” “la traición de Sagunto...” Inexactas explicaciones. La exacta es ésta: No hay federación en España porque no hay España federal.

Y no habiendo sido posible en España hasta ahora un sistema de gobierno cuyo régimen es la autonomía ¿qué mejor prueba de lo inaceptable de la oferta?

Y al hacerla el señor Pi y Margall, por generosa disposición de su ánimo justiciero y por no poder cumplir su palabra de hacer de las Antillas dos estados federales ¿no demuestra la inutilidad misma de su pro-

mesa a los gobernantes españoles, y de su oferta a los revolucionarios antillanos?

Si, pues, la autonomía en cuanto régimen empírico y desmembrado del sistema a que efectivamente corresponde, es inaceptable para los que están con las armas en la mano o con la independencia en las almas, inaceptable es también en cuanto es muestra, por sí misma, de la imposibilidad de darla en que están los que de buena fe, como Pi, lo proponen y lo ofrecen.

Chile, 10 de octubre de 1895.

CARTAS PUBLICAS ACERCA DE CUBA

Al Honorable Senador de la República
don Guillermo Matta

I

Santiago, Ch., septiembre 16 de 1897.

Ilustre amigo querido:

Callaba por despecho. Cuando se quiere tanto como yo quiero a los pueblos de nuestro continente, no por lo que hoy son (que éste es el período púnico, desagradable de observar, y desagradabilísimo de experimentar), sino por lo que a principios del siglo fueron, y por lo que inevitablemente habrán de ser, concluye por convertirse en áspero despecho el sentimiento de sorpresa y de tristeza que comenzó por causar el espectáculo extraño que ofrecieron todos ellos, al convergerse de que sus gobiernos no los secundarían en su entusiasmo por la revolución de Cuba.

Como si todavía no hubieran aprendido que el Gobierno es una entidad compleja, en que entra como parte activa el pueblo entero; y como si ignoraran que el Ejecutivo no es la única función ni la institución más esencial del Estado, los ciudadanos han ido desentendiéndose y los funcionarios legislativos abstrayéndose por completo del deber, del verdadero, del urgente deber de tener ojos en la cara y de ver que la situación de Cuba apremia a pensar en lo que al interés conviene, y al ideal americano compete.

Ahora mismo están los telegramas avisándonos que en Méjico, maguer las apariencias hostiles del Gobierno, se colectan cuantiosas sumas para contribuir al último desesperado esfuerzo de Cuba; ayer mismo ha llegado la carta que he hecho extractar para que usted haga

de ella el empleo que estime oportuno, y en la cual verá usted que una sola población de la tierra pobre en donde nació Máximo Gómez, ha dado a Cuba, además de ese y otros hijos suyos, la suma de cuarenta mil pesos plata. Y esto, cuando aun son más compulsivas las apariencias hostiles del Gobierno.

Para alertar a dormidos y llamar la atención de los desentendidos, y golpear en el casco de los torpes, ahí están todos los días, en este instante, los angustiosos telegramas de Madrid, que más parecen expedidos como llamamiento al sentido común de nuestros pueblos (ciudadanos y gobiernos), que como muestra de un estado de conturbación nacional. Con efecto, ¿qué son, qué quieren decir en el fondo los telegramas de hoy? Describen la situación del ánimo nacional en la Península, y patentizan la "inmensa gravedad" que a sus ojos tiene la toma de las Tunas por el Ejército Libertador de Cuba.

Es evidente que, si en este hondo conflicto de familia, no ha sido una repugnante falsía de los gobiernos latinoamericanos la actitud que han llamado "de neutralidad", los hermanos neutrales tienen el deber de acudir a su antigua madre patria para hacer de una manera más persuasiva, más benévola, más aceptable, más digna de la antigua madre y de los hijos emancipados por la ley de la hictoria, lo que ciegamente han dejado hacer al Gobierno de la Unión Americana.

Porque lo que hay en este momento de la revolución de Cuba, mi querido Guillermo, es una crisis. Vea: la toma de las Tunas, en el día mismo en que llega de su lento viaje y aparece en Madrid el general Woodford, equivale al despejo de una incógnita. El representante de los Estados Unidos no sabía cómo plantear el problema de que va encargado: la fama de susceptible que tiene el pueblo español, los desarreglos a que fuerza en

tales pueblos la violencia del amor propio; los antecedentes históricos que esta misma lucha actual le suministra; el sensato propósito del Gobierno americano, que le ha dado instrucciones para convencer, no para provocar, el dictamen de sus colegas en las cortes de Europa, que más en el fondo están de esta actitud de España; la misma incapacidad de que han dado muestrās las cancillerías de la América latina, que no han hecho más que corear la Marcha Real de España; todo, en suma, desorientaba, desconcertaba y confundía al hombre que más escabrosa misión de Gobierno a Gobierno ha aceptado.

En esos momentos de mortal perplejidad, la toma de las Tunas: ya no hay perplejidad, ya no hay oscuridad: la solución está dada. Si los cubanos son capaces de tomar una ciudad fortificada, casi un puerto, porque es un puerto fluvial, y puerto estratégico de primer orden, por su situación intermedia entre las dos capitales más importantes para los efectos ulteriores de la dominación, cuales son Puerto Príncipe, capital del Camagüey; Villa Clara, capital de Cinco Villas, es indudable que los cubanos se han colocado en estado de normal beligerancia; en el estado en que querían verlos el general Grant y su Ministro de Relaciones Exteriores, Mr. Fish, en aquella larguísima guerra diplomática que, como hoy, ha seguido paralelamente a la revolución, la marcha y desarrollo de ésta, perturbándola casi siempre, a causa, sobre todo, de la infinita actitud de expectativa en que se han mantenido los cruzados de brazos que tan admirablemente interpretan el ideal americano.

Antes de acabar, y para que vea usted con total claridad que la toma de las Tunas es el momento de una crisis, porque ha dado al representante de los Estados Unidos el recurso argumental que no tenía, y al Gobierno de la Unión el requisito jurídico que años enteros ha pasado pidiendo a los cubanos; antes de acabar esta pri-

mera carta, diré a Ud. lo que es la población expugnada por el cuerpo del Ejército Libertador que comanda el general Calixto García Iñiguez.

Las Tunas ⁽¹⁾ (que nosotros llamamos así por no darle el nombre con que la confirmaron los españoles en 1869) es hoy una ciudad de alguna importancia comercial, fué siempre de importancia estratégica, y es hoy de importancia diplomática.

De importancia comercial, por su posición en un puerto fluvial del sur de la Isla, entre Santiago y Cienfuegos, acceso de los pocos que ofrece al comercio aquella costa obstruída por el laberinto de islotes y de cayos que Colón llamó Jardines de la Reina.

De importancia estratégica, por su situación entre Puerto Príncipe y Villa Clara, las dos más importantes ciudades militares entre las que constituyen todo el dominio actual de las armas españolas hacia el oriente de Cuba.

De importancia diplomática, porque va a servir para iniciar, encaminar, y si los gobiernos latinoamericanos quieren, dar una meta gloriosa a las gestiones más trascendentales que habrá visto entablar el siglo XIX.

(1) En 1869, me parece, los cubanos tomaron esta población, a fin de llenar la condición de "tener centros poblados", que el Gobierno de los Estados Unidos imponía como *sine qua non* del reconocimiento de beligerancia.

El Gobierno español, viendo la urgente necesidad de reconquistar la plaza, ordenó su recuperación a toda costa, y la plaza volvió a ser poseída por las fuerzas españolas. Este hecho de armas fué con razón considerado tan importante y trascendental, que se decretó el rebautismo de las Tunas, con el nombre de "Victoria de las Tunas".

Si lo que entonces fué una verdadera victoria para los españoles, que efectivamente vencían así a los cubanos y a la diplomacia federal, comprendase la razón de primer orden que hoy tienen, en el crítico momento actual, para considerar "catástrofe" la posesión de esa ciudad por los cubanos.

II

Santiago, 18 de septiembre.

Hoy es día a propósito para pensar en Cuba: es dieciocho de septiembre; es día solemne.

Solemne para Chile, porque en ese día nació;

Solemne para la República Argentina, porque de él nacieron el 12 de febrero de 1817 y el 5 de abril de 1818, Chacabuco y Maipú, dos glorias gemelas para los que eran y tendrán que ser pueblos gemelos;

Solemne para la República del Perú, porque el 18 de septiembre de 1810 engendró el 20 de agosto de 1820 y al 28 de julio de 1821;

Solemne para Venezuela, Colombia y Ecuador, porque fué causa mediata de aquel hermoso movimiento épico que reunió en las asperezas de Condorcanki a los legionarios de la Independencia que partieron del norte, con los que procedían del sur del Continente, y dió a la historia uno de sus pocos verdaderamente grandes días, el de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824;

Solemne para Bolivia, también mediatamente, porque si Ayacucho provino del 18 de septiembre, de Ayacucho provino la autonomía nacional del Alto Perú.

Solemne para España, porque, si piensa, en ese enlace histórico de fechas verá el enlace de hechos a que corresponden, y advertirá cuán errado camino es la soberbia, cuán infecundo medio de acción es el odio, cuán protervo ideal es la injusticia.

Convirtiendo los ojos hacia Cuba, el primer hombre efectivo de gobierno que surja en esta eventualidad crítica de España, reconocerá que el camino que sigue es el señalado por la soberbia nacional, sin la cual, ni se hubiera llegado tal vez a esta lucha, o se habría ya puesto término racional a ella; verá que es el odio infecundo

quien se entretiene en derramar sangre que después labrará abismos insalvables; verá que no hay razón, derecho, ley, doctrina, antecedente histórico que abone una contienda tan injusta, tan insana, tan inútil, cuyo único ideal es la injusticia, y que, aunque lo declare digno de loa el mundo entero (una parte de él con su habitual estupidez, otra parte con su habitual gnuflexión ante la fuerza bruta), no es digno de loa el cohibir por la fuerza a ser esclavo a un pueblo que quiere, puede y debe ser independiente.

Si sobreviene ese hombre, como cordialmente lo deseo para España, el mismo espectáculo que ofrecen hoy los pueblos enlazados en la historia por el 18 de septiembre de 1810, le dirá lo que importa saber al estadista, al verdadero, al que relaciona el pasado con el presente para abrir fácil paso al porvenir.

Verá que estos pueblos, a pesar de que realmente estaban muy mal preparados para la vida propia, porque ninguno de ellos había gozado, ni por un solo instante, del dominio de sus bienes, ni del uso de sus derechos naturales, ni de las aptitudes de los seres colectivos, han progresado tanto en ellas, prosperado tanto en las instituciones del derecho, prolongado tan lejos la fama de sus bienes, que el próximo siglo los encontrará en capacidad de ser intermediarios efectivos de civilización entre su punto de partida, que es Europa, y su objetivo, que ha de ser Asia.

Esos factores útiles ya para el mundo entero, para nadie son tan útiles como para España; y la República Argentina, por sí sola, asila, aloja, ocupa, enriquece o mejora la suerte de muchos más españoles de los que residen en Cuba; el comercio de importación de carnes en Cuba da en un año a la marina mercante de España, que se surte en Montevideo y Buenos Aires, una actividad y flete que no tuvo el comercio general de las colo-

nias en España en todo un siglo; y ese comercio de carne, que hoy sostiene a una porción considerable de la marina comercial de España, duplicaría en 10 años, si Cuba se hiciera independiente.

Eso, por lo que hace a dos de los muchos beneficios recaídos en España con la independencia de sólo dos de sus antiguas colonias: que si se suman los debidos a todas ellas en el más arduo de los problemas que se ha presentado a los pueblos de Europa en este siglo, el de la desproporción entre su población y sus subsistencias, basta ver en qué cantidad y con qué eficaces resultados emigran los españoles a las antiguas dependencias americanas de España, para declarar loco al Gobierno que no sepa aprovechar en bien de la nación, cuyos intereses representa, las oportunidades, ventajas y beneficios de tener, en la extensión de su continente y en la extensión del Océano, tantos centros de emigración cuantos son los pueblos nuevos; tantos mercados naturales, cuantas son las plazas comerciales.

Si se aplicaran efectivamente a la noble tarea de gobernar, tan generalmente envilecida por la falta de aptitudes intelectuales y morales; y atendiéramos, por una parte, a la falta de iniciativa intelectual de nuestros pueblos; y, por otra parte, a que la suma de la producción mental de todos ellos es incomparablemente superior en cantidad a la de la misma España, veríamos que una de las cosas por gobernar había de ser la natural supremacía artística, científica y literaria de España, fundando en ella la hegemonía mental que, por su misma falta de iniciativa, tantas veces se han mostrado dispuestos nuestros pueblos a aceptar.

Si pensaran en todo eso, la política española sería exactamente lo contrario de lo que es, y tendería metódicamente a desprenderse de las hijuelas que aun le quedan en la inmensa heredad que le legó Colón. El des-

prendimiento de Cuba y Puerto Rico, sobre todo, es tan manifiestamente necesario, tan urgente para reasumir en la historia el papel que en vano han reservado a España su posición geográfica, la mejor del Viejo Mundo, y su composición étnica, la más adecuada para producir poblaciones a la vez conservadoras y progresistas, que yo me canso en vano, preguntándome cómo es que a conocedores y amadores de su patria no se les ocurre abrir los ojos para ver los esplendorosos horizontes a que España está, por mal guiada, volviendo desdeñosamente las espaldas.

¡Ah! si pudiéramos, ustedes, los ya emancipados, y nosotros, los aun no emancipados, contribuir a eso, bien podríamos descansar de los fastidios de la hora actual en nuestra América, porque habríamos contribuido a rectificar el rumbo de la historia en nuestro continente.

III

Santiago, 19 de septiembre.

El rumbo que la América latina tomó al abandonar el remolque a que la llevaba España, fué el rumbo natural; no hizo nada extraordinario al tomarlo: naturaleza, egoísmo, civilización se lo indicaban.

La naturaleza hizo islas continentales, y no oceánicas, a las del archipiélago de las Antillas; son, por ende, parte integrante, complemento geográfico del Continente.

El egoísmo, que previsoramente había hecho solidarios los destinos de los pueblos continentales en la hora de la Independencia, no podía desconocer el peligro a que se exponía, dejando en dependencia a las Antillas; la tentativa de los colombianos en Aguadilla, Puerto Rico; la primera independencia de la actual República

Dominicana, llevada a cabo por Núñez de Cáceres, contando con el patrocinio de Colombia; el prematuro, pero poderoso pensamiento de anfictionado americano, malogrado en las dos reuniones del Congreso de Panamá; la espera, armas al hombro, de los tercios colombianos, al mando del general puertorriqueño Valera, destinados a efectuar un desembarque en Cuba, hechos manifiestos son de la claridad con que el Continente veía su interés.

La civilización, que algo más original sería en la América de origen español, si las Antillas hubieran podido poner en activo contacto a los pueblos del continente del norte con los del continente meridional de América, eso está pidiendo desde entonces: que las Antillas sean puestas en aptitud de servir de intermedias.

Cuando enlace y anudo al dieciocho de septiembre las fechas prominentes de los magníficos hechos de la independencia continental, mi designio no es sólo dar salida al sentimiento patrio, que todo contribuye en estos días sagrados a sobreexcitar en el alma del proscrito; es también demostrar la unidad de corazón y de conciencia que estos pueblos mostraron al levantarse y reconocerse capaces de ser, pues lo que se dice del 18 de septiembre, se dice del 25 de mayo de 1810, natalicio de la República Argentina, y del 29 de abril del mismo año, día del nacimiento nacional de Venezuela: por todos esos días se va a Cuba; por todas esas fechas se llega en definitiva a la conciencia de lo necesaria que es la emancipación de las Antillas.

Los que de antiguo sacrificamos en ese altar, no hemos tenido ideas incompletas; por lo tanto, no hemos tenido propósitos negativos: ideamos, desde el primer momento, ponderar las fuerzas de los dos continentes del Nuevo Mundo, constituyendo en fiel de la balanza al archipiélago de las Antillas; y nos propusi-

mos fundar la más grande, gloriosa y virtuosa familia de naciones, enlazando en un mismo destino étnico a todos los americanos de nuestro origen entre sí, y a todos ellos con España.

Lejos, pues, de considerar opuesto a los intereses de Cuba el renacimiento de cariño a España, conceptuamos propicia a nuestros firmes fines esa disposición benévola: para querer a las Antillas no hay necesidad de odiar a España.

Al contrario: hay necesidad de quererla para poder estimarla; de estimarla, en no más y no menos de lo que es, para poder conocerla; y hay necesidad de conocerla, para poder utilizarla en beneficio de la civilización, que ha de ser beneficio de ella misma.

Haciendo honor a las altas cualidades del pueblo español, y piadosa omisión de sus defectos históricos, la América latina, los gobiernos de la América latina, sus legisladores, ante todo, pueden rectificar el rumbo que antes la llevaba a la independencia de Cuba y Puerto Rico, sin ninguna necesidad de pensar o de temer que van a dañar a España, sino, al contrario, a sabiendas y con altísimo designio y generosísimo deseo de ser útiles al par a Cuba y a España, a España y Cuba.

IV

Santiago, 20 de septiembre.

¿Cuáles son los motivos que tenemos para desentendernos de la furia española, y atender tan sólo a nuestros propios sentimientos? Tan racionales, tan concienzudos y tan altos como usted verá, si me alcanzan las vacaciones para decir cuanto pensaba.

Ahora urge oponer al propósito de los revolucionarios antillanos, el propósito del Gobierno español.

Después de afirmar jactanciosamente que nada haría, mientras los cubanos estuvieran en armas, se ha visto compelido a ofrecer la autonomía, como medio de avenimiento y de desarme, como fin y designio de una política futura.

Pero ¿qué autonomía? ¿La etimológica, la que corresponde al origen del vocablo? Es el derecho de darse su propia ley, y jamás lo reconocerá a colonia suya un Gobierno monárquico en España.

¿Acaso la autonomía jurídica, la que reconoce la ciencia constitucional como necesaria para hacer efectiva la vida regional, así en los municipios como en las provincias? Es una noción completamente nueva, que si ha llegado a los grandes pensadores de la política española, Pi y Margall, Salmerón, Azcárate, y a beneméritos filósofos del derecho, como Francisco Giner de los Ríos, Posada, Serrano, está a distancia de abismo del tristísimo arte de gobernar que aun prevalece en el país más cohibido por la monarquía.

¿Tal vez la autonomía histórica? Es de tal modo contraria al régimen colonial de España, que, mientras el Canadá, Jamaica, Trinidad, Australia, las mismas colonias africanas, dan a Inglaterra, en su feliz desarrollo físico, moral e intelectual, el testimonio de la sabiduría de su metrópoli, Cuba, Puerto Rico y Filipinas no atestiguan sino disposición a sacudir el yugo, prueba de que viven uncidas.

¿Quizá la autonomía de Pi y Margall? Fundada como está en el principio federativo, de que ese nobilísimo abogado de la justicia ha sido, en España, eficaz propagandista, como autor (*El principio federativo*, 1869); como legislador y periodista (1868 a 1897), como víctima (Presidencia de la República Española, durante días; y ostracismo en París, durante años), esa autono-

mía es la mordaza de que está pendiente la monarquía española.

¿La autonomía de Maura, la de Albarzuza, la de Cánovas? La del primero, un artificio; la del segundo, un paliativo; la tercera, un subterfugio.

¿La autonomía "a la española", de Sagasta? Nunca hubo en la España monárquica lo que se llama autonomía.

Aquí está el *catalanismo* contemporáneo clamando en Cataluña por la autonomía regional; aquí está el *carlismo*, dispuesto de nuevo a entrar en la demanda, so capa de libertades provinciales; aquí están los motines cotidianos, tanto los noticiados por el telégrafo, como los que sordamente remueven las entrañas de esos pobres y desventurados *concejos* o municipios agrícolas de España, denunciando al mundo la falta de autonomía comunal.

Pero si lo que se quiere dar a entender por autonomía a la española es la personalidad de que efectivamente se gozaron el reino de Aragón, el señorío de Vizcaya y las comunidades de Castilla, esos *fueros*, como se llamaban en España, no pudieron resistir a la constitución de la monarquía absoluta en el siglo XVI; ni, —¡ceguera inverosímil!— a los pujos de nivelación jurídica del que se llamó partido progresista. Y los fueros de Aragón cayeron con la altiva cabeza de Lanuza; los fueros de las comunidades de Castilla rodaron desde el patíbulo con las nobles cabezas de Padilla, Bravo, Maldonado, el obispo Acuña; los fueros de Vizcaya se desprendieron brutalmente del árbol de Guernica, por la falta de conciencia jurídica del partido liberal, que, en España, como en todas partes, mil veces ha sacrificado el progreso, y hasta la conservación del derecho, a composiciones de lugar.

Es, pues evidente y manifiesto que ni siquiera saben lo que ofrecen, cuando ofrecen a Cuba la autonomía. Ya, esta falta de propósito en momento tan crítico para España, validaría el derecho de los libertadores, pues que es derecho perfecto, otorgado por la legislación civil del mundo entero, el estatuir el desahucio de tutorías negligentes; por la constituyente al reconocer el derecho de rebelión; por la internacional, cuando reconoce el derecho de necesidad; es derecho perfecto de individuos y colectividades el reivindicar el uso de su persona y de sus bienes, cada y cuando el gestor es incapaz de ejercer diligentemente la tutela, de coordinar armoniosamente los derechos, de satisfacer totalmente las necesidades.

¿Por qué, entonces, si no saben a punto fijo lo que ofrecen, o si carecen de sinceridad al ofrecerlo, aparecen de pronto dispuestos el Gobierno y el partido liberal monárquico de España, dispuestos a otorgar la autonomía?

Esto es lo que en mi próxima carta, van a decir a usted autoridades y documentos españoles.

V

Santiago, 21 de septiembre.

Si hemos de creer a Canalejas, uno de los políticos españoles que más influyen actualmente en las diversas direcciones que la opinión pública ha tomado en España, desde que estalló la revolución de Cuba, el autonomismo de Sagasta procede, al parecer, de las declaraciones de Cánovas. Pregunta:

“¿Por qué los liberales, que a duras penas, aceptaron la ley Abarzuza y que a principios de este año seguían siendo despiadados enemigos de los autonomistas,

hace pocos días rectificaron su historia, sus convicciones y programa y casi encuentran reaccionarios a los Montoro, los Giberga y los Labra? ¿Qué lenguas del Espíritu Santo han descendido sobre ellos y por qué, en días, se persuaden de la conveniencia de admitir aquello que hasta hace una semana juzgaban preparación rápida de la independencia de Cuba?

"Pues sencillamente porque Cánovas, a fines de abril lanzó un decreto, porque para subir los liberales al poder, era necesario otro programa distinto."

No le parece bastante levantado el velo, e insinúa:

"...y porque influencias extrañas exigen la autonomía de Cuba y hay que fingir la comedia de que se da por convicción lo que va a concedérsele por debilidad."

No contento después con insinuar, asevera que el plan de autonomía es pensamiento no nacional:

"La autonomía, otorgada espontáneamente por España y concedida aquí y practicada ahí por hombres que tengan fe en esa solución, paraciérame cosa peligrosa pero respetable, sería, digna: *la autonomía arrancada por las armas insurrectas* y los apremios del extranjero, definida aquí y organizada en Cuba por los enemigos de toda la vida, deprime a quien la otorga, no mueve a gratitud a quien la recibe, *resultará una mistificación odiosa y ha de conducirnos a un fracaso seguro.*"

Pero el hecho es que nacional o exótico, impuesto o voluntario, suscitado el autonomismo de Sagasta por el repentino reconocimiento del *home rule*, que el Gobierno español hizo en los penúltimos días del enemigo personal de las Antillas o suscitado el autonomismo del Gobierno español por las sugerencias del Gobierno federal, el hecho es que la autonomía, si hemos de dar crédito al señor Leandro González Alcorta (español que, perseguido en España como periodista autonomista, se

ha ido a Nueva York, al lado de los independientes); si hemos de creer a ese hombre de bien, hasta los bodegueros de la Habana se han hecho autonomistas; él es, en efecto, quien, con el donoso título de "La autonomía de los bodegueros", escribe:

"Según las noticias de la prensa y de cartas particulares, en la pobre Península Ibérica casi todos sus políticos y periódicos *se están volviendo autonomistas*. Y hasta han logrado que los bodegueros de Cuba y sus periódicos griten *casi todos* también *¡Viva la autonomía!*"

"Con tal de seguir conservando el pandero en la mano, se prestarían a cualquier cosa esos mercaderes."

Penetrando en las interioridades de la ingrata serie de intrigas que se llama política colonial en Madrid y entre la perniciosa casta de politicastros, explica el mismo la otra influencia a que atribuye el autonomismo de los bodegueros:

"Sagasta, que como Martos, Zorrilla, Becerra y otros apóstatas de la democracia, respecto a Cuba, no han procurado satisfacer más ideales que los de la casta presidida por los bodegueros y por los coroneles de voluntarios y los casinos españoles; Sagasta, eterno enemigo de nuestras libertades, al extremo de haber hecho fracasar el plan de reformas de Maura el 94 de acuerdo con Becerra, Canalejas y Romero Robledo: ese anti-borbón del 68, autor de la Partida de la Porra y enemigo de las propias libertades de la Península, ¿evoluciona *ahora* en sentido autonomista, abrazándose a la bandera que había dejado en el arroyo Gálvez y los cuatro que le siguen, alegando que esa autonomía resulta ya española? ¡Milagros del machete!"

Más allá de bodegueros, politicastros, partidos y Gobierno, hay un pueblo; un pueblo no bien constituido todavía, expuesto a los vaivenes de los intereses contra-

dictorios que se le presentan como intereses de la patria, y ese es el que clama todos los días con la voz de los periódicos de Andalucía, Valencia, Barcelona, Galicia, Vizcaya, y especialmente con la voz de trueno de *El Mercantil Valenciano*; *El Diluvio*, de Barcelona; *La Aurora Social*, de Gijón, y en muchos diarios de Madrid, *La Justicia*, *El Liberal*, *El Correo Español*, y por encima de todos, *El Nuevo Régimen*, que es efectivamente la voz del pueblo, si esta voz es la de Dios, y si voz de Dios es el clamor de la justicia.

Hasta qué punto ha llegado ese clamor a ser universal entre los españoles, lo dice un corresponsal de un diario de la Habana en Madrid, cuyas son estas palabras:

“El último discurso del señor Silvela ha tenido como consecuencia una gran revelación, que para mí no ha sido una sorpresa: en España hoy la idea verdaderamente popular, la que atrae los espíritus y se lleva la simpatía, es: el *abandono de Cuba*.

Cuando el señor Silvela, dijo que si la lucha era con todo el pueblo cubano, el problema resultaba insoluble y obligaba a liquidar cuanto antes, una salva de aplausos surgió de aquella numerosa, selecta y distinguida concurrencia que había permanecido *semi fría* en todo lo demás. Si así discurren y así sienten las clases elevadas que son las que se han beneficiado con la posesión de Cuba, ¿qué no pensarán y qué no sentirán las clases populares que sin obtener ninguna ventaja dan cada diez años sus hijos, para que mueran en holocausto y defensa de los vicios y granjerías de los de arriba? Por desgracia el señor Silvela dijo verdad: “contra un pueblo es vano luchar por poderosa que sea la nación”.

Cuando así habla España por voz de su pueblo, de su prensa y de sus mismos burladores...

VI

Santiago, 21 de septiembre.

De entre todas esas autonomías, la revolución no escoge ninguna, ni aún la de Pi y Margall, que es la única ofrecida con sinceridad, con dignidad y con sentimiento de justicia.

¿Por qué?

Por estas tres razones: porque en ningún caso se aceptaría la autonomía con España; porque no se puede ni se quiere ni se debe aceptar la indefinida dependencia de España, que no otra cosa significaría la autonomía impuesta por los Estados Unidos y garantida por ellos; en fin, y sobre todo, porque esta no es guerra de más o menos derechos otorgados, sino guerra de todos los derechos naturales, guerra de ser o no ser, guerra del todo por el todo, guerra de Independencia.

Pruebas de que no se quiere la autonomía, las dan a cada momento los periódicos cubanos de la expatriación, *Patria*, *El Porvenir*, *Cuba y Puerto Rico*, de Nueva Yor; *Cuba*, de Tampa; *El Yara*, de Cayo Hueso; *El Propagandista*, de Caracas; *La República Cubana*, de París, y otros cien; las dan los periódicos afectos a Cuba, desde *The Sun* y *The World*, de Nueva York, hasta *L'Intransigeant*, de Rochefort, en París; desde *El Continente Americano*, en Méjico, hasta las bellas revistas de Santo Domingo, *Letras y Ciencias* la una, *Ciencias*, *Artes y Letras*, la otra, que, con *El Eco de la Opinión*, el *Listín Diario*, *El Teléfono* y otros periódicos de la misma ciudad, compiten con *El Cable*, de Macorís, *El Porvenir* y *El Noticiero*, de Puerto Plata, *Las Noticias*, *El Ideal*, de Santiago de los Caballeros, en fidelidad al propósito de la revolución de Cuba.

Pruebas aun más terminantes, las suministradas por los más de 500 clubs que el Partido Revolucionario de Cuba sostiene, unifica y vivifica en los Estados Unidos, en Méjico y Centro América, en Jamaica, Santo Domingo, Trinidad, Venezuela, Colombia, en el resto del Continente, en Francia, en Italia, hasta en la misma España; la mayor parte de esas asociaciones han protestado expresamente contra todo conato de autonomía, y todos ellos proceden de acuerdo con el ideal efectivo de la revolución.

La Delegación de Nueva York ante el mundo diplomático; el Consejo de Gobierno y el Presidente de Cuba Libre, ante la comunidad de los cubanos; el Generalísimo del Ejército Libertador, ante los partidarios de Cuba combatiente en el mundo entero, todos han cumplido con el deber de protestar contra la autonomía.

No es, pues, autonomía lo que se quiere: lo que se quiere es independencia.

Hay razones en pro de ella, como las hay en contra de la autonomía.

Empezaré por las que no se toman en cuenta, o no se ponderan en su peso esencial, o se subordinan a otras que parecen más importantes.

La primera razón para querer Cuba ser independiente es su necesidad de desarrollo físico. Puede tener, en condiciones económicas, en igualdad de subsistencias y de población, diez millones de habitantes; y, en el momento de ponerse en lucha, no pasaba mucho más allá de un millón.

Puede tener una producción agrícola, equivalente a esta fórmula: 18 por 8, y sólo tiene lo que corresponde a esta otra fórmula: un décimo por 2.

Pueden tener las industrias extractivas, transformativas y mecánicas que convienen con su indefinida capacidad de producción, con su indefinida variedad de

materias primas, y con su vecindad al poder mecánico más inventivo que conoce el mundo, y en realidad no tiene más que dos medias industrias transformativas: la fabricación de cigarros, en que ya le igualan los Estados Unidos (que han atraído, retenido y sabido aprovechar al tabaquero cubano); la fabricación de azúcar, que, para pasar a la categoría de azúcar de mercado, tiene que llegar a las refinerías de la Unión Americana.

Puede tener un comercio diez veces más extenso, y cien veces más intenso, del que le dejan tener los principios proteccionistas casi prohibicionistas de la economía comercial de España, y tiene que estar sujeta a aranceles onerosos, a aduanas fraudulentas, a trámites que dan por fruto el régimen del contrabando.

Puede tener una marina mercante que sirva inmediatamente a sus fines comerciales, que pueda servirle para su vida de relación social e intelectual, que habría de servirle para realizar los fines históricos de las islas continentales; que siempre, cuando menos, le servirían de base para una marina de guerra y de exploración, y todos los barquichuelos que le sirven para su menguado cabotaje actual, no se cifran con un milésimo de lo que necesita.

Puede, aprovechando el llano casi continuo de su vertiente septentrional, ligar con un no interrumpido camino de hierro, todos sus centros provinciales, y con ferrocarriles de entronque sus centros de producción y de consumo; y, a pesar de que la iniciativa de los cubanos fué la que primero construyó ferrovías en la América latina, la red ferrocarrilera no corresponde en extensión a lo que en la Isla es destino de esas vías.

Puede, aprovechando la infinidad de sus islas, islotes y cayos circunvecinos, que hacen de Cuba un continente en miniatura, extenderse fuera de sí misma, sin violar el derecho de otros territorios; y esa infinidad

del microcosmos insular que la rodea no sirve, en la costa del sur, más que para dificultar el cabotaje; y sólo, si por acaso, sirve en la del norte para prolongar el imperio de los *raqueros* de las Bahamas.

VII

Santiago, 22 de septiembre.

A la necesidad de crecimiento físico se une la de crecimiento mental. Cuba, como Puerto Rico, como cuantos pueblos han conocido la dominación de España, conocido han también la peor de todas las esclavitudes, que es la del espíritu. Todo cuanto la mente comprende, las fuerzas intelectuales, las afectivas, las morales, todo ha sido sojuzgado en ellos: lo ha sido por la educación social, por la educación política, por la educación intelectual.

La sociabilidad, instrumento de comunicación incomparable, en cuanto da diluídas en la atmósfera espiritual de cada pueblo las nociones intuitivas de la cultura o de la incultura dominante, forzosamente ha tenido que ser corruptora: por una parte, diluía en el ambiente colonial las tradiciones de una sociedad enferma, representada en la colonia, no por sus individualidades superiores, sino por los que representaban—guarniciones militares, empleados privilegiados, advenedizos favorecidos, clero proletario, populacho desheredado, buscadores de fortuna—los móviles inferiores de la naturaleza humana: la avidez, la concupiscencia, la codicia, escoltadas de todas las pasiones villanas; por otra parte, daba en continua enseñanza el espectáculo de la esclavitud doméstica; y de esa esclavitud, no como

la impusieron las guerras de la antigüedad, ni la organización feudal del trabajo en la Edad Media, sino como la impuso el infame plagio de africanos y el aborrecido comercio de carne negra, sobre una raza tenida por inferior, tratada como inferior, vilipendiada por inferior.

La educación política, régimen de la sumisión absoluta a la autoridad impuesta; régimen del silencio para todos los clamores del derecho; régimen de la fuerza bruta, armada de la irresponsabilidad; régimen del privilegio de una casta usurpadora, en que el español, por ser español, lo ha ha sido todo, y el antillano, por ser antillano, no era nada, es educación que, en estos mismos días me ha producido el mismo recóndito movimiento de tristeza que experimentarán de seguro cuantos hombres sean capaces de experimentar las agonías del derecho.

Eran, según el relato de un testigo presencial, en *The Review of Reviews*, de Nueva York, unos centenares de viejos, mujeres y niños, de esos desventuradísimos cubanos pacíficos, a quienes la crueldad del jefe militar de Cuba esclava obligó a lo que se llama la reconcentración, que es un eufemismo de exterminio: las poblaciones rurales, lanzadas por el bando de reconcentración, de sus viviendas a los suburbios o a los ejidos de las villas y ciudades guarnecidas por tropas españolas, son exterminadas por la miseria, por el hambre, por las enfermedades del hambre, por las infecciones de la miseria.

Pues bien: cien o mil de los esqueletos semovientes que, en número de quince mil, han sido, *fueron*, reconcentrados (porque ya muchos miles han perecido), se decidieron, aguijados por el hambre, a presentarse al gobernador de Matanzas, en cuyos risueños alrededores

hacen llorar a aquella vieja virtud, la humanidad, que se está despidiendo ya de nuestra América.

Se decidieron a presentarse al gobernador, para pedirle pan. Y llegaron; y cuando llegaron, no supieron qué decirle, no se atrevieron a hablar, no se atrevieron ya a tener hambre.

¿Qué oculta fuerza, qué siniestro poder imponía silencio al hambre? *La autoridad.*

La educación política que asusta al hambre, educación modelo ¿no es verdad? ¡Ah! mi querido senador de un pueblo libre! Si hay alguien en el honesto círculo de hombres de su derecho y de su deber que componen el austero Senado de la República de Chile, a quien aun se le oculten los motivos que compelen a Cuba a buscar su independencia, preséntele ese cuadro, y verá cómo se le agolpa al corazón toda la sangre que circula tranquila en los ciudadanos seguros de su derecho.

Tal vez porque el bienestar político nos hace tan optimistas en las luchas del derecho, como en las que sostenemos por el pan nos hace el bienestar doméstico, tal vez se diga que esa monstruosa ignorancia de los recursos legítimos del derecho de petición afecta sólo, en ese cuadro, a pobres campesinos, y que ese desconocimiento de recursos jurídicos no puede haberse extendido a la comunidad, en un país que tiene partidos políticos, que ha tenido representación en Cortes, que ha gozado de libertad de imprenta.

Se redargüirá, ante todo, que es pésima educación aquella que no abraza a la totalidad del pueblo, pues ya esa desigual comunicación de recursos para la vida activa prepara fatalmente para un régimen de oligarquía. Pero el hecho es que, poco más o menos, la misma atonía en que esos pobres hambrientos cubanos se quedaron, habría paralizado a los más encopetados criollos de la colonia en el período anormal en que hoy se vive.

Por lo que hace al goce de la libertad de imprenta, siempre sujeta al veto de un censor; a la constitución de partidos y a la representación en Cortes, esos fueron los únicos frutos del convenio del Zanjón, y preferible hubiese sido que no los hubiera dado. Fueron presentes griegos; frutos como las manzanas del Mar Muerto, de que habla Chateaubriand; manzanas como las de que habla el apólogo inglés. Una manzana podrida que inadvertidamente se dejó entre otras de un frutero, se escondía a la vista de los comensales, que celebraban la belleza del fruto paradisiaco. Fueron a tomarlo, y viendo que todas estaban más o menos podridas, suspiraron al descubrir que, en el fondo del frutero, había una podrida por entero.

¿Quién no ha de suspirar por el porvenir de las Antillas educadas por España, cuando antevea la putrición de los frutos políticos que ha de dar su educación política?

Por supuesto que, si las influencias en que confío, o de que le hablaré, no sólo van de las tradiciones de su educación política a Cuba Independiente, y se repite allí lo sucedido en todos los otros pueblos educados por España, ella será la primera en condenarnos, y no nos quedará otro consuelo que el anatema universal en que los gringos del Reino Unido y los yankees de la Unión nos envuelven a todos, educadores y educandos, cuando a todos nos nivelan en el mismo juicio negligente, y con una sola palabra: *Spanish speaking people*: gente de habla española.

VIII

Santiago, 23 de septiembre.

La educación moral y la intelectual, mucho más aquélla que ésta, piden a gritos la independencia de Cuba. Tales y tan poderosas aptitudes como son allí las cohibidas por el régimen autocrático, no pueden seguir siendo substraídas al movimiento de la civilización, sin debilitamiento de ella en los países que siguen exclusivamente la corriente europea del progreso.

No diré del imperfecto desarrollo moral, lo que convendría decir para patentizar las lacerías de la esclavitud; diré una simple sentencia: Los pueblos educados en el espectáculo de la esclavitud están obligados a sufrir una lenta reconstitución de sus órganos morales. Sólo la independencia puede proporcionarla.

De la educación intelectual, que es, sin embargo, la menos mal suministrada por la sociedad (que contribuye con su iniciativa privada a dos tercios, cuando menos, del total), y por el Estado, que sostiene una Universidad, algunos centros de enseñanza profesional, y algunas mal basadas escuelas públicas; de la educación intelectual baste decir que ofrece un contraste sugestivo: Por una parte, el Estado, dificultando la enseñanza; por otra parte, los individuos, las familias, la sociedad entera solicitando conocimientos.

De esas solicitudes de instrucción a los centros de cultura, tanto europeos como americanos, ha resultado, merced también a las portentosas aptitudes del cubano, y a la cercanía de Cuba a los Estados Unidos, una cultura pasmosa; pero incapaz, mientras un Gobierno nacional no le dé finalidad social, de producir otro fruto que el de individualidades brillantísimas que hacen más oscura la sombra de donde se destacan.

Es más que probable, casi como seguro se puede predecir, que el continuo contacto con la sociedad norteamericana, mantenida por las clases poderosas de uno y otro país en sus periódicas excursiones de recreo; y por las clases desvalidas de Cuba, que el patriotismo ha desterrado de antiguo y arraigado en Boston, Nueva York, Filadelfia y península de Florida; es más que probable, casi es seguro, que las primeras manifestaciones de la vida independiente ofrezcan en Cuba un brillo y esplendor que no pudo ninguno de sus hermanos ofrecer como comprobación del benéfico influjo de su emancipación social; pero también es de temer que, mientras más se retarde la hora de la independencia, más profundos se harán los desniveles entre los que han participado de esa cultura por inducción, y los que, además de los antiguos influjos, han tenido que sufrir los efectos del estado de guerra.

Y henos aquí, ilustre amigo, traídos a uno de los más hondos móviles que tiene esta guerra de independencia.

Ese hondo móvil es el de ver si salvamos del régimen oligárquico a las Antillas.

Ese régimen es una imposición de los antecedentes sociales que estableció el coloniaje. Entre ellos, los tres que hacen al caso: el primero, la costumbre hecha derecho y hecha ejemplo, de una autoridad personal, indiscutida e indiscutible; el segundo, la desigualdad en el goce del poder; el tercero, la falta o carestía de hombres aptos para el manejo de una cosa pública a que nadie tenía acceso, fuera del número diminuto de privilegiados.

Es manifiesto que la concurrencia de esos tres antecedentes en la determinación de la primera forma del Estado, tendrá que producir la oligarquía.

Como forma necesaria del Estado, no es peor ni mejor que otra cualquiera: ha sido y sigue siendo la forma necesaria del Estado en casi todos los países latino-americanos que no han caído en la negación práctica del Estado, la anarquía; y país hay en este Continente que ya debería al régimen oligárquico una sólida base de evolución hacia el régimen realente democrático, si inopinadamente no se hubiera perturbado esa evolución.

No siendo mejor ni peor que otro cualquier régimen impuesto por antecedentes sociológicos, la oligarquía podría prosperar en Cuba, sin que su prosperidad fuera un obstáculo para su crecimiento, para el mejoramiento continuo de sus instituciones, de sus recursos, de su vida toda. Pero sería una rémora para la democracia, que es el gobierno que imponen al archipiélago de las Antillas —mientras otro más científico no sea posible—, su situación geográfica, su irremediable sujeción al ascendente de la vida democrática en la Federación anglosajona, y su probable fin de medianero entre las oligarquías más o menos confesas de las Repúblicas latinoamericanas y la democracia perfectamente natural, y por eso, radicalmente poderosa, de la Federación anglosajona.

Ahora bien, la postergación de la independencia produciría inevitablemente este resultado:

Los de adentro, educandos, los sumisos, del antiguo régimen autocrático; educados, los rebeldes al yugo, en el régimen de los pocos, serían tanto más partidarios de este último régimen, cuanto más largo tiempo lo hubieran opuesto los unos al gobierno impuesto, y cuanto más lo hubieran visto los otros prevalecer contra el régimen tradicional;

Los de afuera, educados en el uso y manejo de todos los recursos jurídicos de una democracia victoriosa, tanto más amarán esa forma de gobierno, cuanto mejor la conozcan.

Pero como los poseedores de la fuerza y de la opinión pasiva, que es la segunda fuerza del Estado, serían los de adentro, habría que empezar desde luego una evolución que ya usted sabe cuanto suele alejarse del movimiento regular de las luchas jurídicas, en los pueblos que fatalmente divide la tradición en dos grupos; el de los que no tienen experiencia del derecho, y el de los que tienen experiencia de la fuerza.

Cualesquiera otros motivos que podamos tener para aclamar la independencia, ninguno es tan substancial como los que he presentado.

Y como todos éstos son motivos de altísima razón, en que ningún consejo han dado las pasiones, ni siquiera las que yo podría oír, las generosas; y como el último es motivo tan urgente, imagine usted si tendré interés en que lo tome como materia de meditación y de discusión con aquellos que puedan coadyuvar al propósito que tienen estas cartas.

IX

Santiago, 24 de septiembre.

Dando a las buenas pasiones el derecho de intervenir en la contienda, hay dos que nos hablan de continuo en favor de la independencia de Cuba: el amor a la justicia, que no estará muerto en parte alguna, por dormido que parezca; la emulación de los grandes sentimientos, que a todos los seres de conciencia induce al bien.

Aquí voy yo a callar cuanto pueda y a dejar hablar a documentos fidedignos.

Si amamos la justicia, no podremos dejar de odiar la injusticia; y si la hemos odiado en los actos de la conquista en América; en la expulsión de moros y judíos, en España; en las guerras contra Flandes; en la dis-

persión de los moradores de la Acadia; en los frecuentes abusos de fuerza bruta que, en el bombardeo de Valparaíso, en el de Alejandría, en el de Zanzíbar, tan cínica fisonomía han dado a la civilización contemporánea, con más razón odiaremos la injusticia que se ceba personalmente en el desvalimiento, en la debilidad y en la inocencia.

Prueba de que nosotros hemos tratado de ocultar esos desvíos de la guerra permitida o lícita o legítima, voy a darla en la carta que ya de antiguo me daba la triste noticia de que la última guerra colonial de España en Cuba se parecía a todas las demás. El deseo de cumplir el propósito de mantener por encima de toda maldad a la revolución, ignorando crueldades que también pudieran desviarla, y la resolución de obviar dificultades y de impedir impertinencias diplomáticas a los Gobiernos amigos de Cuba y también de España, habían producido entre todos el tácito acuerdo de callar; pero las crueldades han llegado a atrocidades que el mundo entero conoce. Después de la guerra de exterminio que hoy se hace a los cubanos, casi es nada la primera violación de la ley de la guerra de que se me daba noticia, que era personalmente triste para mí. No obstante, pongo la carta a su vista, primero, para que vea que ya es antigua en esta guerra la inhumanidad de los soldados de la monarquía española, y por qué el hecho oprobioso para las tropas españolas, produjo una de las primeras víctimas que Puerto Rico ha tenido en Cuba.

Dice Arístides Agüero, que es quien la escribe:

“Señor don Eugenio María Hostos.—Santiago.

”Respetable amigo: Recibida su grata carta, tardo en contestarla; pero no lo extrañe ni me culpe.

”¿Recuerda usted al joven médico Mascaró que le dije a mi arribo a Chile, era amigo mío? ¿recuerda usted se decía lo habían asesinado? Pues cierto fué el

crimen español. Le remataron a bayonetazos, tanto a él como a sus heridos, que corrieron igual suerte. Eso sí: ha caído como merecía su acendrado amor a la libertad: alta la frente, sereno el corazón, lanzando al rostro de sus sicarios, no insultos obscenos e indignos, sino frases que harán enrojecer sus frentes en el día de los recuerdos:

“¡Cobardes!, asesinaís hombres indefensos, heridos, que todo hombre civilizado respeta y protege! Así honráis la bandera de Lepanto y de Bailén.”

.....

Esa primera matanza de médicos y heridos en un hospital de sangre, después de un combate, o acaso como testimonio de que había habido combate favorable a las armas españolas, pudo ser el primer hecho triste de esa especie; pero no ha sido el único. De tal modo se ha hecho consuetudinario, que han violado, no ya el común respeto a hospitales de sangre, que la guerra legítima estatuye como deber de beligerantes, sino el especial respeto que una convención *ad hoc*, la que resguarda y garantiza la seguridad, las personas y los servicios de la Cruz Roja: los españoles no le han reconocido el derecho de recoger y asistir heridos cubanos. Y lo extraordinario, inaudito y sólo creíble a fin de siglo, es que las ambulancias de esa asociación que funcionan en Cuba, funcionan para solamente los españoles, de donde ha resultado la fundación de una nueva sociedad de señoras americanas, que tiene un propósito diametralmente opuesto: Usted lo verá en el adjunto recorte de un periódico de Nueva York, y verá también que la represalia, que en sí misma no sería buena, está atenuada por la fuerza de convicción con que las señoras norteamericanas se niegan a asistir heridos que no sean cubanos.

Nobles damas americanas

(De *The Washington Star*)

Han quedado constituídas en esta ciudad dos sociedades de señoras para ayudar a la independencia de Cuba.

La una de estas sociedades, de que es presidenta la señora Julio César Burrows y cuenta entre sus socias gran número de distinguidas damas de la alta sociedad de Wáshington, es simplemente benéfica y tiene por objeto reunir fondos con que llevar a la Isla recursos para los cubanos que están pereciendo de hambre y miseria, y medicinas para los heridos.

Esta sociedad ha adoptado para su correspondencia un membrete parecido al de la Cruz Roja y el Ministro Dupuy de Lome se ha quejado al secretario de Estado de su organización, haciendo presente que si ella llega a ir a Cuba, tendrá que servir indistintamente a españoles y cubanos, o no será tolerada, para lo cual se basa en el tratado internacional de los Estados Unidos, Bélgica, España, Francia, Inglaterra y otros países. Las nobles damas han conferenciado con el subsecretario de Estado, señor Day, y le han expresado que aunque sus propósitos son simplemente humanitarios, y por tanto, nada tendría de particular que asistieran también a los soldados españoles heridos, no lo harán: primero, porque el sentimiento popular en los Estados Unidos está tan pronunciado en contra de España por las crueldades que ella comete en Cuba, que una sociedad que tuviera por objeto ayudar a España, sería despreciada y rechazada por todo el mundo y no lograría la cooperación o ayuda de nadie; segundo, porque la sociedad de la Cruz Roja que preside la señorita Clara Barton, que es la llamada a prestar sus servicios con esa imparciali-

dad, beneficia solamente a España, contra las prescripciones de los tratados y de su reglamento, dejando a los cubanos completamente desamparados; y tercero, porque todas las personas que componen la sociedad simpatizan con los cubanos y no con España.

Este protestar de la porción más culta y delicada de la sociedad humana en donde se han hecho más efectiva y más familiares y más vulgares los sentimientos de humanidad y de justicia, hace más por sí mismo contra la despiadada guerra de Weyler contra Cuba, que las mismas crueldades de esa guerra.

X

Santiago, 24 de septiembre.

Por más que, fundádome en pruebas mil, considere que tal vez no hay ninguna porción de hombres en quienes el sentimiento de humanidad y de justicia sea más vivo que en la sociedad regida por la Unión Americana, sé demasiado bien hasta qué punto arraiga en esos nobles sentimientos la ardorosa simpatía del pueblo chileno por el cubano. Por consiguiente, confío en que los datos de que voy a seguir haciendo uso, con el objeto de completar la convicción que ya usted tiene del carácter de guerra de exterminio impreso por Weyler a la lucha actual, motivará nuevas expresiones de simpatía, acaloradas por afectos de piedad, en el alma varonil y generosa de este pueblo.

No olvide usted, querido amigo, que estoy reuniendo datos de comprobación, y no haciendo pasiones: no a la sensibilidad, a la razón se habla. Por eso escogeré, en vez de las pruebas continuas que proceden del campo

de los combatientes, las que ha reunido en un informe, y dado a luz en un documento que utiliza *The Review of Reviews*, el escritor norteamericano Mr. Bonzal, testigo presencial que ha sido de los hechos que relata.

No tomaré íntegro el relato, porque es una balumba de horrores: ni quiero horrorizar, ni puede complacerme lo que me repugna, ni mi designio es el odio, ni es buen argumento el que toma por base de razonamiento los actos anormales de una guerra impía. No abusaré del relato del escritor angloamericano, por más que no puedan presentarse pruebas más eficaces de la necesidad de hacer algo por Cuba, que mostrar la emoción viva y sincera de ese buen anglosajón.

Lo que voy a traducir de su relato dirá solamente a mi propósito de comprobar con hechos concretos las odiosas injusticias que se cometen en Cuba por los que la quieren española.

Para ellos, ya se han visto, ni los hospitales de sangre ni la Cruz Roja pueden amparar a los cubanos que caen en la lucha. Ahora vamos a ver que no fué falsa aquella noticia telegráfica que al par escandalizó y horrorizó al mundo civilizado, o a la gente civilizada del mundo, noticia según la cual se alistaban presidiarios o penitenciados en las tropas enviadas a España contra Cuba.

De la conducta de esos tales, baste para muestra un hecho, no de ellos, sino de su fama:

“Inhumano a tal punto ha sido el trato dado a los inofensivos campesinos por las guerrillas de distrito (que, como se sabe, están exclusivamente compuestas de galeotes y presidiarios sacados de los establecimientos penales de España, y liberados con el objeto de que hagan de verdugos en la guerra), que ha habido casos en que el miedo que se les tiene ha hecho más daño que sus actos. Sé de uno en Bolondrón, en la provincia de Ma-

tanzas, en el mes de enero: una turba de campesinos, oyendo que mandaban a sus aldeas una guerrilla, echaron a correr a una cueva, dentro de la cual murieron de hambre unos ocho, antes de que los sobrevivientes reunieran ánimo bastante para entregarse a la guerrilla."

Cuando las tropas regulares proceden como usted ha visto, y las irregulares inspiran el terror que causa muerte, no es de esperar que el derecho de los prisioneros de guerra sea respetado: cien telegramas nos han dicho cien veces cuántas víctimas ha hecho entre los libertadores cubanos esa conducta de sus enemigos. Pero lo que de ahora para lo futuro llenará de misterios y de patrióticas supersticiones la leyenda futura de la Guerra de Independencia en Cuba, son los fusilamientos de encrucijada, los asesinatos silenciosos en la noche oscura, el horrible aprovechamiento de las altas horas de la noche para botar al agua a los presos políticos de la Habana, Matanzas y otros puertos.

De los así sacrificados en Matanzas, habla como testigo presencial M. Bonzal:

"...Me he referido solamente a los fusilamientos en público. Cuántos de otro modo, nadie puede calcularlo. En seis días, desde el 17 al 23 de marzo, diecisiete murieron de ese modo en Matanzas, que yo sepa y pueda afirmar personalmente, pues tengo de fuente española mi información."

A los que fusilan en público, los cuelgan por algunos días, como muda amenaza y para ejemplo: "...para un útil fin", dice el narrador yankee; "... para calentar el ánimo", dice él que le decía un cabo.

Esos fusilados para ejemplo no son tampoco prisioneros de guerra ni simpatizadores o laborantes peligrosos, ni siquiera hombres completamente formados, porque son campesinos deformados por el hambre:

"The very great majority of them are simply peasants starving", etc.

"En parte alguna del mundo ha sido la bendición del sueño más difícil de conseguir que en Matanzas, durante el presente reinado de terror. Y todavía, bien de mañana viene un penetrante despertar, que enfría la sangre e hiela el corazón. Al otro lado de la bahía, por sobre las doradas arenas de la playa, se levanta el fuerte de San Severino, enorme masa de granito gris, con uno que otro boquete por donde asoman algunos cañones manifiestamente del siglo xvi.

"Allí, en la explanada del castillo, y a la vista de toda la ciudad, son fusilados por la espalda los mozos capturados de distinto modo, y acusados del crimen de "rebelión o incendiarismo", y que un Consejo de Guerra ha sumariado y declarado culpables. En general, y nadie lo sabe mejor que los oficiales españoles, muy pocas de estas víctimas han estado en las filas insurrectas. La verdadera mayoría de ellas son pobres campesinos que no han cumplido el bando de reconcentración o que han intentado, extenuados, franquear las líneas españolas y han caído en manos de los escuchas, que, día y noche, guardan las rutas y senderos que llevan de los poblados a los campos.

"Como regla general, a los cogidos en el campo sin salvoconducto, los echan por delante y los tumban. Pero a algunos los maniatan y los llevan a la ciudad, y aquí los torturan para que den informes. Estos a quienes fusilan les sirven para un útil fin: durante días enteros los llevan por los poblados y son mostrados a la soldadesca sedienta de sangre y a la curiosidad morbosa.

"Un sargento de ejército con quien conversé en Jaruco, me dijo que él consideraba excelente esa exhibición, porque, según decía, la vista del enemigo caído era muy buena para *calentar el ánimo*...

Tenemos, pues, querido senador de la República, que no respetan los hospitales de sangre, que no conceden a sus contrarios las ventajas de *La Cruz Roja*; que fusilan a los prisioneros de guerra; que matan por la espalda a los *guajiros* que recogen por los campos; que un sumario del Consejo de Guerra sirve todos los días para justificar la muerte de mozos y de campesinos extenuados; que, para ejemplo y escarmiento, y también para calmar la sed de la soldadesca, les llevan de pueblo en pueblo a los fusilados; y, por último, que ese espectáculo es bueno *para calentar el ánimo*.

Y estamos a 87 años de San Bruno en Chile, de Calleja en México, de Boves en Venezuela, señor senador y amigo mío.

XI

Santiago, 25 de septiembre.

Pero tenemos más, amigo de Cuba y mío: según Mr. Bonzal, esos sacrificados sirven también para la gloria y los ascensos de cabos, sargentos y oficiales: ya veremos cómo.

Ahora vamos a ver el fracaso de una tentativa de ascenso, en una escena que, si no hiciera entristecer a la humanidad, haría reír a los que han seguido al teatro español en su desarrollo; y desde Lope de Rueda hasta Moreto, y desde Cervantes hasta Bretón de los Herreros, han visto cómo ha ido formándose, desenvolviéndose, perfeccionándose, nacionalizándose, aterrullándose (si el neologismo indica la fuerza de localización) el tipo inmortal del jaquetón:

"*On my way back to the hotel*, al regresar al hotel, me hallé con la guerrilla, que marchaba en triunfo por las calles de la ciudad. Eran unos ochenta hombres

de brutal continente y con caras de presidiarios, como efectivamente eran, según más tarde supe.

''En medio de ellos distinguí, como explicación de aquella algazara triunfal, el cadáver desnudo de un hombre blanco, amarrado a lomo de mulo: tenía las tripas por fuera, el vientre rebanado, la nariz truncada, horrorosamente mutilado en el rostro y en otras innominables partes. Según iban pasando, iban voceando a sus conocidos que acababan de tener una refriega de las buenas con la partida de Betancourt, que decían compuesta de a lo menos quinientos hombres, y a la cual habían hecho infinidad de bajas; pero que no podían presentar más que aquella prueba, porque los insurrectos, envidiosos del triunfo de la guerrilla, se habían llevado sus muertos. Y siguieron su marcha triunfal, hasta el cuartel de la guardia civil llevando su trofeo. Allí desamarraron el cadáver y lo echaron al suelo.

''Centenares de soldados acudieron, y paisanos españoles también, hozando aquel espectáculo repugnante, dando vueltas con los pies al cuerpo inerte y examinándolo de cerca, ni más ni menos que si hubiera sido el cadáver de un animal cualquiera.

''El jefe de la guerrilla salió a plaza y en altas voces comenzó a contar cómo se había verificado el combate, y la carga al machete que habían dado, y los otros dos hombres que él con su propio revólver había despachado...

''En esto, y cuando jaquetoneaba a más y mejor el vencedor, llega un guardia civil; se pone a examinar el cadáver, y dice: ''Hola, amigo! me parece que este sinvergüenza ha debido morir de hambre, y no de bala: y si no, vengan a ver!'' Y así diciendo, hizo ver que el cadáver no era más que un esqueleto revestido de pellejo. Y nadie allí dudó que el cacareado triunfo se ha-

bía conseguido sobre un pobre reconcentrado hambriento que se había escapado o intentado escaparse por la noche”.

Sería un error creer que todos los españoles residentes en Cuba son partidarios de la guerra de exterminio, ni de los engaños militares que sirven para prolongarla, ni siquiera de la guerra misma. Algunos, por cariño a sus familias cubanas o por afecto y agradecimiento a la tierra generosa que les ha dado fortuna y posición, no ocultan su descontento, siempre que pueden hacerlo a distancia del espionaje que prospera en estados de perturbación, como el de Cuba: tal un señor Barroeta, que no ha mucho huyó de las garras de Weyler para asilarse en Nueva York y atacar en seguro a su enemigo. Sin dejar de ser “españoles antes que todo”, él y otros censuran y condenan la conducta de la guerra en Cuba.

En un grupo de los primeros oyó Mr. Bonzal esta anécdota:

“...Su punto de vista (el de los oficiales españoles que hacen la guerra por la guerra) se manifiesta en esta conversación de uno de ellos con un dueño de ingenio, que se mostraba anhelante de poder moler en paz sus cañas para evitar la bancarrota:

”Como quiera que sea, le decía el oficial, Ud. hace de algún modo una cosecha al año, mientras que ésta es la primera zafra de nuestra carrera, y es justo que saquemos partido de ella: ahora nos toca moler a nosotros, y estamos moliendo”.

De un grupo de la otra clase de españoles residentes es el señor Barroeta, a quien *The Sun*, de New York, presenta:

“La declaración más importante que se ha producido acerca de la situación de Cuba, desde que ha esta-

llado la revolución, procede de don Santiago Barroeta, alto funcionario español, miembro hasta hace poco tiempo de la diputación provincial de Santa Clara, y, durante los últimos 14 años, magistrado de uno de los Tribunales de Justicia Superiores de la Isla.

Pocos días atrás, el señor Barroeta era aun diputado provincial y propietario del periódico español *El Nacional*, que se publicaba en Cienfuegos.

Es dicho señor, un español incondicional, enemigo resuelto de los revolucionarios y amigo político muy íntimo del marqués de Apezteguía, presidente del partido español de Unión Constitucional.

Tan decididos son los sentimientos españoles del señor Barroeta, que, no obstante su alta posición como magistrado y representante provincial en la corporación de Santa Clara, se alistó voluntariamente en el ejército de Weyler y obtuvo el grado de capitán luchando contra los cubanos. Pero, habiendo rehusado acatamiento a las órdenes de Weyler para que atacase en *El Nacional* al marqués de Apezteguía, y por virtud de la oposición que realizó contra determinados actos de crueldad de Weyler, éste lo acusó de complicidad en los recientemente denunciados fraudes cometidos por el ex gobernador de Santa Clara, señor Montero Vidal, y ordenó fuese arrestado como un criminal vulgar.

El señor Barroeta ha presenciado muchas de las barbaridades de Weyler y tiene en su poder documentos importantes, que comprometen a la administración española y al capitán general de Cuba.

Sabedor de la suerte que le aguardaba, si era cogido por su poderoso enemigo, Barroeta se ocultó al enterarle un amigo del decreto de prisión dado por Weyler, y unos días más tarde pudo escaparse a este país en un buque de vela despachado para Boston. De Boston pasó luego a esta ciudad, donde ha vivido por una sema-

na bajo nombre supuesto, preparando un folleto en español en el cual describe la situación de Cuba.

Dicho folleto aparecerá pronto firmado por el señor Barroeta. Su título es: *La situación en Cuba descrita por un español incondicional*".

De este folleto de un español a prueba son estas palabras, que dan de una vez el espécimen de las victorias que sirven para ascensos, y de las pacificaciones del capitán general de Cuba esclava: *The Sun* es quien extracta:

El señor Barroeta se hallaba en Sancti Spíritus, cuando llegó a esta población el general Calixto Ruiz con su columna, después de operar durante algunos días, sin haber encontrado al general Gómez.

El único incidente ocurrido en la marcha de Ruiz fué el encuentro de una pequeña partida de insurrectos, que hizo fuego a la columna, matándole tres soldados e hiriéndole otros siete. Pero el general Ruiz tuvo una larga conferencia particular con el general Weyler, y el resultado de ella fué un fantástico despacho que se dirigió a Madrid, comunicando una gran victoria sobre el Generalísimo cubano.

Cuatro días más tarde, el señor Barroeta, ya en la redacción de su periódico en Cienfuegos, se reía en grande, al recibir de Madrid el siguiente cablegrama:

"Ha producido aquí gran regocijo el informe oficial del general Weyler, anunciando la derrota de las fuerzas de Máximo Gómez por la columna del general Ruiz, que dió muerte a muchos insurrectos y capturó gran número de caballos y papeles importantes del caudillo rebelde.

"Gómez y su gente fueron dispersados y obligado aquél a ocultarse en los bosques con unos pocos de sus secuaces".

Por donde se ve

Que en esa inicua guerra contra la independencia de un pueblo, los que la sostienen engañan a la nación: pacificando a engaños; ascendiendo a la milicia por combates simulados; prolongando la guerra "para hacer su zafra"; asesinando a hambrientos fugitivos.

De estas iniquidades toman nota continua los periodistas dignos de su misión que tiene España, y ellos son los que más alto dicen que basta con ser español para abominar de una guerra tan costosa a la justicia.

XII

Santiago, 26 de septiembre.

Al religioso autor del informe que voy a seguir utilizando, le fué dada la tristeza de presenciar como testigo, o de oír relatar como circunstante, depravaciones y abominaciones de la guerra, que han bastado en Europa, sin tratarse de una guerra, sino de meras brutalidades por diferencias religiosas, para legitimar la protesta airada de todos los pueblos del Continente, y la intervención diplomática de los Gobiernos representados en la corte del Sultán. ¡Eso sí que es digno de imitarse!

He hablado del espíritu religioso del narrador de la espantosa escena que voy a traducir, porque no quiero que haya nadie, ni americano ni español, ni incrédulo ni creyente, ni católico ni protestante, ni optimista ni pesimista, ni escéptico ni crédulo, que se niegue a compartir conmigo el sentimiento de mística compunción que domina el ánimo del escritor americano al presentarnos esta escena:

"Poco después del cañonazo de alborada, se oye la primera señal de la fiesta de la tumba; la señal es la música de una banda militar, que toca un vals. En cuanto se oye el vals, se ven aparecer tres o cuatro com-

pañías de infantería por el portalón del fuerte, y formar, en la explanada, tres lados de una cuadrado, dejando como cuarto lado el muro del castillo. Entonces empieza una procesión: sale tropa en compacta formación, que lleva en medio tres o cuatro mozos campesinos, con las manos atadas por la espalda, y con grillos en los pies, que se paran delante del muro en donde van a fusilarlos. Sobre ellos llevan (¡horrible mofa y sacrilegio!) la imagen de Nuestro Señor Crucificado, del Príncipe de Paz, y algunos de sus pastores van allí a atestiguar con su presencia aquel acto de crueldad cobarde. Se ve que los muchachos se arrodillan; se ve que el pelotón de fusileros adelanta; se ve que apuntan; casi se oye la voz de "¡fuego!" y los que poco antes eran hombres, hermanos, yacen por tierra".

"Pocos minutos después, llega el carro de los muertos, *la lechuza*, como lo llama el pueblo, y se lleva a todo escape los cadáveres".

El blando amanecer de las Antillas, hora de vida, escogida como el momento de la muerte; el espectáculo del fusilamiento, dado a la vista de un pueblo entero; el vals, signo de alegría sensual, como señal cotidiana de la muerte; la aparición de tropas para formar el cuadro del suplicio; la entrada en escena del pelotón de la muerte, con sus víctimas, dos, tres o más pobres muchachos de los campos; la imagen del "Príncipe de Paz" y la presencia de un pastor de almas, sancionando aquello, que ya no es más que el hábito del mal; la descarga; la caída de los cuerpos, y luego *la lechuza*; y luego la carrera a todo escape, ¡qué abominable despertar para una población! Y despertar así todos los días, al cañonazo de alborada, como cosa infalible, como hecho inevitable; como escena irremediable; y no así sólo en Matanzas sino en la Habana, en Jaruco, en Villa Clara, en Artemisa, en dondequiera que hay líneas militares

¡qué horror para los hombres, qué lección para los pueblos indiferentes, qué condenación para la historia!

Pero, a ser posible, aun hay injusticia más cruel; aun hay modo de hacer más odiosa la injusticia.

Un día, los mil o dos mil reconcentrados de que le hablé, consiguieron del gobernador civil de Matanzas... Pero que hable Mr. Bonzal:

"...Animados por aquel bondadoso tratamiento, varios de aquellos hombres recobraron su voz, y dijeron que si el gobernador les consentía que salieran afuera de la línea militar, creían que podrían encontrar boniatos, yucas, papas, ñames, con que sustentar a sus familias.

"Hubo una larga consulta, hasta que, al fin, el gobernador civil, el señor Poffet, les consintió que por la mañana salieran a campo raso bajo escolta de guerrilla, a fin de sacar raíces o de recoger los frutos espontáneos de la tierra que encontraran.

"Muy de alba, al día siguiente, echaron a andar, provistos de sacos, cestas y canastos, para traer el sustento de los suyos; pero poco antes del mediodía, ya los vi volver de vacío, y temblando de miedo. Algunos, con quienes hablé, me dijeron lo que había pasado. Cuando estaban a algunas millas de la ciudad, el oficial de la guerrilla, compuesta de unos cien, les dijo que se desparramaran para mejor encontrar lo que buscaban. Pero, a poco, se alarmaron con una descarga; y al correr a reunirse, vieron los cadáveres de cuatro de sus compañeros de consunción que habían sido muertos por la espalda y por orden del sargento, que aseguró haberles sorprendido en el momento de escaparse. Pero los que estaban cerca de sus compañeros muertos, me aseguraron que había sido un fusilamiento sin motivo ni pretexto; que no había una palabra de verdad en el cuento del sargento; que los hombres no habían hecho

la menor tentativa para escaparse, y que aquello había sido un simple asesinato”.

Está muy bien: en estados anormales, lo anormal es regla; pero ni aun entonces pierden su carácter de acciones profundamente depravadas las que, como ésta, tienen el objeto que ella tuvo. ¿Qué objeto tuvo?

Que lo diga también el testigo presencial de las inhumanidades que acontecen en Cuba a la vista del continente de la independencia, de la libertad y de la nueva humanidad:

“La vida parece amable hasta para los que se están muriendo de extenuación y que tienen encima dos o tres epidemias, porque los pacíficos desistieron de volver a desenterrar raíces y se volvieron a sus desmantelados bohíos y a sus extenuadas familias. Por supuesto que no hubo en Matanzas quien creyera, ni por un momento, que los cuatro hombres habían sido muertos al tratar de escaparse. Se creyó que el sargento había decidido el fusilamiento, con el objeto de aterrorizar a aquella gente, para que no fuera a embromar con sus quejas al gobernador y para que la guerrilla no tuviera que salir a darle escolta”.

Si este hecho es inicuo ¿qué es, Guillermo, el motivo de ese hecho?

Es, no buscando nombres concretos para manifestaciones de un estado general, una pérdida de todas las fuerzas morales, una especie de peste bubónica del alma humana, que hace dolerse de ella el alma sana, y que muestra del modo más patente la necesidad, para la misma España, de poner término a una guerra que ha llegado a dañar ya las radículas mismas del alma.

XIII

Santiago, 27 de septiembre.

Mientras el general Martínez Campos estuvo al frente de las tropas españolas, la guerra fué tan humana como la guerra puede ser. Algunos actos de ilícita barbarie se efectuaron, pues ya de entonces fué la violación del hospital de sangre a que se refería la carta del doctor Agüero; pero éstos, y otros cualesquiera hechos de su especie, estaban fuera del plan de guerra general. Para su nombre y honrada gloria, aquel general correspondió a los generosos propósitos de los revolucionarios cubanos que han hecho y siguen haciendo una guerra ejemplar.

No así el sucesor, cuyo envío a Cuba convergió con las mórbidas propensiones del españolismo en las Antillas, y con el insano olvido de los deberes del estadista que sufrió el jefe del Gabinete español.

Y a los pocos días de su llegada, el sucesor de Martínez Campos había cambiado el carácter de la lucha que, de perversión en perversión, cayó en la guerra de exterminio.

La declaración de esa guerra despiadada, hecha a los no combatientes, a los pacíficos, a los *guajiros* o vividores de los campos, a los viejos, las mujeres y los niños indefensos, a sus tierras, sus bienes, sus siembras y cosechas, es una fecha nefanda para la historia coetánea de la civilización.

Esa fecha es la de 21 de octubre de 1896, día en que se publicó la proclama de don Valeriano Weyler y Nicolau, marqués de Tenerife, gobernador y capitán general de la Isla de Cuba, que decretó la reconcentración de todos los habitantes del campo en los suburbios y vecindades de las poblaciones, villas y ciudades guarne-

cidas por las tropas españolas, y dentro de la línea de fuego de esas posiciones militares. El plazo era de ocho días; la pena de contravención, la muerte. El modo de llevar a cabo la proclama, helo aquí:

“En la Habana, Matanzas y Santa Clara, se mandó el bando a los gobernadores de los varios distritos militares. Comunicado su contenido a los jefes de guerrillas y a las columnas de operaciones, se les ordenó que lo hicieran conocer a los habitantes del campo para que abandonaran sus viviendas y sus bienes, y se pusieran en camino para los paraderos de concentración. No se les permitió llevar más propiedades suyas que las que podían echarse a la espalda. Y antes de partir para el paradero o lugar a que iban destinados a morir de extenuación y de enfermedades epidémicas, vieron devoradas sus casas por las llamas, sus cosechas por el fuego, y confiscado su ganado. En algunos lugares resistieron la orden, especialmente por no ir en forma de derecho. Y entonces fusilaban a los que resistían”.

Ese es el principio del hambre, de las muertes por inanición, del desarrollo de epidemias que, en un abrir y cerrar de ojos, han diezmado la población de Cuba que está bajo el yugo. Indigentes que van a aumentar la población de lugares empobrecidos por la guerra, les llevan consigo el hambre; enfermos de consunción, de fiebres palúdicas, de viruelas, llevan el contagio a donde van, y así, extendiéndose el hambre por todos los poblados, enseñoreándose de villas y ciudades el contagio, el exterminio comenzó.

“Para observar los resultados de la reconcentración, por la cual, ya a designio, ya por acaso, el pueblo de Cuba está siendo exterminado, he visitado los principales paraderos de reconcentración en las cuatro provincias del oeste. El terreno que les dan para que levanten sus bohíos o casuchas de madera y *yagua* (hoja

de palma) es invariablemente suelo bajo, lagunoso, paludoso”.

La explicación de esa nueva crueldad agregada a la del éxodo forzoso, dicen que es el egoísmo. Los residentes españoles de las villas y ciudades, temiendo la vecindad de los reconcentrados, obtuvieron que los mantuvieran lo más lejos posible de sus recintos. Pero eso no los ha preservado por completo y el aumento de mortalidad en aquella parte de la Isla es tan rápido y enorme, que se calcula en un 20 por ciento, con terribles tendencias a aumentar, la pérdida de vida en la población de las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río.

¿Quedará Cuba como quedó el Paraguay?

XIV

Santiago, 28 de septiembre.

“Sobre madres y padres ancianos, viudas desvalidas, esposas y hermanas sin amparo, niños y niñas inocentes de los que están peleando por su libertad, es sobre quienes el general Weyler está esgrimiendo su espada atroz. Si se permite que esto continúe por muchos más meses, está amenazada la vida de la raza cubana, contra la cual no se puede hacer otro cargo sino el de que son americanos y se atreven a afirmarlo. La primera vez que estuve en Matanzas, fué en enero. Las calles estaban repletas de limosneros, que a gritos pedían algo que comer. Se aspiraba en la atmósfera un olor de pobreza y de extenuación de muchedumbre.

”Grupos de pobres campesinos, que se iban consumiendo a nuestra vista, se colgaban de las ventanas de los hoteles y restaurantes, y de todas partes llegaba a

los oídos el lamentoso pordiose: "Señorito, déme las sobras de su plato". Estos eran los gritos descorazonadores que desde la mañana hasta la noche me seguían".

Eso en Matanzas. En Artemisa, a donde expresamente fué un comisionado de cubanos condolidos de la Habana, el cuadro era tan abrumador, que con un sólo episodio de él basta: para procurarse informes fidedignos, el comisionado penetró en una calle. Apenas lo vieron, ancianos y ancianas, mujeres y niños que ya no podían moverse, sacaban lánguidamente la cabeza por la ventana, o extendían la mano o se echaban a sollozar de histérica alegría. Y llamaban y clamaban e imploraban. Una mujer le gritó: "¡Corazoncito! una migajita de pan! una no más!" A una pobre chiquilla de 14 años, que era un lío de huesos envueltos en un trapo, no se le consiguió hacer comer nada. En voz que ya era de tumba, consiguió hacerse oír: "¡Algo que me acabe pronto!" Y parece que fué su último deseo.

"Ni con diez mil pesos habría tenido para socorrer a aquella multitud de moribundos", dice el comisionado.

No debe ser el único que de esa y otras poblaciones de occidente, lo diga o lo piense, porque en estos días, por el último correo de los Estados Unidos han llegado entre otros periódicos, uno que contiene la condoledora noticia que transcribo:

"Huyendo del hambre llegaron a la Habana, procedente de Jaruco, cinco niños, el mayor de 13 años y el menor de 6. Apenas podían tenerse en pie, el más pequeño es un esqueleto andando, hacía días que no probaban alimentos y están atacados de una caquexia palúdica.

"Pertenecían a una familia de Calafete, reconcentrada en Jaruco, la madre murió de viruelas hace seis meses y el padre hace dos de disentería.

"Esta es la consecuencia de la reconcentración, que aun defienden los Romero Rubio y comparsa".

Las últimas palabras de ese recorte, que son una indicación de origen y hacen entender que procede de una publicación española de la Habana, indican de paso que el horrible método de la "reconcentración" no es igualmente aceptable, en Cuba española, para todos. Es una honra para los españoles que la condenan; y, por otra parte, sería ya desesperante el estado de enfermedad social, si, por ser hijos de España, hubieran de prohiar los españoles esos crímenes, que tampoco son de España.

Y que es obra del crimen la situación a que el general Weyler ha reducido a la población campestre de occidente, lo dice el hecho jamás acontecido de haber miseria y hambre en Cuba.

¡Miseria en el seno de la abundancia! ¡hambre en la tierra que tres veces al año abre espontáneamente su seno para dar los mejores de sus frutos, los del pobre!

Mal administrada como siempre ha estado, Cuba producía anualmente una masa de valores que, en tiempos de media producción, no bajaban de doscientos millones de pesos: eso lo hacía con una población exigua, y con sólo dos productos suntuarios, el azúcar y el tabaco: eran beneficios de explotación esos valores; los de consumo los daba de ñapa, sin pedir más trabajo que el de la siembra a mano, ni más agricultura que la agencia natural de los coeficientes físicos de la producción, ni más agricultor que el sol. Así se han estado produciendo, año tras año, el café y el cacao de los sitieros, el maíz de los conucos, el plátano, el guineo, el boniato, el ñame, la yuca, las numerosas variedades de legumbres, la innumerable cantidad de frutas silvestres y campestres (que árboles frutales, cultivados según

arte, los habrá en vergeles de recreo y en quintas modelos, pero no en los campos ni en los bosques), el cocotero, la palma de cogollo, el árbol del pan, cien clases de raíces, variedad de tubérculos que la abundancia reinante menospreciaba, pero que la tierra bondadosa tenía almacenados para días como los oscuros que han sobrevenido sobre aquel suelo risueño.

Con esa producción casi espontánea; con algunas industrias rurales muy rudimentarias; con la industria pecuaria reducida a la cría de reducidos rebaños; con una economía rural concretada a la multiplicación de aves de consumo; con caballos fogosos bien adiestrados; con aire libre, y gozando de la relativa independencia de los campos, que no tan fácilmente como las ciudades vencen el cuello al yugo, se había formado en Cuba una población rural de primer orden. Falta, por supuesto, de estímulos morales e intelectuales, aunque buena e inteligente por naturaleza; pero de primer orden por las condiciones sociales y económicas en que se desarrollaba. Esa población próspera, rica, porque tenía más recursos que necesidades; laboriosa, sin ser muy diligente; conocedora de su medio natural y siempre segura de la potencia de su medio; población feliz, si las hubo, con sólo el acerbo de la patria esclava, se dividía en dos grupos: el de los *guajiros* sueltos, mozos que vivían del trabajo prestado en sitios, potreros, estancias, hatos, ingenios, cafetales, y el grupo de los *sitieros*.

Todo *guajiro* concluía siempre en un *sitiero*, y todo *sitiero* era el símbolo vivo del ideal campestre. Eran pequeños propietarios: constituían, a merced de la lenta formación de una clase de pequeños industriales, la base de una población industrial y el elemento viviente de un estado social llamado a felices desarrollos.

Esa población vivía en un verdadero paraíso.

Pues, vea el poder para el mal que tiene el hombre: de la noche a la mañana, de un momento a otro; en el breve lapso de tiempo que transcurre entre una orden perentoria y su ejecución, el paraíso se hizo cenizas, y la población próspera se convirtió en mendiga.

Esa la obra general del bando de concentración, la obra concreta, el daño diario, el mal de cada instante, ya usted lo ha ido viendo en los dolorosísimos relatos que testigos presenciales le han hecho. Pero si, por avidez de sentimiento, o como nuevos, o para mayor fuerza argumental, reclama nuevas pruebas del estado de horror a que han sometido a las familias *guajiras* de occidente, yo me desentenderé de hechos más recientes que, por proceder de noticieros cubanos, pueden parecer dudosos, y volveré a traducir a Mr. Bonzal:

“Más de una vez me encontré por las calles con una pobre mujer, madre desesperada, que apretaba contra su exhausto seno a una guagua encanijada y sin aliento yendo y viniendo por la hambrienta ciudad doliente, y gritando, con terrible expresión de espanto y ansiedad en su semblante cadavérico: ¡Leche! ¡Leche!

Esa es la madre que pide lo que ya ella no tiene para el hijo, aun vivo. ¿Quiere usted más? Aquí tiene la madre que quiere dar lo que no tiene al hijo muerto:

“Una vez vi sentada en la plaza, medio desnuda, y estremeciéndose de frío, porque soplaba el punzante norte, a una madre que convulsivamente apretaba a su seno un chiquitín que ya había muerto. Y estaba tratando de amamantarlo, exhortándolo e implorándolo a que tomara el pecho, con cuantas dulces palabras tienen las madres para eso. Al fin llegaron amigos de ella, que trataron de llevársela; pero cayó agotada. Y mientras estaba privada de sentido, ante los curiosos circunstantes, siempre abrazando convulsivamente al pe-

queñuelo muerto, se lo arrancaron del seno; lo echaron al carro de los muertos, que pasaba, y se lo llevaron al cementerio, en donde yacen, medio insepultos, centenares de los que han caído víctimas de esta atroz persecución”.

Querido amigo: ¿Se acuerda usted del suplicio de Ugolino?

“Poscia che fummo al quarto di venuti,
“Gaddo si mi jittó disteso ai piedi,
“Gridando: ¡Padre! ¡ché! ¡tu non m'aiuti?”

Padre es el Continente; Gaddo es Cuba.

XV

Santiago, 29 de septiembre.

Dije que, para estimularse a hacer algo por Cuba, pueblos y gobiernos de América Latina no necesitan más que pruebas de la injusticia de la guerra hecha a los cubanos, y motivos de emulación. Ya di las pruebas; voy a presentar ahora los motivos.

Motivos de generosa emulación hay muchos, que, por el distinto origen de las cosas, pueden clasificarse en dos grupos diferentes: los motivos de emulación que nos dan los otros pueblos; los que nos dan las acciones de los libertadores.

Empezaré por estas últimas. Pueden también ser clasificadas, porque las acciones memorables que harán histórica la Revolución de Cuba se refieren a la conducta de la guerra por el carácter que la Revolución le ha dado, y a los resultados obtenidos por y con el concurso de las individualidades que han funcionado y funcionan en la Revolución.

Clasificándolas según los hechos mismos de la guerra y según los actos de los guerreros y de los revolucionarios, las acciones llamadas a estimular admiración, simpatías, adhesión y actos convenientes a la solución del problema pendiente en Cuba, son colectivas e individuales.

Las acciones colectivas complacen hoy a todos los seres racionales, pues les prueban que no hay ninguna necesidad de convertirse en irracionales para sostener el derecho contra la fuerza, la libertad contra la esclavitud y la justicia contra la injusticia. Son esas acciones colectivas de la Revolución de Cuba tan opuestas a las de sus contrarios, que bastaría enumerar acciones opuestas a las que he tenido que enumerar, para cumplir mi tarea.

Desde que estalló la Revolución, la primera noticia de represalias tomadas por los combatientes cubanos contra los españoles se dió por el telégrafo, al noticiar la toma de Las Tunas. Si cierto el hecho, se refería a guerrilleros, y ya hemos visto qué individuos forman las guerrillas españolas. En cambio, mil veces hemos sabido de perdón otorgado por los cubanos vencedores a tropas vencidas de españoles.

Los cubanos, pues, no dañan ni ofenden al vencido; lejos de violar hospitales de sangre, recogen a los españoles heridos, y los curan; lejos de perseguir a los pacíficos, convierten en pacíficos a los antes enemigos, según consta de una gratísima carta de Máximo Gómez, en que cuenta el siguiente hecho:

En un encuentro, hicieron sus fuerzas unos cuantos prisioneros españoles, a quienes él devolvió la libertad; de ellos, algunos no la quisieron, y prefirieron quedarse con los insurrectos. Entonces, el Generalísimo del Ejército Libertador, que no es sólo un hombre de sentimientos dignos de hombre, sino un talento experto, mandó

que se diera a aquellos *pasados*, como se llama a los que se pasan a las filas revolucionarias, un pedazo de tierra, algunas simientes y los materiales para hacer unos ranchos o bohíos. Y los internaron en lugares seguros de la sierra.

A pocos meses, habiendo tenido que pasar por aquellos lugares, el general vió un caserío muy bien dispuesto, sementeras muy abundantes y risueñas, un aspecto de bienestar en la tierra, en las cosas, en los animales, un aire de contento tan risueño en aquellos moradores de un caserío que no había visto nunca, que hizo llamar a algunos de ellos. Uno, sonriéndose, le preguntó si no le conocía; y a la negativa del general, sonriéndose más, contestó él: "Pues yo sí conozco al general, y le estoy para toda la vida agradecido, como estos mis compañeros, y como nuestras familias: nosotros somos los prisioneros perdonados en tal parte."

Lejos, pues, de perseguir, se tiene en Cuba Libre la prudencia de arraigar en el lado de la porción oriental de tierras cubanas que ya está siendo tierra independiente, así a los que por derecho de nacimiento tienen derecho al suelo, como a los extraños y antes enemigos que optan por Cuba.

Merced a esa conducta generosa, pero que más llama la atención de los pensadores por lo racional y previsor que por lo generosa, ya se ha podido levantar como censo de la población reunida bajo la égida de las armas libertadoras, y se sabe que Cuba libre, es decir, la parte oriental de la Isla, en donde España no tiene ya más que el casco de seis o siete poblaciones, consta actualmente de trescientas mil almas: entre ellas, centenares tal vez de soldados españoles.

Como no hay prueba de oposición entre la conducta de españoles y cubanos que pueda producir convicciones más firmes y persuasión más eficaz que la suminis-

trada por los actores mismos; y como, por otra parte, es tan dulce, tan decoroso y tan humano el poder contraponer a la muerte de una colonia el nacimiento de un pueblo, regocíjese conmigo al leer esta carta del doctor Martínez, médico del Ejército Libertador, que describe en tan incitantes términos la vida de Cuba Libre, que no cuesta ningún trabajo creerle, cuando dice: "Lo que siento es no haber venido antes".

El cuadro es tan apacible; los colores tan naturales, la atmósfera tan pura, que entrar en él, después de haber pasado por los horribles cuadros del hambre, la miseria y la muerte que la inocencia sufre de la injusticia en Cuba española, es como pasar de una pesadilla a un ensueño.

Regocíjese, Guillermo; ya hay Cuba Libre. Véala aquí:

"Tú sabes que una circular de nuestro general en jefe prohibió absolutamente el comercio de los frutos del país con el enemigo y esto está dando, como era de esperarse, un magnífico resultado. Todo el café y el cacao de esta riquísima comarca lo hemos recogido para nuestro consumo. De ahí salen con regularidad comisiones oficiales y particulares que llevan numerosas arrias cargadas de los frutos especiales de aquí para cambiarlos en otras zonas y al volver nos traen quesos de Camagüey, tabacos, dulces, yarei, etc. Las reses se distribuyen en las distintas prefecturas y en las fuerzas. En las prefecturas se benefician regularmente para el consumo de las familias. Las mujeres vienen ellas mismas a buscar la carne y cada una trae algo: ésta, una botella de aceite de higuera; la otra, algodón; aquella jovencita nos trae miel de abejas; llegan los muchachos verdaderamente cargados de velas de cera y las entregan a cambio de un buen pedazo de carne y unos

cuantos huesos con que en sus casas van a hacer el ajiao para él y sus hermanitos.

"Cuando las mujeres se retiran para sus casas, no sólo llevan la carne sino algunas pencas de yareí y con ellas tejen sombreros y otros efectos útiles para sus familias y nuestros soldados.

"En cuanto a frutas, esto es una bendición. Hasta ahora el dulce que comíamos era raspadura hecha de trapichitos muy rudimentarios; pero ya no estamos tan atrasados, nuestra industria azucarera ha dado un paso hacia adelante en la senda del progreso. El teniente Manuel Villalón a quien llamo nuestro "ayudante inventor" ha montado un ingenito al vapor y ahora tenemos raspadura en abundancia y hecha al vapor en plena manigua. ¡Qué te parece! La fiesta de la inauguración del ingenito de Villalón ha sido de lo mejor que hemos tenido aquí. Se bailó y se comieron dulces de casabes como tú no puedes figurarte. El pan no nos falta, comemos casabe delicioso del que ya quisieras tú pillar una torta. Tenemos, para nuestro servicio, perfectamente organizado, una serie de torres heliográficas que se extiende, por ahora, desde Baracoa hasta las Tunas con dos centrales. Demás está significarte las ventajas que estas comunicaciones nos reportan.

"Y ahora voy a hablarte de lo que a mi profesión más me corresponde.

"Los heridos que tenemos son muy pocos.

"El estado sanitario en general es satisfactorio. Es verdad que ha habido unos cuantos casos de viruelas, pero afortunadamente muy contados han sido mortales. Yo he vacunado a muchos en las fuerzas y lo mismo entre las familias. El paludismo nunca falta, pero no carecemos de purgantes y quinina y ya es sabido que con estos dos elementos el miasma palúdico no es enemigo temible.

XVI

Santiago, 30 de septiembre.

“Pero, ¿es verdad?”, se preguntará Ud., como, loco de júbilo, me pregunté yo, “¿es verdad que hay ya Cuba libre, que ya es libre un pedazo de Cuba?”

Con dos comprobaciones documentales le baste: hay cien más, y algunas son tan corroborantes como la no lejana toma de Cascorro, y como la reciente toma de Las Tunas; pero quiero reducirme cuanto pueda a documentos absolutamente indenegables por su origen. Y me parece que, para atestiguar que hay “Cuba libre”, que un pedazo de Cuba es libre, no puede haber documentos más preciosos que los de que voy a hacer uso; uno de ellos, de autoridad extranjera, el mismo informe que he estado utilizando y que probablemente haré publicar íntegro, a pesar de lo que me apesara mucho por lo de su contenido; otro, de autoridad moral indeclinable, pues que procede, sin estudio ni mira ulterior, de un cubano que describe su pasmo al encontrarse con el suelo libre que el patriotismo victorioso ha logrado arrancar de Cuba esclava.

Dice el informe del testigo ocular de los hechos:

“Para mayor claridad se puede dividir la Isla en dos partes, enteramente distintas una de otra. La trocha de Júcaro a Morón, que para nada más sirve, podemos utilizarla como una línea divisoria: Al E. de esta línea están las provincias de Puerto Príncipe y de Santiago de Cuba, que son hoy, en todo y para todo, Cuba libre. Aquí, los guajiros, clase de pequeños cultivadores, no han podido ser arreados a los poblados para que se mueran de miseria y hambre: aun ocupan sus viviendas en el campo; y aunque a menudo han sufrido las consecuencias de las operaciones militares, así de

las ejecutadas por los españoles como por los cubanos se han salvado de los horrores de esta guerra inhumana. En los límites de esta Cuba libre, que tiene una extensión de casi media isla, los españoles retienen unas doce o quince poblaciones, que a ellos les place llamar puntos de importancia estratégica. De ellas, las únicas ciudades interiores que ahora recuerdo, Bayamo, Jiguaní y Holguín. Los otros "puntos estratégicos" están en la costa o en las carreteras, de las cuales sería fácil retirarse. La provisión de esas tres poblaciones interiores es ahora la principal ocupación de la fuerza española en Oriente. Y, a mi ver, la retirada de las fuerzas españolas de esas ciudades, sería un gran golpe estratégico y una gran desgracia para los cubanos combatientes; porque se puede decir sin miedo de ser contradicho, que, durante los últimos doce meses, el ejército de Calixto García ha sido casi exclusivamente alimentado, vestido y armado con los convoyes capturados a los españoles, y que semanalmente se mandan desde Manzanillo y otros puntos de Cuba, para revituallar las guarniciones, que están continuamente sitiadas por las bandas insurrectas".

"Al oeste de la trocha de Júcaro a Morón, en las cuatro provincias de Santa Clara, Matanzas, Habana y Pinar del Río, está "Cuba española".

En prueba de que la posesión de Cuba libre por sus legítimos dueños es efectiva, la dan dos hechos; uno, que el informe extractado indica, y es el perpetuo copar de convoyes de vituallas por los cubanos; el segundo, el hambre de que sufren Bayamo y Jiguaní, a consecuencia del continuo bloqueo que mantenían los cubanos. Digo que mantenían, porque los españoles pensaron retirarse de Bayamo, y los cubanos se apoderaron de Jiguaní.

Los pormenores de esos y otros hechos, que el coronel José Fernández de Castro, del Ejército Libertador de Oriente, da en los siguientes extractos de cartas suyas, pintan a lo vivo la omnimoda dominación de Cuba oriental por los esforzados independizadores:

“Mi última, si mal no recuerdo, la terminé cuando comenzó aquella célebre operación contra el convoy que de Veguitas conducían a Bayamo los españoles.

“La columna recibió fuego, desde que salió de la zona de fuertes, tardando un día en llegar al río Buey en su afán de rehuir nuestros combates. Es una fatiga tremenda, luchar con un enemigo que se niega a combatir. Al fin al segundo día llegaron a Babatuaba (6 leguas) donde la recibieron dos batallones de infantería mientras fuerzas montadas les macheteaban la retaguardia. Dejó el camino real y pensó escapar por Bejuquero donde la aguardaban el brigadier Benítez con 300 infantes de Manzanillo y la caballería de Guá (antigua de Guerra) y una pieza de artillería. Los regimientos “Carlos Manuel” y “Figueredo” estaban a mis órdenes en Jucaibamita, donde se hallaban también el “Cuartel General” del mayor García con varias piezas, y la caballería del general Salvador Ríos. En Tuabeque, la infantería del bizarro general Rabí, el resto de la caballería en Peralejos y el grueso de la infantería en el paso de Mabáy donde debía verificarse el copo por cualquiera de los tres caminos que escogiera el enemigo. La suerte nos fué adversa porque éste después de hacer varios zig-zags, rechazado en todos los puestos y desbaratado por Rabí, retrocedió a campo traviesa, aprovechando un descuido, se refugió en Bueycito permaneciendo allí once días mientras llegaban los 5,000 hombres que necesitaron para salir”.

Ahora que ya tiene usted una idea clara y una precisa descripción de lo que es una captura de convoy de

aprovisionamiento, y del modo que los cubanos tienen de vivir y pelear a costa de los españoles, vea cómo han ido apoderándose de las poblaciones, y destruyendo los puertos, que retienen las armas españolas. Aquí la toma de Jiguaní:

“A eso siguió el ataque a Jiguaní con el magnífico cañón “Cayo Hueso”, y varias otras piezas, entre ellas “Martí”, que se portó muy bien. El pueblo fué tomado y saqueado y destruidos cinco fuertes importantes. Hubo amenazas de refuerzos españoles, salimos a batirlos y no fué posible, en las primeras escaramuzas comenzaron a retroceder hasta retirarse completamente”.

Aquí la toma, destrucción y abandono de Cauto, que, como puerto que está al acceso de la marina española, no se puede retener:

“Luego tomamos el puerto de Cauto. Te acompañé el plano de la operación dirigida por mí y aprobada por el general García en todas sus partes, que resultó un éxito de consideración con insignificantes pérdidas para nuestras fuerzas. El asalto se verificó al oscurecer y en un momento tomamos y saqueamos el pueblo, que como sabes, estaba regularmente defendido aún en tiempo de paz”.

Pero ¿a qué pruebas, cuando hay una resolución del capitán general de Cuba, ayer mismo comunicada por cablegrama, que ordena la desocupación y abandono del territorio central de Oriente, es decir, de “Cuba Libre”?

¿Qué más libre la quiere usted? Se quedan con los puertos; pero ya acaba usted de ver que no son inexpugnables.

XVII

Santiago, 4 de octubre.

La posesión indisputada de un pedazo de isla tan extenso, tan rico, tan importante, como es el ya desocupado por las armas españolas; la existencia de una ya libre Cuba, en donde funciona casi normalmente la vida general de una sociedad, con su Estado y todo —poder legislativo, poder ejecutivo, poder judicial, administración civil, gobiernos provinciales y prefecturales —¿no son motivos de emulación para los que tantos motivos tienen de fraternal interés por los cubanos?

Pero como se tiene el derecho de exigir a los que están solos contra sus enemigos y los indiferentes, lo que no se exigiría a un fuerte, *car le monde est ainsi fait*, voy a seguir acogiéndole datos con que pruebe que los hechos de carácter colectivo con que los cubanos excitan la admiración de cuantos miran al fondo de los sucesos, son de naturaleza tan persuasiva, que no es posible, en conciencia, dejar de sentirse movidos en pro de ellos por aquella veneranda emulación que despierta en las almas enteras el luchar perseverante contra la injusticia. Importaba libertar por completo a Oriente. A ese fin, la campaña de que ya van dados pormenores. Aquí va la confirmación del éxito. Habla también con testigo competente:

“La campaña del general Calixto García en Oriente, ha sido feliz en todas sus partes. Sus objetivos fueron: impedir el aprovisionamiento de los puestos militares del interior; y debilitar al enemigo en las otras provincias; y han tenido pleno cumplimiento. Bayamo y Tunas, ciudades de importancia, no disponen de elementos de ninguna clase, las gentes mueren allí de hambre y ya han circulado la orden de evacuar la primera,

debido a que hemos tenido capturados los convoyes, que por el río y por tierra iban a aprovisionarla; y respecto a lo segundo, hemos tenido el gusto de que nos trajeran de occidente 20,000 cipayos para que abonen con su sangre y sus despojos nuestros campos fértiles. El general está muy bien de salud y es adorado por todo su ejército. Estamos bien de armas y de provisiones y medicinas, de parque regularmente; pero necesitamos parque de cañón para tomarles el litoral, que es lo único que poseen hoy. Con las piezas de que disponemos y algunos millares de tiros, Oriente en breve recibiría en sus puertos libres los buques extranjeros."

Así, relacionando firme y perseverantemente sus medios a sus fines; aprovechando coyunturas, sacando fuerzas de flaquezas; centuplicando por el esfuerzo del patriotismo los recursos insuficientes de que disponían; acechando convoyes; capturando armas y subsistencia; reduciendo a sitiados a los cuerpos de ejército que operan contra ellos, así es como cada campaña ha sido en Oriente una afirmación de la victoria del derecho contra la fuerza, y así es como se ha llegado a Cuba Libre. Y vuelva usted a ver que la hay, en este otro testimonio de un actor en la contienda: como Weyler lo pacificó todo, decía pacificada también la intangible región de Oriente. Por eso comienzo el comunicarle con la ironía placentera del primer renglón: llegue hasta el último, y no sólo comprenderá que Cuba empieza a ser libre por las armas, sino también por la organización de servicios públicos, de derechos individuales y sociales y de éstos y costumbres domésticas y cubanas.

"Lo que sí puedo asegurarte es que la provincia de Santiago de Cuba está pacificada... El campo es nuestro. Nosotros dominamos, y aquí se disfruta relativamente de una paz perfecta. Los soldados españoles no salen de sus trincheras y para eso tenemos que darles

en ellas mucha candela... Todos los días salen de las poblaciones hombres de todas edades, muchos de ellos armados que pertenecieron a guerrillas o cuerpos de voluntarios, mujeres y niños por familias que vienen a vivir seguras entre nosotros huyendo del atropello y del hambre de que son víctimas en las poblaciones. Aquí, así que se reponen del susto, pronto se habitúan a vivir en Cuba Libre y la verdad es que esto es delicioso. Un solo sentimiento tengo y es no haber venido antes. Aquí celebramos nuestras fiestas. Tenemos veladas, reuniones, *meetings*, etc. Tú sabes que tenemos varios periódicos, y éstos los recibimos con puntualidad, así como nuestras correspondencias oficiales y particulares.

"Nuestro Gobierno civil funciona admirablemente. Los prefectos son verdaderos padres del ciudadano en esta Cuba Libre que tanto queremos: ellos nos proporcionan los artículos de primera necesidad para nuestra subsistencia. Ante ellos se realizan nuestros matrimonios civiles, que son una verdadera fiesta. Tenemos nuestras salinas, talleres de todas clases y no carecemos de calzado, monturas y todo lo que dice relación al equipo de un buen soldado de caballería. En esta zona tenemos carne en abundancia; pero lo notable no es tenerla sino la regularidad con que la recibimos."

Probar, como he probado con tres documentos fehacientes; con telegramas de última hora, con indicaciones mil, comprobatorias de la agitación que los revolucionarios cubanos han logrado desprender por completo de la obediencia y autoridad de España a una porción considerabilísima de su territorio nativo, es afirmar fácilmente que debe haber, como efectivamente hay, agentes personales de esos actos colectivos que valgan por sí mismos lo bastante para determinar hechos tan extraordinariamente distintos de los que motivan sus contrarios.

Y así es. Los hechos colectivos que en la Revolución de Cuba han llamado y siguen llamando la atención del mundo que es capaz de presentir cuándo es efectivamente momento de interés humano, y cuándo es momento de intereses transitorios, son hechos a que concurren eficientemente algunos hombres de primer orden.

Si los actos colectivos nos han dado motivos de emulación en favor de Cuba, los individuales van a hacer fructuosa esa emulación, porque no concibo que se tenga admiración por grandes hechos y por los hombres que concurren a determinarlos, y que, al sentir el deseo de secundarlos, nos quedemos impasibles.

XVIII

Santiago, 7 de octubre.

No lo hacen así otros pueblos de nuestro origen en América, y de nuestra familia en Europa.

Al contrario: parece que, a medida que la prudencia y el dominio inmediato de las circunstancias hacen o más remisos o más reservados o más circunspectos a los gobiernos, los pueblos se hacen más fervorosos en favor de Cuba, siendo realmente consoladora la emulación de que aparecen animados.

Del pueblo de los Estados Unidos no hay que hablar. Como dice con exactitud y con profundidad de observación el portavoz de los intereses conservadores, periódico representativo, si alguno, de las ideas del Gobierno de Inglaterra, *The National Review*, el fervor y la agitación del pueblo americano en favor de Cuba son tan sinceros como conviene a su proximidad de Cuba, y tan intensos y "más desinteresados" que los de Inglaterra en favor de Armenia.

Méjico, que es, después de Argentina, el país americano que hospeda más numerosa población española y tiene en resguardo mayores intereses españoles, se ha movido como un hombre en favor del pueblo hermano, y, no pudiendo inducir a su Gobierno a que salga de la actitud de parcial neutralidad en que se encierra, ha agitado los ánimos de sus hijos y mantenidos en la misma expectación ansiosa y patriótica, que tanto ha servido para significar en cuantiosas y repetidas cuestiones el querer del ciudadano; cuanto para indicar, en palabras clamorosas de sus diputados, la voluntad de uno de los poderes del Estado.

Colombia, cuyo Gobierno es cada día más afecto a España, afecto hasta el extremo de que diarios que velan por la dignidad de la nación, han afeado que allí se den tantas facilidades al representante de España para desviar la opinión popular; Colombia es un modelo y un ejemplo del modo de proceder del patriotismo cohibido por reservas diplomáticas y por contemplaciones políticas. Dejando a su Ejecutivo que proceda como cree que debe o conviene proceder, el pueblo entero, en diarios y periódicos, en clubs y en reuniones, en asociaciones *ad hoc*, o secundando las muy numerosas asociaciones patrióticas que allí sostienen los cubanos, manifiesta diariamente la más generosa emulación americana.

De ese género de emulación es altísima muestra el discurso en que el diputado federal señor Uribe sostuvo el proyecto de acuerdo, la simple moción de simpatía en que intentó vanamente reunir al Congreso federal.

Venezuela, que jamás ha olvidado sus antecedentes históricos, ha procedido y está procediendo, aunque también cohibida por la actitud de su Gobierno, de un modo que prueba terminantemente lo favorable a Cuba que es la opinión nacional. Voz de ella no ha mucho

han sido diputados numerosos que en el Congreso lo han manifestado.

Entre los pueblos europeos, el más espontáneo en sus sentimientos; el que más generoso los demuestra siempre; el que estuvo con Grecia en la hora del conflicto; el único que estuvo con Francia en la hora de amargura; el que más fraternalmente se conduce con los americanos de familia latina; el que antes y ahora y siempre se ha hecho digno de la gratitud de los cubanos, porque allí donde hay italianos, allí hay amigos de la independencia de Cuba, y así lo han demostrado prácticamente los generosos italianos de Iquique; entre los pueblos europeos, Italia ha sentido la emulación de los grandes pueblos; la emulación de la justicia, y la voz de algunos de sus más brillantes diputados, Imbriani, Del Fratti, Cavallotti, han hecho resonar en todos los ámbitos de Europa la voz de la justicia, que es voz favorable a Cuba.

Diputados franceses, como Cassagnac, el representante más genuino de las tendencias religiosas de una gran parte de la sociedad francesa; el ex diputado Rochefort, genuina representación de las vivacidades sociales y políticas del genio francés, han sentido y expresado la santa emulación de los grandes sentimientos, y reforzados por Clemenceau, han hecho repetidas declaraciones de sentimiento y voluntad que importan expresiones de parte considerable del pueblo francés.

Pero confieso que la actitud de los pueblos pequeños de nuestra América es la que me parece más capaz de excitar emulaciones. Cuando uno ve la hermosa disposición de esas sociedades reducidas, disposición hermosa ante la historia, como ante el arte lo será algún día; cuando uno ve esas cinco republiquetas del Centro, y esa media isla inmortal que conserva los restos de Colón, y sigue siendo digna de haber sido su tierra pre-

dilecta, no puede menos de pensar que tiene razón el generoso defensor del derecho que escribe, contraponiendo a la conducta del Gobierno de su patria la conducta del pueblo de Máximo Gómez:

“Eso que le cuento... servirá, si no para redimirnos como nación de la vergüenza de la historia, a lo menos para atenuar un poco su tremendo veredicto, siquiera sea por lo que estamos haciendo como individuos particulares en favor de una causa noble, grande y justa, que es también nuestra causa.”

Ahora que tenemos cuantos estímulos podemos recibir de los hechos colectivos, y de la actitud de casi todos los pueblos americanos, y de la noble vieja Italia, en favor de Cuba, atendamos a las generosas emulaciones que pueden y deben excitar en nosotros los individuos que pelean por su patria, ya con las armas, ya con la palabra.

XIX

Santiago, 8 de octubre.

En esta segunda lucha de Cuba por su independencia, la emulación que incita a secundar o a imitar o a amar como representantes efectivos de la especie humana a los que realizan acciones dignas de grandes propósitos, comienza desde el primer día de la lucha.

Primero es Martí, que, después de excitar la admiración de los pueblos latinoamericanos, conmueve con su sacrificio al mundo entero.

Después viene Maceo, que acaba en Punta Brava como empezó en el lugar de su desembarco; siempre guerreando, siempre el primero en el combate, siempre desafiando la muerte por la patria.

Aparece después Calixto García, a quien toca la tarea de continuar en una incansable serie de sorpresas, la obra de liberación efectiva del territorio de Oriente, que los dos Maceos habían empezado.

Aquí se presenta casi en silencio, conocido tan sólo por el histórico nombre de su padre, el hijo de Carlos Manuel de Céspedes, un entendimiento organizador que admirará tanto más a los cubanos cuanto más de cerca puedan estimar la asombrosa organización política y civil de una república independiente y libre, dentro de una colonia aun en pugna con sus dominadores.

Junto con ellos, una legión de patriotas armados, Rabí Cebreco, Serafín Sánchez Carrillo, Rodríguez, Zayas, Betancourt, Aranguren y cien más, que, veteranos o bisoños, viejos o casi niños, blancos o negros, mulatos o mestizos, cubanos, dominicanos, puertorriqueños, colombianos o chilenos, rivalizan en sacrificios.

Como jefe y guía de todos ellos, Máximo Gómez.

A él principalmente atribuye un diario inglés, en el paralelo que hace entre la guerra de Grecia y la de Cuba, la resistencia victoriosa de ésta.

Edifique a quien lo lea ese documento.

Es la traducción de un diario inglés, que examina la táctica militar en campaña; y como estudio de historia contemporánea, las dos guerras que en estos días han llamado la atención de los pueblos, por las ideas y sentimientos que han despertado; y la reflexión de los peritos de la guerra, por las circunstancias excepcionales que las han acompañado.

“El ejército armado por España contra Cuba, es, a poca diferencia, tan numeroso como el armado por Turquía contra Grecia. La población cubana es un tercio menor que la griega. Los elementos revolucionarios de Cuba no pueden ascender a más de una quinta parte en hombres combatientes o útiles, de los que dispuso

Grecia. Y con todo, Cuba mantiene ya dos años y tres meses su lucha con España, mientras que Grecia ha sido subyugada en una quincena por el ejército turco. Es un caso curioso.

''La tercera parte de los habitantes de Cuba es de raza negra, y la griega pertenece a la raza caucásica. Los revolucionarios de Cuba, tanto blancos como de color, eran de condición pacífica, desconocedores de las armas; los griegos eran un pueblo belicoso, famoso por sus guerras en la antigüedad y renombrado por sus hazañas realizadas en 75 años, durante su guerra de independencia. Los cubanos no tenían un ejército organizado ni un Gobierno constituido ni caudales ni fusiles ni cañones ni más armas que el tosco machete, cuando emprendieron su lucha contra España. Grecia, en los comienzos de su conflicto con Turquía, poseía un ejército regular de 25,000 soldados, comprendiendo las tres distintas armas militares. Todos los ciudadanos útiles de Grecia están sujetos al servicio militar, y todos han sido llamados a prestarlo en el término de 15 días. Grecia, además tiene una marina en la que existen buques muy costosos y que deben ser poderosos combatientes. Grecia tiene un Gobierno, a cuyo frente está un soberano sano y saludable con cinco hijos robustos, además de una amable hija de 21 años, y con una asignación de 260,000 pesos anuales, y otros ingresos, siendo también considerables la asignación y extras del príncipe heredero, por más que las cajas públicas estén siempre en apuros; la pobre Cuba sólo tiene un Presidente sin sueldo, y cierto número de generales, blancos, y negros, que pelean sin cobrar y que viven con poco más de nada.

''En Cuba hay colinas, selvas y pantanos que unas veces favorecen a tal beligerante y otras al contrario; Grecia es un país montañoso, circunstancia favorable a la defensa, y entre las montañas hay angostos desfila-

deros, caminos peñascosos, bramadores torrentes y todo género de obstáculos contra una invasión procedente del norte.

"En Cuba, por otra parte, España ha construído dos trochas, ambas atravesando la Isla de costa a costa, con el único objeto de cercar las fuerzas insurrectas: en Grecia, los turcos no tienen ninguna trocha.

"Cuando empezó la guerra en Cuba, tenía España grandes fuertes y fortines y ciudades fortificadas en todas las provincias, de manera que por todas partes la revolución encontrase en su camino una fortaleza defendida por artillería; cuando comenzó la guerra turco-griega los turcos no tenían en Grecia una sólo fortaleza y las muchas existentes se encontraban en poder del griego para servirse de ellas contra el turco.

"Todo bien visto y bien considerado, debe decirse que todas las probabilidades de éxito en Cuba estaban a favor de España, y por el contrario en Grecia todas estaban en contra de Turquía.

"Dos o tres semanas atrás, multitud de críticos y peritos militares creían firmemente que los griegos vencerían a los invasores turcos; pero en qué lugar del mundo puede hallarse un sólo crítico que hace 27 meses dudase ni siquiera de que los españoles darían cuenta próximamente de los cubanos, que carecían hasta de aquellos "uniformes haraposos", que, según la antigua canción, ostentaban los "continentales" de la revolución americana?

"El caso es curioso por demás.

"No queremos ni por un instante menospreciar el valor de las tropas griegas que han luchado contra los otomanos. Los hijos de Grecia son arrojados y briosos: muchos actos de heroísmos han realizado en esta guerra y algunas de las batallas en que han tomado par-

te se inscribirán en los anales del país como dignas de recordación.

"No queremos tampoco menospreciar la conducta de los soldados españoles en Cuba, ni intentamos presentar los éxitos obtenidos por los revolucionarios en la proporción considerable que les corresponde realmente.

"Es verdad, sin embargo, que Turquía ha reducido a Grecia con un ejército no mucho mayor que el de España en Cuba, y que los cubanos han resistido con fortuna una fuerza tan numerosa como la que los turcos han presentado en batalla contra los helenos.

"Es verdad que Grecia ha caído tras un breve período de guerra, y que Cuba todavía afronta en desafío a los hispanos después de dos largos años de combate.

"¿Pero tiene algo que ver el generalato en la distinta suerte de ambas guerras? Ahí está todo, a nuestro juicio. En el caso de la guerra greco-turca los griegos han luchado bajo el mando de generales incapaces, mientras que el ejército turco era dirigido por generales muy hábiles. En el caso de la guerra hispano cubana, los cubanos han sido llevados a la lucha por distinguidísimos caudillos, mientras que el ejército español era manejado por un hombre incompetente y cruel.

"Contémplese al príncipe Constantino de Grecia y luego a Edhem, el Pasha turco. Contémplese a Gómez, al general cubano, y después a Weyler, el español.

"La vanidad del príncipe heleno ha sido tan notable como su pusilanimidad, en tanto que la táctica maestra de Edhem Pasha era tan notable como su intrepidez. La imbecilidad del marqués de Tenerife, por otro nombre Weyler, ha igualado a su barbarie.

"El Estado Mayor del príncipe griego era formado de hombres tan inútiles como el mismo príncipe; el del Pasha turco era insuperable. Weyler cuenta sólo en su Estado Mayor con salvajes de su propia calaña;

Gómez está apoyado por caudillos insurrectos de un genio apenas inferior al suyo propio.

"En nuestra opinión, y tocante a ambas guerras contemporáneas, débese particularmente reparar en el respectivo generalato de las partes contendientes.

"No perdemos de vista que los cubanos luchan bajo una inspiración de suprema importancia para ellos: que luchan por la libertad, en un sentido difícilmente aplicable a la lucha de los griegos, por más que con éstos simpatizamos en su esfuerzo para proteger a sus compatriotas cristianos de la Creta. Los cubanos pelean bajo la libre bandera de Cuba, por una República en que impere la igualdad.

"Nosotros apreciamos el valor del pueblo griego aun desplegado bajo sus incompetentes generales. Pero glorificamos la indomable intrepidez de los invencibles cubanos, cuyos jefes son en verdad merecedores de su honrosa nombradía".

XX

Santiago, 9 de octubre.

Si Máximo Gómez es capaz de oponer a la abrumadora masa de fuerzas y recursos españoles la superioridad de su táctica, su hijo es capaz de morir como un mártir del deber y del cariño militar, al lado de su jefe y del amigo de su padre.

Si el anciano Salvador Cisneros es capaz de desprenderse de la vida tranquila que lleva en su retiro de Puerto Príncipe y arrostrar las inquietudes, el movimiento y la inseguridad de una presidencia de República en campaña, Estrada Palma es capaz de abandonar sus apacibles tareas de Central Valley, en donde organiza las generaciones nuevas de Cuba, para aventurarse en

Nueva York y en Wáshington a todos los azares del santo pordioseo de ayuda y asistencia para la patria. Y uno y otro, el delegado de los armados en la militante residencia, y el delegado de los emigrados en la azarosa junta, cumplen altamente su cometido.

Como de grandes batalladores y de austeros organizadores, necesita de propagandistas en la prensa, en la tribuna, en los clubs, en las distracciones sociales que pueden aplicarse al culto y socorro de la patria, y continúa imperturbable su tarea valerosa el periodista de los años de postración y de los años de esperanza, el director y redactor de *El Porvenir*, de Nueva York, Enrique Trujillo; y de la cátedra del pensador, baja a la arena y expone, razona y discute con una verdad, una profundidad y una elevación de miras igual a la altísima misión del periodista, el director y redactor principal de *Patria*, Enrique José Varona.

Son dos cubanos; Figueroa y Forrest, dos puertorriqueños, secundan en *La Doctrina de Martí*, y en *Cuba y Puerto Rico*, los esfuerzos de cien colaboradores, corresponsales y comunicantes, que coadyuvan a la propaganda de la prensa.

A la propaganda hablada, en las grandes reuniones y veladas conmemoratorias de la patria nueva, contribuyen oradores de primer orden: Manuel Sanguily, uno de los más profundos entendimientos, sustentado por una de las imaginaciones más severas y una de las palabras más artísticas que tiene hoy nuestra familia latina; Lincoln de Zayas, orador bilingüe que arrastra con la mejor elocuencia, que es la del fervor sincero por la justicia, a multitudes cubanas y a multitudes yankees; Gonzalo de Quesada, otro orador bilingüe, que entusiasma con su fogoso verbo a sus compatriotas y a sus secuaces de la Unión; Fidel G. Pierra, orador de lengua inglesa y castellana, periodista, opusculista, cultivador

de la ciencia de las riquezas, que vive viajando de ciudad en ciudad de la Unión Americana, unas veces explorando el ánimo de poblaciones no conocidas, otras veces llamado por clubs y asociaciones comerciales para dar conferencias e instrucciones.

Del esfuerzo de estos tres grandes patriotas, algún día se dirá con verdad que sus servicios han sido de los más efectivos que ha recibido Cuba.

Dos artistas, en toda la intensidad del concepto, Luis A. Baralt, poeta de obra y de palabra; Agramonte, un cultivador tan genial de la música como de los sentimientos patrios, se rodean de un coro de cubanas y americanas que casi incesantemente laboran, con el ánimo de la emigración cubana y puertorriqueña de Nueva York, la fábrica de sentimientos que necesitan las ideas para triunfar.

La medicina, que en nuestros días es la profesión que comunica más fuerza de pensamiento, masa de conocimientos más trascendentales, iniciativa más desembarazada y espíritu de asociación profesional más útil, ha dado a la revolución de Cuba, tanto en los campos de batalla, cuanto en la organización de los recursos en Nueva York, una pléyade de hombres notabilísimos, como el doctor Hernández, como el doctor Valdés Domínguez, como el doctor Capote, como el doctor Zayas, el doctor Henna, el doctor Betances, que, como todos los grandes últimos, es el primero entre todos, por sus méritos científicos y literarios, por sus larguísimos servicios y por su viejo patriotismo, que, a estas horas, cuenta ya más de cuarenta años de sacrificios.

Entre esos hombres, Valdés Domínguez, que en plena colonia emprende la notabilísima obra de rehabilitar la ultrajada memoria de los estudiantes de la Habana, sacrificados en la otra guerra al odio insano, es una figura que honra a una sociedad; el doctor Hernández,

tan orador como médico, que deja las satisfacciones de la elocuencia por irse a pagar tributo más inmediato a la patria; el doctor Martínez, que, al sentirse en el ambiente de la patria nueva, "sólo siente no haber ido antes", hombres son de los con que cuenta la civilización entre sus mejores auxiliares.

Ellos, los unos en Cuba; los otros en Nueva York, organizan todo el servicio sanitario y de ambulancias en los campos de batalla, todo el servicio médico en el territorio ya independiente de Cuba, y ese admirable *Club Oscar Primelles* (del nombre del primer médico cubano que sacrificó esta lucha), club que desempeña con un desvelo igual a su actividad e inteligencia todo el servicio de intendencia militar que se relaciona con el aprovisionamiento de medicamentos, aparatos de cirugía e instrumentos de servicio sanitario.

Y eso, en sólo la emigración de Nueva York, y sólo un reducido círculo de los que componen el personal de combatientes y organizadores del campo de la lucha.

XXI

Santiago, 10 de octubre.

Yero, hombre de acción, de pluma y de palabra; Borrero, orador, pensador, cuya oración conmemorativa de Martí es una muestra de la elevación de juicio que llevará a la dirección de Cuba independiente su clase culta; el director de *El Yara*; el de *Cuba*; el de *El Pabellón Cubano*; el de *El Propagandista*, Francisco Arredondo y Miranda, que es uno de los cubanos que más largos y perseverantes servicios han prestado desde la emigración a Cuba; Figarola-Caneda que con la dirección que ha dado en París a su hermosísima publicación bilingüe, franco-española, ha demostrado su ta-

lento de periodista superior y prestado un servicio efectivo a la Revolución; Rafael María Merchan, que ha ilustrado su patriotismo con su saber literario, su saber con sus libros, sus libros de crítica literaria con la fama que les debe, y su fama con los esfuerzos que en Colombia hace en pro de su patria; Enrique Piñeyro, cuya apacible vida en París está aparentemente consagrada a dar compañeros a sus biografías críticas de Byron y de Quintana, pero cuyo conocimiento de las causas, los medios y las esperanzas de la Revolución de Cuba harán de él uno de los más claros sostenedores del derecho en Cuba Libre; Mestre y Amábile, que es capaz de contribuir a la organización de la marina militar de Cuba, como está siendo capaz de defenderla en frecuentes conferencias públicas, que oye con deferencia el París de los anunciadores del porvenir; éstos y muchos más cubanos expatriados en América y en Europa despiertan, con las simpatías a sus personas, el sentimiento de admiración misericordiosa que es necesario estar muy ensimismado para no sentir por los defensores de la sangre y la vida de la patria.

Fuera y dentro de ella hay muchos más que la honrarán en la hora de la reconstitución social, como la sirven hoy en la hora del tránsito de colonia a nación.

Ayer mismo, en un documento recién llegado, Máximo Gómez recuerda a uno de esos servidores admirables. Bartolomé Masó, a quien recomienda para la presidencia, es uno de los grandes caudillos de la Revolución, y en hora crítica, fué su mejor sostenedor.

“Creo, y son mis deseos, que ocupe la presidencia de la República de Cuba Bartolomé Masó, y así lo he manifestado a los representantes en la Asamblea que se verificará en septiembre próximo. Los méritos y aptitud de Masó, el cual no muestra el menor deseo para el cargo expresado, a más de haber sido el alma de la



Revolución en sus comienzos, reúne, en mi opinión, un nuevo título para su elección por parte del pueblo cubano.

"En efecto, la Habana, Matanzas y Santa Clara, se muestran decididamente en su favor".

De ese mismo adalid de la independencia de su patria, dice F. G. Pierra en su *Physical Features of Cuba, Her past, present and possible future*:

"Durante el primer mes (de la actual Revolución) el éxito del movimiento era más que dudoso, y si se salvó, fué debido a la firmeza y resolución de algunos jefes, especialmente Bartolomé Masó y Guillermo Moncada; quienes, aunque no vieron contestado el movimiento tan pronto como se esperaba, se negaron a aceptar ninguna proposición para deponer las armas".

Como esos firmes sostenedores de la independencia, hay otros mil; entre los cuales Rego, que es de los hijos de sus propias obras, como lo es Tirado, y lo son sus compatriotas Malarat, Guenard, Rodríguez Font, que acaba de morir; Marín, que murió en los primeros encuentros, y como Mascaró y tantos otros que representan a la pequeña Antilla en las filas del Ejército Libertador de Cuba.

Como ellos todos, con brillo excepcional en la primera guerra, y con excepcional desgracia en ésta, contribuía a hacer popular ese gran movimiento, aquel firme, constante y generoso guerrero, Rius Rivera, cuyo infortunio hizo concertar en su favor la simpatía y la piedad del mundo americano.

Y los Ducasse y los Delgado y los Betancourt, y cuantos, a cada paso, en las difíciles posiciones de Matanzas, la Habana y Pinar del Río, sostienen el campo, conservan las ventajas alcanzadas y acosan de continuo, hasta en los mismos suburbios de la capital, Guanabacoa, Regla, y una vez hasta en la calzada, que es a la

Habana lo que a Santiago de Chile es la Avenida Latorre; todos, todos ellos son merecedores del bien que, a ellos y a su patria y a su empresa, desean los que saben que el día en que venzan sus esfuerzos será una fecha propiciatoria para el Nuevo Continente.

XXII

Santiago, 14 de octubre.

Pero si hay ejemplo capaz de emular, es la propiciación que, desde el primer momento, han hecho a la guerra civilizada, todos y cada uno de esos magnánimos varones que han contestado con el bien al mal.

Las corrientes y contracorrientes de la publicidad cotidiana, y la universalidad que a los juicios anónimos o a las opiniones interesadas o al dictamen compulsivo de los poderosos da el telégrafo, han desvirtuado de tal modo la fuerza antes tan impulsiva de los grandes sentimientos, que apenas se siente ya con lo que realmente es grande. Tal vez por eso no produce el efecto que en el alma de nuestras sociedades debería producir el hecho pasmoso, la característica culminante de esta última revolución de independencia en Cuba. Ese culmen es la benevolencia: quiere el bien y perdona el mal.

La primera palabra de la Revolución, palabra de Martí; y la última que acaba de oírse, salida de los labios de Máximo Gómez; el primer hecho y el último de los que la guerra en la Isla ha producido, son contestaciones del bienquerer contra el malobrar. Para acabar de hacer patente ese contraste, nos ceñiremos a dos hechos. Sea el primero la conducta de los cubanos con los heridos y los prisioneros.



En una exposición de hechos, dirigida en inglés a los miembros de *La Cruz Roja* por los del *Club Profesional Federico de la Torre*, después de presentar las pruebas de la violación de hospitales de sangre, caso por caso, cada uno de ellos autenticado por una cita de su procedencia oficial, los exponentes pasan a presentar las pruebas del respeto que los cubanos han guardado a los hospitales de sangre, a los heridos, a los enfermos y a los prisioneros de guerra.

Hecha alguna enumeración, dicen:

“El mismo general Martínez Campos declaró en el Senado español que los insurrectos devolvían los prisioneros y curaban a los heridos, y que él era el mejor testigo, puesto que había recibido del general Maceo unos doscientos prisioneros que éste le había hecho en la batalla de Peralejo, prisioneros a quienes, antes de devolverlos, Maceo había hecho atender y alimentar”.

De la edición del *Heraldo de Madrid*, correspondiente al 5 de abril de este año 97, el *Club Profesional* saca este precioso testimonio:

“En 3 del actual se presentó el cabecilla Alberto Rodríguez, al frente de 1,000 hombres montados, entre Pozo Redondo y Caimán, provincia de la Habana, ofreciendo al teniente coronel del batallón de Canarias, entregarle un cabo de dicho batallón, que él había hecho prisionero, y que estaba ileso; tres hombres del regimiento Pizarro, prisioneros heridos, con tal de que se mandara un carro de ambulancia a buscarlos”.

Citan otros casos dados a conocer por diarios o periódicos de la parte de Cuba ocupada por los españoles:

“Los periódicos a que nos hemos referido publicaron la devolución hecho por Rego (uno de los jefes que más se han distinguido en Cinco Villas) de unos soldados que hizo prisioneros en Cumanayagua”.

López Recio, caudillo del Camagüey, “después de curar los heridos que hizo y tomó prisioneros en Guáimaro, los devolvió exigiendo y recibiendo de los oficiales españoles un acta de entrega”.

Así como han practicado, así teóricamente han declarado su disposición a transigir, con España y con los españoles armados contra ella, en todo, menos en el objeto de la Revolución, que es la independencia. Por eso, no gritan: “¡Muera!” sino “¡Viva!”

No son una turba desenfrenada por el odio, sino una sociedad refrenada por un sentimiento efectivo de amor a la patria y la justicia. Como no quieren otra cosa, no tienen por qué ni para qué cebarse en sus enemigos. Casi, en realidad, no reconocen enemigos.

Desde el primer momento los han llamado hasta el último hacia sí: llamándolos empezaron su obra Martí y Gómez, en la proclama de Montecristi; llamándolos la concluye el general Mayía Rodríguez, al hacerse cargo, no ha mucho, de las operaciones del Ejército Libertador en la provincia de Matanzas.

Y lo mismo que el general Rodríguez, al terminar su alocución, dice expresamente que no se ha hecho la Revolución para gritar “¡Mueran los españoles!”, sino “Viva Cuba Libre!”, lo mismo el Generalísimo, al concurrir con su opinión a explicar la digna conducta de los cubanos en la muerte de su más poderoso enemigo, dice: “No olvidamos jamás que nuestra guerra es una guerra noble por la justicia, y no inspirada solamente por el odio. No hemos escrito en nuestra bandera: “¡Muerte a los españoles!”, sino: “¡Libertad para Cuba!”.

Si el villano odio nos guiara, nunca satisfacción más ruidosa de esa fuerza de los débiles, que la suministrada por la desaparición de Cánovas. El mundo, que entiende más de represalias que de perdones, habría en-

tendido, y acaso hasta aplaudido a los cubanos, porque aun resonaban en todos los oídos aquella manifestación de júbilo infernal de que los telegramas de España se hicieron conductores en el momento de la muerte de Maceo.

Pues bien: Aquí tiene usted pruebas fehacientes de que los cubanos han respetado religiosamente al enemigo muerto; y de que, lejos de imitar ejemplos corruptores, son capaces de ejemplar elevación de afectos.

Habiéndose teleografiado calumniosamente que los cubanos emigrados en Cayo Hueso (península de Florida, Estados Unidos, ese islote famoso en la historia de los dos últimos alzamientos de Cuba) pensaban hacer una manifestación pública de regocijo por la muerte de su mayor enemigo, el Presidente de la asociación de cubanos más poderosa en el Cayo, negó indignado el hecho al Delegado; éste celebró la negativa, y declaró que hubiera sido indigna la manifestación de pasiones odiosas; la prensa cubana aprobó esta conducta, y no ha habido una sola infracción al acuerdo tácito de respetar con el silencio al enemigo muerto.

XXIII

Santiago, 17 de octubre.

Siéntase o no la emulación individual y colectiva que deberían producir tales hechos y hombres tales como los que son capaces de efectuarlos; ayúdese a no se ayude en su conflicto a Cuba; aprovéchese o no la gloriosa ocasión que a los Estados latinoamericanos se presenta de entrar de un modo histórico en la familia de las naciones que modelan y remodelan el derecho de

gentes; en suma, suceda lo que quiera, Cuba será, "de esta hecha", independiente.

Pero ¿será libre? La independencia es una cosa, y la libertad es otra cosa; la independencia se conquista con las armas en la mano; la libertad es obra del derecho; independencia es substracción de yugo; libertad es multiplicación de esfuerzos; el yugo se arroja en una brega más o menos larga; los esfuerzos que reclama la libertad son perpetuos. Y como perpetuos, así también son omnímodos: reclaman la cooperación de todas las actividades individuales, y la suma activa de todas las fuerzas sociales.

Libertar es sanar: sanar es devolver a un organismo el uso regular, normal, natural, de cada uno de los órganos que conjuntamente fabrican la salud.

Y ¿cómo se devuelve la salud a cuerpos tan enfermos, cuáles han sido y son los que ha producido y produce el coloniaje español? ¿cómo, si la fábrica de la salud depende de la actividad normal de los órganos encargados de las operaciones particulares o de las funciones generales de la vida; cómo se conseguirá que goce de salud un cuerpo, como Cuba, tan postrado por el régimen colonial, que apenas tiene órgano sano?

Esto, que yo pregunto con tristeza, pero con la seguridad de que la independencia es el antecedente necesario de la libertad en Cuba y en las demás Antillas, es también pregunta, pero sardónica, en los labios de los enemigos de la independencia. Como saben mejor que nadie (si lo saben, porque la suma maldad es casi tan inconsciente como la suma bondad); como saben o pueden saber cuán mal la dejan, niegan a Cuba la preparación necesaria para ser libre. La preparación, sin duda. Si para vivir se necesitara de *vivideras*; y para andar hubiera absoluta necesidad de andaderas; y para nadar

fueran indispensables las nadaderas, ni Cuba ni Puerto Rico podrían gozar de la salud jurídica que se llama libertad: como decía un español, de los buenos, seguro en el pensar, conceptuoso en el decir, sincero en el sentir, hombre que conoció a Puerto Rico, y por eso la amó y la compadeció, son "cadáveres de sociedades nonatas".

Eso eran todas las colonias españolas en el momento de su independencia; y no hay de ella una sola, ¡ni una sola! que no tenga todavía algún indicio de cadáver, algún órgano muerto, alguna función interrumpida. Y precisamente por eso aparecen venerables a los ojos del sociólogo, ya proceda de un rincón de América, ya de un centro europeo. Observador de sociedad, ninguno examinará a los antecedentes de las nuestras, sin pasmarse de que, habiendo salido del claustro materno tan muerta, estén tan vivas y sin enamorarse apasionadamente, de sociedades tan estúpidamente menospreciadas por los superficiales, y tan merecidamente admiradas por los reflexivos.

Esos antecedentes bastarían para alentar a los que no han querido sacrificar el presente al porvenir; pero hay, en los mismos elementos compositivos de la vida antillana, lo que sobra para una reconstrucción sólida de los órganos, para una reconstrucción sana de la vida, y para un restablecimiento efectivo, o (diciendo la verdad con la exactitud de la verdad) para el establecimiento efectivo en un Estado de derecho y de cultura.

Que habrá de trabajarse para eso, claro está; pero que ese trabajo ha de tener inmediata eficacia, bien lo patentizan nuestros pueblos continentales: asombra el desarrollo de todos ellos, aun el de los que menos han crecido; mas si se piensa en que, sólo con soltar las ataduras del coloniaje, ya recobraron movimiento, activi-

dad y vida, disminuirá el asombro, y se evidenciará la razón que hay para tener confianza en el porvenir de las Antillas.

Más como no basta una inducción en bruto, voy a fundarla en el análisis que ha de patentizar las probabilidades con que contamos cuantos no vamos a ciegas a la independencia.

XXIV

Santiago, 18 de octubre.

Al empezar a analizar parte por parte las que componen el abominado cuerpo colonial en las Antillas aún españolas, y especialmente en Cuba, se me presenta un telegrama de Madrid, y se me dice victoriosamente:

“La autonomía es un hecho; España la concede; Cuba la acepta; cubanos y españoles la quieren; es insensato o ridículo el insistir en una independencia, si antes ilusoria, ya imposible”.

A lo cual contesto con la calma que he aprendido en Chile:

Vea “pues hombre”: En primer lugar, la autonomía no es un hecho, a menos que no se tome como tal la disposición de Sagasta, presidente del Consejo de Ministros, a acallar con algunas reformas la reclamación de un plazo fijo que ha llevado a España el embajador de la Unión Americana;

En segundo lugar, no es cierto que España conceda la autonomía, a menos que el *self government* colonial esté reducido al ofrecimiento de empleos;

En tercer lugar, tampoco es cierto que Cuba acepte ninguna autonomía, a menos que Cuba se haya reducido a Giberga y a Montoro: a Giberga, que el cable submari-

no hace aparecer de incógnito en Madrid, conferenciando con Moret, el Ministro de Ultramar; a Montoro, a quien el Ministro telegrafía para pedirle que designe candidatos a "altos empleos";

Eu cuarto lugar, ni los cubanos independientes ni los españoles incondicionales, como se apelliden ellos mismos, quieren autonomía; no los cubanos, porque quieren mucho más; no los incondicionales, porque quieren mucho menos;

En quinto lugar, la abogacía del bien, nunca es ridícula;

En sexto lugar, no es insensato el insistir en demostrar la necesidad de la independencia, cuando prácticamente se va a ver que es la única solución que tiene el problema.

Lo insensato sería dar por hecho lo deseado; y porque el nuevo Gobierno de España desea que la oferta de autonomía dé la paz, desarmar mentalmente a los patriotas armados, pacificar imaginariamente a Cuba, y representarse idealmente (a modo de geólogos o de paleontólogos, que pintan estados prehistóricos del planeta y de la vida, según ellos los idean), una Cuba sometida, sumisa y subvirtiendo con su repentina prosternación a una autonomía colonial, que ni siquiera podrá ser la verdadera, el orden de cosas que está llevándola a la autonomía nacional.

Esta insensatez no tardará en hacerse palpable cuando se vea que los combatientes no deponen las armas. Suponiendo desde ahora repetido un nuevo pacto del Zanjón con algunos cansados de la guerra, los ocupadores del territorio ya libre harán necesaria una nueva guerra en toda forma, que de seguro seguirá substrayendo al comercio de los Estados Unidos una considerable porción de las ventajas que le han dado perfecto

derecho para reclamar de España que ponga pronto término a la guerra.

De modo que, reducida una parte de Cuba (*gratia arguendi*, por supuesto) a la autonomía *a la española* o de Sagasta, habrá que empezar nueva guerra contra la otra parte de Cuba que no quiere perder la autonomía que ya tiene, y habrá que volver a oír las quejas, reclamaciones y plazos fijos del Gobierno norteamericano.

¿No sería lo sensato el estudiar una vez por todas el problema, y resolverlo con arreglo a las leyes de la historia, a los principios del derecho, a los intereses de cubanos y españoles, al interés mismo de la monarquía española, y en todo caso, con arreglo al ideal de la justicia?

Todos los días, según su costumbre de chismógrafo, el telégrafo nos dirá lo que plazca hacernos creer a los que lo mueven, y veremos autonómica a Cuba, satisfecha a la Unión Americana, contenta de su muda intervención a esa santa familia de potencias europeas que tan sorprendentemente intervienen por amor a la paz y a la civilización en Cuba y Grecia; contenta a España; y orgulloso a su nuevo Gobierno, como lo estaba el antiguo: tolo lo veremos en los despachos telegráficos; pero no veremos resuelto el problema de Cuba.

Y como el único modo de resolverlo es el que propone la razón, sigamos oyéndola.

XXV

Santiago, 23 de octubre.

Siendo ya para todo el mundo manifiesta la crisis que me decidió a llamar en favor de Cuba la atención de usted, y de cuantos representan con usted, los poderes, las responsabilidades históricas, la cultura actual y la civilización futura de Chile, no parecerá impropio que me detenga otro momento ante un nuevo telegrama.

No parecerá impropio, porque la noticia que voy a comentar está, como la antes comentada, inmediatamente relacionada con la crisis en que han entrado definitivamente las relaciones de Cuba con España.

El cablegrama que me interrumpe en mi exposición de hechos e ideas, dice substancialmente:

Que se piensa en el abandono de Cuba por España;

Que el Gobierno federal garantizaría, a ese fin, una entrega de 125 millones de dólares, que, a modo de indemnización, Cuba haría por los gastos de guerra ocasionados a España;

Que, además, se fijaría una suma de millones, que Cuba iría pagando en compensación de daños irrogados a España por su abandono de la Isla;

Que los Estados Unidos ejercerían una como intervención fiscal en Cuba, a fin de asegurar la eficacia de su mediación.

A los que miran los actos de las naciones como exponentes de un desenvolvimiento histórico, no debe ni puede sorprendernos que ése llegara a ser el procedimiento realizable: por una parte, es una simple adaptación del *modus operandi* de la diplomacia europea en Grecia, a una dificultad semejante en Cuba; por otra parte, sería un nuevo hecho, un nuevo antecedente, una

nueva jurisprudencia internacional, en corroboración del principio de intervención jurídica, que está práctica, maquinal, inconsabidamente, substituyendo en la vida de relación internacional, y en el Derecho de Gentes que la sedimenta, al antiguo y reprobado derecho de intervención armada.

Como la lucha de lo ideal contra lo real es uno de los pocos resortes del perfeccionamiento en cualesquiera órdenes, es natural que refunfuñemos, como decimos nosotros, o rezonguemos, como ustedes dicen, cuando vemos resuelto por el egoísmo (mejor que resuelto, estacionado) un problema que debió resolver el altruísmo: estas mismas cartas, ayer mismo, refiriéndose a ese modo empírico de proceder, refunfuñaron. Pero como la fuerza de lo real contra lo ideal está en que lo real anda por caminos de altibajos, recodos y declives, en tanto que lo ideal se empeña en seguir por la recta mental que media siempre entre dos puntos, es de temer que se imponga en los asuntos de Cuba, como se impuso en los de Creta y Grecia, y hay que resignarse a verla preponderar; con más exactitud, a seguir viéndola preponderar en todo.

Es, por lo tanto, necesidad coactiva de cuantos nos interesamos por el presente y por el porvenir de Cuba, el examinar tranquilamente, desentendiéndose de los sueños dorados, el pro y el contra, las ventajas y los inconvenientes de esta otra manera de resolver el problema de Cuba. En el modo internacional, la solución diplomática, contrapuesta a la autonomía, que es la propuesta solución política.

Desde luego, es una tentativa de verdadera solución: la autonomía, como ya hemos dicho cuantos conocemos el problema, no sería una solución; a lo sumo sería un aplazamiento. En este otro proyecto se empieza por una solución definitiva: España saldría de Cuba. Por

abandono voluntario; por desalojo forzado, por altos móviles; por móviles pequeños; compelida, o *sponte sua*, España abandonaría a Cuba, y Cuba podría constituirse en entidad independiente.

Este eminente beneficio costaría muchos sacrificios, y muy ciertos; los unos, del orden moral, como el sacrificio de la justicia abstracta, los otros, del orden financiero, como el pago de los presupuestos: ciento veinticinco millones de pesos; los otros del orden económico, cual sería la perturbación de su producción y de su desbordación y cambio de riquezas, en los primeros días de su vida propia, con una indemnización que impondría una deuda; por último, habría que hacer un sacrificio de decoro, obtemperando, si fuera necesario obtemperar, a la intervención fiscal de los Estados Unidos.

En la vía de los sacrificios, que es la vía crucis por donde ha entrado Cuba desde el momento en que se decidió a sacrificarlo todo por su independencia, la noble Isla no deberá ni podrá ni querrá retroceder ante amargura alguna: que harta experiencia tiene de la vida esclava para no apreciar su vida libre en más de lo que aprecian esos tasadores de la independencia el valor de los millones en que la han justipreciado. Pero la intervención fiscal, ni aun ejercida por los Estados Unidos, aunque han sido su único amigo.

¿Qué necesidad hay de imponer un gravamen moral tan oneroso, cuando es tan innecesario? Nadie conoce mejor que el comercio y el Gobierno de la Unión la capacidad productiva de la Isla, y nadie que como ellos la conozca, dudará de la aptitud de Cuba para contraer y llenar compromisos pecuniarios cualesquiera aunque, como los que presuntivamente se conjetura que en esa negociación recaerán sobre Cuba, sean de carácter tan opresivo.

Ni para pueblos ni para individuos es depresión el abuso de autoridad o fuerza que se ejerza contra ellos. El abuso deprime a quien lo comete; y Cuba, en el supuesto caso de la negociación, como Grecia, en el triste caso en que acaban de ponerla, no sufriría en su decoro; pero sufriría en su libertad de acción, y debe defenderla hasta lo último, y probablemente la defenderá hasta el extremo. Es, pues, de esperar, como lo es de desear, que si se lleva a cabo la negociación diplomática a que da visos de probabilidad el reciente envío de un comisario regio o delegado del Gobierno con la misión *ad hoc* de indagar la situación efectiva de Cuba; es de esperar que se exima del inútil vejamen de una fiscalización extranjera al pueblo a quien se va a sacrificar al egoísmo internacional.

Pero, suponiendo realizable esa negociación diplomática, ¿la aceptarán los patriotas?

XXVI

Santiago, 24 de octubre.

Sí y no. A juzgar por la benévola disposición general, y por declaraciones antes hechas, sí; a juzgar por una declaración particular de mucho peso, no.

Si se atiende tan sólo a la necesidad de vivir independientes, todos dirán que sí; si se atiende al porvenir, y al derecho perfecto que tienen para ser libres en su suelo, sin rendir parias ominosas ni onerosas, los que tan de igual a igual han combatido con sus opresores, no.

La benévola disposición de los patriotas combatientes hace más fácil una negociación basada en el pago de

sumas y aún en el reconocimiento de una deuda, que un conato de desarme, fundado en una oferta de autonomía. De entre los combatientes que dirigen, y cuya opinión y palabra tienen responsabilidad, ha salido a veces la indicación de un temperamento de ese género como medio de liquidación y cancelación de negocios con España.

Pero es dictamen acabado de un patriota eminente, que es además un minucioso conocedor de la situación económica y financiera en que va a dejar a Cuba la guerra de devastación que está sufriendo, que "...Cuba está pobre, muy pobre; Cuba está arruinada. Tiene grandes elementos de riqueza, pero necesitará algunos años de paz y de trabajo para recuperar su vitalidad económica".

Y como en el decurso de la lectura pública en que hace esta declaración, ha procurado al lector los medios de juzgar por sí mismos, agrega refiriéndose expresamente al ya antiguo proyecto de comprar en millones la paz de la Isla: "Los que creen que ella puede soportar sin dificultad las cargas de una deuda de cien millones, inmediatamente después de su independencia, harán bien en familiarizarse con los elementos del problema, antes de resolver. En las cuestiones económicas no se puede fantasear sin grave riesgo, y es bueno que nos vayamos emancipando de la funesta costumbre de hacer cálculos a la española".

Pero la necesidad de vivir independiente es tan capital para los intereses materiales y morales de la Isla de Cuba, que será imposición de la necesidad el arbitrar recursos para solventar los compromisos fiscales que ocasione una entrega inmediata de fondos, y las dificultades económicas que concite una operación o una serie de operaciones financieras. La necesidad de vivir es impostergable y Cuba, para vivir, necesita de hoy más la independencia; fuera de la independencia no puede pre-

verse bien ninguno: el porvenir será la guerra sorda o la revolución recalcitrante.

En previsión de esos males, para conjurarlos, y a fin de poner a Cuba en situación de valerse a sí misma, el sacrificio de algunos millones, por doloroso y difícil que sea el sacrificio, sería el mejor éxito de la Revolución, ya que los intereses internacionales han dado un tal sesgo a las circunstancias, que ni Cuba ni España pueden resolver por sí solas, a menos que España logre sofocar en sangre el alzamiento, el problema de importancia universal que han planteado España y Cuba; España con su incompetencia para gobernar a Cuba; Cuba con su justa rebeldía contra el gobierno péximo de España.

Le he dicho que la compra de la paz concluirá por ser la mejor salvación de la crisis, en la hipótesis, casi certidumbre de que España no pueda vencer a la Revolución ni Cuba pueda ser independiente por sí sola, fundándome en motivos económicos.

Con efecto: si la guerra hubiera de continuar, o si aparentemente vencida, hubiera la Revolución de retornar, a dos nuevos aflujos de ruina tendría Cuba que hacer frente. Peor situación moral del mundo que la actual, no la hallaría una nueva revolución; pero es dolorosísimamente probable que no tendría más amigos de los que hoy tiene la doliente Isla, y que las pérdidas en hombres y capitales serían tan graves como las de la desastrosa Revolución del Decenio y como la terrible guerra de exterminio que estamos presenciando.

¿Cuánto valen en moneda efectiva los daños causados por las dos revoluciones? Será realmente imposible saberlo hasta que, independiente Cuba, por su mismo deber de reconstitución se vea obligado el Gobierno de la República a averiguar en unos casos, y, atendiendo

a reclamaciones fundadas en derecho, a reconocer en otros casos el monto de las pérdidas sufridas. Lo que sí se puede ver con los ojos del entendimiento es la ruina que tan patrióticamente presenta Pierra como un consejero de prudencia financiera.

XXVII

Santiago, 24 de octubre.

Pero si Cuba se ha arruinado en la primera y en la segunda revolución, la ruina sería total en un estado de guerra permanente. Impedirla, por tanto, es un deber.

Mas ¿cómo? Si efectivamente ha sido tan vandálica la guerra, que la ruina metódica, llevada a cabo en las regiones occidentales de Cuba, ha alcanzado también a las regiones orientales de la Isla, a pesar de haberlas desde temprano substraído las armas libertadoras a las depredaciones del enemigo, el Gobierno que haya de substituir allí el régimen de la metrópoli española, no podrá contar con las fuentes normales de tributación a que se recurre en todo estado que no sea el de ruina: Habrá, por consiguiente, necesidad de un empréstito extranjero.

A darlo estarán prontas las plazas de Nueva York, Londres y cuantas, conociendo la solvencia de Cuba, encuentren motivos de confianza comercial en la conducta realmente digna de confianza que el Partido Revolucionario de Cuba ha observado en el manejo de los fondos que ha tenido a su disposición desde que se organizó la oficina de Hacienda que ha hecho frente a los gastos de la guerra

Pero un empréstito extranjero es un mal comienzo para un pueblo nuevo. En época en que, por una parte, la fuerza de los intereses económicos, y por otra parte, la tendencia a los abusos de la fuerza bruta, han hecho de la vida internacional un motivo de inquieta cogitación para los pueblos débiles, empezar el manejo directo de su Hacienda por una operación financiera que tantos disgustos ha acarreado, y tan imprudentes juicios ha atraído a los pueblos y Estados nuevos de América, sería un olvido de la experiencia ajena. Y si alguna esperanza de verdadera civilización cabe a pueblos tan mal preparados para la vida propia, es la que les ofrece el aprovechamiento de la experiencia de los otros.

No, pues, el recurso a los mercados del dinero, sino la apelación a los arbitrios propios, ha de ser el temperamento de que se valga Cuba, si llega el caso de salvar la crisis colonial por medios prudentes, sensatos y útiles a los fines comunes de la sociedad que se desprende, y de la que ve desprenderse de ella a la que busca y necesita independencia.

No es llegada todavía la hora de recomendar un esfuerzo soberano a los potentados, que no faltan en Cuba, y a los pudientes, que abundarán, aún después de estos desastres: siempre ha sido de potentados y pudientes al servirse a sí mismos sirviendo a su país, y no a sordos de su propio interés se hablará, cuando se aconseje un empréstito interior para poner a Cuba en aptitud de enseñorearse de sí misma.

La prueba de que, entre las dos soluciones posibles, la diplomática es preferible para Cuba y para España, la dan las noticias de carácter grave, cada vez más grave, que comunican de Madrid.

Las últimas manifiestan la existencia, en la capital de Cuba española, de un propósito firme contra la autonomía.

No queriéndola los patriotas ni los españoles residentes, ¿quién la quiere? Si sólo están en favor de ella los pocos autonomistas que no han pasado al campo de los independientes, es obvio que el Gobierno español no podrá imponerla; y que el Gobierno de la Unión Americana no podrá garantizarla.

No queda, en consecuencia, más recurso prudente que la retirada o el abandono de Cuba, ni más procedimiento contraproducente que la ocupación bélica.

A juzgar por la actitud digna en que se nos presenta el nuevo Gobierno de España, no son los medios brutales, que él mismo condena en sus instrucciones al general Blanco, los que está dispuesto a adoptar. Por consiguiente, la independencia, con cualquier eufemismo que se adopte para nombrarla, es el arbitrio más racional que se ofrece a la vista del entendimiento.

Es seguro que si nuestros gobiernos se hubieran preparado para esta contingencia, y no los sorprendiera ella tan desprevenidos como están, hoy podrían, fungiendo como gobiernos amigos, como consejo de familia internacional, contribuir, simplificándolo, a resolver el problema que pende simple y exclusivamente del impulso con que la razón universal pueda influir en la determinación del Gobierno de España.

XXVIII

Santiago, 5 de noviembre.

Si hemos de creer al general saliente, Cuba está irremisiblemente perdida para España. Si hemos de dar fe al general entrante, no pasarán más de siete meses, sin que Cuba vuelva a estar irremediabilmente adscrita a España: ésta la gleba; ella la sierva. El uno

dice, al salir de Cuba para España: "Yo soy el único que puedo poner término a la guerra". El otro dice, al salir de España para Cuba: "Yo no puedo decir cuándo; pero uno de mis generales está seguro de que en siete meses pondremos término a la guerra".

El plan de los que se oponían en la Península al procedimiento exclusivo de las armas para reducir a Cuba, era reducirla a la vez por la política y por las armas.

La reducción por las armas es ya imposible, según Weyler, puesto que él era el único capaz de conseguirla, y ya se embarcó, embarcándose con él la victoria, la reconquista y la esperanza.

Ahora no queda más recurso que la política, y el emisario Canalejas ha llegado a Nueva York, dicen los partes telegráficos, que o para pactar avenimientos o para aconsejar desistimientos: pactar averimientos con los cubanos, si ellos quieren; aconsejar desistimiento a España, si es preciso.

La prueba de que la actitud del Gobierno de Madrid, que es la que corresponde a la situación general de España, equivale desde luego, a los ojos de los españoles irreconciliables de la Habana, a un reconocimiento de la necesidad de desistir del conato y la esperanza de la reconquista, es prueba dada por *La Lucha*, el representante periódico de Weyler y del españolismo en Cuba: ese diario de la Habana, oponiéndose al plan del nuevo Gabinete español, apellida guerra en los términos más eficientes de la falta de razón; pide la guerra contra los Estados Unidos, "porque nosotros no tenemos nada que perder".

Ese error, ya profesado por otros en la misma capital de España, y en ella corregido con patriotismo y con prudencia por Pi y Margall, es una demostración *ad absurdum* de la imposibilidad en que España está

de resolver el problema de Cuba por medio alguno que no sea un pacto directo de independencia con Cuba, o una convención diplomática con los Estados Unidos (ya que los Estados Desunidos no están en aptitud o no quieren ponerse en actitud de intervenir fraternalmente).

Caminando hacia la convención o hacia el pacto, no tenemos, Guillermo, por qué retraernos de seguir estudiando tranquilamente, con la imperturbable apacibilidad de los bienintencionados, y con la abstrusa confianza de la buena fe, el problema capital del Continente nuevo: tanto más, cuanto que, si por acaso ilógico, estuviera de nuevo llamada a prevalecer la iniquidad en Cuba, las verdades que hoy se digan serán útiles mañana, porque la planta de la independencia es tan vivaz, que retoñará de seguro cuantas veces intenten arrancarla del suelo de Cuba o desarraigarla del corazón de los cubanos.

Sigamos, pues, en nuestro estudio.

Veamos ahora si, llegada al independiente dominio de su propia vida, sabrá Cuba encaminarla sabiamente, enderezarla a sus fines positivos, encauzarla por el álveo de los intereses eternos de la sociedad, comendarla a bien, consagrarla a justicia y libertad, incorporarla útilmente a la vida general de la civilización humana, y a la particular de la civilización americana, que si no va mal yendo a la sirga de las civilizaciones imitadas, no va tan bien como iría sin sirga ni remolque ni convoyes.

Ponerse a pensar en lo que será un pueblo no nacido aún, y en los momentos de profunda conturbación que anteceden a un alumbramiento, es, parece, como ponerse a disputar, en Lope de Rueda, por el precio de

aceitunas no plantadas todavía; o como ponerse a dar saltos de alegría al modo de la encantadora lechera de Samaniego, o como ponerse a resolver problemas de matemáticas en el asalto de Siracusa, según Arquímedes, o en el salteo de Bogotá, según Caldas. Y sin embargo, es cumplir con un deber.

Cumpliendo con él, he presentado los hechos como son, no como los quiere mi deseo, y he tenido la franqueza de manifestarme receloso del porvenir político de Cuba. Ahora cumpliendo la palabra que le di de mostrarle los motivos de confianza que existen para contemplar con serenidad el probable porvenir de la Isla, voy a enumerarlos.

Hay un motivo experimental, que tiene un valor tan efectivo ante la ciencia de las sociedades como ante el buen sentido común de las generaciones. Es éste: ninguna sociedad ha dejado de desarrollarse por falta de capacidad para vivir, sino por falta de estímulos para sostenerse. Hay otro motivo de experiencia americana, que nos patentiza cada día que todo pueblo tiene en sí mismo los medios de salvación que haya menester.

Hay, además, en el personal que ha funcionado, en el que empieza a funcionar y en el que de seguro funcionará como personal directivo, como clase organizadora y regidora, fuerzas tales, y tan efectivas cual las que emanan del saber práctico y teórico, de la previsión, de la elevación de miras, de la unión reflexiva, de la cohesión espontánea, de la devoción al sacrificio, de la concienzuda convicción de que la formación de una patria es un deber; hay en todo esto tantos motivos de razonada confianza en las aptitudes sociales y políticas del pueblo cubano para el útil goce de la independencia nacional, que bien podemos abandonarnos a la esperanza.

Mas no quiero conformarme con alentar esperanzas, y voy a juzgar el personal de que dispone Cuba para organizarse y constituirse, desde el punto de vista de la capacidad política, económica, social y cultural.

XXIX

Santiago, 5 de noviembre.

Del personal que compone actualmente el elemento primordial de organización, diré lo que sé; pero no quiero ni necesito comprobación más efectiva de su idoneidad política que la dada en estos mismos días, antes de ayer, en la ciudad de Nueva York.

La proximidad y la justiciera simpatía de los Estados Unidos por Cuba, han atraído de antiguo a las ciudades atlánticas de la Unión Americana a una considerable parte de la emigración política de Cuba. Desde 1868, en la hora de la primera gran Revolución, hasta 1895, momento de la actual, se calcula que pasaba de cincuenta mil el número de emigrados políticos. Duplicarlo y aun triplicarlo, no sería computar exageradamente el resultado de las persecuciones y de las amenazas que hacen tan azarosa en Cuba la vida de los cubanos. Pero ya se compute en triple o meramente en doble el número de emigrados, son ellos suficientes en cantidad para dar importancia considerable al acuerdo que todos ellos, representados por sus notables, acaban de tomar.

Los notables eran propietarios agrícolas y urbanos, industriales acaudalados, médicos, abogados, ingenieros, profesores de la Universidad de la Habana, periodistas, editores, y cuantos más calla el telegrama que me proporciona esta oportuna comprobación de las ap-

titudes políticas del personal directivo de la sociedad cubana.

Esos notables, según dice la noticia telegráfica, se habían mantenido hasta ahora en completa reserva de sus opiniones. Pero hubo que manifestarlas, bien haya sido para contestar al reciente asesinato del general Castillo y compañeros, bien para anticiparse a las investigaciones que el emisario Canalejas lleva encargo de hacer, y las han manifestado del modo más honroso para su inteligencia, y más consolador para el porvenir de Cuba.

Las opiniones manifestadas en esa asamblea de notables, que el telégrafo afirma que ha impresionado a españoles y cubanos, son:

Que no hay ningún modo de terminar el conflicto entre España y Cuba, que no sea la total y absoluta emancipación de Cuba:

Que todos ellos son favorables a este modo de poner término a la contienda entre Cuba y España.

La trascendencia de esta declaración en el momento en que el Gobierno español, cumpliendo caballeramente con la palabra que dió al Directorio Autonomista de la Habana, nombra de entre éstos un gobernador que llaman regional, es trascendencia capital. Muchos, probablemente, de los que han compuesto esa asamblea y hecho esa declaración, deben haber sido antiguos autonomistas que, convencidos de la ineficacia de los meritorios trabajos que hicieron en Cuba durante la tregua de 1879-95, se asilaron en Nueva York desesperados o desencantados o perseguidos o mal vistos.

Mas, como mi objeto no es comentar ese importante hecho, sino mostrar en él la idoneidad política de la clase llamada a asumir la dirección de Cuba independiente, repetiré que es un acto de talento político que con-

suela de las malas enseñanzas de la política de intrigas y mentiras que ha sido nuestra herencia.

Debía esperarse de hombres como los descritos por el autor de *Cuba physical features*, etc., cuando, en prueba de que los cubanos son capaces de gobernarse a sí mismos, dice:

"...es fácil demostrar que los cubanos, entre otras muchas buenas cualidades, están dotados con la de pronta adaptabilidad a nuevos medios, y tienen gran capacidad para un adelanto rápido y sólido desarrollo.

"De esa han dado incontestables pruebas, durante los últimos veinticinco o treinta años, en que muchos privados de vivir en Cuba, han buscado albergue en tierra extraña.

"Algunos ejemplos comprobarán nuestro aserto. Severiano de Heredia, natural de Matanzas, fué Ministro y acaba de ser alcalde en Francia. Su primo José M. de Heredia fué algún tiempo ha electo miembro de la Academia Francesa. Suñer, uno de los escritores dramáticos de Italia, es un cubano. Los médicos Albarrán, Albertini, Desvernine, Fernández Landeta, Santos, graduados de la Facultad de París, no son allí desconocidos; Casanovas, graduado en dos Universidades de Alemania, era un químico eminente; White, el gran violinista cubano, ha actuado más de una vez como profesor en el Conservatorio de París, y el gran pianista Manuel Jiménez, es actual director del Conservatorio de Hamburgo.

"En los Estados Unidos, Pedro J. Guiteras, es conocido como historiador y polígrafo; Luis Felipe Mantilla, como profesor y publicista; el doctor Juan Guiteras, como profesor de patología en la Universidad de Pensilvania, y como especialista en el tratamiento de la fiebre amarilla. Aniceto Menocal, del cuerpo de inge-

nieros civiles de los Estados Unidos y de la compañía del canal de Nicaragua, ocupa un alto puesto en su profesión. Cuando en París se reunió el Congreso Geográfico que tuvo en mira la practicabilidad del canal de Panamá, se opuso al proyecto y predijo a De Lesseps y sus amigos lo que la experiencia mostró después. Ignacio M. Varona es un ingeniero civil que tiene a su cargo las obras hidráulicas de Brooklyn"... "Guillermo Collazo, que residió algún tiempo en Nueva York, era tan excelente creyonista, que sus retratos obtenían precios nunca pagados por este género de obras."

"...De los muchos cubanos que ocupan altas posiciones en el comercio y en la banca de las grandes ciudades de la Unión, nada diremos."

Ni dice tampoco nada de Nicolás Heredia, del doctor Torre, de industriales, artistas, protectores y fundadores y sostenedores de la beneficencia en Cuba; de los potentados y capitalistas que han sacrificado a sus convicciones su fortuna, ni a la multitud de jóvenes que en la pasada y en la presente Revolución han preferido el camino del deber al de la gloria. Pero recordó a "Felipe Poey, que, en historia natural, ocupa una posición sobresaliente"...; "a Rafael Cowley y a Gómez de la Maza y Carlos de la Torre", tres naturalistas de nombradía. Recuerda a Esteban Pichardo, que es "afamado por su valiosa contribución al conocimiento de la geografía de la Isla".

Recuerda a Antonio Caro, químico notable, a Francisco Albear y a Emilio de la Cueva, matemático eminente el último e ingenieros ambos, cuyos nombres van unidos en importantes obras públicas de la Isla.

Recuerda a Morilla, a J. M. Céspedes, a Govín, jurisconsultos y publicistas, y entre otros hombres de letras, menciona a Francisco Sellén, "cuyas obras han tenido buena acogida en Francia y Alemania", y cuya

noble consagración a los deberes del patriota, del ciudadano y de miembro de un hogar no puede ser desestimada, cuando se trata de mostrar que Cuba tiene hijos capaces de gobernarla dignamente.

Naturalmente, esa no es una nómina del personal disponible en Cuba, sino una simple mención de nombres recordados al acaso.

Millares y millares; entre ellos, los que acaban de reunirse en asamblea y de afirmar por primera vez su reconocimiento de la necesidad de que Cuba sea independiente; de estar ellos, los que años y años han vivido observando y experimentando en los Estados Unidos la influencia de una organización de la libertad que salva de cien inútiles conflictos a la sociedad americana, y que darán a la vida individual unos horizontes tan extensos, tan claros y tan atractivos; millares y millares de cubanos que han aprendido a ser pueblo y que están destinados a llevar a su patria la materia prima viviente de la civilización, el individuo civilizado en un poderoso centro de cultura humana; millares y millares de todas las clases, y felizmente el mayor número, de las clases que piensan y trabajan; que refieren inmediatamente a la familia, al grupo, a la patria, las ventajas de vida más completa y los adelantos morales que han hecho en esa vida más completa; millares y millares irán a reunirse con los beneméritos que, después del combate por la independencia, están llamados a tomar parte activa y efectiva en el combate por la libertad.

XXX

Santiago, 16 de noviembre.

Todo va, a paso de humanidad, paso pesado, llevando las cosas a su meta natural. Ya no somos los partidarios de la independencia de Cuba los únicos que sostenemos la capacidad de la Isla para el gobierno de sí misma: ya ha llegado hasta el mismo Gobierno de España esa convicción. El general Blanco, no bien llegado a la Habana, ha declarado que su Gobierno cree que Cuba está en aptitud de gobernarse a sí misma.

“España, dijo, está persuadida de que los cubanos se hallan ahora en situación de gobernarse solos y está por lo tanto dispuesta a concederles un gobierno autónomo.”

Cooperando a mi tesis, esta noticia debe agregarse con toda su fuerza argumental en un alegato de que debería no haber necesidad, si la lógica reinara en este mundo. Pero como es necesario alegar en demostración de que los patriotas que combaten por la patria independiente son capaces también de gobernarse, la declaración de España en favor de nuestra tesis viene bien para quebrantar la singular, inverosímil y estúpida resistencia refleja que oponen muchos en la América recónditamente española a la idea de separar de España a Cuba.

Ya no son los rebeldes ni insurgentes ni filibusteros los que claman por su independencia: es claro que, si son capaces de gobernarse, no han tomado las armas por rebelarse contra España, sino porque conocen la necesidad de someter a su patria a un régimen, a un gobierno, a una dirección mejor que el gobierno, el régimen o la dirección de España.

Para eso tienen que tener estos dos conocimientos: primero, el del mal gobierno que combaten; segundo, el del buen gobierno por el cual combaten.

¿Y tienen esos conocimientos? Aquí, al alcance de mi mano, hallo opúsculos en castellano y en inglés, escritos por cubanos, en defensa del derecho de su patria, que demuestran ese conocimiento; no sólo ellos, los escritores, sino la generalidad de los lectores cubanos, tienen noción de estos asuntos. Yo voy, para agotar mi tesis, a tomar y comentar alguna que otra exposición de ideas, dictámenes y juicios que sirvan a la vez para demostrar la competencia de los cubanos cultos en materias de gobierno, y la incompetencia de los gobiernos españoles para dirigir a fines útiles y humanos la sociedad que no conocían en realidad.

No conocerla se ha necesitado para gravarla con el peso de tributos que la misma sociedad metropolitana no habría resistido; para desviarla de su natural destino geográfico, cohibiendo su desarrollo comercial para violentar su desenvolvimiento económico, obstando por egoísmo a la nativa expansión industrial de un pueblo nuevo que dispone de un suelo nuevo; para sofocar la fuerza de todos los derechos *inadmisibles* (imperdibles) de la personalidad humana, pesando sobre ellos con el peso de la autocracia armada; para convertir en elemento de gobierno el odio, fomentando la división entre españoles y criollos; para hacer de la cultura intelectual un privilegio de ricos y ricachos, haciendo de la enseñanza pública una materia imposible; en suma, para convertir el que debió ser campo de experimentación de todos los bienes y actividades de una civilización dilatada, al trasmitirse, en un experimento diabólico de todas las alquimias del gobierno irresponsable.

Empecé esa enumeración de las pruebas de incompetencia gubernativa, indicando que España no habría

resistido el peso de las contribuciones que pesa sobre Cuba, y comenzaré por el régimen fiscal el análisis de esos enumerandos.

No quiero ni puedo ni estimo útil el detenerme mucho en ese análisis, pues ya parece palpable que es clamar en desierto el clamar por abandonados a su suerte y por eso abreviaré; pero, aun así, tengo que dejar para otra carta lo no poco que habré de decir, de extractar y comentar.

Por ahora, baste con este dato: Cuba ha tenido que resistir por fuerza a una tributación de 85.16 pesetas, por habitante: "más del doble de la tributación de los españoles europeos".

Cuba ha tenido que resistir por la fuerza a la imposición de una deuda, cuyos intereses imponen a cada habitante la carga de \$ 9.79; "el francés, que es el pueblo más recargado por ese concepto, paga \$ 6.50".

Mañana seguiremos en esta, si dolorosa para la razón, interesante busca de datos para formar idea de los recursos de gobierno que ha usado en Cuba el coloniaje, y que a toda costa habrá de evitar la nación que lo suceda.

XXXI

Santiago, 17 de noviembre.

A esa onerosísima carga tributicia ¿cómo se pudo llegar?

Acumulando, acumulando, acumulando: contribución sobre contribución; alcabala sobre alcabala; capitación sobre capitación; derrama sobre derrama; sin método, sin orden, sin razón científica; para satisfacer falsas necesidades; para cubrir abusos; para aumentar empleos.

"Pero en Cuba, pudo, al menos, existir un sistema que, aunque basado en principios erróneos y enojoso en

sus detalles, hubiese sido moderado en la exacción, a pesar de lo cual habría rendido lo suficiente para cubrir las atenciones de la colonia, y para contribuir con un buen sobrante a socorrer la penuria de la madre patria. Por el contrario se ideó y se puso en práctica uno que a más de embarazar y entorpecer de mil maneras la acción del productor, le arrancaba una proporción tan grande del beneficio de su industria, que hacía imposible toda capitalización, aun en las épocas en que gozaron los frutos de Cuba de mayor demanda y de mejores precios. Para dar una idea de lo complicado y confuso de ese sistema, basta enumerar las contribuciones que se imponían antes de la guerra de 1868, época de paz y de tranquilidad en la cual no había el motivo ni el pretexto de necesidades extraordinarias.

''La lista es como sigue: Alcabala de fincas, alcabala de esclavos, alcabala de ganados, derecho de hipotecas, de pertenencias de minas, renta decimal, impuesto sobre salinas, impuesto sobre propios arbitrios, impuesto sobre consumo de ganado, alcabala de remates, alcabala de vendutas, derecho de visita de boticas, gracias al sacar, impuesto sobre grandezas y títulos, impuesto sobre costas procesales, ingresos por ramo de policía, oficios vendibles y renunciables, servicio por título de corredor, amortización, anualidades eclesiásticas, manda pía forzosa, vestuario de milicias, derechos de privilegios, portazgos, títulos de subdelegados, derechos de filosofía, de jurisprudencia, de medicina y cirugía, de farmacia, de flebotomianos, de dentistas y comadrones, de albéitares, de incorporación y habilitación, de títulos de agrimensores, derechos de exportación, papel sellado, documentos de giros, sellos judiciales, bulas, papel de reintegro, cédulas de vecindad, cédulas de libres de color, cédulas de seguridad de esclavos, cédulas de eman-

cipados, estanco de gallos, y... ¡ya basta, aunque no sean todas!"

¡Sí, ya basta! No se cansa tan sólo la paciencia, que se cansa también la clemencia. Por clemente que la crítica sociológica se muestre; por bien que cumpla con su deber de mirar con clemencia los extravíos del arte y ciencia del gobierno en que incurre el Estado que es capaz de dictar, ejecutar y forzar el cumplimiento de leyes de contribución tan anómalas, se cansa la clemencia; y sobre todo se cansa, cuando ve las increíbles complicidades con que cuentan en el mundo los capaces de imponer por la fuerza un tan absurdo régimen fiscal.

El autor de *Obra económica de España en Cuba*, cuya es la formidable lista que basta ponerse a copiar para saber lo que tiene de gravosa, no se detiene a clasificar; pero yo sí. Para convencer de absurdo un régimen de gobierno que tiene tal base rentística, hay que clasificar y mostrar en la absoluta carencia de base, no ya científica, sino regular, de imposición, la inanidad en los medios científicos y la indiferencia en los propósitos morales que denuncia un tal sistema de exacciones.

Y eso, sin contar para nada con el principio formal de la tributación: *No taxation without representation*; pues si fuera la crítica a tachar ese régimen tributario por su falta de formas jurídicas y por su total discordancia de los principios de la ciencia constitucional, se concluiría por inducir el error de que algo ha tenido nunca que ver el gobierno de las colonias españolas con los principios del derecho.

No: con reducir por clasificación la inacabable enumeración de esas contribuciones a las que, aun en la rentística empírica, sirven de base a la tributación, bastará para que la razón se espante de un tal abuso del régimen de fuerza, y para que la conciencia se conduela

a la vez de los capaces de imponer y de los obligados a sufrir tales extorsiones.

Eliminando la alcabala de esclavos y las cédulas de esclavos, que de hecho fueron contribuciones abolidas por la revolución de 1868 a 1878, y descartando las cédulas de emancipados, dolorosísima exacción que substituyó a aquéllas, y que de hecho habrá quedado suprimida en esta Revolución, quedan *cuarenta y cinco* contribuciones, que probablemente, como la razón de los impuestos es allí la conveniencia de imponerlos, habrán aumentado en los años trascurridos desde entonces.

Son, pues, cuarenta y cinco contribuciones, cuando menos: el ideal científico es una sólo contribución.

De las enumeradas, treinta y cinco son directas, y diez son indirectas: el ideal científico y jurídico, en que concurren economía y derecho, es la contribución directa.

De los dos modos de imposición de cargas públicas que se reconocen legítimas, el proporcional y el progresivo, ninguno de los dos es observado en esa abrumadora serie de exacciones.

Si para clasificarlas, tomamos como base las cuatro funciones de la riqueza social, tenemos que todas ellas sufren gravámenes; la tendencia es a que los sufra la distribución; y la práctica es generalmente eximir de gravamen al consumo.

Si basamos la clasificación en la mera capacidad de tributar que tiene la riqueza en todas sus funciones y en cualesquiera operaciones y formas, vemos que la propiedad, el comercio, los consumos, están gravados de diversos modos.

Si consideramos el tributo como pago de servicios del Estado, tendremos que la policía, la justicia, la enseñanza pagan su tributo.

Si se conviene, por tratarse de una colonia oprimida para ser exprimida, en que también la libertad pueda ser materia imposible, ahí está la libertad de locomoción tributando en las cédulas de necesidad, en las cédulas de libres de color y en los pasaportes, que se escaparon de la lista al autor de opúsculo que la presenta.

La moral está expresamente eximida de tributación: "La contribución no debe ser jamás contraria a la moral pública". Pero como esos son simples preceptos de la ciencia que incluye entre sus tratados el del impuesto, bien podía infringirlo el Estado colonial, y lo infringió ya apelando a la vanidad, ya al vicio: la vanidad está gravada con los impuestos sobre grandezas o títulos nobiliarios; el vicio con el estanco de gallos.

Cuando se afirma que conocer la enfermedad es medio conocer su remedio, se afirma también que un pueblo que tiene grupos enteros de conocedores del mal que le han hecho las contribuciones onerosas a que ha vivido sujeto y obligado, está ya en camino de remediar los males que con ellas le han acarreado.

XXXII

Santiago, 17 de noviembre.

Cualquiera diría que todo lo relativo a la tremenda prensa de la tributación en Cuba, está ya dicho: cualquiera que lo diga o lo piense, se equivoca. Esa máquina de pensar al contribuyente, poniéndolo en la imposibilidad de substraerse de ningún modo a las garras del Estado, es tan perfecta como la pide el autor de "La evolución económica", Molinari: *Le but de l'impôt est d'atteindre tous les contribuables dans la satisfac-*



tion de leurs besoins: sólo que Molinari se refería, como Montesquieu y J. B. Say, a quienes principalmente se refería, a la necesidad de igualar en el deber de tributar a todos los componentes de la sociedad, y las contribuciones de Cuba no tienen otra cosa en cuenta que el peculio.

Los últimos economistas tienen generalmente en cuenta, al tratar del impuesto, las reglas de Menier, y sobre todas la primera, la que subtrae del impuesto al hombre, y las contribuciones que han agobiado a Cuba no respetan ni reconocen esas reglas, ni mucho menos la primera, pues casi no hay contribución en Cuba que no tome, no preñe, no estruje, no saque el kilo al hombre.

Y si se quiere, por mera devoción a las enseñanzas de la ciencia, o para paladear la única chanza maliciosa que pueden concederse así mismos los hombres de miras justicieras; si se quiere inducir por el conocimiento completo del régimen rentístico aplicado a Cuba, la desesperación en que ha vivido aquella isla, no hay más que aplicar las reglas del impuesto a la tributación de Cuba.

Primera regla: *l'impôt ne doit pas frapper l'homme, mais être prélevé sur la chose*. Y en efecto, a excepción de los impuestos aduaneros, que generosamente se pueden considerar como impersonales o que no afectan en su actividad personal o económica al contribuyente, todas las contribuciones que he enumerado afectan personalmente al hombre.

Segunda regla: *l'impôt ne doit jamais frapper la circulation*; y efectivamente, afectan a la circulación de la riqueza la alcabala de fincas, la alcabala de ganado, la alcabala....

Y a propósito, Guillermo, de alcabalas, ¿ha usted visto mayor número de ellas, ni aún en los fueros y convenios que celebraban, se otorgaban, según los ca-

sos, los reyes de Castilla, a veces, con más frecuencia los de Aragón, con los pueblos moriscos que reconquistaban o con las poblaciones que reunían en aljamas?

Como si el propósito tenaz de la historia hubiera sido encadenarnos del modo más eficaz, ha ligado nuestra existencia colonial con las más lejanas tradiciones lingüísticas y fiscales de la Metrópoli. Y así como somos los de la línea ecuatorial hasta el grado 24 de latitud septentrional los que hablamos un castellano más mosaico, salpicado de más suaves arcaismos, abrigado por mayor número de vocablos arábigos, adolescente de cierto dejo semítico, que consta en arabismos con que es placentero señalar la huella de la nobilísima estirpe que tanta grandeza dió a la Península Ibérica en los siglos de su gloriosa dominación, aunque sólo se la hubiera dado con Almanzor, el Cid morisco; con Aben Ezra, el Grande y el Admirable, como efectivamente lo fué por su sabiduría, con Abu Beka, el poeta sorprendente, que desde el fondo del siglo XIII escribe con tristeza inmortal en el castellano más moderno; así como por la lengua estamos vinculados al habla primitiva de la familia; así por la política fiscal, nos han ligado a los orígenes mismos de algunas de las más defectuosas y arbitrarias tributaciones.

En ese mismo siglo XIII, que nos parece tan obscuro cuando lo contemplamos desde las luminosidades industriales y sensuales de los fines del siglo XIX, al cual está relacionado por Rogerio Bacon, el admirador del vapor, ya llegaban a Algeciras los reconquistadores del territorio que dos siglos después había de ser España. Hubieron necesidad para la guerra, de subsidios y socorros pecuniarios, e impusieron una capitación o subscripción o contribución por cabeza, exigiendo para hacer efectivo el cerco de Algeciras, "al ca vala", algo que valga.

Contribución impuesta, para siempre puesta: el tributo de guerra que se exigió para el asedio de la ciudadela frontera a Gibraltar se incorporó sesgamente al acerbo de las derramas preexistentes, y hasta dió la fórmula de imposición; pues, desde entonces, el almorjate o recaudador de contribuciones pedía "al-cavala", concluyendo por dar a la fórmula, contrayéndola por aglutinación, en un vocablo, alcabala, la significación genérica de impuesto.

De aquí, o tal vez de que, sin necesidad de evolución alguna, el vocablo fué arábigo en su origen, y pasó por préstamo a los rescatadores del territorio peninsular, el porqué ha habido tantas alcabalas en las Antillas españolas.

Pero no por muchas, más respetuosas de la regla tercera del autor de *Théorie et application de l'impôt sur le capital*: que si el impuesto no debe, teóricamente cohibir la libertad del trabajo, ya se ha visto que había en Cuba una alcabala de esclavos, y que hay cédulas de vecindad, cédulas de libres de color, y otras, que, como todas las demás contribuciones, pecaban contra la cuarta, como la quinta, sexta, séptima, octava y novena reglas de uno de los más expertos y metódicos partidarios del impuesto único y directo.

Es claro que sería injusticia pedir a España para sus colonias lo que para sí mismas no han podido o sabido establecer las naciones europeas más vanagloriosas. Por eso no tuve más intención que la de hacer apreciar por contraste con la unidad y simplicidad a que aspira la teoría del impuesto, la diversidad, la complejidad, la confusión, la acumulación, el amontonamiento de contribuciones en Cuba.

Las hay que pesan sobre la propiedad raíz y sobre la propiedad mobiliaria; las hay para la producción o

contra ella; para el comercio o contra él; para el consumo o contra él. Son tantas, que es imposible que no sean abrumadoras: son algunas tan insignificantes, que es imposible que no cueste más recaudarlas que aprovechar su recaudo: son tan inicuas, irritantes y vejaminosas muchas de ellas, como las que gravan la libre locomoción, que es imposible que no trasciendan al orden público, con desdoro del derecho; y son todas ellas, juntas o separadas, tan numerosas, tan arbitrarias, tan adventicias, tan fuera de todo plan de rentas públicas normal, que bastan por sí solas para explicar un alzamiento a mano armada y una demanda categórica del derecho de darse por su propia autoridad una ley periódica de contribuciones equitativas.

NUEVA CUBA

La beligerancia de Cuba

I

En primer lugar, es beligerante como lo dice la palabra, oriunda de otras dos (*bellum gerere*) hace, lleva, rige una guerra: quien hace, rige y sostiene una guerra es beligerante.

En segundo lugar, la Revolución de Cuba, es una guerra. Lo es, desde el punto de vista del derecho internacional; desde el punto de vista de sus medios, y desde el punto de vista de sus fines.

En tercer lugar, reúne todas las condiciones que, en el deficiente estado actual del Derecho de Gentes, es posible catalogar como necesarias para el reconocimiento de los derechos positivos que acompañan a la declaración de beligerancia.

De todos y cada uno de estos aspectos de la cuestión, voy a ocuparme.

II

Cuba es beligerante. Está frente a España, armando a cuantos hijos suyos alcanzan a la edad de la conciencia. No ya desde febrero de 1895, sino desde octubre de 1868.

Ya que he tenido la suerte de que se divulgue esta exacta e importante afirmación, es necesario repetir y hacer entender bien que ésta no ha sido una toma, sino

una retoma de armas, y que el intervalo entre 79 y 95 ha sido una verdadera tregua de guerra, sancionada por un tratado, el del Zanjón; sostenida por la fe en el pacto, y prolongada por la esperanza que infundían las promesas de continuo repetidas.

Amparada por el derecho positivo, sostenida por la justicia ideal, Cuba, que condicionalmente deja las armas en 1878-79, vuelve a tomarlas en 1895. Era beligerante y vuelve a serlo. ¿En qué ha cambiado su situación? ¿Cómo los gobiernos latinoamericanos que en ella vieron un beligerante desde el 68 hasta el 78, podrían hoy dejar de ver que ha vuelto a serlo, que continúa siéndolo?

La congruencia entre la pasada y la presente actitud bélica de Cuba es tan patente, que, si como tratamos con poderes débiles, por egoístas, por indisciplinados, y por discordes, tratáramos con poderes fuertes en los principios de que se originan, en los medios para aplicarlos y en los fines comunes de la vida continental, no sería el reconocimiento de la beligerancia (simple declaración al fin y al cabo, de que es un hecho lo que es un hecho), sería el reconocimiento de la Independencia a la que estarían obligados todos los gobiernos de la América latina, y especialmente aquéllos que desde 1869 al 71 declararon a una, que Cuba, para ellos, era beligerante. ¿No es histórico que, si dejó esa defensa sacrosanta, fué para dar tregua a que España le cumpliera su palabra empeñada, jurídica y legalmente en un tratado? ¿No se ha levantado ahora por no haber conseguido que el tratado se cumpliera? Pues si Cuba ha roto la tregua por haber roto España el compromiso, roto ha sido contra todos aquellos que, en la pasada reivindicación de derechos, sostuvieron los de Cuba contra España.

No, pues, a declarar que es verdad lo que es verdad: no a simple reconocer que Cuba es uno de los beligerantes que se disputan la soberanía de un territorio, sino a acto más acto, estarían llamados por la lógica, que es voz de la razón; por el interés, que es voz del egoísmo; por el deber, que es voz de la conciencia. Estarían llamados esos gobiernos a interceder colectiva, armada y unánimemente en favor de Cuba, en contra de la guerra, en odio a la injusticia, por consideración a España, por amistad y aún por amor a España; y para evitarle la abominación de una guerra, como la que está haciendo de horrores y exterminio.

En el fondo psicológico de esta penúltima guerra colonial de España, hay singularidades mil, que ora excitan la risa de los leves, ora fruncen el ceño de los graves. Mil hay: sea como fuere, España es una identidad psicológica, y nada que ella haga, cuando movida de sentimiento o extraviada por pasión, será indiferente al observador de la triste alma humana; pero ninguna de esas singularidades es tan pasmosa como la hipnotización que con su actitud ha producido en casi todos los pueblos de su origen. Como el Cid embalsamado y embanastado sobre Babieca, hizo correr al rey Búcar, así el prototipo del Cid ha puesto espanto en la imaginación magnetizada de estos gobiernos de América latina. Cánovas del Castillo es hoy quien hace el milagro, como Gil Díaz, aunque con más noble empeño, fué quien lo hizo en el siglo XI:

“Muerto yace ese buen Cid,
“que de Vivar se llamaba:
“Gil Díaz, su buen criado
“cumpliera lo que mandaba.
“Embalsamara su cuerpo
“y muy yerto se parara.

.....

“Y para que esté derecho,
“este ardid Gil Díaz usaba:
“puso el cuerpo en una silla,
“una tabla en las espaldas,
“y otra delante del pecho,
“y a los lados se juntaban.

.....

“Cuando fuera media noche,
“el cuerpo así como estaba,
“le ponían sobre Babieca,
“y al cabo lo ataban.
“Derecho está y muy igual,
“estar vivo semejaba.

Y por eso, el rey moro, en el siglo xi, y los gobiernos latinoamericanos en el siglo xix,

“el campo desamparaban”.

Pobre, ante el Romancero del Cid, aparece el Rey Búcar; pero más pobres aparecen estos gobiernos de la América latina, ante la conciencia, la dignidad y la razón humana.

Cuba allí, beligerando; ellos ahí, negando la vista a la evidencia.

El modo de guerrear en Cuba

Dicen que es guerra de partidas. Norabuena; mas no por eso deja de ser también guerra de fuerzas ordenadas.

Las fuerzas francas, los simples guerrilleros, las partidas sueltas no dan batallas en campo raso, como las de Peralejo y Coliseo; ni acometen y destruyen en cerco metódico y regulado una y más líneas de fuertes; ni dan cargas de caballería que obligan a formar el cuadro, último extremo del combate defensivo a que no se apela sino en caso de inminente derrota, que debe haber sido el caso ordinario en esta lucha, porque a cada momento nos ha dicho el telégrafo que los españoles se habían visto forzados aquí y allí a formar el cuadro.

A periodistas y diplomáticos les es dado decir lo que piensan o no piensan; pero a los hombres del arte de la guerra no les permite su conocimiento técnico el afirmar antojadizamente la excelencia de una acción de guerra, sin motivos fundamentales para decirlo, sin pruebas con qué autorizar lo dicho.

Aquí, en Santiago, capital de Chile, territorio en donde están Chacabuco, Maipú y Pudeto, nombres familiares a los eternos vencedores de los americanos, hay un cuerpo de oficiales superiores, que tiene una positiva cultura militar.

Son buenos jueces en la materia: pregúnteseles, y cuanto más inteligentes sean, tanto más viva admiración confesarán a la dirección y conducta de la guerra de Cuba.

Aquí hay un hombre (general Korner), descubierto por las circunstancias, que tiene una suprema autoridad crítica en materias militares: he oído decir de él que no oculta su admiración por algunos de los grandes hechos de esa guerra de enanos contra gigantes.

En Berlín hay un Club Militar, o varios clubs: el telégrafo contó que uno o muchos, asombrados de la habilidad de los enanos en su lucha con los gigantes, habían resuelto estudiar la causa de la superioridad mostrada por los pequeños contra los grandes.

Aquí cerca, otro pueblo inteligente (la Argentina), de los nuestros; casi parcial de España, a fuerza de tener que ser circunspecto con la masa española que alberga, tiene también clubs dedicados a solaz y estudio de los hombres de armas: ahora mismo, convencidos de que alguna gran razón hay, y no ideológica, sino técnica, lógica y metodológica, en esa extraña superioridad de los inferiores en todo, menos en entendimiento y cultura, han decidido poner en estudio los motivos razonados de lo que ellos no han vacilado en considerar "carácter científico" de la guerra de Cuba.

Aun sin autoridades, uno que haya aprendido a andar sin andaderas, ve con los ojos que la organización del ejército de Oriente por Maceo, enfrente y perseguido de un enemigo disciplinado; que la organización del ejército del Centro, llevada a cabo por Máximo Gómez, en medio de columnas volantes dirigidas contra él; que la marcha a Occidente, por en medio, y a veces a la vista de cerca de cuarenta mil soldados estacionados para evitarla; que la ocupación de Pinar del Río; que la donosa desocupación, hecha como por arte de magia, de esa misma comarca legendaria; uno que tiene vista ve que no es de guerra de partidas el conjunto de esos hechos militares.

Guerrilleros, por supuesto, y de los que mejor han imitado a los que contra Cartago, contra Roma, contra los godos, contra Carlo Magno, y, antes y después de este gran franco, contra los árabes de Toledo, de Córdoba y de Granada, contra los austríacos en la primera guerra borbónica de sucesión; contra los franceses en la última guerra de Independencia; contra los cristianos y alfonsinos en la segunda y tercera guerra de sucesión borbónica, han enseñado la guerra del débil contra el fuerte, del inerme contra el armado, del subyugado contra el yugo.

Pero no sólo guerrilleros: son un verdadero ejército de operaciones regulares, con planes de campaña mucho más precisos y certeros, hasta ahora, que los concebidos por los generales españoles.

Como los españoles en las guerras de Independencia que tan amables los hacen en la historia de esas guerras; como los flamencos contra los españoles; como Páez contra Boves; como Manuel Rodríguez contra Marcó, o contra los soldados de Marcó; como todo ejército de ciudadanos contra todo ejército de soldados, los cubanos repiten la historia, porque, para mostrar la correlación de causas y efectos, la historia se repite.

Haciendo lo que han hecho todos los pueblos que se levantan a poner dique a una dominación, se han acogido en el primer momento a las montañas: ¿Tan incapaz se es de conocer el papel de las montañas en la historia? Cuando falta la montaña se toma la ciénaga: ¿Se ignora el papel de los pantanos en la historia militar y política de Roma, de Germania magna, de los sajones contra los normandos en Inglaterra? Cuando falta la ciénaga, la manigua. ¿Se olvida que, en la ley de procedimiento cosmológica que llaman adaptación, todas las vidas son amparadas por la naturaleza contra las fuerzas que pueden destruirlas, dándoles colores, for-

mas, aspectos, albergues, concordos con su necesidad de preservarse de las contingencias de su debilidad?

Usar de la manigua contra los españoles, como los españoles usaron de los matorrales de la sierra de Jaca contra los árabes; usar de las montañas de Sierra Madre contra un ejército organizado a mansalva en cuarteles, escuelas y academias, como los pobres moriscos perseguidos por la estupidez fanática se enseñorearon de las Alpujarras; ampararse en la ciénaga de Zapata como los defensores sajones de Inglaterra se ampararon en los pantanos del Neu y del Ousa, lejos de ser motivo de menosprecio, es motivo de alabanza para la historia.

Y cuando de esos recursos de adaptación se saca partido para una guerra de diez años, contra un ejército de más de doscientos mil soldados regulares y más de ochenta mil voluntarios, hecho que se realizó en el Decenio, obra de eunucos será la historia, si no tiene clamores de admiración para esos débiles.

Y si, como sucede ahora, el conocimiento perfecto y el fácil y omnímodo del manejo de esos recursos da a los débiles el gobierno del suelo, el uso total del territorio no dominado a la vez por fuerzas de mar y tierra, el libre movimiento por toda la zona no litoral del país, pésimo historiador ha de ser el que no induzca de estos hechos la existencia real, efectiva y positiva de una fuerza tan organizada como la requerida por el embrionario Derecho de Gentes para asegurar la beligerancia de un combatiente.

La fuerza está organizada, y perfectamente organizada: en primer lugar, como unidades tácticas y estratégicas, según las necesidades y conveniencias inmediatas de la guerra de recursos; en segundo lugar, como institutos militares preparados de antemano para el uso y manejo de un arma determinada.

Unidades tácticas, los escuadrones, batallones y subdivisiones de cada uno de los cuerpos en que está distribuido el Ejército Libertador; unidades estratégicas, cada uno de los cuerpos de ejército situados en posiciones estratégicas: uno en la parte oriental de la Isla, a fin de tener en jaque las fuerzas españolas de Santiago de Cuba, Guantánamo y Bayamo; otro en el centro, a fin de contrarrestar las fuerzas del Camagüey, de las Villas y Colón; otro en las cercanías de Matanzas, a fin de amenazar a la Habana por oriente; otro, en fin, en la más eminentemente estratégica posición de esta guerra, en Pinar del Río, a fin de inmovilizar una parte del ejército español, y de mantener inquieta a la capital de la Isla, centro de atracción y meta del Ejército Libertador.

Alrededor de la Habana, para hacer más eficaz la acción de las fuerzas de Matanzas y de Pinar del Río, operan autónomicamente las partidas necesarias a fin de distraer la atención de las fuerzas españolas; mantener viva la excitación de las poblaciones circunstantes, aprovechar coyunturas favorables; en suma, desempeñar la función de exploradores, que ahora se sabe por las prácticas y teorías de la guerra cuán importante función es, a lo que veo de lejos, el papel de esas partidas.

De ese modo, no hay nada en el estado actual de las fuerzas militares de los independientes, que autorice a nadie a hablar como de guerra de partidas, de una guerra perfectamente organizada.

Perfectamente, no. De los cuatro institutos normales en la organización de un ejército moderno, falta la artillería. A excepción de los cuatro cañones tomados por el general Serafín Sánchez en el cerco y toma de los fuertes de Taguasco; a excepción de otros seis u ocho tomados en alguna otra función de guerra, la úni-

ca artillería de que disponen los libertadores de Cuba, son dos o tres Hopkins, una o dos máquinas de propulsión de melinita y dinamita, quizá algún otro incompleto instrumento de esa especie; cuerpo de artillería propiamente tal, no existe para ellos.

En cambio, los españoles disponen de cuantos recursos puede disponer el instituto de artillería en un ejército de antiguo organizado. No ha mucho, en la batalla de Segura, debieron a la artillería el no ser derrotados; la posesión de la Habana, a eso la deben.

Pero, de la desigualdad de fuerzas y de la significación efectiva del esfuerzo hecho por España al enviar más de doscientos mil hombres a Cuba, ya diré las palabras necesarias.

Ahora, véase, en dos o tres hechos de la guerra actual, la manera de combatir.

Combaten como Fabio: reservan sus fuerzas, esquivan todo encuentro en que no son superiores; atacan siempre que se conocen superiores, y siempre que pueden arrebatarse recursos, vituallas o abastecimientos al contrario. Esa es la táctica fabiana, y tanto es de grupos o partidas, como de masas militares.

Combaten como Lautaro: cansar al enemigo, fatigarlo, postrarlo, igualar de ese modo las diferencias, oponiendo fuerzas fragmentadas, primero un grupo, luego otro, siempre alguno, cuando ya está jadeante el enemigo. Esa es la estrategia lautarina.

Como se acaba de ver por todo el mundo en Pinar del Río, otro de los procedimientos tácticos de los cubanos es dispersar sus fuerzas, siempre que son superiores las contrarias, y operar contra ellas como el rompeolas contra la fuerza contraria: desuniéndola. Al contrario, como se vió en la ocupación de las Villas, concentran sus fuerzas, siempre que así igualan o superan las que necesitan dominar.

Si eso no es organización, y si esa organización no es digna de estudio, cuando se trata de conocer todos los factores de esa nobilísima lucha por la independencia, que se diga, ahora que hay hechos que pueden servir de base a un juicio. Las palabras son palabras, todos los días las trae el telégrafo y las lleva.

Sgo. Ch., 1896.

La noticia de la muerte de Maceo

Amigos de la Independencia y míos, me preguntan de palabra y por escrito:

Si considero verídica la noticia de la muerte de Maceo;

Si, dándola por exacta, creo que puede tener la funesta trascendencia que se le atribuye.

Lícito, a los devotos sinceros de una fe cualquiera, es tener esperanzas y dudas hasta el fin. Dudo, pues, de la muerte de Maceo, y espero. La esperanza no se razona: espero, porque espero.

I

Las dudas sí se razonan, y ahí van las razones de mis dudas.

La primera noticia que aquí llegó, fué una "confirmación de la noticia": antes de leer la nueva en telegrama anónimo, ya habíamos leído la confirmación firmada. Proveyendo paternalmente a la calma que había de alterar noticia tan excitante, el solícito Ministro de España en Wáshington nos la confirmaba por medio de su colega en Santiago. La simple simultaneidad entre la noticia de un hecho extraordinario y la confirmación del hecho, ¿motivo legítimo no es de dudas y sospechas?

Los cablegramas que en seguida empezaron a llegar han sido en tanto número, con tantos pormenores, tan de la misma procedencia en un principio, que patentizan un móvil.

La fecha de la primera noticia; el movimiento de ella en todos los centros diplomáticos, menos en el llamado a tenerla fidedigna antes que otro alguno, el departamento de Estado en Wáshington; la comunicación de ella al representante de España en la Unión, no por el gobernador general de Cuba, como uso, cercanía y conveniencia lo exigían, sino desde Madrid, y por el Ministro de Estado o de Relaciones Exteriores; el afán de publicidad; la necesidad de estruendo que están manifestando esas demostraciones semibárbaras, desdorosas y africanas, que hasta al Africa llevan la rifeña alegría de España por la muerte de un soldado de la Independencia y la Justicia; todo eso está deponiendo contra la exactitud del hecho.

Los pormenores son, además, o contradictorios, o contrarios a precedentes conocidos.

Se cuenta en la primera larguísima narración telegráfica que un práctico señala un cadáver a un comandante victorioso, y le dice: "Parece ser el de Maceo".

Y el comandante, que tiene un interés personal, directo, inmediato, urgente, se contenta con decir: "Cómo va a ser eso; si Maceo está en Pinar del Río...!"

Y en prueba de la indiferencia de uno y de otro, se van y dejan el cadáver.

Pregúntese, para tristeza de la humanidad, si pudo ser indiferente la identificación de los restos de Maceo a individuos de un pueblo que el telégrafo nos presenta en bacanal patriótica, de un confín a otro confín de su península, en celebración de la muerte de un enemigo de su dominación.

Pregúntese si es de españoles el dejar en el campo de batalla el cuerpo de un muerto que estaba llamado a servir de testimonio, cuando, no ya sólo con el sagrado cadáver de Martí, sino con los de caudillos subalternos, se han procurado pruebas testimoniales, exhibiéndoles durante días enteros.

Es verdad que el primer telegrama de origen imparcial, el de un corresponsal del *New York Herald*, dice que los españoles no sabían que habían matado a Maceo, hasta que así lo vieron por los papeles de que habían despojado a uno de los muertos en el combate. Pero entonces, ¿qué fué de las medias con iniciales, y de la sortija de oro con nombres bautismales que en el relato primero se mencionan? ¿Quién fué entonces el que oyó el diálogo en que el práctico reconoce y el comandante desconoce el cadáver?

Tiempo, a los que tengan para perderlo, no faltará para descubrir contradicciones en esos mensajes telegráficos que nos manda España. Poco amigo de estos registros de conciencia, y más capaz de sufrir con ellos como hombre, que de alegrarme como patriota, yo me contento con indicar esas justificaciones de mis dudas. A última hora se me muestra un telegrama de la República Argentina en que se afirma que el general Weyler ha mandado aplazar los entusiasmos por la muerte de Maceo hasta que se pruebe definitivamente su muerte.

Dos hombres de irrecusable veracidad, Palma, el noble cubano que representa a Cuba ante el pueblo americano; Betances, el noble puertorriqueño que representa a los revolucionarios ante el pueblo francés, ambos sostienen que no es cierta la muerte de Maceo.

Sin negar como falsas ni condenar por manera la noticia, tal vez se pueda conciliar lo que tiene de cierta con lo que de falsa, recordando aquellos que lo sepan, noticiando a cuantos lo ignoren, que no ha mucho había

llegado a los campos de la lucha un sobrino de Maceo, hijo de su hermano y compañero de armas, arrebatado no ha mucho por la muerte a Cuba: el sobrino se llama o se llamaba Antonio, como el tío; José, como el padre. Como llevaba los nombres, podía o puede llevar las facciones y aspecto de familia. Puede haber muerto y pueden haberlo confundido con su nobilísimo modelo.

Pero sean verdad mis conjeturas o sean exactas las noticias que a todos nos excitan, lejos, si falsas, de servir al propósito que ha podido aconsejarlas; lejos, si ciertas, de favorecer la siniestra interpretación que se les da, ya están sirviendo para bien de Cuba, para condenación de España colonial y para ejemplo saludable de estos gobiernos y estos pueblos, que amando a Cuba y queriendo lo que para ella quieren la razón y la justicia, la civilización y el porvenir, se duermen en la oprobiosa pasividad de su infecunda simpatía.

Para bien de Cuba, para condenación de España colonial; para ejemplo saludable de pueblos y gobiernos latinoamericanos, la noticia de la presunta muerte de Maceo ha producido una manifestación positivamente solemne, por haber sido majestuosa en forma y en fondo, y un acto de magnífica protesta: la manifestación procede de uno de los Parlamentos más fieles a la libertad que tiene Europa, el Parlamento italiano; el acto de protesta es el ofrecimiento de una legión italiana para luchar por Cuba. Imbriani y De Felice, los dos diputados italianos que de tan alta manera han comentado las noticias de las alegrías de España por la muerte de Maceo, sabrán, sin duda, excusarse ante los diputados latinoamericanos, por haberles insinuado un deber a que han faltado; pero no necesitarán esperar a la Historia para que sus nombres sean repetidos con el respeto que sólo los villanos niegan a los que sirven a la independencia de los pueblos.

II

Contesto a la segunda pregunta que se me ha dirigidó:

“Si creo en la funesta trascendencia que se atribuye a la presunta muerte del paladín cubano.”

No creo.

Ante todo, el carácter de la revolución.

Es una revolución de Independencia, sujeta, como todos los movimientos sociales de su especie, a una ley histórica.

Es ley de la historia que los organismos sociales tiendan a su desarrollo individual, en virtud y con relación a su nativa fuerza orgánica; en proporción inversa a la acción que sobre ellos ejerce el núcleo de formación que los produjo, y en progresión constante de las aptitudes para la vida propia, y de las actividades cohibidas por la dependencia.

El fruto, cuando sazonado, se desprende de su árbol; el hijo, cuando responsable, de su padre; la parte, cuando organizada, de su todo. Esta, la ley de crecimiento que ordena los fenómenos del mundo físico, es la misma ley que en la historia disgrega *fatalmente*, por necesidad absoluta de las cosas, los grupos sociales dependientes, de los grupos sociales dominantes; la misma ley que separa de sus metrópolis a sus colonias; la misma ley que obligó a Flandes, que obligó a Portugal, que obligó a las trece colonias de Inglaterra, que obligó a Méjico y Centro América, que obligó en masa a todas las colonias en el continente sudamericano.

Hay un momento para esa separación, un móvil o motivo o razón para ese desprendimiento, y momento y motivo están dentro de la ley de la Historia: llega el momento, cuando la organización fisiológica es completa: es decir, cuando llega lo que es sazón en el fruto,

edad o responsabilidad en el hijo de familia, fuerza de individualidad en la parte: llega el motivo, cuando actúa contra el organismo en desarrollo una fuerza depresiva del desarrollo.

Entonces, si la fuerza orgánica es efectiva; si la acción del centro de atracción o sujeción es lejana; si las aptitudes para la vida independiente y las necesidades, movimiento individual y de actividad autonómicas son correspondientes a la salud del nuevo organismo, no hay fuerza humana ni sumas de fuerzas humanas que puedan sofocar esa fuerza centrífuga de una sociedad compelido por su mismo desarrollo, y por las necesidades urgentes de su vida, a huir del centro que la inmoviliza.

La historia de la independencia de los pueblos no es más que una comprobación histórica de la ley del desarrollo.

Si Cuba está o no está en el momento de la ley, díganlo su capacidad productiva, su potencia comercial, su cultura material e intelectual, índices todos de poder orgánico.

Si tiene o no tiene, si actúa en ella o no actúa el movimiento de separación, díganlo sus revoluciones.

Esta, que irremediablemente es la última, no ha sido la primera; la del formidable decenio entre 1868 y 1878, que hubiera debido ser definitiva, si los hijos no tuvieran que expiar en su desarrollo las faltas de sus padres, y si la ley de herencia no fuera de fisiología social como lo es de fisiología individual, no fué tampoco la primera revolución de Cuba.

Agüero, criollo; Estrampes, injerto de francés en criollo; Pinto, español; Narciso López, venezolano, son unos cuantos nombres de los muchos que simbolizan la ya antigua necesidad de revolución en Cuba.

Todo un siglo, o casi todo un siglo, consagrado por un pueblo a soñar y realizar una revolución, es un

dato bastante en demostración de su necesidad. A la revolución, aunque efectivamente no fuera, como es, un hecho necesario, una crisis fatal en el desarrollo de las colonias; a la revolución no va por su gusto ningún pueblo. Van, por la fuerza de la necesidad, entrando en ella, primero, los más altos de pensamiento y los más prontos de corazón; después, los peor hallados en su suerte; en seguida, los afines en ideas, sentimientos e intereses; por último, la masa. Cuando la masa se pone en movimiento, la revolución es un hecho incontrastable.

¿Quién lucha en Cuba? ¿Los altos? ¿Los sensibles a las ofensas del coloniaje? ¿Los mal hallados en su lote de trabajo o de riqueza? ¿Una clase? ¿Un partido? ¿Algunos?

Es de ciegos el verlo: luchan todos, lucha un pueblo entero, lucha una sociedad hambrienta y sedienta de justicia; menesterosa del uso libre de sus fuerzas; compelida a la lucha por la vida, por el pan y por el puesto entre los demás pueblos autónomos del Nuevo Mundo.

A un pueblo en masa que pelea por su vida no lo detiene en su campo de batalla, ni lo arredra de la lucha, ni lo distrae de la refriega un cadáver, así sea el de Maceo.

En el Decenio. lucha menos popular, menos de masa, murieron Mármol, los Marcano, Figueredo, que habían sido los primeros en la lucha, y la revolución siguió; murió la más alta personificación que en cualquier tiempo ha tenido la juventud culta en el campo de batalla, murió Agramonte, y la revolución siguió; murió Céspedes, el más grande, el más alto, el más visible, y la revolución siguió; murió el más sacrificado, el más virtuoso en su abnegación, el varón más digno de Plutarco, murió Aguilera, y la revolución siguió;

murieron en el patíbulo, en el altísimo cadalso con que España pena a los que condenan su dominación, los Varona, casi niños; Ayesterán, la juventud; Goicuría, la ancianidad, y la revolución siguió.

La revolución habría seguido hasta el fin, y habría triunfado, si la masa hubiera tenido tiempo para entrar en ella; pero el desamparo, el cansancio, el soborno y la traición, precipitaron a la revolución en aquel pacto lastimoso que dejó en suspenso la guerra de Independencia, y que mostró a la luz la evidencia que aun no tenía Cuba la fuerza orgánica que desprende de su núcleo de formación a los organismos sociales ya constituidos por su fuerza interna. Hoy, cuando concurren en la revolución todas las condiciones de la ley histórica que la produce, es imposible que la Independencia caiga en la fosa de Maceo.

Y si es verdad el horror de que está hablando el telégrafo; si es verdad que Maceo ha caído para siempre; si es verdad que ha caído en emboscada, por felonía, por traición, ya no imposible, es imposible en absoluto que la revolución se rinda. El hombre que ha caído en tierra como héroe, se ha levantado en la historia como mártir. Será en lo sucesivo el tipo legendario de todas las virtudes del patriotismo, la dulce expresión ideal de la desgracia debida a la virtud; pasará rápidamente a la categoría de mito, y será una de las veces que el sentimiento salga victorioso.

Resumiendo: si no ha muerto Maceo, España misma asegura que la revolución saldrá triunfante; si ha muerto Maceo, el carácter mismo de la revolución hace necesaria, fatal, irremediable, la Independencia; si la muerte de Maceo es obra del horror que no quiero conocer, *ahí yace España*.

Sgo. Ch.

1896

Cuba y Creta

(Discurso pronunciado en el salón de la *Unión Americana* de Santiago de Chile el 24 de febrero de 1896)

Señores:

En este segundo aniversario del levantamiento de Cuba en demanda de justicia y libertad, no se nos pide voces de entusiasmo; se nos pide lágrimas y gritos de desesperación.

Y no por la muerte de Maceo: los héroes de su estirpe no mueren. A semejanza de la más próspera entre todas las plantas del suelo tropical, planta de tal modo generosa, que no cae sino cuando en su derredor se levanta una robusta sucesión, así esos afortunados de la historia no caen, sin que del seno mismo de su tumba salga la generación que ha de vivir la vida entera, la vida completa, la vida plena de la independencia y el derecho. Los gritos y lágrimas de desesperación que nos pide el día, no son por Maceo ni por Cuba; sino por la América latina y sus gobiernos, que están perdiendo la ocasión más propicia que jamás se presentó de hacer uno, fuerte y poderoso al Continente.

Los que no tienen más patria que el terruño en que han nacido, podrán no comprender que estando yo tan seguro como estoy de la Independencia de Cuba, me duela el egoísmo torpe y ciego de los gobiernos latino-americanos; pero los que hayan soñado con una patria más extensa, los que tengan el patriotismo de los principios, los que tengan el americanismo de la historia, porque es historia la unidad fundamental del Conti-

nente, ésos llorarán de desesperación conmigo al pensar que cuanto más se va acercando la Independencia de Cuba, tanto más se van alejando la gloria, la fuerza y el poder que nuestros pueblos y nuestros gobiernos habrían conquistado de hecho, si hubieran cumplido con el deber de intervenir en Cuba.

Suponed que no hubieran conquistado poder, habrían conquistado fuerza: suponed que ni fuerza ni poder, habrían conquistado gloria: no esa gloria de actualidad que sólo es vanidad de vanidades, sino la gloria sana robusta y virtuosa que acompaña a los actos de justicia. Ciertamente que la época es demasiado villana para sobornarla con esas altas idealidades de la gloria, del bien, de la justicia; pero cierto también que esas idealidades no son vanidades del egoísmo corrompido, cuando en estos momentos vemos suspensa la atención del mundo de lo que pasa en Cuba y de lo que pasa en Creta.

Esas dos pordioseras de derecho, unidas a tan larga distancia por el mismo interés de vida y muerte, son dos hermanas gemelas de la Historia, por más que la una haya nacido antes que todos los pueblos europeos, y la otra sea una recién nacida de cuatro siglos.

Mas como todo lo que es consustancial a la naturaleza humana liga, une y hermana a los individuos y los pueblos, Cuba y Creta pasarán juntas a la Historia como hermanas inseparables, que los pensadores y los soñadores del porvenir se pondrán a ver pasar como dos hechos de primera magnitud entre los pocos grandes hechos de este siglo jactancioso.

En Creta se trata de la independencia de una isla y de la seguridad de un continente; en Cuba se trata del nacimiento de un archipiélago y de la muerte de un sistema que embarga el desarrollo de todo el mundo.

Creta, apostada en el rincón oriental del Mediterráneo, es llave del Archipiélago y del Bósforo; Cuba, de centinela a la entrada del Golfo de Méjico y en la extremidad occidental del Mar Caribe, es la llave del Golfo y de la cerradura del Mediterráneo colombino.

Creta, con sesenta leguas de largo por quince de ancho, es larga y estrecha, como Cuba, que tiene 300 de largo por 25 de ancho.

Creta, recortada en centenares de golfos y ensenadas por el norte, es exactamente como Cuba; abierta al norte, inaccesible por el sur.

Creta, recorrida de oeste a este por la cordillera de las Montañas Blancas, se parece en su construcción a Cuba, atravesada de este a oeste por las cordilleras del sistema antillano.

Creta, productora de linos, olivos, vides, cañas de azúcar y mieles, y deudora de su tabaco a Cuba, es la tierra ubérrima de Virgilio, como Cuba productora de cuanto bueno es capaz de producir el suelo, es la tierra ubérrimo del archipiélago y del Continente.

Iguales en los bienes, han sido iguales en los males. Lo que tienen de más largo los de Creta, lo tienen de más profundo los de Cuba.

Creta, que quince siglos antes de Jesús con sus gentes y con sus leyes civilizaba a Grecia; y con Minos producía a Licurgo; y con Idomeneo concurría a aquella primera afirmación de la hegemonía griega que se llamó "Guerra de Troya", Creta sufre el mal, el dolor y la desgracia de caer esclava, en los comienzos de la Edad media, de aquellos griegos espúreos que formaban el Imperio Bizantino; sufre el mal, el dolor y la desgracia de caer, después, en poder de los árabes; sufre el mal de ser sojuzgada por la dura República de Venecia, hasta que, a casi fines del siglo xvii, sufre

el mayor de sus males, que aun llora, el de ser sierva, víctima y juguete de los tiranos turcos.

Igual a Cuba en su afán de libertad, contra todos sus tiranos han combatido los candiotas del llano y los spakirtas de las montañas, como los guajiros y los montañeses de Cuba han peleado una, dos y cien veces contra los españoles.

Pero si Creta se llamó por los antiguos la Isla de los Bienaventurados, Cuba se llamará por los modernos la Isla de los Malaventurados; si Creta conoce todos sus infortunios, Cuba conoce uno que Creta no conoce.

Ahí lo estáis viendo: Creta cuenta con Grecia; Cuba, con nadie.

Creta tiene por auxiliar el más ilustre de los cuatro pueblos arianos cuya historia ha sido y sigue siendo la vida del continente europeo, mientras que Cuba, cuando sea independiente, habrá de esquivar el rostro para no ver el bochorno, la vergüenza y el menosprecio de sí mismos con que habrán de acudir a saludarla, mal su grado, los gobiernos cabizbajos de la América latina.

Qué indignación, qué colera y qué oprobio... Parece que han escogido a los representantes más egoístas de las oligarquías y de las demagogias gobernantes de la América latina, para que la guíen en el momento en que se requería más altruísmo, elevación más alta, desinterés más generoso, más resuelta voluntad de ser americanos, más obstinada conciencia del derecho de Cuba a ser de América, más inexorable condición del deber de amparar a Cuba contra España.

Pero tan indolentes, que ni siquiera los estimula el ejemplar proceder de Grecia con Creta.

¿Acaso porque razonan, y les dice la razón que Grecia tiene mejor derecho y más urgente deber para con Creta que la América latina para con Cuba?

Y ¿qué mejor derecho? ¿qué más claro deber? ¿Hay en la tierra un derecho más perfecto que el de un continente a la posesión de un archipiélago que es suyo? ¿Hay en la moral un deber más claro que el de los hermanos a sostener al hermano sojuzgado, vilipendiado y deprimido por un extraño?

¿Grecia es mejor dueño de Creta, que América lo es de Cuba? ¿Los griegos son más hermanos de los cretenses, que lo son de los cubanos los hijos del Nuevo Continente? ¿Creta ha sido más esclava de Turquía que Cuba lo es de España? ¿Está Creta peor gobernada que Cuba? ¿Está Creta más desviada que Cuba, ni por gobierno más incompetente, del manifiesto destino de las islas, que es ampliar y completar la actividad civilizadora del continente a que pertenecen? Como si fueran incapaces de pensar en todo esto, muchos gobiernos se han resignado al papel miserable de Pilatos.

Retracto la comparación: éstos son Pilatos únicos, que se jactan de estar lavándose las manos, y Pilatos fué un gobernador circunspecto, que hizo a la ley escrita el sacrificio de su sentimiento individual.

En tanto, ahí veis a Grecia, mucho más débil para luchar con Turquía, que lo son los pueblos americanos para combatir contra España, y la veis arma al brazo desafiando al enemigo de su familia. Mucho más débil para oponerse a Europa que lo sería América para prohibir al Viejo Continente que siguiera vejando la independencia del Nuevo Mundo, ahí véis a Grecia resistiendo sola a Europa coaligada contra ella.

Diréis que es una locura; pero yo os digo que esa locura restaura, resucita de sus energías históricas a Grecia, y os afirmo que la historia, tan complaciente con los fuertes, aplaudirá la conducta de Grecia y oprobizará la vuestra...

Sí, ya sé que vosotros, y los vecinos, y los lejanos y los más distantes, todos los pueblos americanos estáis con Cuba; pero también sé que no estáis con Cuba como Grecia está con Creta. Grecia, el pueblo, ha compelido a Grecia, el Gobierno, y toda entera se ha levantado a cumplir con su deber. Cumple con él contra Turquía, contra la expresa voluntad de Europa, contra el conocido designio del más seguro y el más natural y poderoso de sus aliados, contra Rusia; y ahí está dando con su noble actitud de pueblo digno y de Estado consecuente, un giro tan inesperado y tan saludable a la historia contemporánea, que si llega felizmente a desatarse la guerra, limpiará de sus inmundicias a este siglo, como el ozono de las tormentas limpia la atmósfera infestada.

La guerra, que siempre ha sido una calamidad, hoy sería tal vez un bien moral, porque purificaría de mentiras, hipocresías, intrigas y confabulaciones, de fuertes contra débiles, a la diplomacia y a la política internacional de Europa. Ese bien moral, si llega, se deberá a la generosa, a la noble, a la santa temeridad del pueblo griego. Y vosotros, hijos de un mundo recién nacido, ciudadanos de Estados no bien constituídos todavía, miembros de una familia que, si hoy vive la vida de los independientes, a su unión en la hora de la independencia lo debéis, vosotros no podéis, no sabéis compeler a vuestros gobiernos...

Pasáis toda la vida como niños que sois, remediando y hasta macaqueando a los pueblos de Europa, y cuando llega la hora de imitarlos, ellos son los jóvenes, vosotros sois los viejos, ellos los entusiastas, vosotros los imasibles, ellos los que van tras las ideas, vosotros los que vais tras los intereses, ellos los que se conmueven al chispazo de los grandes sentimientos, vosotros los que sofrenáis los sentimientos elevados, con los sentimientos menguados que os dividen.



Toda la Grecia en pie contra toda la Europa coaligada es un espectáculo digno de la historia; todo nuestro continente cohibido en su conciencia por el terror de una guerra inverosímil, es un espectáculo indigno de seres de conciencia.

No sólo verosímil, sino obvia, es la guerra europea que puede surgir del conflicto más hondo que ha afligido a la diplomacia desde la guerra de Crimea; y sin embargo al grito de Grecia se ha levantado Italia, esa noble Italia, que es el pueblo de más generosos sentimientos que tiene Europa, y el mejor amigo que tienen la independencia y la libertad en nuestra América; tras de Italia, la chispa del entusiasmo prendió en el alma de la juventud francesa: hasta los pueblos de origen germánico, seducidos por esa galvánea resurrección de los antiguos motivos de la vida helénica, se inclinan a favor de Creta, y aclaman a Grecia y su Gobierno.

Y vosotros, los hijos de mayor esfuerzo que ha hecho la Independencia por restituir la actividad y la vida a pueblos deprimidos y debilitados por la dominación, vosotros, pueblos americanos que por la Independencia habéis sido salvados de la muerte del coloniaje, vosotros no sabéis infundir a vuestros gobiernos ni el sentimiento del derecho ni la fuerza del deber que la sociedad y el Estado están compelidos, por la lógica de las ideas y de los hechos, a defender y sostener en América, a cada levantamiento de colonia en demanda de vida propia...

¿A qué hablar más?... La posteridad que condenará a vuestros gobiernos, juzgará con severidad a pueblos tan condescendientes con la apatía y el egoísmo de sus jerarcas, que los dejan contribuir a la prolongación de una lucha tan injusta como la de España contra Cuba, y a una caída tan lastimosa como la de América.

(1) El testamento de Martí

Ese es el nombre con que es conocido en las Antillas y Costa Firme el documento que publicamos en homenaje a la memoria de Martí.

Cuando éste se disponía a salir con Máximo Gómez de *La Reforma*, próxima a Monte Cristi, en la República Dominicana, con dirección a los campos de Cuba libre—en donde habían de tener, él la fortuna de perecer, y los cubanos la desgracia de que pereciera él, a manos de la alevosía—José Martí contestó a la última carta que había recibido de Fed. Henríquez y Carvajal.

Este Federico Henríquez y Carvajal, insigne amigo de Martí, de Betances, de Cuba, de Puerto Rico, de la Independencia, de la Libertad, de la Cultura y del Progreso, es uno de los mejores periodistas de la América latina. Su *Letras y Ciencias* es una revista digna de ser tan estimada como es. En ella se han publicado composiciones tan hermosas como las sextinas dedicadas por Henríquez y Carvajal a *Betances*, a *Hostos* y a *Martí* ⁽²⁾ con motivo del Centenario de Colón, y en ella se ha publicado no ha mucho *el testamento de Martí*.

Este documento, que sin duda formará entre los de la Historia de la Independencia de Cuba, tiene tres cosas superiormente notables: las ideas, los sentimientos y cierta difusa sombra de muerte que vaga y divaga por todo él...

(1) De *La Ley*, de Santiago de Chile, octubre de 1895.

(2) La dedicatoria va así, no sólo para obedecer al orden alfabético, sino también a la antigüedad del afecto.

En ella pensaba al escribirla el dispuesto a todo sacrificio. Consumado el sacrificio, es natural que la sombra de la muerte, así por deber provocada y arros-trada, divague ante los ojos del que lee esa carta.

Notabilísima también es ella por las ideas. No son ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abne-gación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas están expresadas con tan íntima buena fe por el último Apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce.

Pero lo en que más brilla la carta son los senti-mientos que resplandecen en ella.

Bien hizo Fed. Henríquez en apellidar *testamento* a esa carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan al separarse del mundo de los hombres...

La Independencia de Cuba

La noticia que circula despierta en todos los corazones el alborozo. Aunque se trata sencillamente de un acto exclusivo de la política interior de los Estados Unidos, la importancia internacional de una declaración concreta de los Estados Unidos con respecto a Cuba no puede menos de producir vivísimos efectos en el ánimo del mundo. Con más razón en el nuestro. Hermanos egoístas, pero hermanos de la Isla, ante la geografía, ante la historia, ante la común desgracia y el común destino, los puertorriqueños que sólo se ocupaban de Puerto Rico palpitan hoy como corazones conmovidos en lo hondo: de los puertorriqueños que cumplieron más activamente el deber de confraternidad y previsión, no se diga; para ellos, cubanos de convicción, antillanos de aspiración, la noticia de la Independencia internacional de Cuba es una noticia que los afecta del modo más directo.

Pero ellos son, precisamente, los que reciben con más reserva la noticia.

Jamás, por lo que a mí respecta, dudé ni manifesté dudas de la Independencia de Cuba. El pueblo americano, que es un pueblo verdadero, fué siempre una opinión poderosa a favor de Cuba independiente. Después de la torpe guerra con tan feliz desgracia hecha a Filipinas, el aumento de opinión en favor de la total independencia de Cuba ha crecido en la Unión a medida que ha ido creciendo el convencimiento popular de que la guerra contra la Independencia de Filipinas

es una guerra contra los intereses del pueblo americano. Principios e intereses, los dos polos de la vida americana, lastimados por igual en la insensata desviación que violenta instintos y sentimientos connaturales a aquella sana sociedad; principios e intereses están allí comprometidos en ésta la más grave hora porque ha pasado la Unión, y unos y otros trabajan en el ánimo nacional. De ahí la lucha entre expansionistas y anti-expansionistas. A veces esa lucha ha tenido por escenario el cerebro mismo de Mac Kinley, que unas veces ha sido adversario, y otras ha sido partidario de la expansión. Unas veces ha declarado que la anexión violenta es una agresión criminal, y otras veces ha condescendido con el crimen de la guerra en Filipinas. Unas veces ha declarado que el arbitrio conciliador, humano a la par que nacional, es el gobierno temporal de los Estados Unidos en los países cedidos por el Tratado de París, y otras veces se ha dejado arrastrar a violencias de pensamiento y de acción que han hecho creer que los Estados Unidos querían a toda costa la posesión de Filipinas, la anexión de Cuba y el uso arbitrario e incondicional de Puerto Rico.

En realidad, lo que ha habido ha sido un perpetuo vacilar. Como el presidente Mac Kinley no ha querido el mal de los pueblos puestos por la guerra a disposición de los Estados Unidos, siempre que ha pensado por sí mismo o con ayuda de un consejo superior a intereses de partido, su resolución ha sido favorable a los intereses de la especie humana y a los principios de la Federación Americana.

Eso es lo que acaba de suceder ahora, y es lo que comunica el cable: no que el Presidente de los Estados Unidos haya decretado que considera llegado el momento para el cual la *joint resolution* de abril del 98 aplaza la Independencia de Cuba, sino que el Jefe del

Ejecutivo de la Unión Americana, mejor asesorado hoy que ayer, declara la aptitud de Cuba para gobernarse a sí misma, y que así está dispuesto a proponerla al Congreso.

Es un acto político que influirá inmediatamente en el movimiento electoral que ya comienza; pero es un acto que influirá en el destino de muchos otros pueblos.

Veremos si Puerto Rico sabe sacar partido de esa nueva invitación a que proceda como pueblo capaz de ser a un tiempo amigo de nuestros hermanos del Norte y amigo de su propio porvenir.

7 de septiembre de 1899.

Nueva Cuba

Más que de esperanzas luminosas es hora de sombría meditación esta hora en que aparece Cuba en el escenario de la vida internacional.

Trae consigo la carga de culpas de sus progenitores, la misma carga que recientemente arrastró al abismo a sus colonizadores; la misma pesada carga con que ya no pueden las tristes naciones de su origen.

Hacer versos y hacer armas, que ha sido la casi continua ocupación de España, y que es la continua ocupación de casi todas las herederas de su lengua y de su irreflexión, no es antecedente halagüeño para la vida propia. Hoy, cuando por sobre las responsabilidades propias de la independencia nacional, ha impuesto el tiempo la responsabilidad de civilizarse pronto, so pena de tener que ser civilizados por extraños, no se puede pensar sin estremecimientos de temor en la obra dudosa que empiezan hoy los cubanos a llevar a cabo.

Eso debería ser cuanto convendría decir a quien conoce a fondo los antecedentes de la vida colonial y las consecuencias inevitables que han dado en la parte del Continente y del archipiélago que habitan los descendientes de españoles en colaboración con agentes aún más inexpertos de civilización. Pero, a fuerza de ser tan interesante la víctima que hoy llega al sacrificio, pongámonos a esperar en lo que da margen a esperanzas racionales.

El cubano, a diferencia de sus demás hermanos de Continente e islas, tuvo siempre conciencia del embrionario estado social en que el coloniaje español ponía a las sociedades que fundaba, y de tres modos reaccionó desde que pudo y supo, contra el estado de barbarie: primero, haciendo lo necesario por educarse, no obstante los obstáculos que le oponía el régimen colonial; segundo, utilizando aquel de los trabajos sociales que más ha convenido siempre para producir riqueza honrada y generaciones fuertes; tercero, tomando como ejemplo de su esfuerzo la vida nacional que cerca de sí mostraba objetivamente que la civilización y la vida de las sociedades tienen el mismo fin e idéntico carácter funcional.

Cuba se emancipaba un poco cada día, educando en el esfuerzo corporal de sus gimnasios, de sus salas de esgrima y de sus ocupaciones rurales, a la juventud de las ciudades y a la hermosa juventud de sus campos; Cuba, más libre de razón que casi todos los torpes gobiernos del Continente y de las islas, hacía esfuerzos inauditos por rehuir las influencias educacionales y culturales de su insuficiente educadora, y buscaba en los Estados Unidos y en las capitales de Europa el premio de previsión y lo obtenía: pues mientras que los demás hispanoamericanos, imitando a su metrópoli intelectual, procedían como quien ignora que la educación pública es la primera obligación del Estado, los cubanos brillaban como los más inteligentes y más cultos latinos de América, porque procedían como quienes tenían el instinto de la verdadera organización social, que empieza por la educación, la instrucción y la enseñanza.

A diferencia también de casi todos los demás hijos de España en América, los cubanos se dedicaron a las faenas del campo, y como hijos de América; no como

rutinarios, sino como empresarios de progreso agrícola. Estas empresas, que pusieron en Cuba la industria azucarera y tabaquera al frente de sus similares en el mundo, eran obra de los cubanos patricios. Entre tanto, los cubanos plebeyos, tan buenos, y a veces, mejores de sangre que los patricios, creaban en los potreros, en los huertos y en los *sitios* la sana, noble y fecunda industria menor y propiedad predial o de pequeños lotes, que por sí solos son la fuerza sobre que ha de descansar la nación cubana.

Ganosos de civilización, como ningún otro pueblo de nuestro origen, los cubanos han sido los únicos hispanoamericanos que han tenido puestos los ojos en donde conviene a los que llevan el viaje a que están predestinados los pueblos de nuestro archipiélago y Continente: en vez de estar mirando boquiabiertos hacia Europa, han estado a América. Esto ha equivalido a mirar hacia el destino propio y no al ajeno.

Con estos antecedentes y con los cuatro años de limpieza que les han impuesto los yankees, limpiándoles sus ciudades a fuerza de trenes de limpieza y limpiándoles el cerebro a fuerza de reformas escolares, lícito es temer por Cuba un poco menos de lo que hay que temer por el resto del Continente y del archipiélago hispanoamericano.

Con toda mi alma deseo que así sea.

Mayo de 1902.

Por la memoria de Aguilera

Santo Domingo, 27 de junio de 1902. (1)

Sr. Diego V. Tejera,
Habana.

Antiguo amigo de la justicia y mío:

¿Cómo es que, estando usted ahí, en la patria nueva, en el día por el cual, cuando milenarios, suspirábamos juntos, se ha podido cometer una tal injusticia, un tal olvido de uno de los hombres mejores que ha tenido Cuba?

Asistiendo en estos días desde *El Figaro* a las fiestas de la patria nueva, me sentía tan indemnizado del dolor de haber vivido en tan mal tiempo, que ya casi me parecía imposible que yo hubiera visto en mi vida tanto mal, cuando noté que Aguilera no figuraba para nada entre los aclamados por la gratitud histórica.

¿Es posible? —me dije conturbado— ¿es posible que a tanto llegue la adoración del éxito, que así se olvide el sacrificio?

Gran mérito social es haber recorrido la distancia entera entre un principio y un fin, y bien merecen de la conciencia humana los que llegan vivos o muertos a la realización de un ideal; pero es gran mérito humano el haber consumido una vida en buscar y perder el derrotero del ideal. Mérito es tan efectivo, que si alguna de las artes de expresión, ya la pintura, ya principal-

(1) De *El Figaro*, Habana, 10 de agosto de 1902, Año XVIII, No. 30. Fué publicada bajo el título *En honor de Aguilera*.

mente la lírica subjetiva, ya sobre todas la dramática, toma a Francisco Vicente Aguilera en la hora en que empieza su agonía, que es cuando comete el error de salir de Cuba militante, y lo sigue en la vía crucis que para todo mortal ha sido siempre la busca del camino que ha perdido, tal manantial de vida produciría el arte, que acaso daría su símbolo a Cuba militante.

Los pueblos no miran nunca al carácter de los medios y esfuerzos que se han hecho para ayudarlos a ser: sólo para los medios fecundados tienen ojos, y no ven ni pueden ver los hechos infecundos. Por eso no ha habido en Cuba quien distraiga la vista de los esfuerzos y los hombres que dieron resultado, para ponerse a contemplar los sacrificios infecundos.

Los que hizo Aguilera no pueden ser más patéticos. Tan pronto como se encuentra en la emigración comprende su error, mide el tamaño del error que ha cometido al dejar su puesto, que fué como dejar su personalidad histórica; encontrarse en un mar de pasiones tenebroso y encontrarse en la emigración de Nueva York fué la misma impresión de angustia y la misma percepción de la pérdida de su camino. Empezó inmediatamente a dar traspiés: los da siempre la planta humana cuando deja la senda conocida. Empezó en seguida a dar tumbos: así los da siempre la nave que cambia desastrosamente de rumbo en hora de deshecha tempestad. Empezó acto continuo a desorientarse: el alma se desorienta siempre que pasa de lo ideal a lo real.

En Cuba combatiente Aguilera había sido Aguilera. Nombrarlo era nombrar con sólo un nombre las más de las virtudes del patriotismo. Sólo segundo al que fué más voluntad que él, ni aun del mismo Céspedes era superado en amor a la patria que ideaba, su resolución por la doctrina que seguía, su disposición a todo sacrifi-

cio, fuera ya el solicitado sacrificio de los héroes, fuera bien el sacrificio de los mártires. En Cuba era él ciudadano, después de haber sido el precursor, y toda Cuba lo amaba, lo veneraba, lo bendecía.

Fuera de Cuba fué un instrumento que las pasiones revolucionadas se arrebatában alternativamente. Había perdido el derrotero del ideal, y estaba destinado a no volver a encontrarlo. Buscábalo en sus condescendencias con uno o con otros de los que había ido a buscar como auxiliares más activos de la patria, y allí no estaba el ideal. Buscábalo en una tras otra la serie entera de las empresas desatentadas, y por allí no se iba al ideal. Buscólo en expediciones sin cuento, por New England, por Florida, por Haití, y por ninguna parte era el camino. Cuba se había cerrado para él, Cuba se le cerró para siempre. Por el camino del ideal se iba a Cuba, y ese único camino era precisamente el derrotero que Aguilera había perdido.

¡Ah patria nueva! Si tú supieras las congojas de aquella, la más ingenua entre las almas de buenos que ha sido necesario dar en holocausto a tu venida al mundo de los pueblos responsables ¡cuántos corazones hubieran gemido en la hora de las fiestas de tu advenimiento, al recordarla presente en la memoria, y al verla ausente de la gratitud del pueblo!

Diego Vicente Tejera: ¿para cuándo son las protestas y los consejos de los justos? ¿para cuándo lección más útil a la patria nueva que cuando es posible hacerle sentir que el malogrado destino común de las Antillas puede todavía en parte realizarse en Cuba, por Cuba y para honor y gloria de Cuba? ¿Acaso por haberse dificultado la obra ideal de hacer de nuestras Antillas la Grecia de los tiempos por venir ha dejado Cuba de poder ser una Atenas de lo justo? ¿Acaso no puede Cuba dete-

nerse a cantar y saludar la memoria de todos, de todos sus hijos malogrados en su bien, como Atenas se detiene cada año, en Tucídides, a celebrar y honrar la memoria de todos los sacrificados a su prepotencia?

Cuando yo veo todo lo grande y noble, bueno y útil, que Cuba tiene necesidad de hacer para justificar las pilas de cadáveres y los montones de almas dolientes sobre que está fundada, me decido a creer imposible que siga por el camino de la tradición, y me niego a creer que sea sólo una más entre las pruebas experimentales de que si la herencia es una ley, en la doctrina de la evolución, es una condenación en la doctrina de Moisés. Entonces me sonrío la esperanza de ver a Cuba luchando por civilizarse en vez de luchar por destruirse. Entonces espero verla algún día honrando con tristeza la memoria de Aguilera.

Póngase a trabajar por conseguirlo, y a mi antiguo afecto sume usted mi agradecimiento de antillano.

INDICE

	<u>Pág.</u>
<i>Plácido</i>	7
<i>Hombres de la Revolución:</i>	
Carlos Manuel de Céspedes.....	113
Retrato de Francisco V. Aguilera.....	124
Silverio del Prado.....	153
Quién era Maceo.....	159
Máximo Gómez y la revolución de Cuba.....	163
Máximo Gómez.....	165
Quién es Máximo Gómez.....	166
<i>El Problema de Cuba:</i>	
Cuba y Puerto Rico.....	175
Cuba.....	177
Borinquen.....	185
El Problema de Cuba.....	199
El dictamen de los héroes.....	226
10 de octubre.....	233
Apoderémonos del mar.....	240
La amnistía.....	245
Los de Cayo Hueso.....	251
<i>La última hecatombe:</i>	
La última hecatombe (carta al director de "La Tribuna")....	259
Los fusilados en Cuba:	
Manuel Quesada.....	266
Bernabé Varona.....	273
Pedro Céspedes.....	276
Ryan.....	276
Jesús del Sol.....	277
Cuba y los italianos.....	283
Cuba y los Estados Unidos.....	287
Cuba y el pueblo argentino.....	292
Al pueblo de Buenos Aires.....	296
Con "El Correo Español".....	298

	<u>Pág.</u>
<i>La revolución de Cuba ante españoles dignos:</i>	
La beligerancia de los cubanos.....	311
La revolución de Cuba ante españoles dignos:	
I.—Francisco Díaz Quintero.....	315
II.—Eduardo Benot.....	325
El artículo de Francisco Pi y Margall.....	334
<i>Cartas públicas acerca de Cuba:</i>	
(A don Guillermo Matta).....	341
<i>Nueva Cuba:</i>	
La beligerancia de Cuba.....	457
El modo de guerrear en Cuba.....	461
La noticia de la muerte de Maceo.....	468
Cuba y Creta.....	476
El testamento de Martí.....	483
La Independencia de Cuba.....	485
Nueva Cuba.....	488
Por la memoria de Aguilera.....	491

ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA TREINTIUNO DE JULIO
DEL AÑO MCMXXXIX EN LOS
TALLERES DE LA CULTURAL,
S. A., EN LA HABANA,
REP. DE CUBA.

